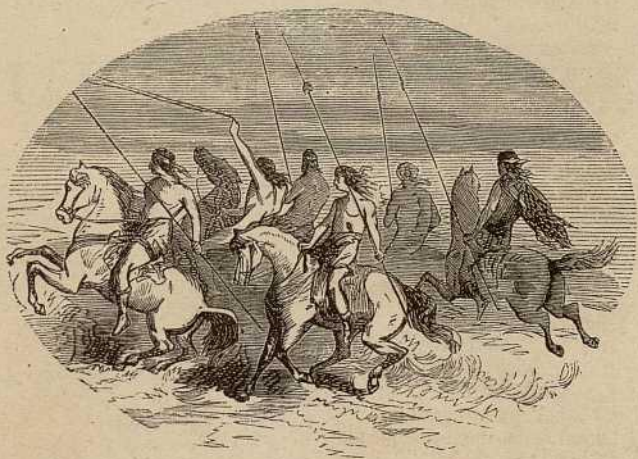


(3)
JULIO VERNE,



LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT
EN
LA AMERICA DEL SUR.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT
EN LA
AMERICA DEL SUR

PRIMERA PARTE.

OBRA ESCRITA EN FRANCES
POR
JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

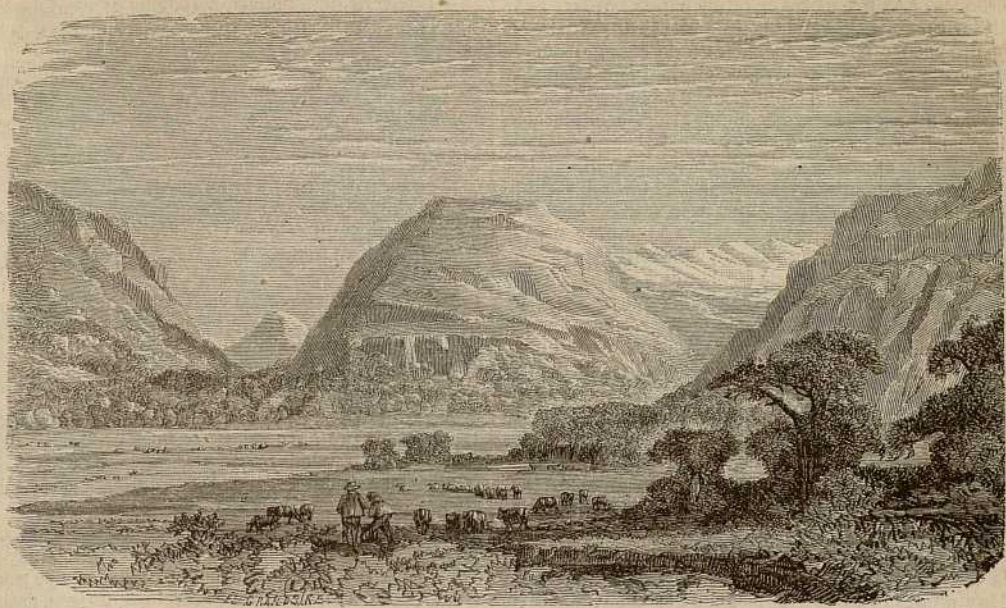
POR D. A. RIBOT Y FONTSERE.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.



MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR, EDITORES,
(ANTES GASPAR Y ROIG)
Calle del Príncipe, n.º 4.

1875.



LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT.

PRIMERA PARTE.

AMERICA DEL SUR.

CAPITULO PRIMERO.

BALANCE-FISH.

El 26 de julio de 1864, un magnifico yate, favorecido por un Nordeste bastante fresco, surcaba á todo vapor las aguas del canal del Norte. En su palo de mesana flotaba el pabellon de Inglaterra, y en el tope del palo mayor una grimpola azul con las iniciales E. G., bordadas en oro debajo de una corona ducal. El yate, que se llamaba el *Duncan*, era propiedad de lord Glenarvan, uno de los diez y seis pares escoceses que tienen asiento en la cámara alta, y el miembro mas distinguido del *Royal-Thames-Yacht-Club*, tan célebre en todo el Reino-Unido.

Lord Edward Glenarvan se hallaba á bordo con lady Elena, su jóven esposa, y con el mayor Mac-Nabbs, uno de sus primos.

El *Duncan*, recién salido del astillero, maniobraba para regresar á Glasgow, no habiendo hecho mas que dar un paseo por via de ensayo á algunas millas fuera del golfo de la Clyde. Cuando ya la isla de Arren se bosquejaba en el horizonte, el vigía señaló un pez enorme que seguia el curso del buque. El capitán John Mangles puso inmediatamente en conocimiento de lord Edward el aviso del vigía. El lord subió á la toldilla acompañado del mayor Mac Nabbs, y preguntó al capitán cuál era su opinion acerca de aquel animalazo.

—Creo, m'lord, respondió John Mangles, que es un marrajo de buen tamaño.

—¡Un marrajo en estos sitios! exclamó Glenarvan.
—Nada tiene de particular, replicó el capitán; el marrajo pertenece á una especie de tiburones que se encuentran en todos los mares y bajo todas las latitudes, y mucho me engaño, si no vamos á tener que bregar con un *balance-fish* (1). Si Vuestro Honor consiente en ello y lady Glenarvan tiene gusto en presenciar una pesca curiosa, pronto sabremos á qué atenernos.

—¿Qué os parece, Mac Nabbs? dijo lord Glenarvan al mayor; ¿intentamos la aventura?

—Me parece lo que á vos os parezca, respondió flemáticamente el mayor.

—Además, repuso John Mangles, siempre conviene disminuir el número de tan terribles animales. Aprovechemos la ocasion, y si place á Vuestro Honor, haremos una buena accion al mismo tiempo que nos proporcionaremos un espectáculo.

—Manos á la obra, John, dijo lord Glenarvan.

Mandó avisar á lady Elena, que subió tambien á la toldilla, con mucho afán de ser testigo de aquella pesca conmovedora.

El mar estaba magnífico, pudiendo fácilmente seguirse con la vista las rápidas evoluciones del escualo que tan pronto se sumergia como subia á la superficie con un vigor sorprendente. John Mangles dió sus

(1) El *balance fish*, debe este nombre que le dan los marineros ingleses á la forma de su cabeza parecida á una balanza doble ó doble martillo. *Requin marteau* le llaman por esta razon en Francia. En España se le conoce con el nombre de marrajo, y aunque se le encuentra con mas frecuencia en todos los mares que los demás tiburones, es mas comun en el de las Antillas.

órdenes. Los marineros echaron por la borda de es-
tribor un volantin compuesto de un cordel muy recio,
y un pedazo de grueso alambre de latón quemado
que es lo que constituía el codal, de que estaba ata-
do un anzuelo sumamente grande y fuerte que se ce-
bó con un enorme trozo de tocino. El tiburón, no obs-
tante hallarse á una distancia de 50 yardas, sintió
caer y olió el cebo que á su voracidad se ofrecía. Se
acercó rápidamente al yate. Veíase su aleta dorsal sa-
lrenadar en el agua como una vela latina, mientras
sus aletas natatorias, cenicientas en su punta y negras
en su base, hundían las olas con violencia, manteni-
endo su rumbo, por medio de su apéndice caudal, en una
línea rigurosamente recta. A medida que se acercaba
al cebo, sus ojos grandes y saltones parecían inflama-
dos por el ánsia, y cuando se volvía, sus mandíbulas,
abiertas descubrían una cuádruple hilera de dientes
triangulares como los de una sierra. Su cabeza era
ancha, y estaba dispuesta como un martillo doble en
el extremo de un mango. No se había engañado John
Mangles; aquel tiburón pertenecía á una de las varie-
dades mas voraces de la familia de los escualos; era
el pez-balanza de los ingleses, el pez judío de los pro-
venzales.

Los pasajeros y marineros del *Duncan* seguían con
la mas viva atención los movimientos del marrajo.
Muy pronto llegó este al alcance del cebo, se volvió
en posición supina para cogerlo, pues de otro modo
le hubiera sido imposible por la disposición especial
de sus quijadas, y se le tragó todo entero. El mismo
se clavó, sacudiendo violentamente el aparejo pasado
con prevención por una candaliza en un extremo de
una de las vergas del palo mayor.

El animal se defendió con energía viendo que se le
arrancaba de su natural elemento. Pero se le sorteó,
se le fatigó, y hallándose ya rendido, se le pasó por la
cola una cuerda con un nudo corredizo, se le subió
hasta la borda y cayó desplomado sobre la cubierta.
Un marinero, acercándose á él no sin precaución, le
cortó de un hachazo la formidable cola.

Después de este golpe de gracia, quedó la pesca
concluida. El monstruo no inspiraba ya ningún re-
celo; pero la curiosidad de los marineros no quedaba
satisfecha, aunque lo estaba ya su venganza. A bordo
es costumbre registrar cuidadosamente el bandullo
de los tiburones. La gente de mar, que conoce su
voracidad poco delicada, espera siempre de la autop-
sia alguna sorpresa, y no siempre resulta burlada su
esperanza.

Lady Glenarvan no quiso presenciar aquella ins-
pección cadavérica, y se volvió á la toldilla. El tibu-
rón estaba aun en las convulsiones de la agonía. Ten-
nia una longitud de 40 pies y pesaba mas de 600 li-
bras. No eran una dimension y un peso extraordina-
rios aunque el balance fish no está clasificado entre
los gigantes de su especie. Figura, sin embargo, en
el número de los mas temibles.

El enorme escualo fue abierto á hachazos, sin mas
ceremonias. Tenia hincado el anzuelo en el estóma-
go, y este estaba enteramente vacío. Se conoce que
el animal ayunaba desde mucho tiempo. Iban ya los
marineros á echar al mar sus despojos, cuando llamó
la atención del contraalmirante una especie de infarto,
un objeto sólidamente atascado en los intestinos.

—¿Qué diablos será eso? exclamó.

—Un pedazo de roca, respondió un marinero, que
se habria tragado el pícaro para lastrar.

—Yo creo, dijo otro, que es una bala que el tunan-
te recibió en el vientre, y no habra podido digerirla.

—Callad todos, replicó Tom Austin, segundo del
yate, ¿no veis que el tunante era un borracho perdi-
do, y que en su ansia de beber no solo apuró el vino,
sino que se tragó tambien la botella?

—¡Cómo! exclamó lord Glenarvan, ¿es una botella
lo que tiene en la tripa?

—Una verdadera botella, respondió el contraalmir-
ante. Pero bien se conoce que no acaba de salir de la
bodega.

—Pues bien, Tom, repuso lord Edward, sacadla con
precaución, procurando que no se rompa, pues las
botellas que se encuentran en el mar suelen contener
documentos preciosos.

—¿Creeis?... dijo el mayor Mac Nabbs.

—Creo, por lo menos, que puede contenerlos.

—No digo lo contrario, respondió el mayor; acaso
sorprendamos un secreto.

—Pronto saldremos de dudas, dijo Glenarvan, Le-
has sacado ya, Tom?

—Sí, milord, respondió el segundo, mostrando un
objeto informe que, no sin bastante trabajo, acababa
de extraer de las entrañas del marrajo.

—Bueno, dijo Glenarvan, haced que la laven y la
lleven á la cámara de popa.

Así se hizo, y aquella botella, que de una manera
tan singular fue encontrada, se puso encima de una
mesa á cuyo alrededor se sentaron lord Glenarvan, el
mayor Mac Nabbs, el capitán John Mangles y lady
Elena, que, á fuer de mujer, era un poco curiosa.

En el mar, lo mas insignificante es un aconteci-
miento. Hubo un momento de silencio, durante el
cual todos interrogaban á aquel fragil resto de nau-
fragio. ¿Había en él todo el secreto de un gran desas-
tre, ó no habia mas que un mensaje insignificante
confiado al capricho de las olas por algun navegante
desocupado?

Preciso era saber á qué atenerse, y Glenarvan, sin
mas aguardar, procedió al examen de la botella, to-
mando todas las precauciones apetecibles en seme-
jantes circunstancias. Hubiérase dicho que era un tor-
ner (1) que desentrañaba todas las particularidades
de un gravísimo asunto. Y la escrupulosidad de Glen-
arvan era racional y justa, porque el indicio mas in-
significante en apariencia podia ponerle en camino de
un importante descubrimiento.

Antes de proceder al examen interior de la botella,
se la examinó esteriormente. Tenia un cuello delgado,
en cuyo extremo ó gollete sumamente reforzado
habia aun un pedazo de alambre completamente oxi-
dado y muy quebradizo. Sus paredes muy gruesas,
capaces de resistir la presión de muchas atmósferas,
denunciaba su procedencia, sin que se pudiese poner
en duda que habia sido una botella de Champaña.
Con botellas como aquella los viñadores de Aÿ y de
Epernay rompen palos de silla sin que ellas se quie-
ren. Así, pues, la que se sacó de las vísceras del
marrajo habia podido soportar impunemente los aza-
res de una larga travesía.

—Una botella de la casa de Clignot, dijo sencilla-
mente el mayor.

Y como debia conocerlas bien por las muchas que
habia vaciado, su afirmación fue aceptada sin dis-
cusión.

—Mi querido mayor, respondió lady Elena, poco
importa de dónde sea esta botella, si no sabemos de
dónde viene.

—Todo se andará, mi querida Elena, dijo lord
Edward, y por de pronto ya podemos afirmar que
viene de lejos. ¡Mirad las materias petrificadas, que la
cubren, estas sustancias mineralizadas, si así puede
decirse, por la acción del agua del mar. ¡Este resto
de naufragio habia permanecido mucho tiempo en el
Océano antes de sepultarse en el vientre de un ti-
burón.

—No puedo dejar de opinar lo mismo, respondió
el mayor; ese vaso, tan frágil como es, protegido por
la capa pétrea que le cubre, ha podido estar viajando
mucho tiempo.

(1) Funcionario encargado de la sumaria en las causas crimi-
nales.

—Pero ¿de dónde viene? preguntó lady Glenarvan.

—Esperad, mi querida Elena, Esperad; las botellas requieren paciencia. O mucho me engaño, ó esta va á responder ella misma á todas nuestras preguntas.

Y esto diciendo, Glenarvan empezó á raspar las materias duras que protegían el gollete, apareciendo luego el tapon, aunque muy deteriorado por el agua del mar.

—¿Circunstancia fatal, dijo Glenarvan, porque si encontramos dentro algun papel, lo encontraremos en muy mal estado!

—De temer es, replicó el mayor.

—Añadiré, repuso Glenarvan, que esta botella, mal tapada como está, no podía tardar mucho en irse á fondo, por lo que ha sido una feliz coincidencia que un tiburón la haya tragado para traerla á bordo del *Duncan*.

—Sin duda, respondió John Mangles, y sin embargo, mejor hubiera sido pescarla en alta mar, en una longitud y latitud bien determinadas. Entonces, estudiando retrospectivamente á posteriori las corrientes atmosféricas y marítimas, hubiéramos podido reconocer el camino recorrido; pero con un cartero como este, con esos tiburones que marchan contra viento y marea, no podemos saber á qué atenarnos.

—La botella misma nos lo dirá, respondió Glenarvan.

En aquel momento sacaba el tapon con la mayor delicadeza, y se esparció por la cámara de popa un fuerte olor salino.

—¿Y qué? preguntó con femenil impaciencia lady Elena.

—¡Sí! dijo Glenarvan, ¡no me engañaba! ¡contiene papeles!

—¡Documentos! ¡documentos! exclamó lady Elena.

—Solo que, respondió Glenarvan, parecen muy deteriorados por la humedad, y es imposible sacarlos por lo muy pegados que están á las paredes de la botella.

—Rompámosla, dijo Mac Nabbs.

—Preferiría conservarla intacta, replicó Glenarvan.

—Lo mismo digo, replicó el mayor.

—Sin duda, dijo lady Elena, pero el contenido vale mas que el continente, y este debe sacrificarse á aquel.

—Con que Vuestro Honor rompa nada mas que el gollete, dijo John Mangles, se podrá sacar el documento sin echarlo á perder.

—¡Veamos! ¡veamos, mi querido Edward! exclamó lady Glenarvan.

Difícil era proceder de otro modo, por lo que lord Glenarvan se decidió á romper el gollete de la preciosa botella. Tuvo al efecto que valerse de un martillo, porque la capa pétrea había adquirido la dureza del pedernal. No tardaron los pedazos en caer sobre la mesa, y entonces se vieron muchos fragmentos de papel adheridos entre sí. Glenarvan los sacó con precaucion, los separó, y los fue colocando al lado uno de otro, mientras lady Elena, el mayor y el capitán se agrupaban en torno suyo.

CAPITULO II.

LOS TRES DOCUMENTOS.

Aquellos pedazos de papel, medio destruidos por el agua, no permitían distinguir mas que algunas palabras sueltas, restos indescifrables de líneas casi enteramente borradas. Lord Glenarvan los examinó durante algunos minutos con la mayor atencion; les dió vueltas en todos sentidos; les miró á la mas viva luz del día; observó los mas insignificantes vestigios de palabras respetadas por el mar, y luego miró á sus amigos que le contemplaban con ansiedad é impaciencia.

—Hay aquí, dijo, tres documentos distintos, y es

verosímil que sean los tres copias del mismo documento traducido en tres lenguas diferentes, en inglés, francés y alemán. Acerca del particular ninguna duda me dejan las pocas palabras que han resistido á la acción del agua.

—¿Pero estas palabras tienen siquiera sentido? preguntó lady Glenarvan.

—Difícil es decirlo, mi querida Elena; las palabras trazadas en estos documentos son muy incompletas.

—Tal vez se completen unas con otras, dijo el mayor.

—Así debe ser, respondió John Mangles. Es imposible que el agua del mar haya roído los tres documentos precisamente en el mismo punto, y uniendo esos restos de frases encontraremos al cabo un sentido inteligible.

—Hé aquí lo que vamos á hacer, dijo lord Glenarvan, pero procedamos con método. Veamos primero el documento inglés.

Este documento presentaba la siguiente disposicion de líneas y palabras:

62	Bri	gow
sink		tra
aland		
skripp	Gr	
and	taht monit	of long
lost		ssistance

—Eso no significa gran cosa, dijo el mayor con desaliento.

—Como quiera que sea, respondió el capitán, está en buen inglés.

—En muy buen inglés, dijo lord Glenarvan; las palabras *sink*, *aland*, *that*, *and*, *lost*, están intactas; *skrip* forma evidentemente la palabra *skipper*, y se trata de un señor Gr.... que es probablemente el capitán de un buque naufragado (1).

—Añádanse, dijo John Mangles, las palabras *monit* y *ssistance* cuya interpretacion es evidente.

—Eso ya es algo, dijo lady Elena.

—Desgraciadamente, respondió el mayor, nos faltan líneas enteras. ¿Cómo encontrar el nombre del buque perdido y el lugar del naufragio?

—Los encontraremos, dijo lord Edward.

—Sin duda, replicó el mayor, que era invariablemente del parecer de todo el mundo; pero ¿de qué manera?

—Completando un documento con otro.

—¡Procurémoslo, pues! exclamó lady Elena.

El segundo trozo de papel mas deteriorado aun que el precedente, no ofrecía mas que palabras aisladas dispuestas como sigue:

7 Juni	Glas
	zwei atrossen
	graus
	bringt ihnen

—Esto está escrito en alemán, dijo John Mangles apenas miró el papel.

—¿Conoceis esa lengua, John? preguntó Glenarvan.

—Perfectamente, milord.

—Decidnos, pues, lo que esas palabras significan.

—El capitán examinó el documento con atencion, y se espresó en los siguientes términos:

—Por de pronto tenemos ya la fecha del acontecimiento; 7 Juni quiere decir 7 de Junio, y aproxi-

(1) Las palabras *sink*, *aland*, *that*, *ant*, *lost*, significan, en francés, *zozobrar*, *a terre*, *ce se cl*, *perdu*, y en español, *zozobrar a tierra*, *esto*, *y*, *perdido*. *Skipper* es el nombre que se da en Inglaterra á los capitanes de la marina mercante. *Monition* quiere decir documento, y *assistance* significa socorro.

mando esta cifra al 62 que nos ha suministrado el documento inglés, tenemos la fecha completa 7 de junio de 1862.

—Muy bien, exclamó lady Elena; proseguid John.

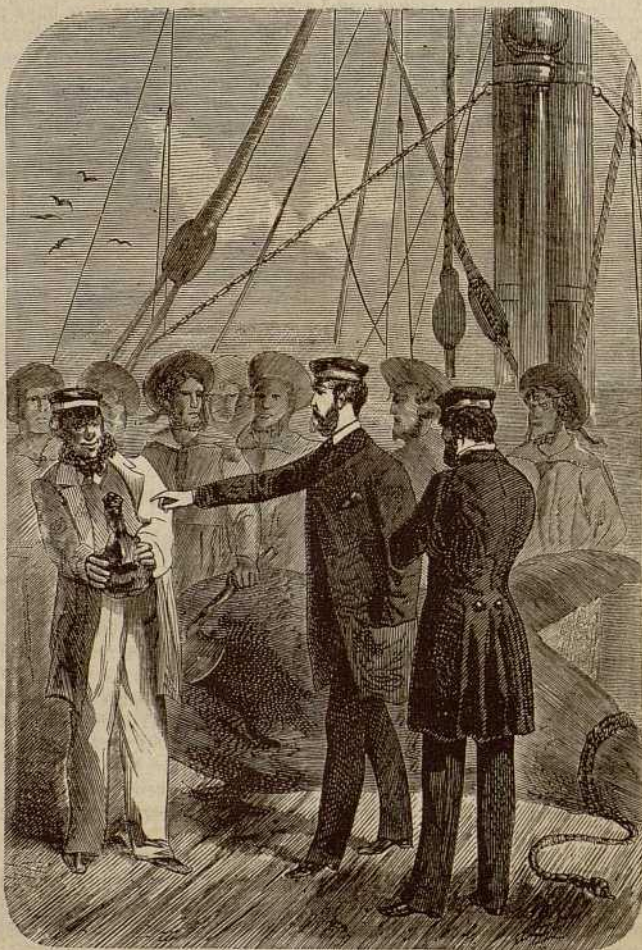
—En la misma línea, repuso el joven capitán, encuentro la palabra *Glas* que, acercándola a la palabra *gow* suministrada por el primer documento, nos da Glasgow. Se trata evidentemente de un buque del puerto de Glasgow.

—Opino lo mismo, respondió el mayor.

—La segunda línea del documento falta enteramente, prosiguió John Mangles. Pero en la tercera encuentro dos palabras importantes: *zwei* que quiere decir *dos*, y *atrosen* ó *matrosen*, que significa en alemán *marineros*.

—Así, pues, dijo lady Elena, ¿se trata de un capitán y dos marineros?

—Probablemente, respondió lord Glenarvan.



¡Cómo! exclamó Glenarvan; ¡es una botella lo que llevaba el tiburón en la tripa!

—Confieso francamente á Vuestro Honor, repuso el capitán, que la siguiente palabra *grans* es para mí ininteligible. No sé cómo traducirla. Acaso nos la haga comprender el tercer documento. En cuanto á las dos últimas palabras, se explican sin dificultad alguna. *Bring ihnen* significa *prestadles*, y si estos dos vocablos se acercan al inglés que se encuentra como ellos en la séptima línea del primer documento, es decir, á la palabra *assistance*, la frase *prestadles socorro* se completa naturalmente.

—¡Sí, prestadles socorro! dijo Glenarvan; ¿pero dónde se hallan esos desgraciados? Hasta ahora no tenemos una sola indicación de lugar, y el teatro de la catástrofe es absolutamente desconocido.

—Es de creer que el documento francés sea más expícito, dijo lady Elena.

—Veamos el documento francés, respondió Gle-

narvan, y como se trata de una lengua que todos conocemos, nuestras investigaciones serán mas fáciles.

Hé aquí el fac-símile exacto del tercer documento.

troi	ats	tannia
	gonie	austral
contin	pr	abor
jete		cruel indi
et 37° 11'		ongit
		lat.

—¡Hay cifras! exclamó lady Elena. ¡Mirad, señores! ¡mirad!

—Procedamos con orden, dijo lord Glenarvan, y empecemos por el principio. Permitidme analizar una á una estas palabras dispersas é incompletas.

Lo primero que veo, es que se trata de un buque de tres palos, cuyo nombre, gracias á los documentos inglés y francés, sabemos que es *Britannia*. La última de las dos palabras siguientes, *gonie* y *austral*, es la única que tiene una significación que comprendemos todos.

—Pues es un dato precioso, respondió John Mangles; el naufragio ha ocurrido en el hemisferio austral.

Lo que es muy vago, dijo el mayor.

—Prosigo, añadió Glenarvan. ¡Ah! la palabra *abor*, radical del verbo *abordar*. Los desgraciados han abordado á alguna parte. ¿Pero dónde? ¡contin! ¿A un continente? ¡cruel!

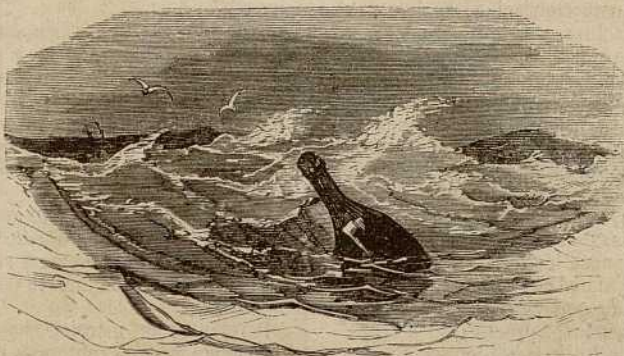
—¡Cruel! exclamó John Mangles, ya tenemos es-

plicada la palabra alemana *graus*... *grausam*..... *cruel*.

—¡Adelante! dijo Glenarvan, cuya ansiedad aumentaba á medida que iba encontrando el sentido de las palabras incompletas. *Indi*... ¿Será la *India* el país á que han sido arrojados los desventurados naufragos? ¿Qué significa la palabra *ongit*? ¡Ah! ¡latitud! Y hé aquí la latitud: *treinta y siete grados once minutos*. En fin, tenemos ya una indicación preciosa.

—Pero desconocemos la longitud, dijo Mac Nabbs.

—No se puede tener todo, mi querido mayor, respondió Glenarvan, y algo tenemos teniendo el grado exacto de latitud. Decididamente, el mas completo de los tres documentos es el francés. Es evidente



Esta botella frágil ha podido hacer un largo viaje.

que el uno era la traduccion literal del otro, pues contienen todos el mismo número de líneas. Ahora es pues preciso reunir los tres, traducirlos á una sola lengua y buscar un sentido mas probable, mas lógico y esplicito.

—¿Vais, preguntó el mayor, á hacer la traduccion en francés, en inglés ó en alemán?

—En francés, respondió Glenarvan, ya que en francés están la mayor parte de las palabras interesantes que se han conservado.

—Vuestro Honor tiene razon, dijo John Mangles, y además con el francés estamos familiarizados todos.

—Convenido. Voy á escribir el documento reuniendo esos restos de palabras y frases truncadas, respetando los intervalos que las separan y empleando aquellas cuyo sentido no puede ser dudoso. Despues compararemos y juzgaremos.

Glenarvan tomó la pluma, y poco despues presentó á sus amigos un papel en que habia trazadas las siguientes líneas:

7 juin 1862	trois-mats	Britannia	Glasgow
sombré	gonie	austral	
à terre	deux	matelots	
capitaine Gr	abor		
contin	pr	cruel	indi
jeté ce document			de longitude
et 37° 11' de latitude	Portez leur secours		
perdus (1).			

(1) 7 Junio 1862	tres palos	Britannia	Glasgow
zozobrado	gonia	austral	
à tierra		dos marineros.	
capitan Gr.	abor		
contin	pr	cruel	indi
arrojado este documento			de longitud
37° 11' de latitud	Socorredles		
perdidos.			

En aquel momento un marinero manifestó al capitán que el *Duncan* entraba en el golfo de la Clyde, y que esperaba sus órdenes.

—¿Cuáles son los deseos de Vuestro Honor? preguntó John Mangles á Glenarvan.

—Llegar á Dumbarton cuanto antes, John, y mientras Lady Elena vuelve á Malcom-Castle, iré yo á Londres á presentar este documento al Almirantazgo.

John Mangles dió las órdenes oportunas, y el marinero las transmitió al segundo.

—Ahora, amigos míos, dijo Glenarvan, continúen nuestras investigaciones. Estamos siguiendo las huellas á una gran catástrofe. De nuestra sagacidad depende la vida de algunos hombres. Empleemos toda nuestra inteligencia en encontrar la clave de este enigma.

—Estamos prontos; mi querido Edward, respondió lady Elena.

—Tres cosas bien distintas, repuso Glenarvan, hay que considerar en este documento: 1.º lo que se sabe; 2.º lo que se puede conjeturar; 3.º lo que se ignora absolutamente. ¿Qué sabemos? Sabemos que el 7 de junio de 1862 un buque de tres palos, corbeta ó fragata, la *Britannia*, de Glasgow, zozobró; que dos marineros y el capitán arrojaron este documento al mar á los 37° 11' de latitud, y que piden auxilio.

—Perfectamente, dijo el mayor.

—¿Qué podemos conjeturar? prosiguió Glenarvan. Que el naufragio ocurrió en los mares australes, y luego llamaré vuestra atención sobre la palabra *gonia*, que parece indicar por sí sola el nombre del país á que pertenece.

—¡La Patagonia! exclamó lady Elena.

—Sin duda.

—¿Pero la Patagonia está atravesada por el 37º paralelo? preguntó el mayor.

—Vamos á verlo, respondió John Mangles sacando un mapa de la América meridional. El paralelo 37° hiere de refilon la Patagonia, corta la Araucania, sigue, atravesando las Pampas, el Norte de las sierras patagónicas, y se pierde en el Atlántico.

—Bien. Continuemos nuestras congeturas. Los dos marineros y el capitán *aborn...* ¿abordan qué? *contin...*, el continente; fijad bien vuestra atención, un continente, no una isla: ¿Qué es de ellos? Tenemos dos letras providenciales *pr...* que os dicen cuál es su suerte. Los desgraciados están *presos ó prisioneros*. ¿De quién? de *cruelles indios*. ¿Estais convencidos? ¿En los espacios vacíos no parece que se colocan por sí solas las palabras con que las llenamos? ¿No veis ya disipadas en su mayor parte las tinieblas que oscurecían el documento? ¿No se ha derramado sobre él gran copia de luz?

Glenarvan hablaba con convicción. Se leía en sus ojos una confianza absoluta, y su entusiasmo se comunicó á su auditorio.

—¡Es evidente! ¡es evidente! exclamaron todos.

Lord Edward, despues de una pausa, dijo:

—Todas estas hipótesis, amigos míos, me parecen muy plausibles. La catástrofe, en mi concepto, ha ocurrido en las costas de la Patagonia. Para mayor seguridad, haré averiguar en Glasgow cuál era el destino de el *Britannia*, y sabremos si pudo ser arrastrado á aquellas aguas.

—¡Oh! no tenemos necesidad de ir á preguntar tan lejos, respondió John Mangles. Tengo aquí la colección de la *Mercantile and Shipping Gazette*, que nos suministrará indicaciones precisas.

—¡Veamos! ¡Veamos! dijo lady Glenarvan.

John Mangles tomó un lío de periódicos del año 1862 y empezó á hojearlos rápidamente. No tuvo que es'ar buscádo mucho rato, pues muy pronto dijo con acento de satisfacción:

—¡Treinta de mayo de 1862! ¡Perú! ¡El Callao; á la carga para Glasgow, la fragata *Britannia*, capitán Grant!

—¡Grant! exclamó lord Glenarvan, ¡el valiente escocés que quiso fundar una Nueva Escocia en los mares del Pacífico!

—Sí, respondió John Mangles, el mismo que en 1861 se embarcó en Glasgow en la *Britannia*, y del cual no se ha vuelto á tener noticia alguna.

—¡No cabe duda! ¡no cabe duda! dijo Glenarvan. El es. La *Britannia* salió del Callao el 30 de mayo, y el 7 de junio, ocho días despues de zarpar de aquel puerto se perdió en las costas de la Patagonia. He aquí su historia toda entera en estas palabras trunca-das que parecían indescifrables. Ya lo veis, amigos míos; nuestras congeturas eran importantes. Encuan-to á lo que no sabemos, se reduce únicamente al grado de longitud.

No nos hace ninguna falta, respondió John Mangles, puesto que el país es conocido, y con la latitud sola no tendria ningun inconveniente en encargarme de ir derecho al teatro del naufragio,

—¿Lo sabemos, pues todo? dijo lady Glenarvan.

—Todo, mi querida Elena, y los espacios que el mar ha dejado en blanco en're las palabras del documento se llenarán sin dificultad, como voy á hacerlo, y con tanta exactitud como si el mismo capitán Grant dictase.

Lord Glenarvan tomó la pluma, y redactó sin vacilación alguna la siguiente nota:

El 7 de junio de 1862, fragata *Britannia* de Glasgow zozobró en las costas de la Patagonia en el hemisferio austral. Dirigiéndose á tierra, dos marineros y el capitán Grant van á intentar abordar el continente donde serán prisioneros de los crueldes indios.

Han arrojado este documento á los grados de longitud y 37° 41' de latitud.

Socorredles ó están perdidos.

—¡Bien! ¡Bien mi querido Edward, dijo lady Elena; si esos desgraciados vuelven á su patria, á vos deberán esta inefable dicha.

—Volverán, respondió Edward. Este documento es demasiado esplicito, demasiado claro y demasiado cierto para que vacile Inglaterra en volar al socorro de tres de sus hijos abandonados en una costa desierta. Lo que ha hecho por Franklin y tantos otros, lo hará tambien por los naufragos de la *Britannia*.

—Pero esos desgraciados, repuso Lady Elena, tienen sin duda una familia que llora su desventura. Tal vez ese pobre capitán Grant tiene una mujer, tiene hijos...

—Teneis razon, mi querida lady, yo me encargo de hacer llegar á su conocimiento que no está aun perdida toda esperanza. Ahora amigos míos, subamos á la toldilla, porque debemos estar cerca del puerto.

En efecto, el *Duncan* habia forzado el vapor, y en aquel momento costeaba la is'a de Bute, dejando á estribor Rothesay, con su encantadora ciudad acostada en su fértil valle. Despues entró en el golfo, evolucionó delante de Greenock, y á las seis de la tarde fondeó al pie de la roca basáltica de Dumbarton, coronada por el célebre castillo de Wal'se, el héroe querido de Escocia.

Allí, un coche de camino aguardaba á lady Elena para llevarla á Malcolm-Castle, con el mayor Mac-Nabbs. Despues de abrazar á su esposa, lord Glenarvan partió en el tren directo del camino de hierro de Glasgow.

Pero antes de marchar habia confiado una nota importante á otro agente más rápido, y el telégrafo eléctrico, pocos momentos despues, comunicaba al *Times* y al *Morning Chronicle* el siguiente anuncio que insertaron en sus columnas.

«Para adquirir algunos datos sobre el paradero de la fragata *Britannia*, de Glasgow, su capitán Grant, »dirigirse á lord Glenarvan, Malcolm-Castle, Luss, »condado de Dumbarton, Escocia.

CAPITULO III.

MALCOLM-CASTLE.

El castillo de Malcolm, uno de los mas poéticos de los Highlands (1), está situado cerca de la aldea de Luss, dominando una pintoresca vega. Las cristalinas aguas del lago Lomond bañan el granito de sus muros. Desde tiempo inmemorial pertenecía á la familia de Glenarvan, la cual conservó en el país de Rob-Roy y de Fergus Mac Gregor las costumbres hospitalarias de los antiguos héroes de Walter Scott. En la época en que se llevó á cabo en Escocia la revolución, fueron despedidos numerosísimos vasallos que no podían pagar crecidos arrendamientos á antiguos señores ó jefes de clans (2), y los unos murieron de hambre, otros se hicieron pescadores y otros emigraron. La desesperación era general. Los Glenarvan fueron los únicos que creyeron que los contratos ligaban lo mismo á los grandes que á los pequeños, y conservaron sus enfieutos y arrendatarios, sin que ni uno solo de estos tuviese que abandonar el techo que le vio nacer y la tierra en que reposaban las cenizas de sus antepasados. Todos permanecieron en el clan de los antiguos señores. Así es que en la misma época reciente á que se refiere la historia que estamos narrando, en este mismo siglo de desunión y desafecto, la familia Glenarvan, lo mismo en el castillo de Malcolm que á bordo del *Duncan*, no tenia á su servicio mas que escoceses, descendientes todos de los vasallos de Mac Gregor, de Mac Farlane, de Mac-

(1) Tierras altas de Escocia.

(2) Tribu en Escocia.

que ha publicado en el *Times* una nota relativa al naufragio de la *Britannia*?

¡Sí, sí! respondió Lady Elena apresuradamente; ¿y vos?

—Yo soy miss Grant, señora; y ved aquí á mi hermano.

—¡Miss Grant! ¡Miss Grant! exclamó lady Elena, y atrayendo hácia sí á la jóven; la cogió las manos y besó las frescas mejillas del niño.

—Señora, dijo la jóven, ¿qué sabeis del naufragio de mi padre? ¿Mi padre vive? ¿Le volveremos á ver? Hablad, os lo suplico.

—Hija mia, dijo lady Elena, libreme Dios en semejantes circunstancias de responderos con ligereza, no quisiera daros una esperanza ilusoria...

—Hablad, señora, hablad! el hábito de sufrir me ha fortalecido contra el dolor y puedo oirlo todo.

Hija mia, respondió lady Elena, la esperanza es muy débil; pero con la ayuda de Dios, que todo lo puede, es posible que volvais á ver un día á vuestro padre.

¡Dios mio, Dios mio! exclamó miss Grant sin poder reprimir sus lágrimas, mientras Roberto cubría de besos las manos de lady Glenarvan.



Soy miss Grant, señora, y ved á mi hermano.

Pasado el primer arrebato de aquella dolorosa alegría, la jóven empezó á hacer preguntas y mas preguntas; Lady Elena le contó la historia del documento: cómo la *Britannia* se habia perdido en las costas de la Patagonia; de qué manera, despues del naufragio, el capitan y dos marineros, únicos que sobrevivieron, debían haber ganado el continente, y, por último, cómo aquellos desgraciados imploraban el auxilio del mundo entero en un documento escrito en tres lenguas y abandonando á los caprichos del Océano.

Durante la narracion, Roberto Grant deboraba con los ojos á Lady Elena, de cuyos labios estaba suspendida su vida; su imaginación infantil la trazaba las

terribles escenas de que su padre debió ser víctima; le veía en la cubierta de la *Britannia*; le seguía en el regazo de las olas, se agarraba con él á las rocas de la costa; hincando en ellas las uñas, y se arrastraba jadeando por la arena y fuera del alcance de las olas. Durante la narracion, se escaparon muchas veces de su boca palabras, á pesar suyo.

—¡Oh, papá! ¡mi pobre papá! exclamó abrazando estrechamente á su hermana.

Miss Grant escuchaba juntando los manos, y no pronunció una sola palabra hasta que hubo terminado el relato. Entonces dijo:—¡Oh, señora, el documento, el documento.

—No le tengo, hija mia, respondió lady Elena.

—¿No lo teneis ya?

—No; en interés de vuestro padre, lord Glenarvan le ha llevado á Londres; pero ya os he dicho palabra por palabra todo su contenido, y cómo hemos llegado á averiguar su sentido exacto. Las olas, que han truncado y borrado algunas frases, han respetado algunas letras pero desgraciadamente la longitud...

—Nos pasaremos sin ella! exclamó el niño.

—Sí, caballero Roberto, respondió lady Elena sonriéndose al verle tan resuelto. Así, pues, ya lo veis, miss Grant, sabeis tanto del documento como yo, habiendo puesto en vuestro conocimiento todos sus pormenores.

—Sí, señora, respondió la jóven, pero hubiera querido ver la letra de mi padre.

—Pues bien, mañana, mañana tal vez esté aquí

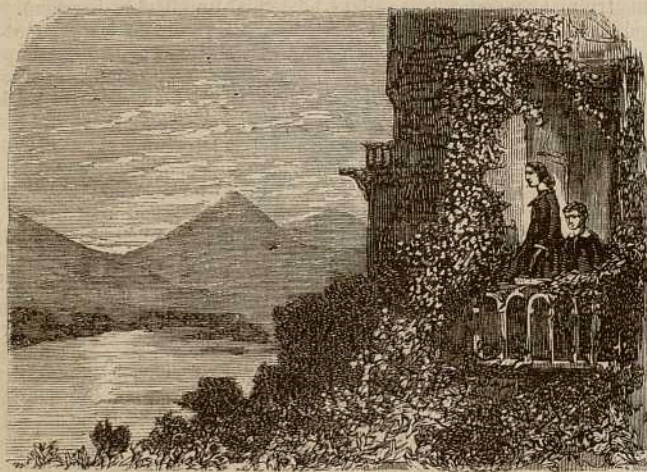
de vuelta lord Glenarvan. Mi esposo, provisto del incontestable documento, ha querido someterlo á la comision permanente del Almirantazgo, para inducirle á enviar inmediatamente un buque en busca de capitan Grant.

—¿Es posible señora! exclamó la jóven. ¿Todo eso habeis hecho por nosotros?

—Sí mi querida miss, y espero á lord Glenarvan de un momento á otro.

—Señora! dijo la jóven con religioso fervor y un profundo acento de reconocimiento, que lord Glenarvan y vos seais benditos del cielo!

—Hija mia respondió lady Elena, no merecemos nos deis las gracias; cualquier otro en nuestro lugar hubiera hecho lo mismo que nosotros. ¡Ojala se realicen las esperanzas que os he dejado concebir! Hasta



Miss Grant y su hermano en Malcolm-Castle.

que vuelva lord Glenarvan, permaneceréis en el castillo...

—Señora, respondió la jóven, no quiera abusar de la simpatía que os inspiran unos extraños...

—Extraños, hija mia! ni vuestro hermano ni vos sois extraños en esta casa, y quiero que lord Glenarvan apenas llegue tenga el gusto de dar á conocer á los hijos del capitan Grant lo que se va á intentar para la salvacion de su padre.

No era posible rehusar tan cordial ofrecimiento, por lo que miss Grant y su hermano quedaron aguardando en Malcolm-Castle que lord Glenarvan estuviese de vuelta.

CAPITULO IV.

UNA PROPOSICION DE LADY GLENARVAN.

Durante la conversacion precedente, lady Elena no habia hablado de los temores que en sus cartas ó telegramas revelaba lord Glenarvan respecto de la acogida que habia merecido su peticion á la comision permanente del Almirantazgo. Ni una palabra dijo acerca del probable cautiverio del capitan Grant entre los indios de la América meridional. ¿A qué hubiera conducido contristar á aquellas pobres criaturas con la situacion de su padre y disminuir la esperanza que acababan de concebir? Esto en nada modificaba el estado de cosas. Lady Elena habia, pues, guarda-

do silencio sobre el particular, y despues de contestar á todas las preguntas de miss Grant, la interrogó á su vez sobre su vida y su situacion en el mundo en que parecia ser ella la única protectora de su hermano.

La historia de la jóven era patética y sencilla, y aumentó la simpatía que á lady Glenarvan habia inspirado desde un principio la interesante huérfana.

Miss Mary y Roberto Grant eran los únicos hijos del capitan Harry Grant, el cual habia perdido á su esposa al nacer Roberto, y durante sus largos viajes dejaba á sus hijos confiados á una buena anciana prima suya. El capitan Grant era un valiente marino, un hombre que sabia bien su oficio, buen navegante y buen negociante á la vez, reuniendo por consiguiente una doble aptitud que no tiene precio en los *skippers* de la marina mercante. Tenia su residencia en la ciudad del Dundee, condado de Perth, en Escocia. Era, pues, un hijo del país. Su padre, ministro de Sainte-Katrine Church, le habia dado una educacion completa, pensando que una buena educacion no puede perjudicar á nadie, aunque sea un capitan de largas travesías.

Como segundo de a bordo, y despues en su calidad de *skippers*, en sus primeros viajes de Ultramar tuvieron sus negocios buen éxito, y algunos años despues del nacimiento de Roberto, era Harry poseedor de una modesta fortuna.

Entonces concibió una grande idea que dió á su

nombre popularidad en Escocia. Lo mismo que Lord Glenarvan y algunas grandes familias de los Lowlands, estaba, ya que no de hecho, de corazón separado de la invasora Inglaterra. Los intereses de su país no podían en su concepto hermanarse con los de los anglo-sajones, y para darles un desarrollo personal resolvió fundar una gran colonia escocesa en uno de los continentes de la Oceanía. ¿Soñaba para el porvenir con la independencia de que habían dado ejemplo los Estados-Unidos, y, que las Indias y Australia no pueden dejar de conquistar también tarde ó temprano? Es posible, y posible es también que dejase traslucir sus proyectos y secretas esperanzas. Era, pues, natural que el gobierno se negase á favorecer sus planes de colonización, y en efecto, no sólo se negó á prestarle apoyo, sino que le creó dificultades que en cualquier otro país hubieran acabado con un hombre. Pero Harry no se dejó abatir; hizo un llamamiento al patriotismo de sus compatriotas, puso su fortuna al servicio de su causa, construyó un buque, y, con una tripulación arrojadísima, después de haber confiado sus hijos al cariño y bondad de su anciana prima, partió para explorar las grandes islas del Pacífico. Esto sucedió en 1861. Tuviéronse de él noticias hasta Mayo de 1862, pero desde el mes de Junio, en que salió del Callao, nunca más se oyó hablar de la *Britannia*, y la *Gacete marítima* no hizo ni una sola mención de la suerte del capitán.

En estas circunstancias murió la anciana prima de Harry Grant, y los dos niños quedaron solos en el mundo.

Mary Grant tenía entonces catorce años. Su alma fuerte no retrocedió ante la situación que la había creado la adversidad, y se dedicó completamente á su tierno hermano. Era preciso educarle é instruirle. Afuerza de economías, de prudencia y de sagacidad, trabajando día y noche, dándose toda entera á él y negándose toda entera á sí misma, la hermana bastó al hermano; y cumplió valerosamente sus deberes maternales.

Los dos hermanos vivían en Dundee en la patética situación de una miseria noblemente aceptada, pero valerosamente combatida. Mary no pensaba más que en su hermano, soñaba para él un dichoso porvenir. Para ella no soñaba nada. Para ella ¡ay! la *Britannia* se había perdido, y su padre había muerto. Es imposible, pues, pintar la conmoción que experimentó cuando el anuncio del *Times*, que la casualidad puso á su vista, la arrancó súbitamente de su desesperación.

Tomó inmediatamente su partido sin vacilación alguna. Aunque le dijeran que se había encontrado el cuerpo del capitán Grant en una playa desierta ó en el fondo de un buque abandonado, la noticia había de ser menor cruel que incansante duda, el eterno tormento de la incertidumbre.

Se lo dijo todo á su hermano. Aquel mismo día, los dos jóvenes tomaron el camino de hierro de Perth, y llegaron por la tarde á Malcolm-Castle, donde, después de tantas angustias, empezó Mary á concebir algunas esperanzas.

Tal fue la dolorosa historia que refirió Mary Grant á lady Glenarvan, y se la refirió con la mayor sencillez, sin pensar siquiera que en lo que había hecho, en sus largos años de prueba, se había conducido como una verdadera heroína. Pero lady Elena lo pensó por ella, y varias veces, sin ocultar sus lágrimas, estrechó en sus brazos á los dos hijos del capitán Grant.

Parecía que Roberto oía aquella historia por primera vez; abría desmesuradamente los ojos escuchando á su hermana: comprendió todo lo que por él había hecho, todo lo que por él había sufrido, y, por fin, abrazando á su hermana:

—¡Ah! ¡mamá! ¡mi querida mamá! exclamó sin

poder contener aquel grito que salía de lo más profundo de su corazón.

Durante esta conversación la noche había cerrado completamente. Lady Elena teniendo en cuenta el cansancio de las dos pobres criaturas, no quiso prolongar más la conversación, y los mandó conducir á sus habitaciones, donde se durmieron y soñaron en un porvenir mejor.

Apenas salieron, lady Elena llamó al mayor, y le refirió todos los incidentes de aquella tarde.

—¡Virtuosa joven es Mary Grant! dijo Mac Nabbs, después de oír á su prima.

—¡Quiera el cielo que mi esposo obtenga un buen resultado! respondió lady Elena. Si no lo obtuviese, la situación de esas dos criaturas sería horrible.

—Lo obtendrá, replicó Mac Nabbs, como los lores del Almirantazgo, no tengan el corazón más duro que la piedra de Portland.

A pesar de las seguridades del mayor, lady Elena pasó la noche muy llena de desconfianza, sin poder conciliar un instante de sueño.

Al día siguiente Mary Grant y su hermano se levantaron al rayar el alba, se paseaban por el gran patio del castillo, cuando oyeron el ruido de un carruaje. Lord Glenarvan, volvía á Malcolm-Castle á todo escape. Inmediatamente lady Elena, acompañada del mayor, apareció en el patio y corrió á recibir á su esposo.

Este pareció estar triste, desazonado, furioso. Abrazaba á su esposa y callaba.

—¿Y bien, Edward? exclamó lady Elena.

—¡Mi querida Elena respondió lord Glenarvan, esos hombres no tienen corazón!

—¿Se han negado?

—¡Sí! se han negado á enviar un buque. ¡Han hablado de los millones gastados inútilmente para descubrir el paradero de Franklin! ¡han calificado el documento de oscuro é ininteligible! ¡han dicho que la pérdida de esos desgraciados data ya de dos años, y que había pocas probabilidades de encontrarles! ¡han sostenido que prisioneros de los indios, habrán sido conducidos tierra adentro, y que no es cosa de registrar toda la Patagonia para buscar tres hombres —¡tres escoceses!—, y que las investigaciones serían vanas y peligrosas y que el número de víctimas que costarían sería mayor que el que se podría salvar con ellas! En fin, han dado todas las malas razones que sugiere la falta de voluntad de hacer algo. ¡Recuerdan los proyectos del capitán, y el desgraciado Grant está perdido para siempre!

—¡Mi padre! ¡mi pobre padre! exclamó Mary echándose de rodillas á los pies de lord Glenarvan.

—¡Vuestro padre! ¡cómo! miss... dijo el lord sorprendido viendo á sus pies á aquella joven.

Sí, Edward, miss Mary y su hermano respondió lady los dos hijos del capitán Grant, á quienes el Almirantazgo condena á quearse huérfanos.

—¡Ah! miss, repuso lord Glenarvan, levantando á la joven; si hubiese sabido que estabais presente...

No dijo más. Un penoso silencio, que interrumpían los sollozos, reinaba en el patio. Nadie levantaba la voz, ni lord Glenarvan, ni lady Elena, ni el mayor, ni la servidumbre del castillo colocada silenciosamente alrededor de sus señores. Pero todos aquellos, escoceses protestaban con su actitud contra la conducta del gobierno inglés.

Pasados algunos momentos, el mayor tomó la palabra, y dirigiéndose á lord Glenarvan, le dijo:

—¿No queda, pues, ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Pues bien, exclamó el joven Roberto, yo iré á buscar á esas gentes, y... veremos.

Roberto no acabó su amenaza, porque su hermana le detuvo; pero sus puños cerrados revelaban intenciones poco pacíficas.

—¡No, Roberto, dijo Mary Grant, no! demos gracias á estos buenos señores por lo que han hecho por nosotros, quedémosles eternamente reconocidos, y partamos.

—¡Mary! exclamó lady Elena.

—¿A dónde quereis ir, miss? dijo lord Glenarvan.

—Voy á echarme á los pies de la reina, respondió la jóven, y veremos si es sorda á las súplicas de dos hijos que le piden la vida de su padre.

Lord Glenarvan movió la cabeza, no porque dudara del buen corazon de su Graciosa Magestad, sino porque sabia que Mary Grant no podia llegar hasta ella. Los que suplican llegan rara vez á las gradas de un trono, y parece que sobre la puerta de los palacios reales está escrita la advertencia que los ingleses ponen en la rueda de los gobernalles de sus buques:

Passagers are requested not to speak the man at the wheel (1).

Lady Elena habia comprendido el pensamiento de su esposo. Sabia que la jóven iba á practicar una gestion inútil, y que los dos pobres hermanos arrastrarian en lo sucesivo una existencia desesperada. Conoció entonces una idea grande y generosa.

Mary Grant, exclamó, esperad, hija mia, y escuchad lo que voy á decir.

La jóven, que tenia á Roberto cogido de la mano disponiéndose á partir, se detuvo.

Entonces lady Elena, con los ojos llenos de lágrimas, pero con firme voz y facciones animadas, se acercó á su marido.

Edward, le dijo, el capitan Grant, al escribir y echar al mar su carta, la confiaba al cuidado del mismo Dios. Dios nos la ha enviado á nosotros. Sin duda Dios ha querido que nos encargásemos nosotros de la salvacion de esos desgraciados.

—¿Qué quereis decir Elena? preguntó lord Glenarvan.

Reinaba un profundo silencio.

—Quiero decir, continuó lady Elena, que debemos considerar como una gran dicha el poder empezar con una buena accion la vida del matrimonio. Vos, mi querido Edward, habeis proyectado para complacerme un viaje de recreo. ¿Pero qué mas recreo, qué mas placer que el de salvar á esos desventurados á quienes abandona su patria?

—¡Elena! exclamó lord Glenarvan.

—¡Sí, me comprendéis, Edward! El *Duncan* es un magnifico buque; puede arrostrar los mares del Sur, puede dar la vuelta al mundo, y la dará en caso necesario. ¡Partamos Edward! ¡Vamos á buscar al capitan Grant!

Al oír tan dignas palabras, lord Glenarvan tendió los brazos á su esposa, y mientras él la estrechaba contra su corazon, Mary y Roberto la besaban las manos.

Y durante aquella patética escena, la servidumbre del castillo, conmovida y entusiasmada, lanzó este grito de reconocimiento salido del corazon:

¡Hurra por la señora de Luss! ¡hurra! tres veces ¡hurra por lord y lady Glenarvan!

CAPITULO V.

LA PARTIDA DEL DUNCAN.

Ya hemos dicho que lady Elena estaba dotada de una alma fuerte y generosa, y en verdad que lo que acababa de hacer era de ello una prueba incontestable. Lord Glenarvan estaba con razon orgulloso de aquella mujer tan capaz de comprenderle y seguirle. El propósito de ir á buscar al capitan Grant se habia apoderado ya de su mente cuando vió en Lóndres

rechazada su demanda, y si no se habia anticipado á lady Elena, fue solo por que le repugnaba demasiado la idea de separarse de ella. Pero desde el momento en que lady Elena deseaba partir, todas las vacilaciones cesaban. Los criados del castillo habian saludado con entusiasmo la proposicion, pues se trataba de la salvacion de hermanos, de escoceses como ellos, y lord Glenarvan unió cordialmente su voz á las clamaciones con que fue victoreada la señora de Luss.

Habiendo resuelto marchar, no habia que perder tiempo. Aquel mismo dia, lord Glenarvan mandó á John Mangles pasar con el *Duncan* á Glasgow, haciendo todos los preparativos para un viaje á los mares del Sur que podia muy bien convertirse en un viaje de circunnavegacion. Ademas, lady Elena, cuando formuló su proposicion, no habia exagerado las cualidades marineras del *Duncan*, construido con notables condiciones de solidez y velocidad, que le permitian lanzarse con buen éxito á los mas largos viajes.

Era el *Duncan* un yate de vapor elegantemente cortado, del porte de 210 toneladas. Los primeros buques que llegaron al Nuevo Mundo, los de Colon, Vespucio, Pinzon y Magallanes, eran de mucho menores dimensiones (2).

El *Duncan* tenia dos palos, el trinquete con su mayor, velacho, juanete y sobrejuanete, y el mayor con mesana y balastrilla, y además el correspondiente báupres con sus foques, perifoques y petifoques, sin contar las alas y arrastraderas con que se podian prolongar las velas en caso necesario. Era, pues, su velamen suficiente, y le permitia aprovecharse del viento como un simple clipper, pero su principal agente de locomocion era la potencia mecánica que encerraba en sus flancos. Su máquina, de una fuerza efectiva de 160 caballos, estaba construida por un nuevo sistema. Poseia aparatos de calefaccion que daban al vapor una tension mayor que la ordinaria, era de alta presion y ponía en juego una hélice doble. El *Duncan* á todo vapor podia adquirir una velocidad superior á todas las obtenidas hasta ahora. En sus ensayos en el golfo de la Clyde, habia andado, segun el *patent-log* (3), 17 millas por hora (4). Tal como era, podia pues hacerse á la mar y dar vuelta alrededor del mundo. John Mangles no tuvo que ocuparse mas que de los arreglos interiores.

Su primer cuidado fue convertir en carboneras algunos pañoles mas para poder llevar la mayor cantidad posible de carbon, pues era difícil en el camino renonar las provisiones de combustible. La misma precaucion tomó respecto de las despensas, y así pudo almacenar víveres para dos años. Tenia bastantes fondos á su disposicion, que le permitieron comprar un cañon giratorio que se colocó en la proa. Nadie sabia lo que podia suceder, y siempre es bueno poder enviar una bala de 8 á 4 millas de distancia.

John Mangles, dicho sea de paso era hombre que sabia donde tenia la mano derecha. Aunque no mandaba mas que un yate de recreo, no era un marino de tres al cuarto. En Glasgow, donde los buenos skippers no escasean, se le contaba entre los mas diestros, mas inteligentes y mas resueltos. Tenia 30 años, y sus facciones, aunque algo severas y rudas denotaban valor y hondad. Habia nacido en el castillo, y la familia Glenarvan, que tomó á su cargo su educacion é instruccion, hizo de él un escelente

(2) La cuarta expedicion de Colon se componia de cuatro carabelas. Colon capitaneaba la mayor cuyo porte no excedia de 70 toneladas. La de menor era de 50. Eran embarcaciones costeñas, como las que se emplean hoy para el comercio de cabotaje.

(3) El *patent-log* es un instrumento moderno que Inglaterra ha reemplazado con mucha ventaja á la corredera para medir la velocidad de los buques. Consiste en un mecanismo de agujas que giran alrededor de un circulo graduado.

(4) 17 millas ó 17 nudos. Constando la milla marina de 1852 metros, 17 millas son 7 leguas y $\frac{7}{10}$ de legua, cerca de 8 leguas de 4 kilómetros.

(1) Se suplica á los pasajeros que no hablen al que se halle en el timon.

marino. John Mangles dió repetidas pruebas de habilidad, firmeza de carácter y sangre fría en algunos viajes trasatlánticos. Cuando lord Glenarvan le ofreció el mando del *Duncan*, lo aceptó con la mayor satisfacción, porque quería como á un hermano al señor de Malcolm-Castle, y buscaba una ocasión que hasta entonces no había encontrado, de sacrificarse por él.

El segundo era Tom Austin, viejo marino digno de toda confianza. Incluyendo á éste y al capitán, la tripulación se componía de 25 hombres, pertenecientes todos al condado de Dumbarton, todos marineros consumados, hijos de arrendatarios de la familia que formaban á bordo un verdadero clan de honradas gentes á las cuales no faltaba nada, ni tan siquiera el piper-bag (1) tradicional. Lord Glenarvan tenía una tripulación compuesta de hombres honrados, satisfechos de su oficio, adictos, valientes, hábiles en el manejo de las armas y en las maniobras de un buque, y capaces de acompañarle á las mas peligrosas expediciones. Cuando la tripulación del *Duncan* supo dónde tenía que ir, no pudo contener su alegría, y los ecos de los peñascos de Dumbarton repitieron sus hurras entusiastas.

John Mangles, mientras se ocupaba de la estiva y abastecimiento de su buque, no olvidó las cámaras de lord y lady Glenarvan, y las dispuso como correspondía á personas tan distinguidas y queridas en un viaje que podía ser muy largo. Preparó igualmente los camarotes de los hijos del capitán Grant, pues lady Elena no pudo negar á Mary el permiso de seguirla á bordo del *Duncan*.

En cuanto á Roberto, si no le hubiesen dejado partir, se hubiera escondido en la sentina. Se hubiera embarcado aunque hubiese tenido, como Nelson y Franklin, que empezar á servir de grumete. No había medio de resistir á semejante hombre. Ni siquiera se pudo conseguir que se embarcase como pasajero, y se empeñó en servir de cualquier cosa, de grumete, aprendiz ú hombre de proa. John Mangles se encargó de enseñarle el oficio.

—¡Bueno, dijo Roberto, y no me escatime los disciplinazos (2), si no ando derecho como Dios mandal

—Vive tranquilo, hijo mío, respondió Glenarvan afectando hablar con formalidad, y sin decirle que las disciplinas estaban prohibidas á bordo del *Duncan* donde además, eran completamente inútiles.

Para completar el rol de pasajeros, bastará nombrar al mayor Mac-Nabbs. Era este un hombre de 50 años, de tacciones tranquilas y regulares, que iba donde le decían que fuese, de excelente índole, modesto, silencioso, pacífico y amable. De acuerdo siempre con todo el mundo, no discutía, no disputaba, ni se incomodaba nunca. Lo mismo que subía por la escalera de su cuarto, hubiera subido por una muralla batida en brecha, sin que nada en el mundo le conmoviese, ni turbase, ni una bala de cañón, y moriría probablemente sin haber encontrado en la vida una ocasión de encolerizarse. Mac-Nabbs poseía en grado heroico, no solo el valor físico únicamente debido á la energía muscular, sino el valor moral que es el que mas vale, es decir la firmeza de alma. Su único defecto, si tenía alguno, consistía en ser absolutamente escocés hasta la médula de los huesos, caledonio de sangre pura, rígido observador de las añejas tradiciones y costumbres de su país. Nunca quiso servir á Inglaterra, y el grado mayor lo ganó en el refimiento 42 de los Highland-Black-Watch, guardia negra, cuyas compañías estaban únicamente formadas de nobles escoceses. Pero en su calidad de primo de los Glenarvan, residía en el castillo de Mal-

colm, y en su calidad de mayor creyó muy natural embarcarse como pasajero en el *Duncan*.

Tal era el personal de aquel yate, llamado por circunstancias imprevistas á llevar á cabo uno de los viajes mas sorprendentes de los tiempos modernos. Desde su llegada al *Steamboast* Quay de Glasgow, había monopolizado en su provecho la curiosidad pública. Una multitud considerable le visitaba todos los días; él era el único buque que inspiraba interés, y no se hablaba mas que de él, con no mucho contentamiento de los demás capitanes del puerto, entre otros el capitán Burton, que mandaba el *Scotia*, magnífico vapor anclado junto al *Duncan*, y próximo á zarpar para Calcuta. El *Scotia*, por sus dimensiones, tenía motivos para considerar al *Duncan* como un simple *fly-boat* (3). Eso no obstante, todo el interés concentraba en el yate de lord Glenarvan, é iba en incesante aumento.

Se acercaba el momento de partir. John Mangles se había manifestado hábil y espedito. Un mes despues de haber hecho sus pruebas en el golfo de la Clyde, el *Duncan*, tripulado, estivo y provisto de todo, podía hacerse á la mar. Se fijó la partida para el 25 de agosto, lo que permitía al yate llegar á las latitudes australes á principios de primavera.

No dejó lord Glenarvan, apenas fue conocido su proyecto, de recibir, para quitárselo de la cabeza, algunas observaciones muy sensatas acerca de las fatigas y peligros del viaje; pero no hizo caso de ellas, y se dispuso á salir de Malcolm-Castle. De advertir es que muchos le admiraban sinceramente, al mismo tiempo que no le aprobaban. Además, la opinión pública se le declaró francamente propicia, y todos los periódicos, exceptuando los *órganos del gobierno*, censuraron unánimemente la conducta de los comisarios del Almirantazgo. Lord Glenarvan fue tan insensible á los elogios como á los vituperios, porque tenía la conciencia del deber, y cumpliendo con este, le importaba lo demás muy poco.

El 24 de agosto, Glenarvan, lady Elena, el Mayor Mac Nabbs, Mary y Roberto Grant, M. O. binett, el steward del yate y su mujer, Mrs. Olbinett, puesta al servicio de lady Glenarvan, salieron de Malcolm-Castle, despues de haber recibido un tierno adios de los asociados de la familia. A las pocas horas estaban todos á bordo. La población de Glasgow acogió con simpática admiración á lady Elena, á la jóven y valerosa señora que para volar al auxilio de un s infelices naufragos renunciaba á los tranquilos y fáciles goces de una vida opulenta.

Los departamentos de lord Glenarvan y su esposa ocupaban en la toldilla toda la popa del *Duncan*, y se componían de dos dormitorios, un salon y dos gabinetes para tocador. Despues había una sala comun con seis camarotes, de los cuales estaban cinco ocupados por Mary y Roberto Grant, M. y Mrs. Olbinett, y el mayor Mac-Nabbs. Los camarotes de John Mangles y Tom Austin estaban situados junto á la escotilla, muy cerca de la cubierta. La tripulación tenía sus coys en el entrepuente, y estaba muy cómodamente, porque el yate no tenía mas cargamento que carbon, víveres y armas para su propio uso. No había, pues, John Mangles carecido de espacio de que disponer para los arreglos interiores, y se aprovechó de él de manera que dejaba que desear.

El *Duncan* debía partir en la noche del 24 al 25 de agosto, con la marea descendente de las tres de la mañana. Pero antes la población de Glasgow fue testigo de una ceremonia patética. A las ocho de la noche, lord Glenarvan y sus huéspedes, con toda la tripulación, desde los fogoneros al capitán, todos los que debían tomar parte en aquel viaje filantrópico, pasaron desde el yate á Saint-Mungo, la anti-

(1) El músico que toca una especie de gaita que se usa aun actualmente en los regimientos de highlanders.

(2) En lugar de un rebenque, como en la marina española, en la marina inglesa se castiga á los marineros con unas disciplinas compuestas de 9 correas.

(3) Barco-mosea.

gua catedral de Glasgow. Aquella vieja iglesia, que quedó intacta en medio de las ruinas causadas por la reforma y que tan maravillosamente describe Walter Scott, recibió bajo sus bóvedas macizas á los pasajeros y tripulantes del *Duncan*. Les acompañaba una inmensa muchedumbre. En la espaciosa nave, llena de tumbas como un cementerio, el reverendo Morton imploró las bendiciones del cielo y colocó la expedición bajo la salvaguardia de la Providencia. Hubo un momento en que resonó la voz de Mary Grant en la antigua iglesia. La jóven rogaba por sus bienhechores y derramaba delante de Dios las dulces lágrimas

del reconocimiento. Despues se retiraron todos profundamente conmovidos.

A las once habian vuelto todos á bordo, donde John Mangles y la tripulación hicieron los últimos preparativos.

A media noche se encendieron los fogones, y el capitán dió orden de activar mucho el fuego. Torrentes de humo negro condensaron los vapores de la noche. Las velas del *Duncan* fueron cuidadosamente envueltas en el estuche de tela que servia para resguardarlas del humo, porque el viento soplabá del Sudoeste y no podia favorecer la marcha del buque,



Aquel hombre alto y enjuto de carnes, tenía unos cuarenta años.

A las dos empezó el *Duncan* á estremecerse bajo la trepidación de sus calderas; el monómetro marcó una presión de cuatro atmósferas; el vapor empezó á silbar por las válvulas; estaba la marea tendida; el día permitia reconocer ya los pasos de la Clyde entre las balizas y los *biggings* (1) cuyos faros iban poco á poco cediendo su luz al alba naciente. Era el momento de partir.

—John Mangles hizo prevenir á lord Glenarvan, y este subió enseguida á cubierta.

Muy pronto se empezó á percibir el resfojo; el *Duncan* lanzó vigorosos silbidos, largó sus amarras, y salió de entre andanas, separándose de los demás buques, púsose el hélice en movimiento y empujó al yate por el canal. John conocia admirablemente los bajos de la Clyde, y los sorteó sin necesidad de tomar práctico. El yate evolucionaba dócilmente á una señal suya; el hábil marino mandaba con una mano la máquina y con la otra el timon. Pronto se ofreció al buque un paisaje nuevo, siendo reemplazadas las últimas fábricas de la costa por las lindas casas de recreo que coronan las colinas, y poco á poco se desvanecieron los últimos rumores de la ciudad.

Una hora despues, el *Duncan* pasó cerca de las ro-

cas de Dumbarton, y pasadas otras dos horas, se hallaba en el golfo de la Clyde. A las seis de la mañana dobló el cabo de Cantyre, salió del canal del Norte, y navegó en pleno Océano.

CAPITULO VI.

EL PASAJERO DEL CAMAROTE NUMERO SEIS.

Durante el primer día de navegacion, el mar estuvo bastante picado, y al anochecer refrescó el viento. Con motivo de la marejada, eran los balances del *Duncan* bastante fuertes, por lo que las señoras tuvieron el buen gusto de quedarse echadas en sus camarotes sin aparecer por la toldilla.

Pero al día siguiente una ligera variacion del viento permitió izar el trinquete, la cangreja y la gavia, con lo que el buque, ciñendo mas y apoyándose mejor en las olas, fue menos violento en sus arfadas y balances. Apenas rayó el alba, lady Elena y Mary Grand pudieron reunirse en la cubierta con lord Glenarvan, el mayor y el capitán. La salida del sol fue magnífica. El astro del día, semejante á un disco de metal dorado por el procedimiento de Ruolz, salía del Océano como de un inmenso baño galvánico. El *Dun-*

(1) Montecillos de piedra que marcan el canal de la Clyde.

can se deslizaba en medio de una irradiación espléndida, y hubiérase dicho que se hinchaban sus velas al impulso de los rayos solares.

Los huéspedes del yate centemplantan silenciosos la aparición del astro radiante.

—¡Qué admirable espectáculo! dijo en fin lady Elena. Hermoso empieza el día. Dios quiera que el viento siga siéndonos propicio y favorezca la marcha del *Duncan*.

—Imposible sería desear un día mejor, mi querida Elena, respondió lord Glenarvan, y no podemos quejarnos del principio de nuestro viaje.

—¿Será larga la travesía, mi querido Edward?

—El capitán John nos lo dirá, respondió Glenarvan. ¿Andamos bien, John? ¿Estais satisfecho de vuestro buque?

—Muy satisfecho, milord, replicó John; es un buque maravilloso que llena de orgullo al marino que lo tiene bajo sus pies. El casco es digno de la máquina. Mirad cuán igual es el surco que deja en pos de sí y con qué facilidad el tajamar echa las olas á los lados. Andamos 17 millas por hora, y á este paso cortaremos la línea dentro de diez días, y antes de cinco semanas habremos doblado el cabo de Hornos.

—¿Oís, Mary? repuso lady Elena. ¡Antes de cinco semanas!

—Sí, lo oigo, señora, respondió la joven, y las palabras del capitán han hecho latir mi corazón con violencia.

—¿Y qué tal os prueba la navegación, miss Mary? preguntó lord Glenarvan.

—No del todo mal, milord; los balances no son muchos, y voy acostumbrándome á ellos.

—¿Y Roberto?

—¡Oh! Roberto, respondió John Mangles, cuando no está en la máquina está en los topes. No sabe lo que es mareo. ¡Mirad! ¿le veis?

—A una indicación del capitán, todas las miradas se dirigieron al palo mayor, donde estaba Roberto suspendido de una verga de juanete á 100 pies de elevación. Mary se estremeció.

—Estad tranquila, miss, dijo John Mangles, os respondo de él, y me atrevo á aseguraros que cuando encontremos al capitán Grant, que si le encontráremos, le presentaré un marino hecho y derecho.

—El cielo os oiga, capitán John, respondió la joven.

—Hija mía, repuso lord Glenarvan, hay en todo esto algo de providencial que debe darnos esperanzas. Nosotros no vamos, se nos lleva. No buscamos, se nos conduce. Y, además, ved á todas esas honradas gentes dedicadas al servicio de una causa tan bella. No solamente triunfaremos en nuestra empresa sino que la llevaremos á cabo sin dificultad. Prometí á lady Elena un viaje de recreo, y me parece que cumpliré mi palabra.

—Sois, Edvard, el mejor de los hombres, dijo lady Glenarvan.

—No tal, pero tengo la mejor de las tripulaciones y el mejor de los buques. ¿No os causa admiración nuestro *Duncan*, miss Mary?

—Lo admiro, milord, respondió la joven, y le admiro como verdadera conocedora.

—¡De veras!

—Siendo aun muy niña, jugaba con los buques de mi padre, el cual hubiera al cabo hecho de mí todo un marino, y aun ahora no me vería muy apurada para trenzar un gratel ó tomar rizos.

—¿Qué estais diciendo, miss? exclamó John Mangles.

—Si habláis de ese modo, dijo lord Glenarvan á miss Mary, vais á entusiasmar al capitán John y á hacer de él el mayor amigo vuestro, porque él no concibe en el mundo mas que un estado, el de marino. No concibe otro, ni aun para la mujer. ¿No es verdad, John?

—Verdad es, milord, respondió el joven capitán, y sin embargo confieso que miss Grant está mejor hablando en la toldilla que aferrando un juanete, lo que no impide que me agrade mucho oír la espresarse como se espresa.

—Y sobre todo cuando admira el *Duncan*, replicó Glenarvan.

—Que bien lo merece, respondió John.

—Tan orgulloso estais de vuestro yate, dijo lady Elena, que con vuestros elogios me haceis desear visitarle hasta la sentina, y ver qué tal les va en el entrepuente á nuestros buenos marineros.

—Perfectamente, respondió John; están en él como en su casa.

—Y en su casa están en realidad, mi querida Elena, respondió lord Glenarvan. Este yate es un pedazo desprendido del condado de Dumbarton que voga por gracia especial, de suerte que nosotros de hecho no hemos salido de nuestro país. El *Duncan* es el castillo de Malcolm, y el Océano es el lago Lomond.

—Pues bien, mi querido Edward, hacednos los honores del castillo, respondió lady Elena.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, dijo Glenarvan, pero antes dejadme prevenir á Olbinett.

El *steward* era un escocés que merecía ser francés por su importancia. Excelente cocinero, desempeñaba sus importantes y elevadas funciones con celo é inteligencia. Acudió á recibir órdenes de su amo.

—Olbinett, vamos á dar un paseo para hacer ganas de almorzar, dijo Glenarvan, como si se tratase de un paseo á Tarbet ó al lago Katrine, y espero que á la vuelta encontraremos la mesa puesta.

Olbinett se inclinó gravemente.

—¿Nos acompañais, mayor? dijo lady Elena.

—Si me lo ordenais, respondió Mac Nabbs.

—¡Oh! dijo lord Glenarvan, dejar al mayor contemplando estático el humo de su cigarro. Ahí teneis miss Mary al mas intrépido de los fumadores. Fuma incesantemente, hasta durmiendo.

El mayor hizo un ademán de asentimiento, y los demás huéspedes de lord Glenarvan bajaron al entrepuente.

Mac Nabbs se quedó solo, y conversando consigo mismo, segun tenia de costumbre, pero sin contradecirse jamás, se envolvió en nubes mas densas. Permanecía inmóvil, y miraba hácia popa la estela del yate. Despues de algunos minutos de muda contemplación, se volvió y se vió delante de un nuevo personaje. Este encuentro hubiera sorprendido al mayor, si al mayor hubiera podido sorprender algo, pues el nuevo pasajero le era absolutamente desconocido.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto y enjuto de carnes. Tenia bastante semejanza con un clavo largo de cabeza grande, pues la suya era, en efecto, ancha y voluminosa, su frente alta, su nariz prolongada, su boca grande y su barba muy prominente. Sus ojos se escondian detrás de unas gafas redondas, y su mirada parecia tener la indecisión particular que caracteriza á los nictalopes (1). Su fisonomía era la de un hombre inteligente y jovial, sin tener en manera alguna ese aspecto repulsivo de los personajes graves que hacen de la seriedad un principio. que por sistema no rien nunca, ocultando bajo una máscara de formalidad una nulidad completa. La soltura, la amable franqueza del desconocido demostraban claramente que sabia tomar los hombres y las cosas por su buen lado. Se comprendia, antes que hablase, que era hablador; y sobre todo distraído, á la manera de esos que no ven lo que miran, ni oyen lo que escuchan. Llevaba una gorra

(1) La nictalopía es una disposición particular del ojo que permite en la oscuridad ver los objetos.

de viaje, botas amarillas y polainas de cuero, un pantalón de terciopelo castaño y una chaqueta de lo mismo, cuyos innumerables bolsillos estaban atestados de diccionarios, agendas, carteras, libros de memoria y otros mil objetos tan embarazosos como inútiles, amen de un largo anteojo de larga vista que llevaba colgado de una correa de charol á guisa de bandolera de guarda paseos.

Su agitacion contrastaba singularmente con la flemma del mayor, alrededor del cual giraba, mirándole, interrogándole con los ojos, sin que Mac Nabbs se cuidase de preguntarle de dónde venia, ni á dónde iba, ni por qué se hallaba á bordo del *Duncan*.

Cuando aquel enigmático personaje vió burladas sus tentativas por la indiferencia del mayor, cogió su anteojo, que en su mayor desarrollo media cuatro pies de longitud, é inmóvil como el poste de una carretera, con las piernas abiertas, asestó su instrumento á la línea del horizonte en que el cielo y el agua se confunden, y despues de cinco minutos de examen bajó su anteojo, le dejó descansar en la cubierta, y se apoyó en él como si fuese un baston. Los tubos del instrumento se metieron inmediatamente uno dentro de otro, y el nuevo pasajero, faltándole de improviso su punto de apoyo, estuvo próximo á caer, cuan largo era, al pié del palo mayor.

Cualquier otro, que no hubiera sido el mayor, no hubiera podido contener la risa, pero el mayor no pestañeó siquiera. El intruso tomó entonces su partido.

—Stewart, gritó con un acento extranjero.

Se quedó aguardando, y no pareció nadie.

—Stewart, repitió con voz mas fuerte.

Pasaba en aquel momento M. Olbinett, que iba á la cocina situada en la proa. ¡Cuál fue su asombro al oirse llamar por aquel individuo larguirucho á quien no conocia!

—¿De dónde habrá salido ese personaje? se preguntó. ¿Será un amigo de lord Glenarvan? Imposible.

Sin embargo, subió á la toldilla, y se acercó al extranjero.

—¿Sois vos el steward del buque? le preguntó.

—Sí, señor, respondió Olbinett, pero no tengo la honra...

—Soy el pasajero del camarote número seis.

—¿Número seis? repitió el steward.

—Sin duda. ¿Y vos os llamais?...

—Olbinett.

—Pues bien, Olbinett, amigo mio, respondió el extranjero del camarote número seis, me parece que ya es hora de almorzar. Treinta y seis horas hace que no he probado bocado, ó por mejor decir, treinta y seis horas hace que no hecho mas que dormir, lo que es muy perdonable á un hombre que ha venido de una tirada de París á Glasgow. ¿A qué hora se almuerza aqui?

—A las nueve, respondió maquinalmente Olbinett.

El extranjero quiso consultar su reloj, lo que no dejó de llevarle algun tiempo, pues no dió con él hasta que metió la mano en su noveno bolsillo.

—Bueno, dijo, no han dado aun las ocho. Dadme, pues, Olbinett, un bizcochito para aguarar y un vaso de sherry, porque me estoy cayendo.

Olbinett oía y callaba, sin comprender nada. Además, el desconocido se le decia todo él solo y pasaba de un asunto á otro con una volubilidad suma.

—Y bien, dijo, ¿y el capitán? ¿No se ha levantado aun? ¿Y el segundo? ¿Qué hace el segundo? ¿Duerme tambien? Afortunadamente el tiempo es bueno, el viento favorable, y el buque anda solo...

De este modo hablaba cuando apareció John Mangles por la escotilla de popa.

—Ved al capitán, dijo Olbinett.

—¡Cuánto me alegro! exclamó el desconocido. Celebro conoceros, capitán Burton.

John Mangles quedó como quien ve visiones oyéndose llamar capitán Burton y encontrando á bordo á un desconocido.

El otro continuó como si tal cosa:

—Permitidme daros un apretón de manos, dijo, ya que no os lo di antes de anoche, porque en el momento de zarpar no se debe incomodar á los marinos. Pero hoy, capitán, os digo que tengo el mayor gusto en conoceros.

John Mangles abría desmesuradamente los ojos, mirando tan pronto á Olbinett como al recién venido.

—Ahora, repuso este, que me he presentado ya á vos, mi querido capitán, somos como dos antiguos amigos. Hagamos, y decidme si estais contento del *Scotia*.

—¿Qué entendeis vos por el *Scotia*? dijo por fin John Mangles.

—El *Scotia* que nos lleva, un buen buque cuyas cualidades físicas me han ensalzado mucho, al mismo tiempo que las prendas morales de su comandante, el bravo capitán Burton. ¿Seriais acaso pariente del gran viajero africano del mismo apellido? Es un hombre audaz. Pero nada de cumplimientos.

—Caballero, respondió John Mangles, yo no soy pariente del gran viajero Burton, ni soy tampoco el capitán Burton.

—¡Ah! exclamó el desconocido, ¿es pues, á monsieur Burdness, el segundo del *Scotia*, á quien me dirijo en este momento?

—¿Mr. Burdness? respondió John Mangles que empezaba á caer en la cuenta. ¿Tenia que habérselas con un loco ó con un atolondrado? Se hacia á sí mismo esta pregunta, é iba á explicarse categóricamente cuando volvieron á cubierta lord Glenarvan, su esposa y miss Grant. Al verles, el desconocido exclamó:

—¡Ah, pasajeros, pasajeros! Me alegro mucho. Espero, Mr. Burdness, que me presenteis...

Y adelantándose con perfecto aplomo, sin aguardar la intervencion de John Mangles:

—Señora, dijo á miss Grant, miss, dijo á lady Elena, caballero, dijo á lord Glenarvan...

—Lord Glenarvan, dijo John Mangles.

—Milord, repuso entonces el desconocido, os pido me disimuleis el que me presente yo mismo; pero en el mar es preciso no ceñirse demasiado á ciertas fórmulas, y espero que no tardaremos en conocernos, y que la compañía de estas señoras hará tan corta como agradable nuestra travesía en el *Scotia*.

Lady Elena y miss Grant no supieron qué responder. No comprendian la presencia de aquel intruso en la toldilla del *Duncan*.

—Señor, dijo entonces Glenarvan, ¿á quién tengo la honra de hablar?

—A Santiago. Elías, Francisco María Paganel, secretario de la Sociedad de Geografía de París, miembro corresponsal de las Sociedades de Berlin, Bombay, Darmstadt, Leipzig, Londres, San Petersburgo, Viena y New-York, miembro honorario del Instituto real geográfico y etnográfico de las Indias orientales, el cual, despues de haber pasado veinte años de la vida estudiando geografía en su gabirrete, ha querido entrar en la ciencia militante, y se dirige á la India para coordinar unos con otros los trabajos de los grandes viajeros.

CAPITULO VII.

DE DÓNDE VIENE Y Á DÓNDE VA SANTIAGO PAGANEL.

La gracia con que dijo todo esto el secretario de la Sociedad de Geografía probaba que era un hombre muy amable. Lord Glenarvan sabia, además, per-

fectamente con quién estaba hablando; conocía el nombre y el mérito de Santiago Paganel, cuyos trabajos geográficos, memorias sobre los descubrimientos modernos insertos en los boletines de la Sociedad y correspondencia con el mundo entero, le acreditaban como uno de los sabios mas distinguidos de Francia. Así es que Glenarvan tendió cordialmente la mano á su huésped inesperado.

—Y ahora que están hechas nuestras presentaciones, añadió, ¿me permitireis, Mr. Paganel, hacer os una pregunta?

—Cuántas queráis, milord, respondió Santiago Paganel; tendré siempre mucho gusto en conversar con vos.

—¿Llegásteis antes de anoche á bordo de este buque?

—Sí, milord, anteayer á las ocho. Pasé del *Caledonian-railway* á un carruaje, y del carruaje al *Scotia*, donde escribí desde París para que me reservasen el camarote número 6. La noche estaba oscura. A nadie ví á bordo. Rendido por un viaje de treinta horas, y sabiendo que es una buena precaucion para evitar el mareo acostarse al llegar y no moverse durante los primeros dias de travesía, me metí en la cama inmediatamente, donde he dormido como un lirón,—no creais que exageio,—por espacio de treinta y seis horas.

Los que oían á Santiago Paganel sabían ya á qué



Paganel cogió un anteojó de cuatro pies de largo.

atenerse acerca de su presencia á bordo. El viajero francés, equivocando el buque, se había embarcado mientras la tripulación del *Duncan* se hallaba en la ceremonia de Saint-Mango. Todo estaba explicado. ¿Pero qué iba á decir el sabio geógrafo, luego que supiese el nombre y el destino del buque en que se encontraba?

—¿Así, pues, M. Paganel, dijo Glenarvan, es Calcuta el punto de partida de vuestros viajes?

—Sí, milord. Durante toda mi vida he acariciado la idea de ver la India. Voy, en fin, á realizar mi sueño dorado en la patria de los elefantes y de los tangs.

—¿No os sería indiferente, señor Paganel, visitar otro país?

—No, milord, me sería hasta desagradable; porque tengo recomendaciones para Sommercet, el gobernador general de las Indias, y tengo que desempeñar una misión de la Sociedad geográfica.

—¿Con que teneis una misión?

—Sí, tengo que intentar un viaje útil y curioso, cuyo programa ha sido redactado por mi sabio amigo y colega M. Virian de Saint-Martin. Se trata de seguir las huellas de los hermanos Schlagintweit, del coronel Waugh, de Hodgson, de los misioneros Hue y Gabet, de Moorcroft, de Webb, de M. Julio Remy y de otros

varios viajeros célebres. Quiero triunfar donde pereció desgraciadamente en 1846 el misionero Krick, quiero, en una palabra, reconocer el curso del *Yarou-Dzangbo-Tchou*, que riega el Tibet en un espacio de 1,500 kilómetros, rodeando la base septentrional del Himalaya, y saber, en fin, si este rio se junta con el *Brahmapoutre* al Nordeste de Assam. La medalla de oro, milord, está asegurada al viajero que llegue á realizar este viaje, que es uno de los mas vivos *désiderata* de la geografia de las Indias.

Paganel estaba magnífico. Hablaba con una animación soberbia, dejándose llevar rápidamente en alas de su imaginación, tan imposible de refrenar como el Rhin en las cataratas del Schafousem.

—M. Jacques Paganel, dijo lord Glenarvan después de un breve silencio, es seguramente un buen viaje el que vais á emprender, y por él os quedará la ciencia reconocida; pero no quiero prolongar por mas tiempo vuestro error, y debo deciros que, al menos por ahora, tendreis que renunciar al placer de visitar las Indias.

—Renunciar! ¿Y por qué?

—Porque volveis la espalda á la península india.

—¿Cómo! el capitán Burton...

—Yo no soy el capitán Burton, respondió John Mangles.

—¿Pero el *Scotia*?

—Este buque no es el *Scotia*.

No sería posible describir el asombro de Paganel. Miró sucesivamente á lord Glenarvan, que permanecía serio, á lady Elena y á Mary Grant, cuyas fac-

ciones expresaban un simpático sentimiento, á John Manbles que se sonreía y al mayor que no pestañeaba; después encogiéndose de hombros y pasando las gafas de la frente á los ojos:

—¿Qué chasco! exclamó.



Paganel se precipitó en su camarote.

Pero en aquel momento tropezó su mirada con la rueda del timón en que se leía este rótulo:

DUNCAN
GLASGOW.

—¡El Duncan! ¡el Duncan! exclamó con verdadera desesperación.

Después, precipitándose por la escotilla de popa, entró en su camarote.

Así que desapareció el desventurado sabio, nadie á bordo, esceptuando el mayor, pudo conservar su seriedad, y hasta los marineros se rieron. ¡Equivocarse de railway! ¡Se comprenle! ¡Tomar el tren de Edimburgo por el Dumbarton! ¡Pase también! Pero equivocarse de buque, y navegar hacia Chile queriendo ir á Indias, es ya un exceso de distracción inconcebible.

—Nada me admira, dijo lord Glenarvan, en Santiago Paganel, cuyas distracciones le han hecho célebre. Una vez metió el Japon en un célebre mapa que publicó de América, lo que no le impide ser un sabio distinguido, y uno de los mejores geógrafos de Francia.

—¿Pero qué vamos á hacer de ese pobre señor? dijo lady Elena. No podemos llevárnoslo á Patagonia.

—¿Por qué no? respondió gravemente Mac Nabbs; nosotros no tenemos la culpa de sus distracciones. Supongamos que se hallara en un tren de camino de hierro. ¿Le haría detenerse?

—No, pero bajaría en la estación próxima, contestó lady Elena.

—Pues bien, dijo Glenarvan, eso mismo podrá hacer, si quiere, á nuestra primera arribada.

En aquel momento Paganel, avergonzado y cariacontecido, volvió á subir á la toldía, después de haberse asegurado de que tenía á bordo su equipaje. Repetía incesantemente estas palabras: ¡el *Duncan*! ¡el *Duncan*! No hubiera podido encontrar otras en su vocabulario. Iba y venía, examinando la arboladura del yate, é interrogando el mudo horizonte de alta mar. Volvió al fin á acercarse á lord Glenarvan.

—¿Y este *Duncan* va?... dijo.

—A América, señor Paganel.

—¿Y mas especialmente?..

—A Concepción.

—¡A Chile! ¡á Chile! exclamó el desventurado geógrafo. ¡Y mi misión de las Indias! ¿Qué van á decir M. de Quatrefages, presidente de la comisión central y M. de Avezac, y M. Cortambert, y M. Vivian de Saint-Martin? ¿Como me he de volver á presentar á las sesiones de la Sociedad?

—Calma, señor Paganel, respondió Glenarvan, no os desesperéis. Todo puede arreglarse, y no habreis sufrido mas que un retraso relativamente de poca importancia. El Yarou Dzangbo-Tchou os aguardará todo el tiempo que queráis en las montañas del Ti-

het. Pronto tocaremos en la isla de Madera, y allí no faltará algun buque para volveros á Europa.

—Os doy gracias, milord, y no hay más que hacer que resignarse. Pero no se puede negar que la aventura es extraordinaria, y que solo á mí suceden estas cosas. ¡Y mi camarote, que lo tengo tomado á bordo del *Scotia*!

—¡Ah! en cuanto al *Scotia*, podeis renunciar á él por ahora!

—Pero, dijo Paganel despues de haber examinado de nuevo el buque, ¿no es el *Duncan* un yate de recreo?

—Sí, señor, respondió Jhon Mangles, y pertenece á Su Honor lord Glenarvan.

—Que os suplica que useis ámpliamente de su hospitalidad, dijo Glenarvan.

—Mil gracias, milord, respondió Paganel; os agradezco en el alma vuestra cortesía; pero permitidme una simple observacion: la India es un hermoso país; ofrece á los viajeros sorpresas maravillosas, y sin duda estas señoras no lo conocen. Pues bien, bastaria que el timonel diese una vuelta á la rueda, para que el yate *Duncan* navegase con tanta facilidad hácia Calcuta como hácia Concepcion, y puesto que se trata de un viaje de recreo...

Los movimientos de cabeza que acogieron la proposicion de Paganel no permitieron á este acabarla de desenvolver, y quedó como cortado.

—M. Paganel, dijo entonces lady Elena, si no se tratase mas que de un viaje de recreo, os responderia; Vamos todos á las Indias, y lord Glenarvan no se opondría á ello. Pero el *Duncan* va á recoger, para volverlos á su patria, algunos naufragos abandonados en las costas de la Patagonia y no puede desistir de un propósito tan humanitario.

En poco tiempo el viajero francés fue puesto al corriente de la situacion, y no sin conmoverse, supo el providencial encuentro de los documentos, la historia del capitán Grant y la generosa proteccion de lady Elena.

—Señora, dijo, permitidme en cuanto habeis hecho admirar vuestra conducta, y admirarla sin reserva. Que vuestro yate continúe su rumbo, pues yo no podría perdonarme nunca el haberle ocasionado un solo dia de retraso.

—¿Quereis asociaros á nuestras investigaciones? preguntó lady Elena.

—Es imposible, señora, tengo que cumplir mi mision. Desembarcaré en el primer punto en que toqueis...

—En Madera, pues, dijo Jhon Mangles.

—Sea. Me hallaré á 180 leguas de Lisboa, y aguararé allí medios de trasporte.

—Corriente, M. Paganel, dijo Glenarvan, todo se hará á medida de vuestro deseo, y entre tanto me considero feliz pudiéndoos ofrecer algunos dias de hospitalidad á bordo. ¡Ojalá no os fastidies mucho en nuestra compañía!

—¡Oh! milord, exclamó el sabio, en medio de todo ha sido para mí una dicha equivocarme de una manera tan agradable. Sin embargo, es una situacion muy ridicula la de un hombre que se embarca para las Indias y se hace á la vela para América.

A pesar de esta reflexion matemática, Paganel se conformó con un retraso que no podia evitar. Se manifestó amable, alegre y hasta distraído; encantó á las señoras con su buen humor, y antes de terminar el dia, era ya amigo de todo el mundo. A petición suya, le enseñaron el famoso documento, y lo estudió con cuidado y minuciosamente. No le pareció posible mas interpretacion que la que se le habia dado. Mary Grant y su hermano le interesaron vivamente, y les dió buenas esperanzas. Su manera de entrever los acontecimientos y el buen éxito infalible que predijo al *Duncan* arrancaron á la jóven una

sonrisa. La verdad es que, sin la mision especial que se lo impedia, se hubiera lanzado tambien en busca del capitán Grant.

Respecto á lady Elena, cuando él supo que era hija de William Tuffnel, prosiguió en una explosion de interecciones admirativas. Habia conocido á su padre. ¡Qué sabio tan audaz! ¡Cuántas cartas se escribieron cuando William Tuffnel fue miembro correspondiente de la Sociedad! ¡Era él, el mismo, quien le habia presentado con Malte-Brun! ¡Qué encuentro tan feliz! ¡qué gusto viajar con la hija de William Tuffnel!

Por último, pidió á lady Elena permiso para abrazarla, en lo que consintió lady Glenarvan, aunque fuese algo *improper*.

CAPITULO VIII.

UN BUEN SUGETO MAS Á BORDO DEL DUNCAN.

El yate, favorecido por las corrientes del Norte de Africa, avanzaba rápidamente hácia el Ecuador. El 30 de agosto se reconoció el grupo de islas de Madera, y Glenarvan, fiel á su promesa, ofreció á su nuevo huésped tocar allí para dejarle en tierra.

—Mi querido lord, respondió Paganel, con vos no gastaré ceremonias. ¿Antes de mi llegada á bordo, teniais intencion de deteneros en Madera?

—Francamente, no, dijo Glenarvan.

—Pues bien, permitidme aprovechar las consecuencias de mi pícará distraccion. Madera es una isla demasiado conocida; y nada interesante ofrece á un geógrafo. Se ha dicho y escrito acerca de este grupo cuanto se puede decir y escribir, y además es un país que se halla en plena decadencia bajo el punto de vista de la vinicultura. ¡Ya no hay viñas en Madera! La cosecha de vino que, en 1813, ascendia á 22,000 pipas (1), en 1815 habia descendido á 2069, y en la actualidad no llega á 500. Es un espectáculo desconsolador. Así, pues, ¿si os fuese indiferente hacer escala en Canarias?...

—Hagamos escala en Canarias, respondió Glenarvan. Eso no nos separa de nuestro camino.

—Lo se, mi querido lord. En Canarias, ya lo sabeis, hay tres grupos dignos de estudio, sin hablar del pico de Tenerife, que he tenido siempre muchos deseos de ver con mis propios ojos. La ocasion se presenta y me aprovecho de ella. Mientras esté aguardando la llegada de un buque que me vuelva á Europa, subiré á esa célebre montaña.

—Como gustéis, mi querido Paganel, respondió lord Glenarvan, sonriéndose sin poderlo remediar.

Y tenia razon en sonreirse.

Las Canarias distan poco de Madera. 250 millas (2) escasas separan los dos grupos, y esta distancia era insignificante para un buque de primera marcha como el *Duncan*.

A las dos de la tarde del 31 de agosto, Jhon Mangles y Paganel se paseaban por la toldilla. El francés hacia á su compañero mil preguntas acerca de Chile; pero de pronto el capitán le interrumpió, señalando al Sur un punto en el horizonte.

—¿Señor Paganel? dijo.

—Mi querido capitán, respondió el sabio.

—Mirad hácia allí. ¿No veis nada?

—Nada.

—No mirais donde debeis. No es en el horizonte, sino encima de él, en las nubes.

—¿En las nubes? Pues por mas que miro...

—Mirad ahora, enfilando por el bauprés.

—No veo nada.

—Porque no quereis ver. Aunque estamos á 40

(1) La pipa equivale á 50 hectólitros.

(2) 90 leguas próximamente.

millas de distancia, el pico de Tenerife se nos presenta perfectamente visible encima del horizonte.

Que Paganel quisiera ó no ver, no confesándose ciego, tuvo algunas horas después que rendirse á la evidencia.

—¿Le distinguís al cabo? le dijo Jhon Mangles.

—Sí, sí, perfectamente, respondió Paganel, ¿y es eso, añadió con un tono desdenoso, lo que se ha dado en llamar el pico de Tenerife?

—Eso mismo.

—Pues me parece que no es muy alto.

—Sin embargo, se eleva 11,000 pies sobre el nivel del mar.

—Mas alto es el Mont-Blanc.

—No diré que no. Pero acaso os parezca demasiado alto cuando tengais que encaramaros por él.

—¡Oh! ¡encaramarme, encaramarme! ¿Por qué me he de encaramar? quisiera me lo dijeseis. ¿No han subido ya al pico de Tenerife MM. de Humboldt y Beuplan? ¿Qué gran genio es Humboldt! Trepó por la montaña; dió de ella una descripción que nada deja que desear, y reconoció sus cinco zonas: la de los vinos, la de los laureles, la de los pinos, la de los brezos alpinos, y por último la de la esterilidad. Puso el pie en la cima del mismo pico, donde ni espacio tenia para sentarse. Desde lo alto de la montaña, abarcó su vista un horizonte igual á una cuarta parte de España. Después visitó el volcan, registró sus entrañas, y alcanzó el fondo del cráter apagado. ¿Qué quereis que haga yo, después de ese grande hombre? ¿Podeis decirme lo?

—En efecto, respondió Jhon Mangles, es un campo ya espigado. Lo siento, porque vais á fastidiaros mucho, aguardando un buque en el puerto de Tenerife. No podeis prometeros encontrar allí grandes distracciones.

—Como no sean las mias propias, dijo Paganel riendo. ¿Pero acaso, mi querido Mangles, no ofrecen las islas de Cabo Verde, buenos puntos de escala?

—Sí por cierto. Nada mas fácil que embarcarse en Villa-Prata.

—Sin hablar de una ventaja que no es de despreciar, replicó Paganel, cual es que las islas del Cabo Verde no distan mucho del Senegal, donde encontraré compatriotas. Ya se que se dice que ese grugo es poco interesante, salvaje é insalubre; pero todo es curioso para los ojos de un geógrafo. Ver es una ciencia. Muchos hay que no saben ver, y que viajan con tanta inteligencia como un crustáceo. No pertenezco á su escuela.

—Como gustéis, M. Paganel, respondió Jhon Mangles; yo estoy seguro de que la ciencia geográfica ganará mucho con vuestra permanencia en las islas de Cabo Verde. Debemos precisamente hacer allí escala para tomar carbon, y de consiguiente no nos causará ninguna estorsion vuestro desembarque.

Dicho esto, mandó el capitán pasar al Oeste de las islas Canarias. Se dejó á babor el célebre pico, y el *Duncan*, continuando su marcha rápida, cortó el trópico de Cáncer el 2 de setiembre, á las cinco de la mañana. Hubo entonces variacion de tiempo. Se sintió la atmósfera húmeda y pesada de la estación de las lluvias, el tiempo de las aguas, segun la espresion española; estacion penosa para los viajeros, pero útil para los habitantes de las islas africanas, que carecen de árboles, y por consiguiente de agua. El mar, muy picado y grueso, impidió á los pasajeros permanecer sobre cubierta, pero las conversaciones no por tenerse en el salon fueron menos animadas.

El 3 de setiembre, Paganel empezó á arreglar su equipaje para su próximo desembarque. El *Duncan* evolucionaba entre las islas de Cabo Verde; pasó por delante de la isla de la Sal, verdadera tumba de arena árida y triste, y después de haber costado los grandes bancos de coral, dejó á un lado la isla de

Santiago, atravesada de Norte á Mediodía por una cordillera de montañas basálticas, que terminan en dos erguidas crestas. Antró después en la bahía de Villa-Prata, y ancló luego delante de la ciudad, en ocho brazas de fondo. El tiempo era espantoso y la resaca muy violenta, pero la bahía estaba resguardada del viento. La lluvia caía á torrentes y apenas permitia ver la ciudad, que se levanta sobre una llanura en forma de terraza, apoyándose en una escollera de rocas volcánicas de trescientos pies de altura. El aspecto de la isla, vista al trasluz de la densa cortina de lluvia, era muy triste.

Lady Elena no pudo realizar su propósito de visitar la ciudad, pues hasta el embarque del carbon se hizo difícilmente. Los pasajeros del *Duncan* tuvieron pues, que guarecerse bajo la toldilla, mientras el mar y el cielo mezclaban sus aguas en una confusion indecible. El estado del tiempo fue el objeto de las conversaciones de á bordo. Cada cual espuso su opinion, á escepcion del mayor, que hubiera presenciado el diluvio universal con una indiferencia completa. Paganel iba y venia moviendo la cabeza.

—Parece hecho espresamente, decia.

—Está visto, respondió Glenarvan, que están conjurados contra vos los elementos.

—Sin embargo, veremos quién puede mas.

—No podeis arrostrar una lluvia semejante, dijo lady Elena.

—¿No he de poder, señora? No la temo mas que por mis equipajes é instrumentos, que van á ponerse perdidos.

—Lo único que hay que temer es el desembarco, repuso Glenarvan. Una vez en Villa-Prata, no estareis del todo mal alojado, aunque no con mucha limpieza, en compañía de monos y cerdos, cuyas relaciones no son siempre agradables. Pero un viajero no se para en barras. Además, es de esperar que dentro de siete ú ocho meses se os proporcione algun medio de embarcaros para Europa.

—¿Siete ú ocho meses! exclamó Paganel.

—Por lo menos. Las islas de Cabo Verde son poco frecuentadas durante la estacion de las lluvias. Pero podreis matar útilmente el tiempo. Este archipiélago es aun poco conocido, y queda mucho que hacer en topografía, climatología, etnografía é hipsometría.

—Tendreis rios que reconocer, dijo lady Elena.

—No los hay, señora, respondió Paganel.

—¿Pues habrá arroyos?

—Tampoco.

—¿Arroyuelos?

—Tampoco.

—Bien, dijo el mayor, recorrereis los bosques.

—¿Qué bosques ha de haber, si no hay árboles?

—¡Hermoso país! replicó el mayor.

—Consolaros, mi querido Paganel, dijo entonces Glenarvan, no os faltarán montañas.

—Poco elevadas y poco interesantes, milord. Además, ese trabajo está ya hecho.

—¡Hecho! exclamó Glenarvan.

—Sí, es mi percañe habitual. ¡Si en las Canarias me veo delante de Humboldt, aquí me encuentro precedido por el geólogo M. Sainte-Claire Deville.

—¿Es posible?

—¡Y tanto! respondió Paganel muy compungido.

M. Sainte-Claire Deville se hallaba á bordo de la corbeta de guerra la *Décidée*, que hizo escala en las islas de Cabo Verde, y visitó la cima mas interesante del grupo, el volcan de la isla Fogo. ¿Qué quereis que haga yo después de él?

—Es triste cosa, respondió lady Elena. ¿Qué va á ser pues de vos, M. Paganel?

Paganel guardó silencio.

—¡Decididamente, dijo Glenarvan, lo mejor que podias haber hecho era desembarcar en Madera, aunque allí no hubiese vino!

El sabio secretario de la Sociedad de Geografía siguió silencioso.

—Yo aguardaría, dijo el mayor, lo mismo que pudiera haber dicho: Yo no aguardaría.

—Mi querido Glenarvan, preguntó entonces Paganel, ¿dónde pensais tocar despues de aquí?

—¡Oh! nuestro primer punto de escala será Concepcion.

—¡Diablo! ¡no me separa eso poco de las Indias!

—No tal, desde el momento en que paseis el cabo de Hornos os acercais á ellas.



El mayor Mac-Nabbs.

—Mucho lo dudo.

—Además, repuso Glenarvan, como si hablase con la mayor formalidad del mundo, cuando se va á las Indias, importa poco que sean orientales ú occidentales.

—¡Pues no ha de importar!

—Sin contar con que los habitantes de los Pampas de la Patagonia son tan indios como los indígenas de Pendjau.

—¡Pardiez, milord! exclamó Paganel, la razon que acabais de dar, nunca se me hubiera ocurrido!

—Y, amen de todo, querido Paganel, se puede ganar la medalla de oro en todas partes, porque en todas partes hay mucho que hacer, mucho que investigar, mucho que descubrir, lo mismo en los cerros de las cordilleras que en las montañas del Tibet.

—¿Pero el curso del Yarou-Dzangbo-Tehou?

—¿Y qué? le reemplazareis por el Rio-Colorado, que es tambien un rio poco conocido, que corre en los mapas al arbitrio de los geógrafos.

—Así es la verdad, querido lord, hay errores de muchos grados. ¡Oh! la Sociedad de Geografía, habiéndolo yo solicitado, me hubiera enviado á la Patagonia lo mismo que á las Indias, pero no caí en ello.

—Efecto de vuestras distracciones de costumbre.

—Vamos, M. Paganel, ¿nos acompañais? ¿no es verdad? dijo lady Elena, con un acento que comprometia.

—Señora, ¿y mi mision?

—Os prevengo que pasaremos el estrecho de Magallanes, añadió Glenarvan.

—Milord, sois un tentador.

—Y añado que visitaremos el Puerto del Hambre.

—¡El Puerto del Hambre! exclamó el francés, asaltado por todas partes, jese puerto tan célebre en los fastos geográficos!

—Considerad tambien, M. Paganel, repuso lady Elena, que en esta empresa tendreis el derecho de asociar el nombre de Francia al de Escocia.

—¡Sí, sin duda!

—Un geógrafo puede ser muy útil á nuestra expedicion, y ¿qué cosa puede hacerse mejor que poner la ciencia al servicio de la humanidad?

—Hablais perfectamente, señora.

—Creedme. Dejad obrar á la casualidad, ó por mejor decir, á la Providencia. Imitadnos. Ella nos ha enviado este documento, y hemos partido. Ella os ha puesto á bordo del *Duncan* no le abandoneis.

—¿Quereis que os diga lo que siento, mis buenos amigos? respondió entonces Paganel, pues bien, lo que vosotros deseais es que me quede.

—Y vos, Paganel, lo que deseais es quedaros, replicó Glenarvan.

—¡Toma! exclamó el sabio geógrafo, pero yo temia ser indiscreto.

CAPITULO IX.

EL ESTRECHO DE MAGALLANES.

La resolucion de Paganel causó, á bordo, general alegría. Roberto espresó la suya, saltando al cuello del sabio con demasiado entusiasmo. El digno secretario estuvo á punto de caer de espaldas.

—¡Vaya un diablillo! dijo; le enseñaré geografía.

—Y como John Manoles se encargaba de hacer de Roberto un marino, Glenarvan un hombre leal, el mayor un mozo de sangre fria, lady Elena un sér bueno y generoso, y Mary Grant un corazon agradecido á todos los beneficios, el niño debia llegar á ser, con el tiempo, un cumplido caballero.

El *Duncan* terminó rápidamente su cargamento de carbon, y luego, dejando aquellos tristes parajes, ganó hácia Oeste la corriente de la costa del Brasil, y el 7 de setiembre, despues de pasar el Ecuador á impulsos de un Norte fresco, entró en el hemisferio austral.

Hasta entonces la travesía no habia ofrecido dificultades, y todos se sentian alentados en sus esperanzas. La suma de probabilidades favorables al encuentro del capitán Grant parecia aumentarse diariamente. Uno de los mas confiados era el capitán, pero su confianza procedia principalmente de su ardiente deseo de ver á miss Mary feliz y consolada. Experimentaba por la jóven un interés particular; pero supo ocultar tan hábilmente sus sentimientos, que de ellos se apercibieron todos los de á bordo, todos menos él mismo y Mary Grant.

El sabio geógrafo era, probablemente, el hombre mas feliz del hemisferio austral. Pasaba los dias estudiando los mapas, de que cubria la mesa del salon, lo que daba origen á altercados cotidianos con M. Olbinett, que no podia tender los manteles. Pero Paganel tenia á su favor todos los huéspedes, esceptuando el mayor, que miraba con la mayor indiferencia las cuestiones geográficas, especialmente á las horas de comer. Además, habiendo el digno secretario descubierto todo un cargamento de libros muy descabalados en los cofres del segundo, entre ellos cierto número de obras españolas, resolvió aprender la lengua de Cervantes que ninguno de los de á bordo poseia. Esto debia facilitar sus investigaciones en el litoral de Chile. Gracias á sus buenas disposiciones para el poligloto, no desesperaba de hablar correctamente el nuevo idioma al llegar á Concepcion. Así es que estudiaba con encarnizamiento y se le oia incesantemente balbucear sílabas heterogéneas.

En sus ratos desocupados no dejaba de dar una instruccion práctica á Roberto, y le enseñaba la historia de aquellas costas, á que tan rápidamente se acercaba el *Duncan*.

El 10 de diciembre se encontraba el yate á los 30° 37' de latitud y 31° 15' de longitud, y aquel dia Glenarvan supo una cosa, que ignoran probablemente muchos eruditos. Paganel contaba la historia de América, y para llegar á los grandes navegantes cuyo derrotero seguia entonces el yate, se remontó á Cristóbal Colon, de quien dijo, que habia muerto sin saber que hubiera descubierto un nuevo mundo.

Todo el auditorio reclamó contra Paganel, pero este sostuvo su dicho.

—No hay nada mas cierto, añadió, sin que trate por eso de menoscabar la gloria del célebre genovés. Pero los hechos son hechos. A fines del siglo XV, la única preocupación dominante tendía á facilitar las comunicaciones con el Asia, buscando el Oriente por el camino del Occidente; en una palabra, ir por la senda mas corta *al país de las especias*. No otra cosa intentó Colon. Hizo cuatro viajes. Tocó América en las costas de Cumana, de Honduras, de Mosquitos, de Nicaragua, de Veragua, de Costa-Rica y Panamá, que tomó por tierra del Japon y de la China, y murió sin haberse dado cuenta de la existencia del gran continente al cual ni aun debía legar su nombre.

—Os creo, amigo Paganel, respondió Glenarvan, pero no debe extrañaros mi sorpresa ni que os pregunte quiénes fueron los navegantes que reconocieron la verdad sobre los descubrimientos de Colon.

—Fueron sus sucesores. Ojeda, Vicente Pinzon, Vespucio, Mendoza, Bastidas, Cabral, Solís, Balboa, que habian ya acompañado á Colon, en sus viajes. Estos navegantes recorrieron las costas orientales de la América, y fijaron sus límites al descender hácia el Sur, arrastrados ellos tambien 300 años antes que nosotros por esta corriente que á nosotros nos arrastra. Hemos cortado el Ecuador, amigos míos, en el mismo punto en que lo cortó Pinzon en el último año del siglo XV, y nos acercamos al 8° de la titud austral bajo el que arribó, él á las costas del Brasil. Un año despues, el portugués Cabral bajó á Puerto-Seguro. Luego Vessud. En 1508 se pusieron de acuerdo para reconocer las costas americanas Vicente Pinzon y Solís, y este último descubrió en 1544 la desembocadura del Río de la Plata donde fue devorado por los indígenas, dejando á Magallanes la gloria de doblar el continente. Este gran navegante partió en 1519 con cinco embarcaciones, siguió las costas de la Patagonia, descubrió el Puerto Deseado, el puerto de san Julian, donde hizo muchas veces escala, halló á los 52° de latitud el estrecho de las Once mil Virgenes que debía llevar su nombre, y desembarcó el 28 de Noviembre de 1520 en el Océano Pacífico. ¡Qué alegría debió experimentar y con qué fuerza latiría su corazón cuando vió centellear en el horizonte bajo los rayos del sol un nuevo mar, un mar desconocido!

—¡Sí, M. Paganel, exclamó Roberto Grant entusiasmado por las palabras del geógrafo, yo hubiera querido estar allí.

—Yo tambien, muchacho, y no hubiera desperdiciado semejante ocasion, si el cielo me hubiese hecho nacer 300 años antes.

—Lo que hubiera sido una fatalidad para nosotros, M. Paganel, respondió lady Elena, porque no estariáis ahora en la toldilla del *Duncan* contándonos esa historia.

—Otro es la hubiera contado, señores, y hubiera añadido que el reconocimiento de la costa occidental se debe á los hermanos Pizarro. Estos intrépidos aventureros fueron grandes fundadores de ciudades. Obra suya son Cusco, Quito, Lima, Santiago, Villarrica, Valparaíso y Concepcion, á donde el *Duncan* nos lleva. Los descubrimientos de Pizarro coincidieron con los de Magallanes, y las costas americanas figuraron en los mapas con gran satisfaccion de los sabios del viejo mundo.

—Pues yo, dijo Roberto, no hubiera aun quedado satisfecho.

—¿Por qué? respondió Mary, mirando á su hermano entusiasmado con la historia de aquellos descubrimientos.

—Sí, muchacho, ¿por qué? preguntó lord Glenarvan con amable sonrisa.

—Porque yo hubiera querido saber lo que habia mas allá del estrecho de Magallanes.

—Bravo, amigo mio, respondió Paganel, y yo tambien hubiera querido saber si el continente se prolongaba hasta el polo, ó si existia un mar libre, milord, como suponía Drake, uno de vuestros compatriotas. Es, pues, evidente, que si Roberto Grant y Santiago Paganel hubiesen vivido en el siglo XVII, se hubieran embarcado siguiendo á Shonten y á de Lemaire, dos holandeses muy deseosos de conocer la última palabra de aquel enigma geográfico.

—¿Eran sábios? preguntó lady Elena.

—No, eran comerciantes audaces que se cuidaban muy poco del lado científico de los descubrimientos. Habia entonces una compañía holandesa de las Indias orientales, que tenia un derecho absoluto sobre todo el comercio que se hacia por el estrecho de Magallanes. Y como á la sazón no se conocia otro derrotero para pasar á Asia por la via de Occidente, aquel privilegio constituía un verdadero monopolio. Contra este quisieron luchar algunos comerciantes descubriendo otro estrecho, y contábase en su número Isaac Lemaire, hombre inteligente é instruido. Hizo los gastos de una expedición mandada por Jacobo Lemaire, sobrino suyo, y Shonten, buen marino, procedente de Horn. Aquellos atrevidos navegantes partieron en junio de 1515, cerca de un siglo despues de Magallanes; descubrieron el estrecho de Lemaire, entre la Tierra del Fuego y la Tierra de los Estados, y el 12 de Febrero de 1616 doblaron el famoso cabo de Hornos, que es mas acreedor que su hermano el cabo de Buena-Esperanza al título de cabo de las Tempestades.

—¡Sí, yo hubiera querido estar allí! exclamó Roberto.

—Y habriais, hijo mio, bebido en el manantial de las mas vivas conmociones, replicó Paganel animándose. ¿Hay ni puede haber una satisfaccion mas verdadera, un placer mas real que el del navegante que consigna sus descubrimientos en el mapa de á bordo? ¡Ve poco á poco formarse las tierras bajo sus miradas, isla por isla, promontorio por promontorio, y si así puede decirse, las ve brotar del seno de las olas! En un principio, las líneas terminales son vagas, indecisas, interrumpidas. Aquí un cabo solitario, allí una bahía aislada, mas adelante un golfo perdido en el espacio. Despues los descubrimientos se completan; las soluciones de continuidad de los contornos desaparecen; el punteado de los mapas se hace línea seguida sin interrupcion alguna; las bahías son escotaduras de determinadas costas: los cabos se apoyan en playas conocidas, y, por último, el nuevo continente, con sus lagos, sus riachuelos y sus rios, con sus montañas, sus valles y sus llanuras, con sus aldeas, sus ciudades y sus capitales, se despliega en el globo con todos sus magníficos esplendores. ¡Amigos míos, un descubridor de tierras es un verdadero inventor, y experimenta las mismas conmociones y sorpresas! Pero esa mina está en la actualidad casi agotada! Todo se ha visto, todo se ha reconocido en continentes ó mundos nuevos, y nada tenemos que hacer nosotros, últimos venidos á la ciencia geográfica.

—Sí, querido Paganel, respondió Glenarvan.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo que hacemos.

El *Duncan* seguía con maravillosa velocidad el rumbo de Vespucio y de Magallanes. El 13 de setiembre, cortó el trópico de Capricornio, y encará la proa á la entrada del célebre estrecho. Distinguieron varias veces, como una línea medio borrada en el horizonte, las costas bajas de la Patagonia, de que aun distaba el yate unas 10 millas, sin que el famoso antejo de larga vista de Paganel diese á este mas que una idea muy vaga de aquellas costas americanas.

El 25 de setiembre, el *Duncan* se hallaba á la al-

tura del estrecho de Magallanes, en el cual penetró resueltamente. Los buques de vapor que se dirigen al Océano Pacífico prefieren generalmente esta vía. Su longitud exacta no es mas que de 376 millas (1), y los buques de mas calado y mayor porte encuentran en todas partes un fondeadero suficiente aunque sea tocando á la playa, un buen fondo, numerosos manantiales para la aguada, rios abundantes en pesca, bosques ricos en caza, puntos de escala seguros y fáciles, y mil recursos que faltan en el estrecho de Lamiere y en las terribles rocas del cabo de Hornos incesantemente visitadas por los huracanes y las tempestades.

Durante las primeras horas de navegacion, es decir, en un espacio de 60 á 80 millas, hasta llegar al cabo Gregory, las costas son bajas y arenosas. Santiago Paganel no queria perder ni un punto de vista, ni el menor accidente del estrecho. La travesía debia durar escasamente treinta y seis horas, y aquel panorama incesantemente variado de las dos orillas bien merecia que el sabio se impusiese la molestia de admirarlo bajo los espléndidos resplandores del sol austral. No se distinguió ningun habitante en las tierras del Norte, errando solo por las peladas rocas de la Tierra del Fuego algunos miserables fuegianos.

Paganel no vió patagones, lo que le produjo cierto mal humor que sirvió de diversion á sus compañeros de viaje.

—Una Patagonia sin patagones, decia, no es una Patagonia.

—Paciencia, mi digno geógrafo, respondió Glenarvan, no nos faltarán patagones.

—No lo sabemos.

—Pero los hay, dijo lady Elena.

—Lo dudo, señora, puesto que no los veo.

—No es de creer que ese nombre de *patagones*, que en español significa *pies grandes*; haya sido dado á seres imaginarios.

—¡Oh! el nombre importa poco, respondió Paganel, que se ostinaba en su tema para animar la conversacion, y, ademas, se ignora cómo se llaman.

—¿Cómo? exclamó Glenarvan. ¿Lo sabeis vos mayor?

—No, respondió Mac Nabbs, ni daria para saberlo una libra de Escocia.

—¡Pues lo sabreis aunque no deis nada, apático mayor! repuso Paganel. Si bien es verdad que Magallanes ha llamado patagones á los indígenas de estas comarcas, los fuegianos los llaman *tiremenes*, los chilenos *cauchues*, los colonos del Cármen *tehuelches*, los araucanos *thiliches*, y Bougainville les dá el nombre de *chaouha* y *Felknar* el de *teuhlets*. Ellos mismos se designan bajo la denominacion general de *inaken*. ¿Cómo se quiere que se les reconozca? ¿ni cómo ha de existir un pueblo que tiene tantos nombres?

—¡Magnífico argumento! respondió lady Elena.

—Admitámosle, dijo Glenarvan; pero nuestro amigo Paganel tendrá que confesar que si caben dudas respecto del verdadero nombre de los patagones, ninguna cabe acerca de su talla.

—No confesaré nunca enormidad semejante, respondió Paganel.

—Son altos, dijo Glenarvan.

—Lo ignoro.

—¿Son pequeños? preguntó lady Elena.

—Nadie puede afirmarlo.

—Deben ser de mediana estatura, dijo Mac Nabbs para conciliarlo todo.

—Tampoco lo sé.

—¡Es fuerte cosa! exclamó Glenarvan. Los viajeros que les han visto...

—Los viajeros que les han visto no están de acuerdo. Magallanes dice que apenas con la cabeza les llegaba á la cintura.

—¡Pues bien!

—Si, pero Drake pretende que cualquier inglés es mas alto que el mas alto patagon.

—¡Oh? un inglés, lo dudo, replicó desdeñosamente el mayor; pero si se tratase de escoceses...

—Cavendish asegura que son altos y robustos, prosiguió Paganel. Hawkins hace de ellos unos gigantes. Lemaire y Shouten les dan once pies de altura.

—Bien, hé ahí gentes dignas de fé, dijo Glenarvan.

—Si, la misma fé, merece que Wood, Narborony y Falkner, que los han encontrado de una estatura muy mediana. Verdad es que Byron, la Girandais, Bongainville, Wallis y Carteret afirman que los patagones no bajan de seis pies y seis pulgadas, al paso que M. de Orbigny, que es el sabio que mejor conoce estas comarcas, les atribuye por término medio una talla de cinco pies y cuatro pulgadas.

—¿Entonces, dijo lady Elena, dónde está la verdad en medio de tantas contradicciones?

—La verdad, señora, respondió Pagadel, es esta: los patagones tienen las piernas cortas y el tronco largo. Se puede, pues, decir en tono de broma que tienen seis pies cuando están sentados, y cinco solamente cuando están en pie.

—¡Bravo, mi querido sabio! respondió Glenarvan; habeis puesto el dedo en la llaga.

—A no ser, repuso Paganel, que no existan, en cuyo caso todos se pondrán de acuerdo. Pero para concluir, amigos míos, añadiré la siguiente consoladora observacion: el estrecho de Magallanes es magnífico, aunque no tenga patagones.

En aquel momento el *Duncan* costeaba la península de Brunswich, entre dos panoramas espléndidos. Sesenta millas despues de haber doblado el cabo Gregory dejó á estribor la penitenciaría de Punta Arena. Aparecieron un instante entre los árboles el pabellon chileno y el campanario de la iglesia. Entonces se abria el estrecho entre moles graníticas de imponente efecto; inmensos bosques ocultaban las faldas de las montañas, y estas levantaban hasta las nubes su cabeza cubierta de eterna nieve; hacia el Sudoeste, el monte Tarn subia á 6,500 pies; la noche vino, precedida de un largo crepúsculo; la luz se deshizo insensiblemente en nuevos matices; el cielo se tachonó de brillantes estrellas, y la cruz del Sur enseñó á los navegantes el camino del polo austral. En medio de aquella oscuridad luminosa, al resplandor de aquellos astros que reemplazan á los faros de las costas civilizadas, el yate siguió audazmente su rumbo sin echar el áncora en aquellas fáciles bahías, el extremo de sus vergas acariciaba las ramas de las hayas antárticas inclinadas sobre las olas, y con frecuencia su hélice azotaba las aguas de los grandes rios, despertando los gansos, ánades, chochos, cercetas y otros plumados habitantes de los lugares húmedos. Luego aparecieron ruinas y algunos derrumbamientos á que daba la noche un grandioso aspecto, lamentables restos de una colonia abandonada, cuyo nombre protestara eternamente contra la fertilidad de aquellas costas y la riqueza de aquellas selvas tan pobladas de caza. El *Duncan* pasaba por delante del Puerto del Hambre.

En aquel mismo punto fue donde el español Sarmiento, en 1581, se estableció con cuatrocientos emigrados. Allí fundó la ciudad de San Felipe. Rigurosísimos frios diezmaron la colonia; el hambre acabó con los que el invierno habia perdonado, y, en 1587, el corsario Cavondish encontró el último de los cuatrocientos desgraciados que estaba pereciendo estenuado entre las ruinas de una ciudad que

(1) 150 leguas.

bia envejecido siglos en solo seis años de existencia.

El *Duncan* costó aquellas desiertas playas, y al rayar el alba, navegaba por pasos estrechos, entre bosques de hayas, frenos y abedules, de cuyo seno brotaban verdes cúpulas, lomas tapizadas de vigorosos acebos y agudos pinos, entre los cuales se levantaba á grande altura el obelisco de Buckland. Pasó por delante de la bahía de San Nicolás, llamada por Bongainville *Bahía de los franceses*, y á lo lejos se vieron retoyando rebaños de focas y ballenas que debían ser enormes á juzgar por el agua que arrojaban que era visible á 4 millas de distancia. Dobló, por último, el cabo Frowar, que erizaban aun los últimos témpanos del invierno. Al otro lado del estrecho, en la Tierra de Fuego, se elevaba á 6,000 pies el monte Sarmiento, enorme agregación de peñascos separados por fajas de nubes, que formaban en el cielo como un archipiélago aéreo.

En el cabo Frowar termina verdaderamente el continente americano, pues el cabo de Hornos no es mas que un peñasco perdido entre las olas á los 56° de latitud.

Pasado este punto, el estrecho se gasta entre la península de Brunswick y la tierra del Desconsuelo, larga isla que se extiende entre mil islotes como un enorme cetáceo encallado entre guijarros. ¡Qué diferencia entre aquella desmenuzada estremidad de América y los puntos francos y bien determinados de Africa, Austria ó las Indias! ¡Qué desconocido cataclismo pudo pulverizar de tal manera aquel inmenso promontorio echado entre dos Océanos?

Entonces sucedió á las playas fértiles una serie de costas desnudas, de salvaje aspecto, escotadas por las mil canalizas y boquetes de aquel inextricable laberinto. El *Duncan* seguía aquellas vueltas y revueltas sin vacilar ni equivocarse nunca, mezclando los torbellinos de su humo con las brumas desgarradas por las rocas. Pasó, sin amenguar su velocidad, delante de algunas factorías españolas establecidas en aquellas playas abandonadas. En el cabo Tamer el estrecho se ensancha; y allí el yate pudo disponer de mayor espacio para rodear la escarpada costa de las islas de Harborough, y se acercó á las playas del Sur. Treinta y seis horas después de haber entrado en el estrecho, vió destacarse el cabo Pílares en el extremo de la tierra del Desconsuelo. Ante su estrave se extendía un mar inmenso, libre, resplandeciente, y Santiago Paganel, saludándole con entusiasmo, se sintió no menos conmovido, que el mismo Magallanes en el momento en que la Trinidad (1) se inclinó bajo los vientos del Océano Pacífico.

CAPITULO X.

EL TRIGESIMO SÉTIMO PARALELO.

Ocho dias después de haber doblado el cabo Pílares, el *Duncan* entraba á todo vapor en la bahía de Talcahuano, magnífica ensenada que tiene 12 millas de longitud y 9 de anchura. El tiempo era admirable. El cielo de aquel país no ostenta una sola nube desde noviembre á marzo, y el viento del Sur reina, invariablemente á lo largo de aquellas costas abrigadas por la cordillera de los Andes. John Manglés, siguiendo las órdenes de Edward Glenarvan, había recalado muy de cerca el Archipiélago de Chiloe y los innumerables rayos de aquel continente americano. Cualquier resto de naufragio, una verga rota, un pedazo de palo labrado por la mano del hombre, podía poner al *Duncan* junto á las huellas del naufragio; pero nada se vió, y

el yate, continuando su camino, ancló en el puerto de Talcahuano, cuarenta y dos dias después de haber dejado las turbias aguas de la Clyde.

Glenarvan hizo inmediatamente botar la lancha al agua, y desembarcó con Paganel al pie de la estacada. El sabio geógrafo, aprovechando las circunstancias, quiso servirse de la lengua española que tan concienzudamente había estudiado, pero, con grande asombro suyo, echó muy pronto de ver que los indígenas no le comprendían.

—El acento es lo que me falta, dijo.

—Vamos á la aduana, respondió Glenarvan.

En la aduana, por medio de algunas palabras inglesas acompañadas de espresivos ademanes, supo que el cónsul británico residía en Concepcion. Todo se reducía á una hora de camino. Glenarvan se procuró fácilmente dos caballos de buena andadura, y poco tiempo después Paganel y él entraban en la gran ciudad debido al genio emprendedor de Valdivia, el denodado compañero de los Pizarros.

¡Cuánto había perdido de su antiguo esplendor! Saqueada frecuentemente por los indígenas, incendiada en 1819, abatida, arruinada, eclipsada ya por Talcahuano, con los muros ennegrecidos aun por la llama de las devastaciones, contaba apenas 8,000 almas. Bajo el perezoso pie de sus indolentes habitantes, sus calles se convertían en praderas. Nada de comercio, ninguna actividad, parálisis completa de negocios. Tocábase el bandolin en todos los balcones, canciones lánguidas se escapaban de las celosías de las ventanas, y Concepcion, la antigua ciudad de los hombres, no era ya mas que una ciudad de mujeres y de niños.

Glenarvan manifestó pocos deseos de investigar las causas de esta decadencia, aunque Santiago Paganel tenía cierto empeño en explicárselas, y, sin perder un instante, se fué á ver á J. R. Bentock, cónsul de Su Magestad británica. Este señor le recibió muy atentamente, y luego que conoció la historia del capitán Grant, se encargó de tomar en todo el litoral los informes necesarios.

Se resolvió desde luego negativamente que el buque *Britannia* hubiese naufragado á lo largo de las orillas chilenas ó araucanas, hácia el 37° paralelo. Acerca de semejante acontecimiento no había llegado la menor noticia al cónsul ni á sus colegas de las demás naciones. Glenarvan no se desanimó. Volvió á Talcahuano, y sin economizar gestiones ni dinero, mandó agentes á todas las costas. Las investigaciones fueron infructuosas. Las mas minuciosas pesquisas practicadas en las poblaciones ribereñas no produjeron resultado alguno, de lo que era preciso deducir que la fragata *Britannia* no había dejado el menor vestigio de su naufragio.

Glenarvan manifestó entonces á sus compañeros la esterilidad de sus investigaciones: Mary Grant y su hermano no pudieron contener la espresion de su dolor. Esto ocurrió seis dias después de la llegada del *Duncan* á Talcahuano. Los pasajeros se hallaban reunidos en la toldilla. Lady Elena consolaba á los dos hijos del capitán, no con palabras, porque nada podía decir, sino con caricias. Santiago Paganel había vuelto á tomar el documento, y lo examinaba con profunda atencion, como si quisiera arrancarle nuevos secretos. Hacía una hora que estaba ocupado en su exámen, cuando Glenarvan le interpelló:

—Paganel, me confío á vuestra sagacidad. ¿Es errónea la interpretación que hemos dado á este documento? ¿Es ilógico el sentido de esas palabras?

Paganel no respondió. Reflexionaba.

—¿Nos habremos equivocado respecto del presunto teatro de la catástrofe? prosiguió Glenarvan. ¿No salta á la vista de las mas perspicaces el nombre de *Patagonia*?

Siguió el geógrafo guardando silencio.

(1) Buque que capitaneaba Magallanes.

—¿Por último, dijo Glenarvan, la palabra *indio* no acaba de favorecer nuestras interpretaciones?

—Perfectamente, respondió Mac Nabbs.

—Y siendo así, ¿no es evidente que los náufragos, en el momento de escribir estas líneas, esperaban caer prisioneros de los indios?

—Alto aquí, respondió al cabo Paganel; las demás conclusiones vuestras son justas, pero esta no me lo parece tanto.

—¿Qué quereis decir? preguntó lady Elena, y todas las miradas se fijaron en el geógrafo.

—Quiero decir, respondió Paganel acentuando sus palabras, que el capitán Gran, *es actualmente prisionero de los indios*, y añadiré que el documento no deja acerca de su situación ninguna duda.

—Esplicaos, dijo miss Grant.

—Nada mas fácil, mi querida Mary; en lugar de leer en el documento *serán prisioneros*, leamos *son prisioneros*, y queda aclarado todo.

—¡Pero eso es imposible! replicó Glenarvan.

—¡Imposible! ¿Por qué, mi noble amigo? preguntó Paganel sonriéndose.



Concepcion, la antigua ciudad de los hombres se habia convertido en una aldea de mujeres y niños.

—Porque la botella no pudo echarse sino en el momento de estrellarse el buque contra las rocas, y de consiguiente los grados de longitud y latitud se aplican al lugar mismo del naufragio.

—Nada lo prueba, replicó al momento Paganel, y no veo por qué razon los náufragos, despues de haber sido arrastrados por los indios al interior del continente, no han de haber procurado, por medio de la botella, dar á conocer el lugar de su cautiverio.

—Muy sencillamente, amigo Paganel, para echar una botella al mar, es preciso que baya mar á que echarla.

—O á falta de mar, replicó Paganel, rios que desagüen en el mar.

Un silencio de admiracion acogió esta respuesta, aunque inesperada, admisible. En los ojos de los que le oian descubrió Paganel el rayo de una nueva esperanza. Lady Elena fue quien primero tomó la palabra.

—¿Qué idea! exclamó.

—¡Y qué magnífica! añadió ingenuamente el geógrafo.

—¿Sois, pues, de parecer?... preguntó Glenarvan.

—Mi parecer es buscar el 37º paralelo en el punto mismo en que se encuentre la costa americana, y seguirlo, sin separarnos ni medio grado, basta el punto en que se sumerge en el Atlántico. Acaso encontremos en el camino á los náufragos de la *Britannia*.

—Débil esperanza! respondió el mayor.

—Por débil que sea, replicó el mayor, debemos

asirnos de ella. Si por casualidad yo tengo razon, si la botella ha llegado al mar siguiendo el curso de un rio de este continente, no podemos dejar de encontrar las huellas de los cautivos. Mirad, amigos míos, mirad el mapa de este país, y voy á convenceros hasta la evidencia.

Y esto diciendo, estendió sobre la mesa un mapa de Chile y de las provincias argentinas.

—Seguidme, dijo, en este paseo por el continente americano. Atravesemos la estrecha faja chilena. Pasemos la cordillera de los Andes. Descendamos á las Pampas. ¿Faltan en estas regiones rios, arroyos y arroyuelos? No. Hé aquí el rio Negro, hé aquí el rio Colorado, hé aquí sus afluentes cortados por el 37º grado de latitud, que todos han podido servir para el trasporte del documento. Quizás en este sitio en el seno de una tribu, en poder de indios sedentarios, á orillas de estos rios poco conocidos, en las gargantas de las sierras, los náufragos á quienes tengo el derecho de llamar nuestros amigos, esperan una intervencion providencial. ¿Debemos engañar su esperanza? ¿No sois todos de parecer de que debemos seguir, atravesando estas comarcas, la línea rigurosa que en este momento traza mi dedo en el mapa? Y si contra toda prevision, me engañan aun, ¿no es nuestro deber subir hasta lo último del 37º paralelo, y si es preciso para encontrar á los náufragos, dar con él la vuelta alrededor del mundo?

Estas palabras, pronunciadas con generosa animacion, produjeron una sensacion profunda en los que

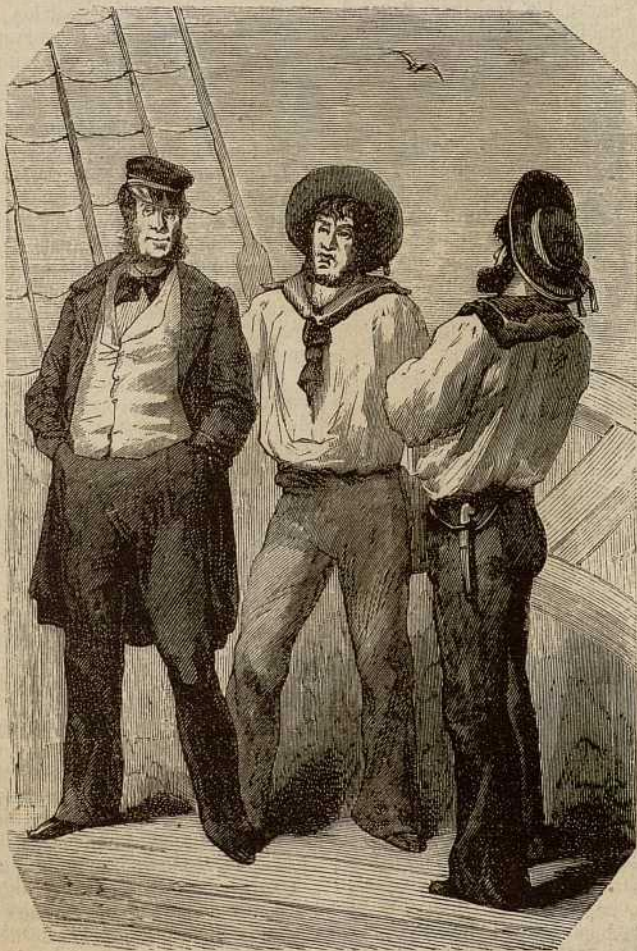
las oyeron. Todos se levantaron y tendieron la mano á Paganel.

—¡Sí! ¡allí está mi padre! exclamó Roberto Grant devorando el mapa con los ojos.

—Y donde esté, respondió Glenarvan, sabremos encontrarle, hijo mío. Nada más lógico que la interpretación de nuestro amigo Paganel, y debemos sin vacilar seguir la vía que nos ha trazado. O el capitán Grant se halla en poder de indios numerosos, ó es cautivo de una tribu débil. En este último caso, le

rescataremos apenas conozcamos su paradero. En el otro, después de haber reconocido su situación, encontraremos al *Duncan* en la costa oriental, pasaremos á bordo, ganaremos Buenos-Aires, y allí un destacamento organizado por el mayor Mac Nabbs dará buena cuenta de todos los indios de las provincias argentinas.

—¡Bien! ¡bien, milor! respondió John Mangles, y yo añadiré que la travesía del continente americano se verificará sin peligros.



Tom Austin, Wilson y Mulrady.

—Sin peligros y sin fatigas, repuso Paganel. ¡Cuántos la han hecho ya, sin tener nuestros medios de ejecución, y sin que su valor estuviese sostenido como el nuestro por la magnitud del objeto! ¿Acaso en 1782 no fue Basilio Villarmo desde el Cármen á las Cordilleras? ¿Acaso en 1806 un chileno, alcalde de la provincia de Concepcion, don Luis de la Cruz, partiendo de Antuco, no siguió precisamente este 37° paralelo, y después de salvar los Andes; no llegó á Buenos-Aires en 47 días? ¿Y el coronel García, y M. Alcides de Orbigny, y mi distinguido colega el doctor Martin de Moussy, no han recorrido este país en todas direcciones, y hecho por la ciencia lo que nosotros vamos á hacer por la humanidad?

—¡Señor! ¡señor! dijo Mary Grant con una voz entrecortada por la conmoción, ¿cómo he de poder

pagar con mi reconocimiento eterno una abnegación que os espone á tantos peligros?

—¡Peligros! exclamó Paganel. ¿Quien ha pronunciado la palabra *peligro*?

—¡No he sido yo! respondió Roberto Grant, en cuyos ojos brillaba el entusiasmo.

—¡Peligros! continuó Paganel, ¿existen acaso peligros? Además ¿de qué se trata? de un viaje de 350 leguas escasas, puesto que iremos en línea recta, de un viaje que se realizará bajo una latitud equivalente á la de España, Sicilia y Grecia en el otro hemisferio, y por consiguiente en un clima casi idéntico, de un viaje, en fin, en que se invertirá escasamente un mes, y que sólo merece el nombre de un paseo.

—Señor Paganel, preguntó entonces lady Elena, ¿sois de opinión de que si los náufragos han caído en

poder de los indios, su existencia ha sido respetada?

—Tal creo, señora. ¿Los indios son acaso antropófagos? Lejos de eso. Uno de mis compatriotas, M. Guinnard, á quien he conocido en la Sociedad de geografía, permaneció por espacio de tres años cautivo de los indios de las Pampas. Sufrió muchos malos tratamientos; pero se salvó al cabo. Un europeo en estas comarcas es un ser útil cuyo valor conocen los indios, y le cuidan como un animal precioso.

—Pues bien, no hay que vacilar, dijo Glenarvan, es preciso partir, y partir al momento. ¿Qué camino debemos seguir?

—Un camino fácil y agradable, respondió Paganel. Algunas montañas al principio, después una pendiente suave en la vertiente oriental de los Andes, y últimamente una llanura compacta, tapizada de musgo y arena, un verdadero jardín.

—Veamos el mapa, dijo el mayor.

—Vedle; amigo Mac Nabbs. Iremos á tomar la estremidad del 37° paralelo de la costa chilena, entre la punta Rumena, y la bahía de Carnero. Después de atravesar la capital de Araucanía, cortaremos la Cordillera por el paso de Antuco, dejando el volcan al Sur; luego deslizándonos por los prolongados declives de las montañas, salvando el Nenquem, el río Colorado, alcanzaremos las Pampas, el Salinas, el río Guaminí y la sierra Tapalquen. Allí se presentan las fronteras de la provincia de Buenos-Aires. Las pasaremos, subiremos la Sierra Tandil, y prolongaremos nuestras pesquisas hasta la punta de Medano, en las playas del Atlántico.

Al hablar así, desenvolviendo el programa de la expedición, Paganel no se tomaba siquiera la molestia de mirar el mapa que tenía ante los ojos. No lo necesitaba para nada. Conocedor de los trabajos de Frezier, Molina, Humboldt, Miers, Orbigny, no podía engañarse ni ser sorprendida su imperturbable memoria. Después de terminar la precedente nomenclatura geográfica añadió:

—Es camino recto, amigos míos. En 30 días lo recorreremos, y llegaremos antes que el *Duncan* á la costa oriental por poco que retarden su marcha vientos de Poniente.

—¿Así, pues, dijo John Mangles, el *Duncan* deberá cruzar entre el cabo Corrientes y el de San Antonio?

—Precisamente.

—¿Y cómo compondréis vos el personal de la expedición? preguntó Glenarvan.

—Lo mas sencillamente posible. Se trata únicamente de reconocer la situación del capitán Grant, y no de andar á tiros con los indios. Creo que lord Glenarvan, nuestro jefe natural, el mayor, que no querrá ceder su puesto á nadie, vuestro servidor Santiago Paganel...

—¿Y vos! exclamó Roberto.

—¿Roberto! ¿Roberto! dijo Mary.

—¿Y por qué no? respondió Paganel. Los viajes forman la juventud. Así, pues, nosotros cuatro, y tres marineros del *Duncan*...

—¿Cómo, dijo John Mangles, Vuestro Honor no me reclama?

—Querido John, respondió Glenarvan, dejamos á bordo á nuestras pasajeras, es decir, á lo que mas queremos en el mundo. ¿Quién mejor que el capitán del *Duncan* velaría por ellas?

—¿Por lo visto no os acompañamos nosotras? dijo lady Elena, cuyos ojos veló una nube de tristeza.

—Mi querida Elena, respondió Glenarvan, nuestro viaje debe realizarse en condiciones escepcionales de velocidad; nuestra separación será corta, y...

—Sí, amigo mío, os comprendo, respondió lady Elena. Marchad, pues, y quiera el cielo que el éxito corone vuestra empresa.

—Además, que esto no es un viaje, dijo Paganel.

—¿Qué es entonces? preguntó lady Elena.

—Un paso, y nada mas. Pasaremos como el hombre honrado pasa por la tierra, haciendo todo el bien posible. *Transire benefaciendo* es nuestra divisa.

Estas palabras de Paganel terminaron la discusión, si discusión puede llamarse una conversacion en que todos estuvieron de acuerdo. Los preparativos empezaron aquel mismo día. Se resolvió guardar secreto acerca de la expedición para no poner sobre aviso á los indios.

La partida quedó fijada para el 14 de octubre. Cuando se trató de escoger los marineros que habian de formar parte de la expedición, todos ofrecieron sus servicios, de modo que Glenarvan no tenia que hacer mas que elegir, pero prefirió que hablase la suerte, para no ofender á nadie con sus preferencias. Verificóse el sorteo, salieron el segundo, Tom Austin, Wilson, mozo fornido, y Mulrady, que podía á la boxa tenerse las tíasas al mismo Tom Sayers (1).

Glenarvan habia desplegado una extraordinaria actividad en sus preparativos. Quería estar en disposición de partir el día fijado, y lo consiguió. Entre tanto John Mangles se abastecía de carbon para poder bacerse inmediatamente á la mar. Estaba empeñado en llegar antes que los viajeros á la costa argentina, resultando de este empeño una verdadera rivalidad entre Glenarvan y el joven capitán, la cual redundó en beneficio de todos.

El 14 de octubre, á la hora prefijada, todos tenían hechos sus preparativos particulares. En el momento de partir, los pasajeros del yate se reunieron en la cámara. El *Duncan* estaba aparejando, y ya las ramas de su hélice removían las cristalinas aguas de Talcahuano. Glenarvan, Paganel, Mac Nabbs, Roberto Grant, Tom Austin, Wilson y Mulrady, armados con carabinas y revólvers de la fábrica de Coll, se disponían á dejar el buque. Guías y mulas le aguardaban junto á la estacada.

—Ya es tiempo, dijo lord Eward.

—¡Id, pues, amigo mío! respondió lady Elena, reprimiendo su dolor.

Lord Glenarvan la estrechó en sus brazos, mientras Roberto se echaba á los de su hermana.

—¿Y ahora queridos compañeros, dijo Santiago Paganel, un último apretón de manos que nos dure hasta las costas del Atlántico!

Era mucho pedir. Sin embargo, hubo demostraciones capaces de realizar los votos del digno sabio.

Subieron todos á cubierta, y los siete viajeros, saltando del *Duncan* á la lancha, llegaron en un abrir y cerrar de ojos al muelle, del cual se puso el yate á una distancia de menos de medio cable.

Lady Elena, desde lo alto de la toldilla, exclamó por última vez:

—¡Amigos míos, que Dios os ayude!

—¡Y nos ayudará, señora, respondió Santiago Paganel, porque nos ayudaremos nosotros mismos!

—¡Adelante! gritó John Mangles al maquinista.

—¡En marcha! dijo lord Glenarvan.

Y al mismo tiempo que los viajeros echaron á andar sus cabalgaduras, siguiendo el camino de la orilla, el *Duncan*, bajo la acción de su hélice, tomaba á todo vapor su rumbo en el Océano.

CAPITULO XI.

TRAVESÍA DE CHILE.

La escolta indígena organizada por Glenarvan se componía de tres hombres y un niño. El jefe de los mulateros era un inglés naturalizado en el país desde veinte años. Tenia por oficio alquilar mulas á los via-

(1) Famoso boxador de Londres.

jeros y guiarles en la travesía de las cordilleras. Después era relevado por un *baqueano* ó guía argentino, que conocía al dedillo el camino de las Pampas. No había el conductor inglés olvidado de tal manera, en medio de las mulas y los indios, su idioma natural, que no pudiese sostener una conversacion con los viajeros, de lo que resultaba, para la comunicacion y ejecucion de las órdenes, una facilidad de que Glenarvan procuró sacar partido, pues Santiago Papanel no estaba aun bastante fuerte en el español para hacerse comprender.

El jefe de los mulateros ó capataz, segun le llaman los chilenos, tenía á sus órdenes dos bagajeros indígenas y un niño de doce años. Los peones cuidaban de los mulos cargados con el equipaje de los espedicionarios, y el niño conducía la *Madrina*, yegua pequeña que, llena de cascabeles y campanillas, marchaba delante de la recua, compuesta de diez mulos. De estos montaban siete los viajeros y uno el capataz, llevando los dos restantes las provisiones y algunas piezas de telas destinadas á captarse las simpatías de los caciques de la llanura. Los bagajeros marchaban á pie, segun costumbre. Así, pues, la travesía de la América debía verificarse en las mejores condiciones bajo el punto de vista de seguridad y ligereza.

El paso por la cordillera de los Andes no es un viaje ordinario. No se puede emprender sin disponer de mulos vigorosos, de los cuales son los mas estimados los de la provincia argentina. Estos híbridas han adquirido en el país un desarrollo superior al de la raza primitiva. Son fáciles de mantener, no beben mas que una vez al dia, andan, sin fatigarse, diez leguas en ocho horas y llevan sin gran trabajo una carga de catorce arrobas (1).

En la distancia que separa un Océano de otro no hay posadas. No se encuentra ni un mal ventorrillo. Se come carne seca ó cecina, llamada en América *tasajo*, arroz sazonado con pimienta, y la caza que buenamente se presenta en el camino. Se bebe en la montaña el agua de los torrentes, en la llanura la de los arroyos, mezclándola con algunas gotas de ron ó aguardiente de caña, de que cada cual lleva su provision en un cuerno de buey llamado *chifle*. Conviene no abusar de bebidas alcohólicas en una region en que el sistema nervioso está siempre exaltado. Respecto á camas, no hay mas que el aparato indígena llamado vulgarmente *recado*, que se reduce á los *pellones* ó zales de carnero, pieles curtidas por un lado y sin trasquilar por el otro, que se sujetan con anchas cinchas ó correas lujosamente bordadas. En vuelto en ellas el viajero, arrostra victoriosamente la humedad de la noche y duerme á las mil maravillas.

Glenarvan, como hombre que sabe viajar y conformarse á los usos de todos los paises, habia adoptado para sí y todos los de la comitiva el traje chileno. Papanel y Roberto, que eran dos niños, uno grande y otro pequeño, no cubian de gozo en su pellejo cuando metieron la cabeza por la abertura del poncho nacional, especie de capote de monte que tiene un agujero en el centro, y los pies en las *soletas* ó botas de cuero formadas con la piel de los corvejones de un potro. Eran de ver sus mulos ricamente enjaezados, con el freno árabe en la boca, la larga brida de cuero trenzado que servia al mismo tiempo de látigo, la cabeza cuajada de adornos de metal, y las alfarras de colores chillones conteniendo la ración del dia. Papanel siempre distraído, estuvo á punto de recibir un par de coces de su excelente cabalgadura en el momento de poner el pie en el estribo. Luego que estuvo montado con la inseparable bandolera de que co'gaba el antejo de larga vista, se confió enteramente á la

seguridad del animal, y no tuvo motivos de arrepentirse. Roberto mostró desde luego grande aptitud para la equitacion, y si la ejercitaba, llegaría á ser un excelente jinete.

Rompióse la marcha con un tiempo soberbio, estando el cielo puro, y á pesar de los ardores del sol, la brisa del mar refrescaba suficientemente la atmósfera. La caravana siguió á buen paso las tortuosas playas de Talcahuano, para ganar á treinta millas al Sur la estremidad del paralelo. La marcha fue rápida durante aquella primera jornada por entre la espadaña y las cañas de antiguos pantanos desecados, y se habló poco. Los adioses de despedida habian dejado cierta amargura en el corazon de los viajeros. Aun podian ver el humo del *Duncan* que se perdía en el horizonte. Todos callaban, á escepcion de Papanel. El estudioso geógrafo se dirigía á sí mismo preguntas en español, y se contestaba satisfactoriamente en la misma lengua.

El capitán era tambien un hombre bastante taciturno, y no era su profesion la mas adecuada para hacer de él un hablador. Hablaba apenas á sus mulateros. Estos, prácticos en su oficio, sabian donde le apretaba el zapato. Si algun mulo se detenía, le arreaban con un grito gutural, é si este no era suficiente, con un buen canto que le arrojaban con mano certera le sacaban de su apatía. Si se desataba una cincha, si se rompía una brida, el mulatero, quitándose el poncho, tapaba con él la cabeza del animal, y reparada la avería, seguía la marcha.

Es costumbre de los mulateros partir á las ocho despues de almorzar, y caminar hasta las cuatro de la tarde. Glenarvan se atuvo á ella. Precisamente, cuando dió el capataz la voz de alto, los viajeros llegaban á la villa de Arauco, situada en la estremidad de la bahía, sin haber abandonado la playa espumosa del Océano. Para hallar el estremo de 37° paralelo hubiera sido preciso avanzar 20 millas al Oeste hasta la bahía Carnero. Pero los agentes de Glenarvan habian ya recorrido aquella parte del litoral sin encontrar ningun vestigio del naufragio. Una nueva expedicion hubiera sido inútil, y se resolvió por lo tanto tomar la ciudad de Arauco por punto de partida. Desde allí debia seguirse el camino hacia el Este, siguiendo una línea rigurosamente recta.

La caravana entró en la ciudad para pernoctar en ella, y acampó en medio del patio de un ventorro, cuyas comodidades se hallaban aun en un estado rudimentario.

Arauco es la capital de Araucanía, Estado que tiene 50 leguas de largo y 40 de ancho, habitado por los molucas, los primogénitos de la raza chilana cantados por Ercilla. Es una raza altiva y fuerte, la única de las dos Américas que no se ha doblado nunca á una dominacion extranjera. Aunque Arauco perteneció en otro tiempo á los españoles, las poblaciones no se sometieron, resistieron entonces como resisten en la actualidad las invasiones de Chile, y su pabellon independiente, que es una estrella blanca en campo azul ondea aun en la cúspide de la colina fortificada que defiende la ciudad.

Mientras se preparaba la cena, Glenarvan, Papanel y el capataz se pasearon entre las casas cubiertas de guano. Arauco no ofrece mas curiosidad arquitectónica que una iglesia y las ruinas de un convento de franciscanos. Glenarvan procuró inútilmente recoger algunos datos relativos al objeto de la espedicion, Papanel estaba desesperado porque no podia hacerse comprender de los habitantes, pero hablando estos el auracano, lengua madre cuyo uso es general hasta el estrecho de Magallanes, el español que hablaba Papanel le sirvió tanto como el hebreo. Hizo funcionar sus ojos, ya que nada tenía que hacer de los oídos, y experimentó una verdadera alegría de sabio al observar los varios tipos de la raza moluca que se

(1) La arroba equivale á 114 kilogramos y 50 centigramos.

le ponían delante. Los hombres tenían la estatura alta, la cara chata, la tez cobriza, la barba rala, la mirada recelosa y la cabeza ancha y perdida en una larga cabellera negra. Parecían entregados á la haraganería especial de las gentes de guerra que no saben qué hacer en tiempo de paz. Sus mujeres, miserables y animosas, se dedicaban á las mas penosas faenas, echaban el pienso á los caballos, limpiaban las armas, araban, cazaban para sus señores, y aun las quedaba tiempo para invertirlo en sus ponchos de color azul turquí, que requieren dos años de tra-

bajo, valiendo cada uno de ellos por le menos 100 pesos fuertes.

En resumen, los molucas forman un pueblo poco interesante y de costumbres bastante ruidas. Tienen todos los vicios humanos contra una sola virtud, el amor á la independencia.

—Verdaderos espartanos, decia Paganel, cuando, al terminar el paseo, se sentó á la mesa para cenar.

El digno sabio exageraba, y sus exageraciones cómicas provocaron cierta hilaridad colectiva cuando dijo que su corazón francés palpitaba con violencia



Paganel y Roberto.

durante su visita á la ciudad de Arauco. Al preguntarle el doctor la causa de su inesperada *palpitacion*, respondió que su conmoción era natural, pues un compatriota suyo ocupó en otro tiempo el trono de Araucanía. Le suplicó el mayor dijese el nombre de aquel soberano, y Santiago Paganel nombró con orgullo al buen M. de Tonneins, excelente sugeto, antiguo abogado de Perigneux, demasiado barbudo tal vez en aquel país de pocas barbas, que habia experimentado lo que los reyes destronados han dado en llamar con enfático sentimentalismo *la ingratitud de sus súbditos*. Habiéndose sonreído ligeramente el mayor á la idea de un antiguo abogado derribado del trono, Paganel respondió con mucha gravedad que era tal vez mas fácil á un abogado ser un buen rey que á un rey ser un buen abogado. Todos celebraron la ocurrencia y bebieron algunas gotas de *chichi* (1) á la salud de Orelío Antonio I, ex-rey de Araucanía. Pocos minutos despues los viajeros, envueltos en sus ponchos, dormían profundamente.

A las ocho de la mañana siguiente, los expedicionarios, con la madrina á vanguardia y los mulateros á retaguardia, prosiguieron al Este el camino del paralelo trigésimo sétimo. Atravesaron el fértil territorio de Araucanía, rico en viñas y rebaños. Pero poco á poco fueron quedando desiertos los campos, y apenas si de milla en milla se distinguía una ranchería de *rastreadores*, ó indios domadores de caballos, célebres en toda América. Veíase tambien, de cuando en cuando, una casa de postas abandonada, que servia de albergue al vagamundo indígena de las llanuras.

(1) Aguardiente de maíz fermentado.

Durante aquella jornada cerraron dos rios el paso á los viajeros, el Raque y el Tubal. Pero el capataz descubrió un vado que permitió pasar á la otra orilla. La cordillera de los Andes se destacaba en el horizonte, siendo hácia el Norte mayores y mas numerosos sus picos y colinas. Allí no eran aun mas que las vértebras inferiores de la enorme espina dorsal en que se apoya toda la armazón del Nuevo-Mundo.

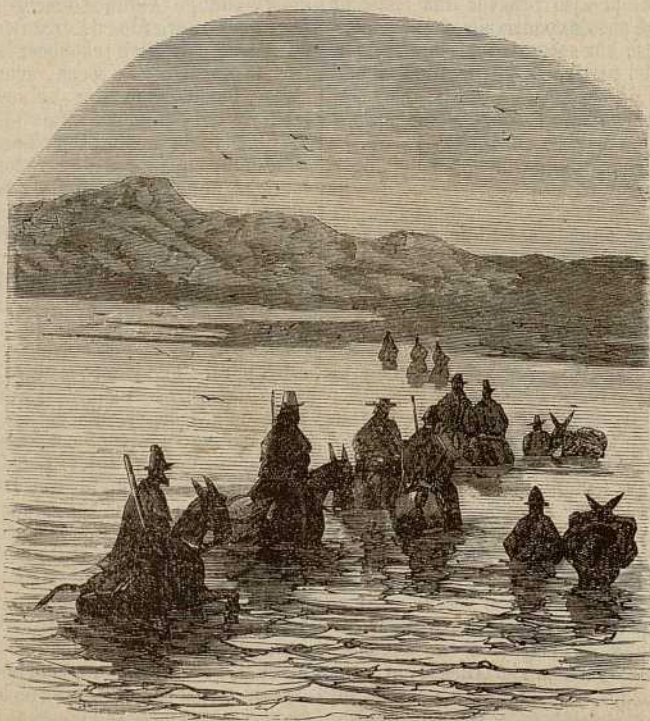
A las cuatro de la tarde, despues de andar 35 millas, se detuvo la caravana en medio del campo bajo un bosque de gigantescos mirtos. Quitóse la brida á los mulos, que fueron á pastar libremente la espesa yerba de las sábanas. Salieron de las alforjas el tasajo y el arroz acostumbrado. Las zaleas estendidas en el suelo sirvieron de colchones, los *recados* hicieron el papel de almohadas, y en aquellos improvisados lechos conciliaron todos un sueño reparador, mientras que los mulateros y el capataz velaban por turno.

Siendo el tiempo tan propicio, gozando de buena salud todos los viajeros, sin exceptuar Roberto, y habiendo empezado el viaje bajo tan buenos auspicios, era preciso aprovechar las circunstancias y seguir adelante con el ardor de un jugador que está de suerte. Esta era la opinion de todos. En la siguiente jornada se avanzó mucho, salvando sin el menor contratiempo la corriente del Bell, y por la tarde, acampando en las márgenes del rio Biobio, que separa el Chile español del Chile independiente, Glenarvan pudo añadir al activo de la expedición 33 millas mas sobre las ya recorridas. El paisaje seguia siendo fértil, abundando en él las amarilis, las violetas arborescentes, los estramonios y los cactus de doradas

flores. Algunos animales, entre otros el ocelote ó gato montés americano, se mantenían ocultos en la espesura. Las aves estaban únicamente representadas por una garza, un mochuelo y algunos zorzales y colimbos que huían de las garras del milano. Se veían muy pocos indígenas, y estos pocos eran casi todos *guachos*, hijos degenerados de indios y españoles que galopaban en caballos ensangrentados por las gigantescas espuelas que calzaban sus pies desnudos, y pasaban como sombras. No había á quien hablar en el camino, y por lo tanto no era posible adquirir ninguna noti-

cia. Glenarvan se consolaba con la idea de que Grant, prisionero de los indios, había sido arrastrado por ellos mas allá de la cordillera de los Andes. Mas acá de las Pampas, no podían ser fructuosas las pesquisas. Era, pues, preciso armarse de paciencia y seguir caminando con ligereza y sin descanso.

El 17, á la hora de costumbre, se volvió é emprender la marcha en el mismo órden que en los días anteriores, lo que no tenía de muy buen humor á Roberto, cuya impaciencia le inducía á ganar la delantera á la *madrina* con gran desesperacion de su



El vado de Tubal.

mulo. Era preciso que Glenarvan le reconviniese severamente para que el mocito no se separase de su puesto.

El terreno se hacia entonces mas accidentado. Algunas prominencias preludiaban próximas montañas, y los rios se multiplicaban, sometiéndose, no sin murmurar, á los caprichos de las pendientes. Paganel consultaba frecuentemente sus mapas, y cuando en ellos no figuraba alguno de los rios y arroyos que se encontraban á cada paso, su sangre de geógrafo hervía en sus venas y se incomodaba de la manera mas encantadora del mundo.

—Un rio que no tiene nombre, decia, es un rio que no tiene estado civil. Es un rio que no existe á los ojos de la ley geográfica.

Así es que bautizaba aquellos rios innominados, les anotaba en el mapa, y les daba las mas retumbantes calificaciones de la lengua española.

—¡Qué lengua! exclamaba, ¡qué lengua tan rotunda y sonora! ¡es una lengua de metal, y estoy seguro de que se compone de 78 partes de cobre y 22 de estaño, como el bronce de las campanas.

—¿Pero progresais en ella? le preguntó Glenarvan.

—¡Ciertamente, querido lord! ¡Ah! ¡Si no fuera por el acento! ¡Pero me mata el acento!

Entre tanto, Paganel hacia desesperados esfuerzos para enseñar á su gacznate á vencer las dificultades de la pronunciaciön, sin olvidar sus observaciones geográficas. En esto si, era extraordinariamente fuerte, y no habia quien le pudiese poner la ceniza en la frente. Cuando lord Glenarvan interrogaba al capataz sobre una particularidad del pais, su sabio compañero contestaba antes que el guia. Este le miraba con asombro.

Aquel mismo día, á cosa de las dos de la tarde, se presentó una senda que cortaba la línea seguida hasta entonces. Glenarvan preguntó naturalmente su nombre, y naturalmente tambien Santiago Paganel se encargó de contestarle.

—Este, le dijo, es el camino de Zumbel á los Angeles.

Glenarvan miró al capataz.

—Exactamente, dijo este.

Y dirigiéndose en seguida al geógrafo, le preguntó:

—¿Habeis atravesado ya este pais?

—Yo lo creo, respondió formalmente Paganel.

—¿En mulo?

—No, en butaca.

El capataz, que no le comprendió, se encogió de hombros, y volvió á colocarse á la cabeza de la caravana.

A las cinco de la tarde se detuvieron en un barranco poco profundo, á pocas millas de Loja, acampando los viajeros aquella noche al pie de las Sierras, primeros escalones de la Gran Cordillera.

CAPITULO XII.

Á DOS MIL PIES DE ALTURA.

Hasta entonces la travesía de Chile no había presentado ningún accidente grave. Pero en lo sucesivo se acumularán los obstáculos y peligros que lleva consigo una marcha por montañas, y empezará la verdadera lucha con las dificultades naturales.

Antes de partir fue preciso resolver una cuestión importante. ¿Por qué paso se podría atravesar la cordillera de los Andes, sin separarse de la dirección requerida? Acerca del particular se preguntó al capataz:

—No conozco, respondió este, mas que dos pasos practicables en esta parte de las cordilleras.

—¿El paso de Arica, sin duda dijo Paganel, descubierta por Valdivia y Mendoza?

—Precisamente.

—¿Y el de Villarica, situado al Sud del Nevado del mismo nombre?

—Justo.

—Pues bien, amigo, esos dos pasos tienen el inconveniente de llevarnos mas al Norte ó mas al Sur de lo que nos conviene.

—¿Teneis, preguntó el mayor, algun otro que proponernos?

—Ya se ve que sí, respondió Paganel; hay el paso de Antuco, situado en la pendiente volcánica, á 37° 30', es decir, á cerca de medio grado de nuestro derrotero. Se encuentra á 1,000 toesas de altura escasamente, y fue reconocido por Zamudio de la Cruz.

—¿Y vos, capataz, preguntó Glenarvan, conocéis este paso.

—Sí, milord, lo conozco prácticamente, y no os lo proponía porque es todo lo mas una vereda para el ganado de que se aprovechan los pastores indios de las vertientes orientales.

—Pues bien, amigo, respondió Glenarvan, por donde pasan los caballos, carneros y bueyes de los pehuenches, pasaremos tambien nosotros, y puesto que nos mantiene en la línea recta, iremos porque el paso Antuco.

Dióse inmediatamente la señal de marcha, y la comitiva penetró en el valle de las Lejas, entre grandes moles de caliza cristalizada. Subian los viajeros una cuesta casi insensible. A cosa de las once, tuvieron que rodear un lago de poca consideración, receptáculo natural y punto de cita pintoresco de todos los ríos de las cercanías, que llegaban á él murmurando y se confundían tranquilamente. Encima del lago se estendian espaciosos llanos cubiertos de gramíneas, donde pastaban los rebaños indios. Se encontró luego un pantano que se prolongaba de Sur á Norte, y del cual se salió bien por el instinto de los mulos. A la una apareció en la cresta de una roca, que coronaba con sus desmanteladas almenas; el fuerte Ballenero. Mas adelante, las pendientes se hacían ásperas y pedregosas, y los guijaros, desprendidos por los cascos de los mulos, rodaban al pasar, formando ruidosas cascadas de piedras. A cosa de las tres, se destacaron nuevas ruinas pintorescas de un fuerte destruido coando el levantamiento en 1770.

—Decididamente, como si las montañas por sí solas, dijo Paganel, no bastaran á separar á los hombres, las fortifican.

Desde aquel punto el camino se hizo difícil y hasta peligroso. El ángulo de las pendientes se abrió mas y mas, se prolongaron los picos, y los precipios se ahondaron de una manera espantosa. Los mulos avanzaban con prudencia, con la cabeza gacha, olfa-

teando el camino. Andábase en fila. Algunas veces, al volver un violento recodo, la madrina desaparecía, y la caravana se guiaba entonces por el lejano ruido de sus colleras. Con frecuencia tambien, las caprichosas revueltas del camino dividían la columna en dos filas paralelas, y el capataz podía hablar á los mulateros, al paso que una quebraja que tenía apenas 2 toesas de anchura, pero 200 de profundidad, interponía entre ellos un inaccesible abismo.

La vegetación herbácea luchaba aun cuando la invasión de la piedra, pero iba ya de capa caída, como se dice vulgarmente, se batía en retirada, y el triunfo próximo del reino mineral sobre el vegetal no parecía ya dudoso. Algunos rastros de lava de un color ferruginoso, erizados de cristales amarillos en forma de agujas, permitían reconocer la proximidad del volcán de Antuco. Las rocas, acumuladas unas sobre otras y amenazando caer, se sostenían contra todas las leyes del equilibrio. Era evidente que los cataclismos habían de modificar fácilmente su aspecto, y al considerar aquellos picos sin plomo, aquellas cúpulas torcidas, aquellas colinas mal sentadas, era fácil ver que no había aun llegado para aquella región montañosa la hora de la estabilidad definitiva.

En estas condiciones, era difícil reconocer el camino. La agitación casi incesante de la armazón de los Andes altera con frecuencia el trazado, y los puntos que sirven de señal para orientarse dejan de estar donde estaban. Así es que el capataz vacilaba, se paraba, miraba alrededor, interrogaba la forma de las rocas, buscaba en las piedras quebradizas las huellas de los indios. La orientación era imposible.

Glenarvan seguía al conductor paso á paso sin desviarse de él una línea. Echaba de ver cuanto aumentaban sus perplejidades las dificultades del camino, y no se atrevía á preguntarle nada. Pensaba, tal vez no sin razón, que el instinto de los mulateros es como el de los mulos, y que lo mejor que se pueda hacer es confiarse á él ciegamente.

Durante una hora siguió el capataz errando á la ventura, pero ganando incesantemente las mas elevadas zonas de la montaña. Tuvo al cabo que detenerse. En el fondo de un valle poco estenso había una de esas gargantas estrechas que los indios llaman *quebradas*. Cerraba la salida un muro de pórfido cortado á pico. El capataz, despues de buscar un paso inútilmente, se apeó, se cruzó de brazos y esperó. Se acercó á él Glenarvan.

—¿Os habeis extraviado? preguntó.

—¿No, milord, respondió el capataz.

—Sin embargo, no estamos en el paso de Antuco.

—En él estamos.

—¿No os engañais?

—No. Hé aquí los restos de una hoguera que ha servido á los indios, y las huellas que han dejado sus ganados.

—Pues bien, siendo así como decís, es claro que han pasado.

—Han pasado, pero ya no volverán á pasar. El último terremoto ha vuelto impracticable; el camino que había, se lo ha comido.

—Ha vuelto impracticable el camino para los mulos, respondió el mayor, pero no para los hombres.

—Eso, respondió el capataz, ya es harina de otro costal, no es cuenta mia. Yo he hecho lo que he podido. Mis mulos y yo estamos dispuestos á retroceder si quereis que vayamos á buscar los otros pasos de la Cordillera.

—¿Necesitaremos mucho tiempo.

—No bajará de tres días.

Glenarvan oía silencioso las palabras del capataz, el cual se hallaba evidentemente dentro de las condiciones del contrato. Sus mulos no podían ir mas lejos. Sin embargo, cuando propuso retroceder, Gle-

narvan se volvió á sus compañeros y les dijo:

—¿Queréis pasar, no obstante, los obstáculos?

—Queremos seguirlos, respondió Tom Austin.

—Y hasta precederos, añadió Paganel. ¿De qué se trata en resumidas cuentas? De pasar una cordillera de montañas, cuyas opuestas vertientes ofrecen un descenso incomparablemente mas fácil. Hecho esto, encontraremos á los *baqueanos* argentinos que nos guiarán por las Pampas, y caballos ligeros como el viento, acostumbrados á galopar en las llanuras. Adelante, pues, sin vacilar.

—¡Adelante! gritaron los compañeros de Glenarvan.

—¿Vos ro nos acompañais? preguntó este al capataz.

—Soy conductor de mulos, respondió el mulatero.

—Como queráis.

—Nos pasaremos sin él, dijo Paganel. Al otro lado de ese murallon, encontraremos los senderos de Antuco, y yo me comprometo á conducirlos á la falda de la montaña tan directamente como el guía mas práctico de las Cordilleras.

Glenarvan arregló la cuenta al capataz, y le despidió con mulas y zagales. Entre los siete viajeros se repartieron las armas, los instrumentos y algunos víveres. Todos acordaron emprender inmediatamente la marcha, y viajar, si era preciso, una parte de la noche. En la escarpa de la izquierda serpenteaba un sendero escabroso por el cual no hubieran podido andar los mulos. Las dificultades del tránsito fueron considerables, pero, despues de dos horas de fatigas y revueltas, Glenarvan y sus compañeros se hallaron en el paso de Antuco.

Estaban entonces en la parte andina, propiamente dicha, que dista poco de la arista superior de las Cordilleras, pero no distinguieron la menor apariencia de camino abierto ni de paso determinado. Toda aquella region acababa de ser trastornada por los últimos terremotos, y fue preciso elevarse cada vez mas por las crestas de la Cordillera. Paganel se puso de bastante mal humor al ver que el camino no estaba libre, y comprendió las rudas fatigas que habia que arrostrar para ganar la cima de los Andes, cuya altura media esta comprendida entre 11,000 y 12,000 pies. Afortunadamente, el tiempo estaba tranquilo y el cielo sereno, y la estacion era favorable. Pero en invierno, desde mayo á octubre, la ascension hubiera sido impracticable, porque basta la intensidad del frio para acabar con los viajeros, y los que resisten el rigor de la temperatura sucumben á la violencia de los *temporales*, que así se llaman ciertos huracanes particulares de aquellas regiones que todos los años siembran de cadáveres las gargantas de la Cordillera.

Toda la noche se pasó subiendo, siempre subiendo. A fuerza de agarrarse con las uñas se pudo poner el pie en mesetas casi inaccesibles. Hubo que salvar de un salto despeñaderos anchos y profundos; dándose unos á otros la mano, con los brazos se reemplazaban las cuerdas, y los hombros servian de escabeles. Aquellos hombres intrépidos parecian una compañía de volatineros entregada á toda la locura de los juegos icarios. Entonces tuvieron mil ocasiones de ejercitarse el vigor de Mulrady y la destreza de Wilson. Los dos bravos escoceses se multiplicaban, y mas de una vez sin su abnegacion y su valor no hubiera podido pasar la caravana. Glenarvan no perdía de vista al joven Roberto, cuya edad y natural viveza volvieran imprudente. Paganel avanzaba con todo el ardor de un verdadero francés. El mayor no se movía mas que lo estrictamente necesario, y se elevaba de una manera insensible. ¿Había notado él mismo que hacia muchas horas que estaba subiendo? Es dudoso. Tal vez se figuraba estar bajando.

A las cinco de la mañana, habian los viajeros al-

canzando una altura de 7,500 pies determinada por observacion barométrica. Hallábanse entorces en las mesetas secundarias, último límite de la region arborescente. Allí saltaban algunos animales que hubiera labrado la dicha de un cazador, y ellos lo conocian porque desde muy lejos huían á la aproximacion de los hombres. Entre ellos se veía el lama, animal precioso de las montañas, que reemplaza sin desventaja al carnero, el buey y al caballo, y vive donde no viviria el mulo. Entre ellos se veía al chinchilla, pequeño roedor apacible y tímido, de magnífica y solicitada piel, que ocupa un término medio entre la liebre y el gerbo, dándole sus estremidades posteriores la apariencia de un kanguro. No hay nada tan agradable como ver á este ligero animal saltando de un árbol á otro á la manera de una ardilla.

—Ese animal no es todavía un pájaro, decia Paganel, pero ya no es un cuadrúpedo.

No eran sin embargo aquellos animales los únicos habitantes de la montaña. A la altura de 9,000 pies, en el límite de las nieves perpétuas, vivian rumiantes de incomparable belleza, la alpaca de largo y sedoso pelo, y esa especie de cabra sin cuernos, elegante y altiva, llamada vicuña por los naturalistas, y célebre por la figura de su lana. Pero no habia que pensar en aproximarse á ellas, que bastante hacian con dejarse ver, huyendo con tanta velocidad como si tuviesen alas y deslizándose sin ruido por alfombras de nieve que deslumbaban con su blancura.

El aspecto de las regiones se habia metamorfoseado enteramente.

Grandes témpanos de hielo, azulados en algunas escarpas, se levantaban en todas direcciones y reflejaban los primeros rayos del dia. La ascension fue entonces muy peligrosa. No se podia dar un paso sin sondear primero la nieve para reconocer los derrumbaderos. Wilson se habia colocado á la cabeza de la fila y tanteaba con el pie los ventisqueros. Sus compañeros ponian exactamente el pie en sus huellas, y se abstenia de levantar la voz, porque el menor ruido, agitando las capas de aire, podia provocar la caída de moles de nieve suspendidas á 700 ú 800 pies de la cabeza de los viajeros.

Estos habian llegado entonces á la region de los arbustos, los cuales, 250 toesas mas arriba, cedieron su imperio á las gramineas y á los cactus. A 11,000 toesas estas plantas abandonaron tambien el suelo árido, y desapareció hasta el último vestigio de vegetacion. Los viajeros no habian hecho mas que un alto, que fue á las cuatro, para reparar sus fuerzas con un ligero almuerzo, y renovando su energia sobrehumana, Prosiguieron la ascension, y desafiaron peligros incesantemente mayores. Tuvieron que ganar agudas aristas, y pasar por encima de precipicios que no se atrevia á medir la mirada. De trecho en trecho cruces de madera eran indicios de multiplicadas catástrofes. A las dos de la tarde, una inmensa meseta sin apariencia alguna de vegetacion, un verdadero desierto, se extendia entre picos descarnados. El aire era seco y el cielo tenia un azul trasparente; en aquella altura no se conocen las lluvias, y los vapores solo se resuelven en nieve ó en granizo. Algunos picos de pórvido ó de basalto taladraban el blanco sudario como los huesos de un esqueleto, y á cada instante fragmentos de cuarzo, descoyuntados por la accion del aire, rodaban con un ruido mate que la poca densidad de la atmósfera volvia casi imperceptible.

La caravana á pesar de su valor, sentia agotarse sus fuerzas; Glenarvan, viendo el cansancio de sus compañeros, se arrepentia de haberse internado tanto en la montaña. Roberto luchaba desesperadamente contra la fatiga, pero no podia ya mas.

A las tres, Glenarvan se detuvo.

—Es preciso descansar, dijo, conociendo que nadie baria semejante proposicion.

—¿Descansar? dijo Paganel, no tenemos aquí dónde guarecernos.

—Sin embargo, es indispensable, aunque no sea mas que por Roberto.

—Por mí no, milord, respondió el valeroso niño, aun puedo andar... no os detengais.

—Te llevaremos, hijo mio, respondió Paganel, pero es preciso ganar á todo costa la vertiente oriental. Allí hallaremos tambien alguna choza donde refugiarnos. Pido otras dos horas de marcha.

—¿Sois todos del mismo parecer? preguntó Glenarvan.

—Sí, respondieron sus compañeros.

Mulrady añadió:

—Yo me encargo del niño.

Y se volvió á tomar la direccion del Este, continuando por espacio de otras dos horas aquella ascension espantosa. Se subia infesantemente para llegar á las últimas cumbres de la montaña. La rarefaccion del aire producía esa opresion dolorosa conocida con el nombre de *puna*. La sangre brotaba de las encías y de los labios por falta de equilibrio, y tal vez tambien por la influencia de las nieves, que á una grande altura vician evidentemente la atmósfera. La falta de densidad tenia que suplirse con inspiraciones frecuentes, activando de este modo la circulacion, lo que fatigaba tanto á los viajeros como la reverberacion de los rayos del sol en las sábanas de nieve. Por



Glenarvan y sus compañeros.

mucha que fuese la fuerza de voluntad de aquellos hombres mas que valientes, llegó un momento en que los mas vigorosos desfallecieron, y el vértigo, ese terrible mal de las montañas, no solo destruía su energia física sino que tambien su energia moral. No se lucha impunemente contra fatigas de ese género. Pronto empezaron á menudear los tropezones y las caidas, y los que caian no avanzaban ya mas que á gatas, arrastrándose de rodillas.

La estenuacion iba á poner término á aquella ascension demasiado prolongada, y Glenarvan consideraba no sin terror la inmensidad de las nieves y el frio de aquella region funesta y la sombra que empezaba á rodear sus solitarias cumbres, cuando el mayor se detuvo, y dijo con su flemá habitual:

—Una choza.

CAPITULO XIII.

DESCENSO DE LA CORDILLERA.

Otro cualquiera que no hubiera sido Mac Nabbs hubiera pasado cien veces al lado, alrededor y hasta por encima de aquella choza, sin sospechar su existencia. Se presentaba como una entumescencia de la alfombra de nieve que se distinguía apenas de las rocas circunstantes. Preciso fue quitar la nieve que la cubria, lo que costó media hora de asiduo trabajo. Guando Wilson y Mulrady consiguieron despojar la entrada de la *casucha*, se embutieron precipitadamente en ella todos los viajeros.

Aquella casucha, construida por los indios, estaba

formada de *adobes*, ó ladrillos cocidos al sol, y tenia la forma de una especie de cubi'lo cuyos lados medirían 12 pies, coronando la cumbre de una roca basáltica. Se llegaba á la puerta, única abertura que tenia, por una escalera de piedra, y no obstante ser muy estrecha su entrada, bastaba para el paso de las nieves, los huracanes y el granizo, cuando en las montañas se desencadenaban los temporales.

En ella podían colocarse cómodamente diez personas, y si bien sus paredes en la estacion de las lluvias no hubieran ofrecido una resistencia suficiente, bastaban para resguardar de un frio intenso que en el termómetro se marcaba con 10° bajo 0. Además, una especie de hogar con chimenea de adobes muy mal unidos permitía encender lumbre y combatir eficazmente la temperatura exterior.

—Hé aquí, dijo Glenarvan, un escondrijo que, aunque no cómodo, es suficiente. La Providencia nos ha conducido á él, y debemos darle gracias.

—¡Pues si es un palacio! respondió Paganel. No le faltan mas que centinelas y cortesanos. Vamos á estar admirablemente.

—Sobre todo, cuando arda un buen fuego en el hogar, dijo Tom Austin, porque me parece que no tenemos menos frio que hambre, y lo que es á mi me complaceria tanto una buena fogata como una buena chuleta.

Pues bien, Tom, respondió Paganel, procuraremos encontrar combustible.

—¡Combustible en la cumbre de las cordilleras! dijo Mulrady espresando su desconfianza con un movimiento de duda.

—Puesto que en esta cumbre, respondió el mayor han puesto una chimenea, es de creer que los que la pusieron contarían con algo que quemar.

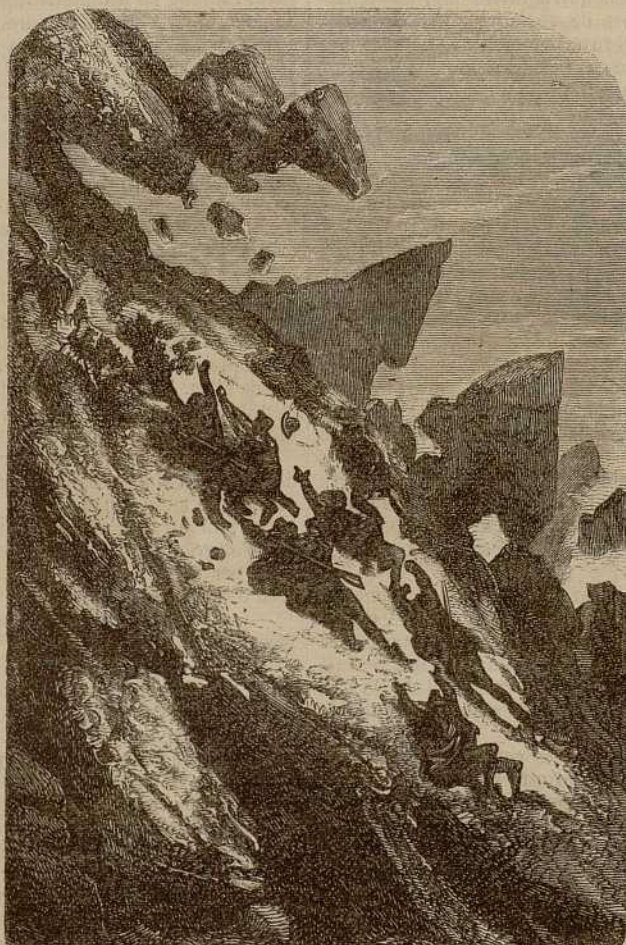
—Nuestro amigo Mac Nabbs tiene razón, dijo Glenarvan. Disponed la cena mientras yo me voy á desempeñar las funciones de leñador.

—Os acompaño con Wilson, respondió Paganel.

—¿Si me necesitais? dijo Roberto levantándose.

—No, descansa, hijo mio, respondió Glenarvan. Tú serás un hombre á la edad en que otros son todavía niños.

Glenarvan, Paganel y Wilson salieron de la casucha. Eran las seis de la tarde. El frío, á pesar de la absoluta calma de la atmósfera, se dejaba sentir vivamente. El azul del cielo empezaba ya á oscurecerse, y el sol con sus últimos rayos se despedía de los en-



El cerro se deslizaba con la rapidez de un tren directo.

hiestos picos de los cerros andinos. Paganel, que se había llevado el barómetro, lo consultó y vió que el mercurio se mantenía á 0,423 milímetros. La depresión de la columna barométrica correspondía á una elevación de 11,700 pies. Aquella region de las Cordilleras tenía por consiguiente una altura á la cual la de Mont Blanc solo escedía en 910 metros. Si aquellas montañas hubiesen presentado las dificultades de que está erizado el gigante de Suiza, si contra ellas se hubiesen desencadenado los huracanes y torbellinos, ni uno solo de los viajeros hubiera atravesado la gran cordillera del Nuevo Mundo.

Glenarvan y Paganel llegaron á una loma de pórfido desde la cual pasearon sus miradas por todo el horizonte. Ocupaban entonces la cima de los nevados de la cordillera, y dominaban un espacio de 40 millas cuadradas. Al Este, las vertientes se convertían en rampas suaves por las que era posible deslizarse y salvar un espacio de muchas toesas. A lo lejos, las

piedras y los cantos rodados, impelidos por el deslizamiento de los ventisqueros, formaban inmensas líneas longitudinales. Ya el valle del Colorado se sumergía en una sombra ascendente producida por la puesta del sol; los relieves del terreno, las eminencias, las crestas, los picos, iluminados por los últimos resplandores del día, se extinguían gradualmente, y poco á poco la sombra se extendía por toda la vertiente oriental de los Andes. Al Oeste, el sol iluminaba aun las colinas en que se apoya la inmensa mole cortada á pico de los flancos occidentales. Deslumbraban las rocas y ventisqueros sumergidos en aquella irradiación del astro del día. Hacia el Norte ondeaban colinas eslabonadas que se confundían insensiblemente y formaban como una línea trazada con lápiz por una mano inhábil y temblorosa. Por aquel lado las miradas se estraviaban y se perdían. Pero al Sur, al contrario, el espectáculo era espléndido, y con la noche que se acercaba debía tomar sublimes proporciones.

En efecto, el rayo visual, abismándose en el valle salvaje del Forbido, dominaba el Antuco, cuyo cráter abierto respiraba á dos milas de distancia. El volcan rugía como un monstruo enorme, semejante á los Leviatanes de los dias apocalípticos, y vomitaba ardientes humaredas mezcladas con torrentes de llamas fuliginosas. El cerco de montañas que le rodeaba parecia incendiado; granizadas de piedras candentes, nubes de vapores rojizos, cohetes de lava se reunian formando haces centelleantes. Un resplandor inmenso, que por instantes adquiria intensidad, uno deflagracion deslumbradora llenaba aquel vasto circuito con sus esplendentes reverberaciones, en tanto que el sol, desprendiéndose poco á poco de sus fulgores crepusculares, desaparecia como un astro apagado en las sombras del horizonte.

Paganel y Glenarvan, leñadores convertidos en artistas, hubieran pasado mucho tiempo contemplando aquella magnífica lucha de los fuegos de la tierra con los del cielo, si Wilson, menos entusiasta, no les hubiese llamado al sentimiento de la situación. Afortunadamente, á falta de leña habia un liquen enjuto y seco que cubria las rocas, y se hizo de él abundante provision, al mismo tiempo que de cierta planta llamada *llaretta* cuya raiz podia arder suficientemente. Llevado á la casucha este precioso combustible, se hacinó en el hogar. Algo costó encender el fuego, y sobre todo conservarlo. El aire, muy enrarecido, no suministraba para alimentarle la suficiente cantidad de oxígeno; al menos esta fue la razon que dió el mayor.

—En cambio, añadió, el agua no necesitará para hervir 100° de calor, y los aficionados al café hecho con agua á 100° tendrán que pasarse sin él, porque á esta altura la ebullicion se manifestará antes de los noventa grados (1).

Mac Nabbs sabia lo que se decia. El termómetro, sumergido en el agua de la caldera desde que empezó á hervir, no marcó mas que 87°. Con verdadera voluptuosidad bebieron todos algunos sorbos de café pero encontraron insuficiente la carne salada, lo que provocó una reflexion tan sensata como inútil de Paganel.

—¡Pardiez, dijo, preciso es confesar que no vendria del todo mal un pedazo de lama asado! Dícese que el lama reemplaza al buey y al carnero, y quisiera saber si esto es bajo el punto de vista gastronómico.

—¡Cómo! dijo el mayor, ¿no estais contento de nuestra cena, sabio Paganel?

—Contentísimo, benemérito mayor; sin embargo, confieso que un plato de caza seria dignamente recibido.

—Sois un sibarita, contestó Mac Nabbs.

—Acepto la calificacion, mayor, pero me parece que vos tambien, á pesar de lo que estais hablando, no le hariais ascos á un beefsteak cualquiera.

—Es probable, dijo el mayor.

—Y, á pesar del frio y de la noche, si se os pidiese por favor que fuerais á ponerlos de acecho, iriais sin murmurar.

—Evidentemente, y no me haria rogar mucho. Por poco que os empeñeis...

Los compañeros de Mac Nabbs no habian tenido aun tiempo de darle las gracias por su condescendencia, cuando se oyeron lejanos y prolongador aullidos. No eran gritos de animales aislados, sino de un rebaño que se acercaba rápidamente. La Providencia queria acaso suministrar la cena despues de haber dado la choza. Tal fue la reflexion del geógrafo. Pero Glenarvan aguló un poco su alegría, haciéndole observar que los cuadrúpedos de la cordillera no se encuentran jamás en una zona tan elevada.

(1) La ebullicion del agua disminuye 1° por cada 324 metros de elevacion.

—¿De dónde viene, pues, el ruido? dijo Tom Austin. ¿No ois cómo se acerca?

—¿Será una avalancha? dijo Mulrady.

—¡Imposible! Son verdaderos aullidos, replicó Paganel.

—Veamos, dijo Glenarvan.

—Y oigamos como cazadores, añadió el mayor tomando su carabina.

Todos se lanzaron fuera de la casucha. La noche habia cerrado completamente, y era estrellada y oscura. La luna no ostentaba aun el disco medio corroido de su última fase. Las cimas del Norte y del Este desaparecian en las tinieblas, y no se percibia mas que la fantástica silueta de algunos peñascos dominantes. Los aullidos, que parecian de bestias asustadas, eran cada vez mas numerosos y fuertes. Venian de la parte tenebrosa de las Cordilleras. ¿Qué sucedia? Llegó, en efecto, súbitamente una avalancha furiosa, pero una avalancha formada de seres animados y locos de espanto. Se agitaba al parecer toda la meseta. Llegaban centenares, tal vez millares de animales que, no obstante el enrarecimiento del aire, producian un estrépito espantoso. ¿Eran fieras de las Pampas ó simplemente una manada de lamas y vicuñas? Glenarvan, Mac Nabbs, Roberto, Austin, los dos marineros, no tuvieron tiempo mas que para echarse al suelo, mientras aquel torbellino vivo pasaba á algunos pies encima de ellos. Paganel que en su cualidad de nieto de permanecia en pie para ver mejor, fue derribado en un abrir y cerrar de ojos.

En aquel momento sonó el estampido de un arma de fuego. El Mayor habia tirado al bulto, y le parecia que un animal habia caído á pocos pasos de distancia, mientras la manada toda, impelida por su irresistible arranque y redoblando sus clamores, desaparecia por las vertientes que iluminaba la reverberacion del volcan.

—¡Ah! ya lo tengo, dijo una voz, la voz de Paganel.

—¿Qué? preguntó Glenarvan.

—¡Mis anteojos, pardiez! Lo menos que en semejante confusion puede uno perder son los anteojos.

—¿No estais herido?

—No, algo pisoteado. ¿Pero por quién?

—Por éste, respondió el mayor arrastrando el animal que habia muerto.

Todos volvieron inmediatamente á la choza, y al resplandor del hogar examinaron la víctima de Mac Nabbs.

Era un hermoso animal parecido á un camello pequeño y sin giba. Tenia la cabeza pequeña, el cuerpo achatado, las piernas largas y delgadas, el pelo fino de color de café con leche, y el vientre manchado de blanco. No bien Paganel le vió, exclamó:

—¡Un guanaco!

—¿Y qué es un guanaco? preguntó Glenarvan.

—Una bestia que se come, respondió Paganel.

—¿Y es buena?

—Sabrosísima. Un manjar del Olimpo. Ya sabia yo que tendríamos para cenar carne fresca ¡Y qué carne! ¿Pero quién va á desollar y hacer pedazos al animal?

—Yo, dijo Wilson.

—Pues entonces yo me encargo de asarlo, replicó el geógrafo.

—¿Entendeis tambien de cocina, M. Paganel? dijo Roberto.

—¡Toma, como que soy francés! En un francés hay siempre un cocinero.

Cinco minutos despues, Paganel colocó buenas grasas de venado sobre las ascuas producidas por la raiz de *llaretta*, y pasados otros diez minutos, sirvió á sus compañeros aquel apetitosísimo plato bajo el nombre de *filete de guanaco*. Cada cual se apoderó de su contingente, sin ninguna ceremonia.

Pero, con mucho asombro del geógrafo, un gesto de repugnancia general acompañado de un *pouch* unánime acogió el primer bocado.

—¡Qué asco! dijo uno.

—¡Qué cosa tan horrible! exclamó otro.

El pobre sabio tuvo que convenir, á pesar suyo, en que aquel asado era inaceptable, aun entre famélicos. Empezábase, pues, un fuego graneado de pullas que él comprendía perfectamente, siendo objeto de ellas su tan cacareado *manjar del Olimpo*. El mismo buscaba la razón que podía haber para que la carne de guanaco, que es verdaderamente buena y muy estimada, degenerase en sus manos hasta el extremo de hacerse detestable. Se le ocurrió muy pronto una reflexión.

—Ya sé lo que es, exclamó. ¡Pardiez! ¡no cabe la menor duda!

—¿Era acaso el animal demasiado viejo? preguntó Mac Nabbs con su tranquila sorna.

—No, intolerante mayor; el animal había corrido mucho. ¿Cómo no lo tuve presente?

—¿Qué quereis decir, señor Paganel? preguntó Tom Austin.

—Quiero decir, que el guanaco no es manducable sino cuando ha sido muerto estando descansando. Si se le persigue mucho tiempo, si ha tenido que dar una larga carrera, su carne es insostenible. Puedo, pues, afirmar que esa res venia de muy lejos, y por consiguiente de muy lejos venia tambien toda la manada.

—¿Estais seguro del hecho? preguntó Glenarvan.

—Absolutamente.

—¿Pero qué acontecimiento, qué fenómeno ha podido azorar de tal modo á esos animales y les ha obligado á correr desesperadamente á la hora en que debían estar tranquilamente dormidos en su guarida?

—Me es imposible contestar á esa pregunta, que rido Glenarvan, dijo el geógrafo. Si quereis creerme, vámonos á dormir, y dejemos correr la bola. Lo que es yo, me muero de sueño. Durmamos, mayor.

—Durmamos, Paganel.

Dicho esto, cada cual se envolvió en su poncho, se atizó el fuego, y muy luego se elevaron en todos los tonos y en todos los ritmos roncidos formidables, sosteniendo entre ellos el edificio armónico el bajo profundo del sabio geógrafo.

Glenarvan era el único que no dormía, manteniéndole secretas inquietudes en un estado de penoso insomnio. Pensaba involuntariamente, sin podersele quitar de la cabeza, en aquella manada de animales que huían todos en una misma dirección con un azoramiento inexplicable. Los guanacos no podían ser perseguidos por fieras, porque en aquella elevación no las hay, y menos aun cazadores. ¿Qué terror, pues, les precipitaba hacia los abismos del Antuco, y cuál era la causa? Glenarvan tenía el presentimiento de un peligro próximo.

Sin embargo, bajo el influjo de una semisomnolencia, sus ideas se modificaron poco á poco, y á las zozobras sucedió la esperanza. Véase ya en la llanura de los Andes, donde debían empezar verdaderamente sus investigaciones, y tal vez no estaba lejos el buen éxito apetecido. Soñó en el capitán Grant y en sus dos marineros sometidos á dura servidumbre. Estas imágenes pasaban rápidamente por su espíritu, distraído á cada instante por un chisporroteo del fuego, por una chispa que saltaba, por la llama vivamente oxigenada que iluminaba el semblante de sus compañeros dormidos, y agitaba alguna sombra fugitiva en las paredes de la choza. Después sus presentimientos volvían á la carga con mayor ímpetu. Oía vagamente los ruidos exteriores, de difícil explicación en aquellas cumbres solitarias.

Hubo un momento en que le pareció sorprender

rugidos lejanos, sordos, amenazadores, como el estruendo de un trueno que no viniera del cielo. Y aquellos rugidos no podían proceder mas que de una tempestad desencadenada en los flancos de la montaña, á algunos miles de pies mas abajo de la cumbre. Glenarvan quiso computar el hecho, y salió al aire libre.

Se elevaba entonces la luna. La atmósfera estaba serena y tranquila. Ni la mas tenue nube se descubría por ningún lado. Columbrábanse algunos movedizos reflejos de las llamas del Antuco. No surcaba la atmósfera ningún relámpago. Centelleaban en la celeste bóveda millares de estrellas. Los rugidos, sin embargo, no cesaban, y al parecer se iban aproximando y recorrían la cordillera de los Andes. Glenarvan volvió á la choza inquieto, preguntándose qué relación existiría entre aquellos rugidos subterráneos y la fuga de los guanacos. ¿Habría allí un efecto sin causa? Vió en su reloj que eran las dos de la mañana.

No teniendo la certeza de un peligro inmediato, no despertó á sus compañeros que, rendidos de fatiga, dormían profundamente, y él mismo se sintió dominado por una pesada somnolencia que duró algunas horas.

De pronto le obligó á ponerse en pie un violento fragor, un estrépito terrible, sólo comparable al entrecortado ruido de innumerables carros de artillería rodando en un pavimento sonoro. Luego sintió Glenarvan que el suelo se hundía bajo sus pies, y vió oscilar la choza y cuartearse.

—¡Alerta! exclamó.

Sus compañeros, despiertos y confusamente revueltos, eran arrastrados por una pendiente rápida. El día despuntaba entonces, y la escena era espantosa. Las montañas se transformaban súbitamente, se truncaban los conos, desaparecían los vacilantes pisos como si bajo su base se abriese alguna trampa, y á consecuencia de un fenómeno particular de las Cordilleras (1), un cerro, que tenía algunas millas de extensión, se desplomó todo entero y se deslizó hasta la llanura.

—¡Un terremoto! gritó Paganel.

No se engañaba. Era uno de los frecuentes cataclismos que sobrevienen en la parte montuosa de Chile, precisamente en la región en que Copiapo ha sido dos veces destruido y Santiago lo ha sido cuatro en catorce años. Aquella parte del globo está minada por fuegos subterráneos, y los volcanes de la Cordillera, que son de origen reciente, no ofrecen suficientes válvulas de seguridad para la salida de los vapores subterráneos. Tal es la causa de los incessantes sacudimientos conocidos con el nombre de *temblores*.

Aquel cerro á que se agarraban siete hombres asiendo de los líquenes, aturdidos, amilanados, se deslizaba con la rapidez de un tren directo, es decir, con una velocidad de 50 millas por hora. No se podía dar un grito, y hubiera sido inútil hacer ningún esfuerzo para huir ó para detenerse. Los rugidos interiores, el estrépito de las avalanchas el choque de las moles de granito y de basalto, los torbellinos de una nieve pulverizada, volvían imposibles todas las comunicaciones. Tan pronto se deslizaba el cerro sin choques ni saltos, como era arrastrado por un movimiento de oscilación parecido al del buque que navega en un mar agitado, pasando por la orilla de abismos en que se precipitaban peñascos, y se desarraigaban árboles seculares, y se nivelaban, como segados por una inmensa hoz, todos los picos de la vertiente oriental.

Imaginémonos el poder de una mole que pesa millones de millones de toneladas, lanzada con una velocidad sin cesar creciente en un ángulo de 50°.

(1) Un fenómeno casi idéntico se produjo en la cordillera de Mont-Blanc en 1820, y acaeció una espantosa catástrofe que costó la vida á tres guías de Chamouni.

Nadie era capaz de calcular lo que duró aquella caída indescriptible, ni era posible prever á qué abismo conduciría. Nadie tampoco podía afirmar si estaban allí todos vivos, ó si alguno yacía en el fondo de un derrumbadero. Ahogados por la velocidad de la marcha, helados por el aire frío que les penetraba, cegados por los torbellinos de nieve, jadeaban anonadados, casi exánimes, asiendo automáticamente de las rocas por un supremo instinto de conservacion.

De repente, les echó fuera de su rápido vehículo un choque de incomparable violencia, que les precipitó hácia delante y les hizo rodar hasta los últimos escalones de la Cordillera. El cerro se habia detenido.

Durante algunos minutos, nadie se movió. Uno de ellos, aturrido por el golpe, pero firme aun, se levantó, sacudió el polvo que le cegaba y miró en torno suyo. Era el mayor, que vió á sus compañeros tendidos en un círculo estrecho, amontonados unos sobre otros.

El mayor los contó. Uno faltaba, y era Roberto Grant.

CAPITULO XIV.

UR TIRO PRÓVIDENCIAL.

Forman la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes largas pendientes que insensiblemente se van perdiendo hasta llegar á la llanura, en que se detuvo súbitamente el cerro que arrastraba á los viajeros. En aquella nueva comarca, tapizada de abundantes pastos y poblada de árboles magníficos, formaban verdaderos bosques y hacían brillar sus dorados frutos millares de millares de manzanos plantados en tiempo de la conquista. Parecía un pelazo de la opulenta Normandía echado á aquellas regiones, y en cualquiera otra circunstancia hubiera sorprendido á los viajeros aquella transicion súbita del desierto á la oasis, de las nevadas cumbres á las verdes praderas, del invierno al verano.

El terreno habia recobrado su inmovilidad absoluta. El terremoto habia terminado, y sin duda las fuerzas subterráneas ejercian mas lejos su accion devastadora, porque la Cordillera de los Andes se halla siempre en algun punto agitada y conmovida. La conmocion última habia sido sumamente violenta, tanto que modificó enteramente la línea de las montañas. Se destacaba del fondo azul del cielo un nuevo panorama de cumbres, crestas y picos, y el guia de las Pampas habiera buscado inútilmente sus puntos de orientacion acostumbrados.

Se preparaba un admirable día. Los rayos del sol que se acababa de levantar de su húmedo lecho del Pacifico se deslizaban por las llanuras argentinas, y se sumergian ya en las aguas del otro Océano. Eran las ocho de la mañana.

Lord Glenarvan y sus compañeros, reanimados por los cuidados del mayor, volvieron poco á poco á la vida. Habian sufrido un espantoso aturdimiento, pero nada mas. Se hallaban ya debajo de la Cordillera, y motivos hubieran tenido para congratularse de un medio de locomocion en que nada pusieron de su parte, si uno de ellos, el mas débil, un niño, Roberto Grant, no hubiera desaparecido.

Todos simpatizaban con aquella intrépida criatura. Paganel le profesaba un afecto particular, y lo mismo el mayor, no obstante su frialdad característica, y principalmente Glenarvan. Este, cuando supo la desaparicion de Roberto, se puso desesperado. Se representaba el pobre niño sepultado en un abismo, que llamaba inútilmente á aquel á quien daba el nombre de segundo padre.

—¡Amigos míos! ¡amigos míos! dijo sin poder contener sus lágrimas, ¡le hemos de buscar, le hemos de encontrar á toda costa! ¡No podemos abandonarle!

Me atareis con una cuerda, y me bajareis. ¡Quiero que se haga! ¿lo oís? El cielo quiera que no haya aun espirado. ¿Cómo sin él habíamos de atrevernos á buscar á su padre? ¿Con qué derecho salvaríamos al capitán Grant, habiendo su salvacion costado la vida á su hijo?

Los compañeros de Glenarvan le escuchaban silenciosos; comprendian que el noble lord buscaba una esperanza de que asirse, y bajaban los ojos.

—¡Con que, repuso Glenarvan, ya me habeis oído! ¡callais! ¡No teneis ninguna esperanza! ¡ninguna!

Hubo una pausa, despues de la cual Mac Nabbs tomó la palabra y dijo:

—¿Cuál de vosotros, amigos míos, recuerda el instante en que desapareció Roberto?

Nadie respondió.

—¿Al menos, añadió el mayor, me direis junto á quién se hallaba Roberto durante el descanso?

—Junto á mí, respondió Wilson.

—Pues bien, ¿hasta qué momento le has visto junto á tí? Haz memoria. Habla.

—Hé aquí todo lo que yo recuerdo, respondió Wilson. Roberto Grant se hallaba á mi lado, con las manos convulsivamente contraidas en una mata de líquen, menos de dos minutos antes del choque que puso fin á nuestro descenso.

—¡Menos de dos minutos! ¡Recuerda bien, Wilson! ¡los minutos han debido parecerte largos! ¿No te engañas?

—No creo engañarme... Sí, eso es... menos de dos minutos.

—Bien, dijo Mac Nabbs. ¿Se encontraba Roberto á tu izquierda ó á tu derecha?

—A mi izquierda. Recuerdo que su poncho azotaba mi cara.

—¿Y tú, respecto á nosotros, cómo te encontrabas?

—También á la izquierda.

—Roberto no ha podido de consiguiente desaparecer mas que aquel lado, y teniendo en cuenta el tiempo trascurrido desde su desaparicion, debe haber caído en la parte de la montaña comprendida entre el llano y 2 millas de altura. Esta estension debemos reconocer, dividiéndonos en grupos que recorran las distintas zonas y le encontraremos.

Nadie añadió una palabra. Los seis hombres, trepando por las pendientes de la Cordillera, se escalonaron en diferentes alturas y empezaron su exploracion. Se mantenian constantemente á la derecha de la línea del descenso, registrando las mas pequeñas quebraduras, bajando al fondo de precipicios cegados en parte por las piedras, de las cuales salieron algunos con las ropas destrozadas y los pies y las manos ensangrentados, despues de haber espuesto su vida. Toda aquella porcion de los Andes, exceptuando algunas mesetas inaccesible, fue escrupulosamente examinada durante largas horas, sin que nadie pensase en descansar. ¡Infructuosas pesquisas! El niño habia encontrado en la montaña, no solo la muerte, sino que tambien una tumba, cuya losa, que era tal vez un enorme peñasco, se habria cerrado sobre él para siempre.

A la una, Glenarvan y sus compañeros se hallaban en el fondo del valle quebrantados y anonadados. Glenarvan se hallaba poseido del mas violento dolor, sin hablar apenas, sin que saliesen de sus labios mas que estas palabras entrecortadas por los suspiros:

—¡No me marcharé! ¡no me marcharé!

Todos comprendieron que aquella obstinacion se habia convertido en una idea fija, y la respetaron.

—Aguardemos, dijo Paganel al mayor y á Tom Austin. Descansemos un rato, y reparemos nuestras fuerzas, de que tenemos mucha necesidad, ya sea para volver á empezar nuestras pesquisas, ya sea para continuar nuestro camino.

—Sí, respondió Mac Nabbs, quedémonos, ya que

Edward quiere quedarse. Aun espera, ¿pero qué espera?

—Dios lo sabe, dijo Tom Austin.

—¡Pobre Roberto! exclamó paganel enjugándose los ojos.

Numerosos árboles se levantaban en el valle. El mayor escogió un grupo de frondosos algarrobos para establecer un campamento provisional. Algunas mantas, las armas y un poco de tasajo y arroz eran todo lo que quedaba á los viajeros. Corría no lejos un río,

cuyas aguas estaban aun turbias á consecuencia de la avalancha. Mulrad y encendió un poco de lumbre sobre la yerba, y luego ofreció á su amo una bebida caliente y confortante. Glenarvan la rehusó y continuó tendido sobre su poncho y profundamente abatido.

Así pasó todo el día. Vino la noche, serena y tranquila como la anterior, y mientras sus compañeros permanecían inmóviles, aunque no dormidos, él volvió á subir las cuestas de la Cordillera, muy atento, esperando siempre una voz que le llamase. Se aven-



El ave había asido por las ropas á Roberto Grant.

turó á lo lejos, solo, escuchando y comprimiendo los latidos de su corazón, llamando con un acento desesperado.

El pobre lord permaneció toda la noche vagando por la montaña. Paganel y el mayor le seguían para prestarle auxilio en aquellas peligrosas cuestas y en las márgenes de los abismos á que le arrastraba su inútil imprudencia. Pero sus últimos esfuerzos fueron estériles, y á sus gritos de ¡Roberto, Roberto! mil veces repetidos, no respondió mas que el eco repitiendo aquel nombre tan querido.

Llegó el día. Preciso fue ir á buscar á Glenarvan á los lejanos cerros, y á pesar suyo, traerle al campamento. Su desesperación era horrible. ¿Quién había de atreverse á hablarle de marchar y proponerle que abandonase aquel valle funesto? Y los víveres escaseaban, y no lejos debían encontrarse los guías

argentinos que había hablado el mulatero, y los caballos necesarios para atravesar las Pampas. Retroceder era mas difícil que seguir adelante, y, además, el Océano Atlántico era el punto de cita que se había dado al *Duncan*. Estas graves razones no permitían un largo retraso, y en interés de todos era necesario partir en seguida.

Mac Nabbs intentó arrancar á Glenarvan de su dolor. Habló mucho tiempo, sin que al parecer su amigo le oyese. Glenarvan movía la cabeza. Algunas palabras, sin embargo, entreabrieron sus labios.

—¿Partir? dijo.

—¡Sí! partir.

—¡Aguardemos una hora!

—Sí, una hora, respondió el digno mayor.

Y pasada la hora, Glenarvan pidió por Dios que le concediesen otra. Parecía un sentenciado á muerte.

implorando la prolongacion de su existencia. Asi permanecieron hasta cerca de medio dia. Entonces Mac-Nabbs, siguiendo el parecer de todos, dijo sin vacilar á Glenarvan que era preciso partir, dependiendo de una pronta resolucion la vida de sus compañeros.

—¡Sí, sí! respondió Glenarvan ¡Partamos, partamos!

Pero al hablar así, sus miradas evitaban las de Mac Nabbs, y se fijaron en un punto negro que parecia como una mancha en el aire. De repente, levantó la mano y permaneció inmóvil como si estuviese petrificado.

—¡Allí, dijo, allí! ¡mirad, mirad!

Todas las miradas se volvieron al cielo, siguiendo la direccion tan imperiosamente indicada. El punto negro crecia visiblemente. Era una ave que se cernia á una altura incommensurable.

—Un condor, dijo Paganel.

—Sí, un condor, respondió Glenarvan. ¿Quién sabe? viene, baja! ¡aguardemos!

—¿Qué esperaba Glenarvan? ¿Se habia extraviado su razon? ¿Quién sabe? habia dicho. Paganel no se habia engañado. El condor se hacia á cada instante mas visible. Esta ave magnifica, adorada en otro tiempo por los Incas, es el rey de los Andes meridionales, en cuyas regiones alcanzan un desarrollo extraordinario. Su fuerza es tan prodigiosa, que con frecuencia precipita bueyes en los abismos. Acomete á los carneros, cabras y becerros errantes por las llanuras, y los eleva á grandes alturas suspendiéndolos de sus garras. No es raro verle cernirse á 20,000 pies del suelo, es decir, mas allá de un límite que el hombre no puede traspasar. Desde allí, invisible á las vistas mas perspicaces, pasa sus penetrantes miradas por las regiones terrestres, y distingue los objetos mas diminutos con un poder de vision que asombra á los naturalistas.

—¿Qué habia visto, pues, aquel condor? ¡Un cadáver! ¡el cadáver de Roberto Grant! ¿Quién sabe? repitió Glenarvan sin perderle de vista. La enorme ave se acercaba, ya cerniéndose sin batir las alas, ya cayendo con la velocidad de los cuerpos inertes abandonados en el espacio. Luego describió anchos círculos á menos de 100 toesas del suelo, y entonces se le vió perfectamente. Medía mas de 15 pies de un extremo á otro de las alas. Estas, que eran muy poderosas, lo sostenian en el fluido aéreo casi sin moverse, porque es propio de las grandes aves volar con una calma magestosa, al paso que los insectos para sostenerse en el aire tienen necesidad de mil movimientos de alas por segundo.

El mayor y Wilson habian cogido sus carabinas, pero Glenarvan les detuvo con un gesto. El condor daba vueltas alrededor de una meseta inaccesible situada á un cuarto de milla en los flancos de la Cordillera. Giraba con una rapidez vertiginosa, abriendo y cerrando sus formidables garras, y sacudiendo su cartilaginosa cresta.

—¡Allí, allí! exclamó Glenarvan.

Le asaltó de repente un presentimiento.

—¡Si Roberto viviera aun, exclamó con un acento terrible, esa avel... ¡Fuego, amigos, fuego!

Pero demasiado tarde. El condor se habia ocultado detrás de las eminencias del cerro. ¡Pasó un segundo, un segundo que la aguja debió tardar un siglo en recorrer! En seguida apareció otra vez la enorme ave con un pesado cuerpo en las garras que le obligaba á levantarse mas pausadamente.

Todos exhalaban un grito de horror. El cuerpo inanimado que aparecia suspendido de las garras del condor, era el de Roberto Grant. El ave le habia asido por las ropas, y se balanceaba en el aire á menos de 150 pies del campamento. Habia visto á los viajeros, y procurando huir con su pesada presa, sacudia violentamente con las alas las capas atmosféricas.

—¡Ah! exclamó Glenarvan, que el cadáver de Roberto se estrelle contra los peñascos, antes que servir de pasto...

Sin terminar la frase, cogió la carabina de Wilson, y se la echó á la cara. Pero su brazo temblaba, y no podia fijar la punteria. Se turbaban sus ojos.

—Déjame á mí, dijo el mayor.

Y tranquilamente, con la mano segura y con el cuerpo inmóvil, apuntó al ave que se hallaba ya á 300 pies de distancia.

Pero no habia aun puesto el dedo en el gatillo de su carabina, cuando sonó un tiro en el fondo del valle; salió una blanca humareda por entre dos rocas de basalto, y el condor, herido en la cabeza, cayó poco á poco dando vueltas, sostenido por sus grandes alas desplegadas que formaban un verdadero paracaídas. No habia saltado su presa, y cayó con cierta lentitud á 10 pasos de las márgenes del riachuelo.

—¡A él, á él! exclamó Glenarvan.

Y sin cuidarse de averiguar por de pronto de donde habia salido aquel disparo providencial, se precipitó hacia el condor. Sus compañeros le siguieron á escape.

Cuando llegaron, el ave habia muerto, y el cuerpo de Roberto desapareció bajo sus dilatadas alas. Glenarvan se arrojó sobre el cadáver del niño, le arrancó de las garras del condor, le depositó sobre la yerba, y aplicó el oído al pecho de aquel cuerpo inanimado.

Nunca de labios humanos ha brotado un grito mas penetrante de alegría que el que sucedió á estas palabras de Glenarvan:

—¡Vive, vive aun!

Roberto fue al momento desnudado y se le roció el rostro con agua fresca. Hizo un movimiento, abrió los ojos, miró, y pronunció algunas palabras.

—¡Ah, vos, milord!... ¡padre mio!...

Glenarvan no pudo responder; le ahogaba la conmocion que agitaba su alma, y lloró al lado de aquel niño tan milagrosamente salvado.

CAPITULO XV.

EL ESPAÑOL DE SANTIAGO PAGANEL.

Roberto, despues del inmenso peligro de que acababa de librarse, corrió otro no menor, el de ser comido á caricias. Aunque muy débil, ni uno solo de sus honrados compañeros pudo resistir al deseo de abrazarle. Fuerza es creer que no hay demostraciones de afecto capaces de matar á los enfermos, puesto que Roberto no murió. Todo lo contrario.

Pero salvado el valeroso niño, todos pensaron en el salvador, siendo el mayor el que primero tuvo la idea de mirar en torno suyo. A 50 pasos del rio, permanecia en la faldá de la montaña un hombre de elevada estatura, á cuyos pies se veia un largo fusil á manera de espingarda. Aquel hombre, súbitamente aparecido, tenia anchos los hombros y los cabellos largos y recogidos con tiras de cuero. Su talla pasaba de seis pies. Su rostro bronceado estaba pintado de rojo entre los ojos y la boca, de negro en el párpado inferior y de blanco en la frente. Vestido á la manera de los patagones fronterizos, llevaba una espléndida capa adornada con arabescos colorados, formada con la piel de la parte inferior del cuello y de las piernas de un guanaco, cosida con tendones de avestruz, estando vuelta hacia el exterior su sedosa lana. Debajo de la capa se veia un vestido de piel de zorra ajustado á la cintura, que por la parte anterior terminaba en punta. De su cinto colgaba un tal-guillo que contenia los colores de que se servia para pintar su semblante. Sus botas eran de piel de toro, y estaban sujetas á la garganta del pie por medio de correas regularmente cruzadas.

La figura del patagon era soberbia y su cara muy inteligente, no obstante estar tan pintorreada.

Aguardaba en una actitud llena de dignidad, y al verle tan inmóvil y grave en su pedestal de roca, se le hubiera podido tomar por la estatua de la sangre fría.

El mayor, en cuanto le distinguió, le mostró á Glenarvan, que corrió hácia él. El patagon dió dos pasos hácia adelante. Glenarvan le cogió la mano, y se la apretó afectuosamente. Había en la mirada del lord y en la alegría de su semblante expansivo un sentimiento tal de gratitud, una espresion tan viva de reconocimiento, que el indígena no pudo engañarse. Inclínó suavemente la cabeza, y pronunció algunas palabras que ni el mayor ni su amigo pudieron comprender.

Entonces el patagon, despues de haber contemplado atentamente á los extranjeros, recurrió á otro idioma, pero por mas que hizo no pudo hacerse comprender tampoco, y todos, como vulgarmente se dice, se quedaron en ayunas. Sin embargo, llamaron la atencion de Glenarvan algunas espresiones de que se sirvió el indígena, pareciéndole que pertenecian á la lengua española de que él poseía algunas palabras usuales.

—¿Español? dijo.

El patagon meneó la cabeza de arriba á abajo, movimiento que tiene la misma significacion afirmativa en todos los pueblos.

—Bueno, dijo el mayor, ya ha llegado la suya á nuestro amigo Paganel. Se considerará feliz por habersele ocurrido estudiar el español.

Llamaron á Paganel, el cual acudió inmediatamente, y saludó al patagon con una gracia enteramente francesa, que el indígena no se hallaba probablemente en aptitud de apreciar. El sabio geógrafo fue puesto al corriente de la situacion.

—Perfectamente, dijo.

Y abriendo mucho la boca para articular mejor,

—*Vos sois un homme de bien* (1).

El indígena escuchó con atencion, pero no respondió.

—No comprende, dijo el geógrafo:

—Acaso no acentuéis bien, replicó el mayor.

—Es posible. ¡Maldito acento!

Y Paganel repitió su cumplimento, pero con el mismo infeliz éxito.

—Variemos de frase, dijo, y pronunciando con una lentitud magistral, dejó oír estas palabras.

—*Sem duvida un patago* (2).

El interpelado permaneció tan mudo como antes.

—*Dizeime* (3), añadió Paganel.

El patagon no respondió tampoco.

—¿*Vos comprendeis* (4)? gritó Paganel con tanta fuerza que estuvo á punto de romperse las cuerdas vocales.

Era evidente que el indio no comprendía, pues respondió en español:

—*No comprendo*.

Paganel quedó asombrado á su vez, y no hacia mas que levantar y bajar sus anteojos de la nariz á la frente y de la frente á la nariz.

—Que me ahorquen, dijo, si entiendo una palabra de este patuá infernal. Habla araucano, estoy seguro.

—No, respondió Glenarvan, este hombre ha con-
testado seguramente en español.

Y volviéndose al patagon:

—¿Español? repitió.

—¡Sí, sí! respondió el indígena.

(1) Sois un hombre de bien.

(2) Un patagon, sin duda.

(3) Decidme.

(4) ¿No comprendéis?

Paganel no sabia lo que le pasaba. El mayor y Glenarvan se miraban con el rabo del ojo.

—¿De esas tenemos, mi buen amigo! dijo el mayor, dibujándose en sus labios una ligera sonrisa. ¿Habreis cemetido una de esas distracciones de que teneis el monopolio? Es evidente que el patagon habla en español.

—¡El! dijo el geógrafo.

—¡El! ¿Habreis aprendido alguna otra lengua creyendo que estudiabais!...

—Un ¡oh! vigoroso del sabio, acompañado de enco-
gimiento de hombros, no permitió á Mac Nabbs con-
cluir su frase.

—Mayor, exagerais demasiado mis distracciones, dijo Paganel algo picado.

Ello es que no lo comprendeis, respondió Mac-
Nabbs.

—¡No lo comprendo porque habla mal! replicó el geógrafo que empezaba á atufarse.

—Es decir, que habla mal porque vos no lo comprendeis, respondió tranquilamente el mayor.

—Mac Nabbs, dijo entonces Glenarvan, aventurais una suposicion inadmisible. Por distraido que sea nuestro amigo Paganel, no podemos suponer que haya por distraccion aprendido un idioma en lugar de otro.

—En ese caso, mi querido Edward; ó vos, mi querido Paganel, explicadme lo que pasa aquí.

—No esplico, dijo Paganel, demuestro. Hé aquí el libro en que me ejercito diariamente para soltarme en la pronunciacion de la lengua española y vencer sus dificultades. Examinadle, mayor, y vereis si me equivoco.

Registró Paganel sus numerosos bolsillos, y despues de algunos momentos de estar buscando, sacó un volúmen bastante deteriorado, y lo presentó con ademan de triunfo. El mayor cogió el libro y le miró:

—¿Qué obra es esta? preguntó.

—Son las *Lusiadas*, respondió Paganel, una admirable epopeya, que...

—¡Las *Lusiadas*! exclamó Glenarvan.

—¡Sí, amigo mio, las *Lusiadas* del gran Camoens, ni mas ni menos!

—¡Camoens! repitió Glenarvan; ¡pero, desgraciado amigo, Camoens es portugués! ¿Hace seis meses que estais aprendiendo este idioma!

—¡Camoens! ¡*Lusiadas*! ¡portugués!

Paganel no pudo decir mas. Se veia la turbacion de sus ojos al trasluz de sus gafas, y resonó en sus oidos una carcajada homérica, porque estaba rodeado de todos sus camaradas.

El patagon no pestañeaba. Aguardaba con paciencia la explicacion de un accidente absolutamente incomprendible para él.

—¡Ah! ¡insensato! ¡loco! dijo al fin Paganel. ¿Cómo? ¿eso ha sucedido realmente? ¿Es mi cerebro otra Babel con toda su confusion de lenguas? ¿O todo es una broma? ¡Ah! ¡amigos míos! ¡amigos míos! partir para las Indias y llegar á Chile! ¡Aprender español y hablar portugués! ¡Eso es ya demasiado! ¡Si no me corrijo, dia ha de llegar en que distraidamente me tire por la ventana creyendo tirar la colilla de mi cigarro.

Era imposible dejar de reir oyendo los sentidos lamentos de Paganel, acompañados de cómicos ademanes. Bien pronto dió él mismo el ejemplo.

—¡Reid, amigos míos! decia ¡motivos os he dado para destornillarlos de risa! ¡Por mucho que os riáis de mí, no os reireis tanto como me rio yo mismo.

Y soltó la carcajada mas formidable que salió jamás de la boca de un sabio.

—Lo cierto es, dijo el mayor, que nos encontramos sin intérprete.

—¡Oh! ¡no os aflijais por tan poca cosa! respondió

Paganel. El portugués y el español guardan tantas analogías, que no es extraño que yo las haya confundido; pero su semejanza me servirá para reparar el error en que ella me ha hecho incurrir, y no tardaré mucho en poder dar gracias al digno patagon en el idioma que tan bien habla.

Paganel tenía razón, pues muy pronto hizo una provision suficiente de vocablos para hacerse comprender del indígena, y hasta supo por este medio que su interlocutor se llamaba Thalcave, palabra que en lengua araucana significa el *Tonante*.

Debía sin duda este nombre á su destreza en el manejo de las armas de fuego.

Pero lo que agradó particularmente á Glenarvan fue saber que el patagon era guía de oficio, y guía de las Pampas. Lo que habia de providencial en aquel encuentro inspiró á todos la mayor confianza en el éxito de su empresa, y ya nadie ponía en duda la salvacion del capitán Grant.

Los viajeros y el patagon volvieron juntos á donde estaba Roberto. Este tendió los brazos al indígena, el cual sin pronunciar una palabra, le puso la mano en la cabeza, le examinó y le tocó sus doloridos miembros. Despues se fué corriendo á las márgenes del rio, donde cogió algunos puñados de opio silvestre con que dió friegas al enfermo. Esta friccion, practicada con la mayor delicadeza, devolvió al niño sus fuerzas, y era evidente que bastarian para su restablecimiento completo algunas horas de reposo.

Se decidió, pues, pasar en el campamento todo aquel día y la noche siguiente. Habia ademas que resolver dos graves cuestiones, la de los víveres y la del trasporte. Faltaban igualmente municiones de boca y caballerías. Afortunadamente estaba allí Thalcave. Este guía, acostumbrado á conducir á los viajeros á lo largo de las fronteras patagonas, era uno de los baqueanos mas inteligentes del país, y se encargó de suministrar á Glenarvan todo lo que falta-



La toltería ocupaba el fondo de un valle.

ba á su comitiva. Le ofreció conducirlo á una *toltería* de indios, que distaba de allí cuatro millas escasas, donde encontraría todo lo que su expedicion requiriese. Esta proposicion se hizo mitad por gestos y mitad por palabras españolas, que Paganel llegó á comprender al cabo, y fue inmediatamente aceptada. Glenarvan y su sabio amigo, despues de despedirse de sus compañeros, remontaron el rio bajo la direccion de Thalcave.

Anduvieron á buen paso durante hora y media, teniendo que dar largas zancadas para seguir al gigante patagon. Toda aquella region andina era encantadora y de una fertilidad sorprendente. Se sucedían sin interrupcion abundantes pastos, que sin dificultad hubieran podido alimentar un ejército de 100,000 rumiantes. Espaciosas charcas, unidas por el inestricable lazo de arroyos perennes, procuraban á aquellas llanuras una humedad constante. En aquellos estanques naturales, cisnes de cabeza negra exhibian vanidosamente sus golas y disputaban el imperio de las aguas á los numerosos avestruces que recorrían los *llanos*. El mundo de las aves era muy brillante y bullicioso, y, sobre todo, maravillosamente variado. Las isacas, graciosas tórtolas de color de ceniza listadas de blanco, y los cardenales amarillos se mecían en las ramas de los árboles como aladas flores; las palomas de paso ó emigradoras a ravesaban el espacio, y los gorriones, los *chingolos*, los *hil-*

gueros y las *mongitas* se perseguían al vuelo gorjeando incesantemente.

Santiago Paganel caminaba de admiracion en admiracion, cansando con interjecciones continuas que salian de sus labios la mayor extrañeza al patagon, á quien parecia muy natural que hubiera pájaros en el aire, cisnes en los estanques y yerba en las praderas. El sabio no pudo quejarse de su paseo, ni sentir su duracion. Creía que no habia hecho mas que partir cuando se ofreció á su vista el campamento de los indios.

La toltería ocupaba el fondo de un valle que estaba como estrangulado entre dos cerros de los Andes. Allí, bajo cabañas formadas de ramas, vivían unos 30 indígenas nómadas que apacentaban grandes rebaños de carneros, vacas de leche, bueyes y caballos. Iban de prado en prado, y hallaban la mesa siempre servida para los convidados de cuatro patas.

Tipo híbrida de la raza de araucanos, pehuenches y oucas, aquellos ando-peruanos, de color aceitunado, de mediana estatura, de formas atléticas, de frente deprimida, de cara casi circular, de labios delgados, de pómulos salientes, de facciones afeminadas, de fisonomía fria, no hubieran ofrecido á los ojos de un antropólogo los caracteres de las razas puras. Eran indígenas poco interesantes. Pero Glenarvan no se cuidaba de ellos, sino de su ganado. Teniendo bueyes y caballos, no queria otra cosa.

Thalcave se encargó del negocio, y despachó muy pronto. En cambio de siete caballos de raza argentina completamente enjaezados, de un centenar de libras de *charquis* ó tasajo de cierta cantidad de arroz y de algunos odres de cuero para el agua, los indios, aunque hubieran preferido vino ó ron, aceptaron veinte onzas de oro cuyo valor conocían perfectamente. Glenarvan quería comprar un caballo mas para el patagon, pero este le dió á entender que no le necesitaba.

Terminado el contrato, Glenarvan se despidió de sus nuevos *abastecedores*, segun la espresion de Paganel, y regresó al campamento en menos de media hora. Fue saludado á su llegada con entusiastas aclamaciones que, en su concepto, correspondian de derecho á los víveres y á las cabalgaduras. Todos comieron con apetito, y Roberto tomó tambien algun alimento, pues se hallaba ya casi completamente restablecido.

El resto del día se pasó en absoluto reposo. Se habló un poco de todo, de los queridos ausentes del *Duncan*, del capitan John Mangles, de su buena tripulacion y de Harry Grant, que no estaba tal vez lejos.

En cuanto á Paganel, no se separaba del indio un solo instante; era la sombra de Thalcave. No se cansaba de ver un verdadero Patagon, junto al cual él parecia un enano, un patagon que podia casi rivalizar



Se presentó en el horizonte una barrera de nubes.

con el emperador Maximino y con aquel negro del Congo visto por el sabio Ven der Brock, ambos de 8 pies de estatura. Abumaba al grave indio con una balumba de frases españolas, que su interlocutor escuchaba gravemente. El geógrafo estudiaba sin libros, y se le oían articular palabras retumbantes con grandes esfuerzos del gáznate, la lengua y las mandíbulas.

—Si no consigo el acento, decia al mayor, no será porque no hago todo lo posible para hacerme con él. ¿Quién me había de decir que llegaría un día en que un patagon sería mi maestro de español?

CAPITULO XVI.

EL RIO COLORADO.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 22 de octubre, Thalcave dió la señal de marcha. Entre los 22 y 42 grados, el suelo argentino se inclina del Oeste al Este, y de consiguiente los viajeros no tenían que hacer mas que descender hasta llegar al mar una pendiente suave.

Glenarvan, cuando el patagon rehusó el caballo que le ofrecia, creyó que preferia ir á pie segun tienen algunos guías de costumbre, y en verdad que sus largas piernas debian hacerle muy fácil el camino.

Pero Glenarvan se engañaba.

En el momento de partir, Thalcave silbó de un modo particular, y al momento salió de una espesura próxima, acudiendo al llamamiento de su amo, un magnífico caballo argentino, de soberbia alzada. Aquel animal era de una belleza perfecta. Su color castaño oscuro indicaba que era de gran poder y re-

sistencia, altivo, animoso y veloz; tenia la cabeza ligera y descarnada, las ventanas de la nariz muy abiertas, los ojos ardientes, los corvejones anchos, el cruceo bien pronunciado, el pecho alto, las ranillas largas, todas las cualidades, en fin, que constituyen la fuerza y ligereza. El mayor, muy inteligente en la materia, admiró sin reserva aquel modelo de la raza de las Pampas, hallando en él ciertas analogias con el *hunter* inglés. Aquel gallardo animal se llamaba *Thaouka*, que quiere decir pájaro en lengua patagónica, y era muy acreedor á este título.

Apenas Thalcave estuvo montado, su caballo dió un bote. El patagon, consumado ginete, estaba magnífico. Llevaba sujetos al arnés los instrumentos de caza usados en la llanura argentina, las *bolas* y el *lazo*. El primero consiste en tres bolas reunidas por medio de una correa que se lleva atada á la parte anterior de la silla. El indio, aunque tenga el animal ó el enemigo que persigue á cien pasos de distancia, tira las bolas con tal precision, que las arrolla á sus piernas y le derriba. Es por consiguiente en sus manos un arma formidable, porque la maneja con una destreza sorprendente. El lazo no abandona como las bolas la mano que lo maneja. Se compone únicamente de dos tiras de cuerpo trenzadas, cuyo largo no suele exceder de 30 pies, y terminan en un nudo corredizo que se desliza por una argolla de hierro. La mano derecha arroja el nudo corredizo, y la izquierda tiene asido el resto de la cuerda cuya estremidad está sólidamente sujeta á la silla. Una larga carabina terciada á la bandolera completaba las armas ofensivas del patagon.

Thalcave, sin cuidarse de la admiracion que producía con su gracia natural, su continente y su soltura, se puso á la cabeza de los viajeros, cuyos ca-

ballos marcharon al galope ó al paso, pues el trote les era desconocido. Roberto montaba con valor y seguridad, y Glenarvan se tranquilizó muy pronto respecto de su firmeza para mantenerse en la silla.

La llanura de las Pampas empieza al pie mismo de la Cordillera. Se puede dividir en tres partes. La primera, desde la cordillera de los Andes, comprende una estension de 250 millas, cubierta de maleza y arbustos. La segunda, que tiene de ancho 450 millas, esta tapizada de una yerba magnífica, y se detiene á 480 millas de Buenos Aires. Desde este punto hasta el mar no se encuentra mas que una serie no interrumpida de praderas cubiertas de mieglas y de cardos. Esta es la tercera parte de las Pampas.

Al salir de la garganta de las Cordilleras, sorprendió á los viajeros un número considerable de mogotes ó meganos, montecillos de arena llamados *medanos*, verdaderas olas incesantemente agitadas por el viento cuando no las sujeta al suelo la raíz de los vegetales. La arena de que se componen los medanos es sumamente fina, y así es que se levanta al menor soplo y forma verdaderos silones que suben á una altura considerable. Aquel espectáculo causaba á la vez placer é incomodidad, porque si bien no hay nada tan curioso como aquellas mangas que vagan por la llanura, luchando, confundiendo, derribándose, levantándose en un espantoso desorden, tampoco hay nada mas molesto que el impalpable polvo que se desprende de aquellos innumerables torbellinos y penetra en los ojos por mas que se cierren los párpados.

Este fenómeno, sostenido por los vientos del Norte, duró una gran parte del día. Los expedicionarios marcharon, sin embargo, rápidamente, de suerte que á las seis de la tarde las Cordilleras, á la distancia ya de 40 millas, se presentaban como una mole oscura perdida en la bruma del crepúsculo.

Los viajeros habian andado 38 millas y se sentian bastante fatigados. Con placer vieron llegar la hora de acostarse. Acamparon á orillas del rápido Neuquem, rio turbio y de avenidas, encauzado en altas márgenes rojizas. Algunos geógrafos llaman al Neuquem Ramid ó Comoe, y nace en medio de lagos que únicamente conocen los indios.

La noche y día siguientes no ofrecieron incidente alguno capaz de llamar la atencion. Se caminaba deprisa y sin dificultades, en un terreno compacto y bajo una temperatura muy soportable. A cosa del medio día el sol calentó mucho y á la caída de la tarde se presentó en el horizonte del Sudoeste una barrera de nubes, que era un síntoma seguro de variacion de tiempo. El palagon no podia acerca del particular equivocarse, y con el dedo indicó al geógrafo la zona occidental del cielo.

—Comprendo, dijo Paganel, y añadió dirigiéndose á sus compañeros:

—El tiempo va á variar: no tardará en soplar el pampero.

Y explicó que el pampero es un viento del Sudoeste muy seco, frecuente en las llanuras argentinas. Thalcave no se habia engañado. Durante la noche, bastante penosa para gentes que no tenían mas abrigo que un simple poncho, el pampero sopló con mucha fuerza. Los caballos se echaron al suelo, y los hombres se tendieron junto á ellos formando un apretado grupo. Glenarvan tenia algun grave retraso si el huracan se prolongaba; pero Paganel lo tranquilizó, despues de haber consultado su barómetro.

—Ordinariamente, le dijo, el pampero engendra tempestades de tres días que la depresion del mercurio indica de una manera segura. Pero, al contrario, cuando, como ahora, el barómetro sube, tola la tempestad se reduce á unas cuantas horas de furiosas ráfagas. Tranquilizaos, pues, querido amigo; al

rayar el alba habrá recobrado el cielo su acostumbrada pureza.

—Hablais como un libro. Paganel, respondió Glenarvan.

—Soy un libro, en efecto, replicó Paganel, y os dejo que me hojéis cuanto querais.

El libro no se engañaba. A la una de la mañana cesó repentinamente el viento, y todos pudieron hallar en el sueño un reposo reparador. Al amanecer, se levantaron ágiles y dispuestos para todo, especialmente Paganel, que hacia chasquear sus articulaciones desparezándose como un cachorro.

Era aquel día el 24 de octubre. Diez días habian transcurrido desde que los expedicionarios salieron de Talcahuano. Noventa y tres millas separaban aun á los viajeros del punto en que el Rio Colorado corta el 37° paralelo, y, de consiguiente, para llegar á este se necesitaban tres días de viaje. Durante aquella travesía del continente americano, lord Glenaevan acechaba con escrupulosa atencion la aproximacion de los indígenas. Quería interrogarles acerca del capitán Grant por medio de Thalcave, con el cual, además, empezaba Paganel á entenderse suficientemente. Pero se seguía una línea poco frecuentada por los indios, porque los caminos de las Pampas que van de la república argentina á las Cordilleras están situados mas al Norte. No se encontraban indios errantes ni tribus sedentarias de las que viven sometidas á la autoridad de un cacique. Si por acaso aparecía á lo lejos algun jinete nómada, huía rápidamente, no teniendo ningun interés en ponerse en comunicacion con desconocidos. Aquel grupo debia parecer sospechoso á cualquiera que se aventurase por la llanura, lo mismo al bandido, cuya prudencia se alarmaba á la vista de ocho hombres bien armados y bien montados, que al viajero honrado que en aquellas comarcas solitarias estaba siempre receloso contra algun mal intencionado. Así, pues, había una imposibilidad absoluta de contraer relacion alguna con malos ni con buenos. De lamentar era no encontrarse delante de una cuadrilla de *rastreadores* (1) aunque con ellos la conversacion tuviese que empezar á tiros.

Sin embargo, si bien Glenarvan, por interés de sus investigaciones, tenia motivos para quejarse de la falta de indios, sobrevino un incidente que justificó mucho la interpretacion dada al documento.

La ruta seguida por la expedicion cortó varios senderos de la Pampa, entre otros uno muy importante, el de Cármen ó Mendoza, fácil de reconocer por las osamentas de animales domésticos, mulos, caballos, carneros y bueyes, destrozados por el pico y las garras de las aves de rapía y blanqueadas por la accion de la atmósfera. Millares de ellos habia, y sin duda mas de un carcomido esqueleto humano confundia su polvo con el de los mas humildes animales.

Hasta entonces Thalcave no habia hecho ninguna observacion respecto de la ruta rigorosamente seguida. Comprendia, sin embargo, que no siendo ninguna de las conocidas en las Pampas, no le conduciría á ciudades ni aldeas, ni á los establecimientos de las provincias argentinas. Todas las mañanas se andaba hacia Levante, sin separarse de la línea recta, y todas las tardes el sol poniente se encontraba en la estremidad opuesta de esta línea. En su calidad de guia, Thalcave debia extrañar que no solo no era el quien guiaba, sino que era guiado. Con todo, en medio de su asombro, se condujo con la reserva característica de los indios, y no hizo la menor observacion respecto de los simples senderos desdeñados hasta entonces. Pero al llegar á la espresada vía de comunicacion, detuvo su caballo y se volvió á Paganel:

(1) Bandidos ó merodeadores de la llanura.

—El camino del Cármen, dijo.

—Lo sé, bravo patagon, respondió el geógrafo, en su español mas puro, el camino del Cármen á Mendoza.

—¿No lo tomamos? repuso Thalcave.

—No, respondió Paganel.

—Y ¿á dónde vamos?

—Siempre al Este.

—Eso no es ir á ninguna parte.

—¿Quién sabe?

Thalcave calló y miró al sabio con profunda sorpresa. Sin embargo, no podía creer que se chanceara el geógrafo. Un indio, siempre grave, no concibe que se pueda hablar nunca en broma.

—¿No vais, pues, al Cármen? añadió despues de un instante de silencio.

—No, respondió Paganel.

—¿Ni á Mendoza?

—Tampoco.

En aquel momento Glenarvan, reuniéndose á Paganel, preguntó á éste lo que decia Thalcave, y por qué se habia parado.

—Me ha preguntado si íbamos al Cármen ó á Mendoza; respondió Paganel, y le ha causado estrañeza mi respuesta negativa á su doble pregunta.

Nuestra ruta debe necesariamente parecerle muy estraña, dijo Glenarvan.

—Yo lo creo. Dice que no vamos á ninguna parte.

—Pues bien, Paganel, no podríais vos explicarle el objeto de nuestra expedicion, y el interés que tenemos en dirigirnos siempre hácia el Este?

—Muy difícil será, respondió Paganel, porque un indio no entiende una palabra de grados terrestres, y la historia del documento será para él una historia fantástica.

—¿Pero, dijo con seriedad el mayor, será la historia lo que él no comprenda, ó será al historiador?

—¡Ah! Mac Nabs, replicó Paganel, ¡veo que aun dudais de mi español!

—Pues bien, probad, mi digno amigo.

—Probemos, nada se pierde.

Paganel se dirigió al patagon y empezó un discurso frecuentemente interrumpido por falta de voces, y por la dificultad de traducir ciertas particularidades y de explicar á un salvaje medio ignorante pormenores muy poco comprensibles para él. El sabio era digno de verse. Gesticulaba, articulaba, hacia mil contorsiones, y caian gotas de sudor de su frente á su pecho como una cascada. Cuando no bastaba la lengua, el brazo procuraba ayudarla. Paganel se apeó, y trazó en la arena una carta geográfica en que se cruzaban latitudes y longitudes, en que figuraban los dos océanos y en que se prolongaba el camino del Cármen. Nunca profesor alguno se habia visto tan apurado. Thalcave lo miraba todo tranquilamente, sin dejar traslucir si comprendia ó no algo.

La leccion del geógrafo duró mas de media hora. Despues calló, se limpió el rostro inundado de sudor, y miró al patagon.

—¿Ha comprendo? preguntó Glenarvan.

—Veremos, respondió Paganel, pero si no ha comprendido, renuncio á hacerme comprender.

Thalcave no sé movia, ni hablaba. Sus miradas permanecian fijas en las líneas trazadas en la arena, que el viento borraba poco á poco.

—¿Y bien? le preguntó Paganel.

No pareció que Thalcave le oyese. Paganel veia ya asomar á los labios del mayor, una sonrisa irónica, y queriendo volver por su honor, iba á empezar con nueva energía sus demostraciones geográficas, cuando el patagon le detuvo con un gesto.

—¿Buscáis un prisionero? dijo.

—Sí, respondió Paganel.

—¿Y precisamente en esta línea comprendida en-

tre el sol que se pone y el sol que nasce? añadió Thalcave, precisando con una comparacion el estilo indio la ruta del Oeste al Este.

—Sí, sí, eso es.

—¿Y es vuestro Dios, dijo el patagon, quien ha confiado á las olas del mar los secretos del prisionero?

—Dios mismo.

—¿Que su voluntad se cumpla, pues, respondió Thalcave con cierta solemnidad; marchemos hácia el Este, y, si preciso es, hasta llegar al sol!

Paganel, triunfante en la persona de su discípulo, tradujo inmediatamente á sus compañeros las respuestas del indio.

—¿Qué raza tan inteligente! añadió. De veinte campesinos de mi pais, diez y nueve no hubieran comprendido una palabra de mis explicaciones.

—Glenarvan suplió á Paganel que preguntase, al patagon si habia oido decir que hubiesen caido algunos estrangeros en manos de los indios de las l'ampas.

Paganel hizo la pregunta, y aguardó la respuesta.

—Tal vez, dijo el patagon.

Apenas Paganel tradujo esta respuesta de Thalcave, los siete viajeros rodearon á éste, y todos le interrogaron ansiosamente con miradas.

Paganel, conmovido y casi sin encontrar palabras, prosiguió el interesante interrogatorio, procurando con sus miradas fijas en el grave indio sorprender su respuesta antes que saliese de sus labios.

Repetia en inglés uno tras otro todos los vocablos españoles del patagon, de suerte que sus compañeros le oian hablar, por decirlo así, en su idioma patrio.

—¿Quién era ese prisionero? preguntó Paganel.

—Un estranjero, respondió Thalcave, un europeo.

—¿Le habeis visto?

—No, pero han hablado de él los indios, ¡era un valiente! Tenia un corazon de toro!

—¿Un corazon de toro! dijo Paganel. ¡Ah! ¡magnífica lengua patagónica! ¿Comprendeis, amigos? ¡Era un valiente!

—¡Era mi padre! exclamó Roberto Grant.

Y dirigiéndose en seguida á paganel, le preguntó cómo se decia esta frase en español. El español se lo dijo, y entonces Roberto cogió las manos de Thalcave, y le dijo con voz dulce:

—¡Es mi padre!

—¿Su padre! respondió el patagon, cuyos ojos brillaron súbitamente.

Cogió al niño en sus brazos, le sacó de la silla, y le contempló con la mas curiosa simpatía. Una conmocion pacífica se reflejó en su semblante inteligente.

—Pero Paganel no habia terminado aun su interrogatorio. ¿Dónde estaba, qué hacia aquel prisionero? ¿Cuándo habia oido hablar de él Thalcave? Todas estas preguntas se acumulaban á la vez en su mente.

Por las respuestas del indio, que no se hicieron esperar, supo que el europeo era esclavo de una de las tribus indias que recorren el pais entre en Colorado y Rio-Negro.

—¿Pero dónde se hallaba últimamente? preguntó Paganel.

—Bajo el poder del cacique Calfoucora, respondió Thalcave.

—¿En la línea que hemos seguido hasta ahora?

—Sí.

—¿Y quién es ese cacique?

—¡El jefe de los indios poyuchos; un hombre de dos lenguas y de dos corazones!

—¡Es decir, falso en las palabras y en las acciones, dijo Paganel, despues de traducir á sus compañeros esta bella imagen de la lengua patagónica.

—¿Y podremos rescatar á nuestro amigo? añadió,

—Tal vez, si se halla aun en manos de los indios.

—¿Y cuándo habeis oido hablar de él?

—Hace ya mucho tiempo y desde entonces el sol ha traído dos veranos al cielo de los Pampas.

La alegría de Glenarvan es indescriptible. Esta respuesta concuerda exactamente con la fecha del documento. Pero quedaba que hacer aun una pregunta á Thalcave. Paganel la hizo al momento.

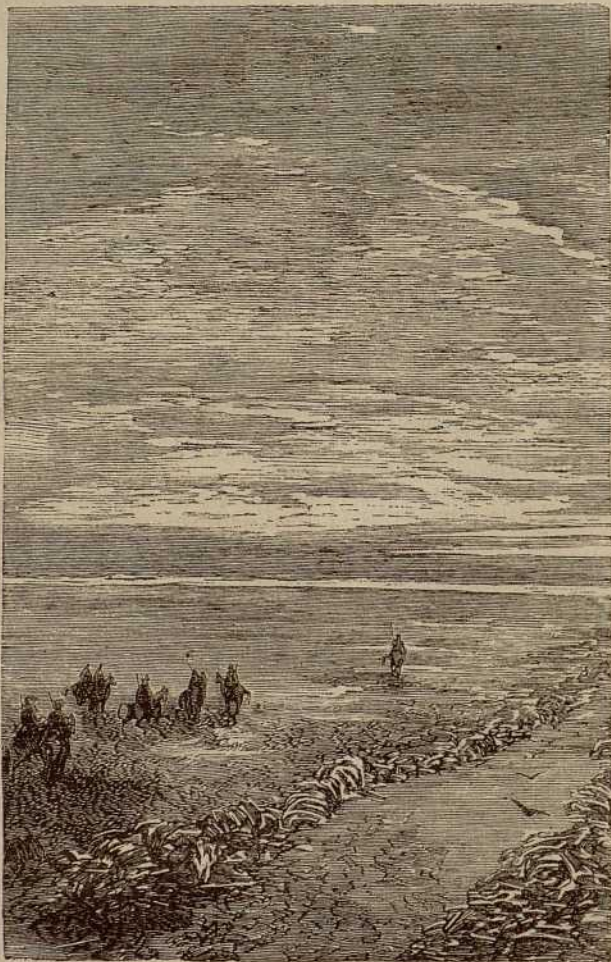
—Hablais de un prisionero, dijo, ¿no habia tres?

—No lo sé, respondió Thalcave.

—¿Y nada sabeis acerca de su actual situacion?

—Nada.

Esta última palabra puso fin á la conversacion. Era posible que los tres prisioneros se hallasen separados desde mucho tiempo. Pero de los datos suministrados por el patagon resultaba que los indios hacian mencion de un europeo que se hallaba en su poder. La fecha de su cautiverio, el punto mismo en



El camino de Carmen á Mendoza.

que debia encontrarse, todo, hasta la frase patagona empleada para espresar su valor, se referia evidentemente al capitan Harry Grant.

Al dia siguiente, 25 de octubre, los viajeros emprendieron de nuevo su marcha hácia el Este con multiplicado ardor. La llanura, siempre triste y monotoná, formaba uno de esos espacios interminables que en el pais se llaman *travesías*. El terreno arcilloso, entregado á la accion de los vientos, era perfectamente horizontal, sin una piedra, sin un guijarro, no siendo en algunos barrancos áridos y secos ó en las márgenes de pantanos artificiales abiertos por las manos de los indios. A trechos muy dilatados aparecian selvas bajas y oscuras en que descollaban algunos algarrobos blancos, cuyas vainas contienen una pulpa azucarada, agradable y refrigerante, y algunos grupos de terebintos, juncos, retamas sil-

vestres y arbustos espinosos, cuya falta de lozanía demostraba la esterilidad de la tierra.

La jornada del 26 fue penosa. Tratabase de llegar al Rio-Colorado, y, en efecto, los caballos, hostigados incesantemente, apretaron tanto es paso, que aquella misma tarde alcanzaron el magnífico rio de las regiones de las Pampas, á los 69° 45' de longitud. Su nombre indio, *Cubu Leubu*, significa gran rio. El Cubu Leubu, despues de un largo rodeo, desagua en el Atlántico, produciéndose en su desembocadura una particularidad curiosa. Sea efecto de filtracion ó de evaporacion, el volúmen de sus aguas disminuye á medida que se acerca al mar, y la causa de este fenómeno no se ha determinado aun completamente.

El primer cuidado de Paganel, al llegar al Colorado, fue bañarse geográficamente en sus aguas te-

nidas por una arcilla rojiza. Le sorprendió su profundidad, exclusivamente debida á la licuación de las nieves por los primeros calores del verano. Además, la anchura del río era tal, que los caballos no pudieron atravesarlo á nado. Afortunadamente, subiendo río arriba á algunos centenares de toesas, se encontró un puente de zarzos, sostenidos por correas de cuero, que era un puente colgante á la manera india, y la caravana pudo acampar en la orilla izquierda.

Paganel, antes de entregarse al sueño, quiso determinar con exactitud la posición del Colorado, y lo dibujó cuidadosamente en su mapa, sintiendo no poder hacer otro tanto con el Yarou-Dzangho-Tchou, que corre, lejos de él, en las montañas del Tibet.

En los dos siguientes días, el 27 y el 28 de octubre, el viaje no ofreció notables incidentes. La misma monotonía y la misma esterilidad del terreno. Era imposible un paisaje menos variado, un panorama mas insignificante. El suelo, sin embargo, era cada vez mas húmedo. Hubo que pasar *cañadas* y *esteros*, lagunas permanentes cubiertas de yerbas acuáticas. Al anochecer se detuvieron los caballos á orillas de un espacioso lago, cuyas aguas muy mineralizadas le han valido tal vez el nombre de *Ure lanquem*, lago amargo, que le han dado los indios. Este lago fue testigo en 1862 de las crueles represalias de las tropas argentinas. La caravana acampó como de costumbre, y la noche hubiera sido tranquila, sin la presencia de los monos, tífes y perros salvajes, que, sin duda en honor de los viajeros, pero con mucho dolor de su aparato acústico, ejecutaron una sinfonía natural que no hubiera desaprobado un compositor del porvenir.

CAPITULO XVII.

LAS PAMPAS.

Las Pampas argentinas se extienden desde 34° al 40° de latitud austral. La palabra Pampa se aplica muy justamente á esta región, porque es una palabra de origen araucano, que significa llanura de yerbas. Le dan un singular aspecto las mimosas arborecentes de su parte occidental, y las sustanciales yerbas de su parte oriental. Esta vegetación está arraigada en una capa de tierra de aluvion que cubre la arenosa arcilla, amarilla ó roja. Si el geólogo inspeccionase estos terrenos de época terciaria, encontraría riquezas abundantes. Allí yacen infinitad de osamentas antediluvianas que atribuyen los indios á estinguidas razas de grandes armadillos, quedando sepultada bajo aquel polvo la historia primitiva de aquellas comarcas.

Las Pampas americanas son una especialidad geográfica, como las sábanas (1) de los Grandes Lagos ó las estepas de la Siberia. Su clima, siendo mas continental que el de la provincia de Buenos Aires, es mas estremado en sus calores y en sus frios, lo que consiste, según la explicación de Paganel, en que el calor del verano, almacenado en el Océano que lo absorbe, es restituido lentamente por éste durante el invierno, por cuya razón las islas gozan de una temperatura mas uniforme que el interior de los continentes (2). Así es el que clima de las Pampas occidentales carece de la igualdad que presenta en las costas, gracias á la proximidad del Atlántico. Está sometido á escesos repentinos y á modificaciones rápidas que hacen saltar incesantemente de un grado á otro las columnas termométricas. Allí en otoño, es

decir en abril y mayo, las lluvias son frecuentes y tempestuosas. Pero en la época del año en que atravessaban las Pampas Glenarvan y sus compañeros, el tiempo era muy seco y la temperatura muy elevada.

Determinada la ruta que habían de seguir, partieron los expedicionarios al rayar el alba. El terreno, contenido por los arbolillos y arbustos, ofrecía una consistencia suficiente, no encontrando ya *medanos*, ni la arena de que se forman, ni de consiguiente tampoco el polvo que el viento suspende en la atmósfera.

Los caballos marchaban á buen paso entre la *pajacrava*, que es la yerba por excelencia de las Pampas, y sirve de abrigo á los indios durante las tempestades. A grandes distancias, cada vez mayores, en algunos terrenos bajos y húmedos, brotaban sauces y cierta planta, el *gygnerium argenteum*, que se cria en las inmediaciones de las aguas dulces. Allí los caballos se aprovechaban de la ocasión, bebiendo tan copiosamente como si quisieran apagar, no sólo la sed actual, sino también la sed venidera. Thalcave iba adelante, batiendo la maleza para espantar las *cholinas*, víboras de la especie mas peligrosa, á cuya mordedura ningún toro sobrevive mas de una hora. El ágil Thaouka saltaba las matas y ayudaba á su amo á abrir paso á los caballos que le seguían.

En aquellas llanuras compactas y bien niveladas se andaba con facilidad y rapidez. No se producía en la naturaleza de la pradera modificación alguna, no habiendo en 100 millas á la redonda ni una piedra, ni un guijarro. Imposible sería encontrar otra monotonía semejante y tan obstinadamente prolongada. No había ni sombra de paisajes, de incidentes, de sorpresas naturales. Era preciso para interesarse en los pormenores del camino, ser un Paganel, uno de esos sábios entusiastas que ven siempre algo donde los demás no ven nada.

¿Y él que veía? Ni él mismo hubiera podido decirlo. Todo lo mas una mata, un tallo de yerba y le bastaba para sacar á relucir su inagotable facundia, y dar lecciones á Roberto que le escuchaba con agrado.

Durante la jornada del 29 de octubre, la llanura se desenvolvió delante de los viajeros con su uniformidad infinita. A cosa de las dos, pisaron los cascos de los caballos osamentas innumerables de bueyes, amononadas y blanqueadas. Aquellos despojos no formaban una línea tortuosa como la que dejan en pos los animales estenuados que caen uno tras el otro en el camino. Así es, que nadie podía explicarse aquella reunión de esqueletos en un espacio relativamente limitado, ni el mismo Paganel, por mas que se devanaba los sesos. Recurrió á Thalcave, el cual le respondió sin dificultad alguna.

Un *¡imposible!* del sabio y un ademan muy afirmativo del patagon escitaron la curiosidad de sus compañeros.

—¿A qué atribuye este osario? preguntaron.

—Al fuego del cielo, respondió el geógrafo.

—¿Cómo? ¿Puede un rayo haber producido tan gran desastre? dijo Tom Austin. ¿Puede haber exterminado un rebaño de quinientas cabezas?

—Thalcave lo asegura, y debe ser cierto. Yo, por mi parte, lo creo á pie juntillas, porque sé que por su violencia las tempestades de las Pampas son infinitamente mas terribles que las de las demás regiones del globo. ¡Ojalá no tengamos nosotros que esperimentarlas!

—Mucho calor hace, dijo Wilson.

—El termómetro respondió Paganel, debe señalar 30 grados á la sombra.

—No lo estrañaría, dijo Glenarvan, porque me siento cargado de electricidad. No creo que esta temperatura se sostenga.

—Pues yo, dijo Paganel opino lo contrario, y me fundo en que no empaña el horizonte ni la mas ligera nube

(1) Las sábanas son unos páramos cubiertos de una especie de yerba llamada *espartillo*, y escribimos sábanas y no sábanas, porque los americanos no hacen esdrújula esta palabra, aunque tal vez o fuese en su origen, incontestablemente español.

(2) Los inviernos de Islandia son por esta razón mas apacibles que los de la Lombardia.

—Tanto peor, respondió Glenarvan, porque nuestros caballos están asados. ¿Y tú, muchacho, no sientes demasiado calor? añadió, dirigiéndose á Roberto.

—No, milord, respondió el jóven; el calor me gusta; es una cosa muy buena.

—Sobre todo en invierno, hizo observar juiciosamente el mayor, echando al aire una bocanada de humo de su cigarro.

A la caída de la tarde se detuvieron los viajeros cerca de un rancho abandonado, que consistía en una cabaña formada de ramas entrelazadas, cubiertas de bálago y consolidadas con barro. Esta cabaña estaba cercada de una estacada, que si bien medio podrida, era, sin embargo, suficiente para poner á los caballos fuera del alcance de las zorras, las cuales, durante la noche, no atacan á los caballos directamente, pero roen los ronzales con que se les sujeta, y ellos, al verse sueltos, aprovechan la ocasion para escaparse.

A algunos pasos del rancho había abierto un hoyo que servía de hornillo y contenía frias cenizas. Dentro se encontró una mala cama de cuero de buey, una marmita, un asador y una vasija para cocer el mate. El mate es una bebida fuerte, muy usada en la América del Sur, es el té de los indios. Consiste en una infusión de hojas secadas á la lumbre y se sorbe, como las bebidas americanas, por medio de un tubo de paja. A petición de Paganel, preparó Thalcave algunas tazas de aquel brevaie, que supo á todos muy bien, y dió cierto realce á la habitual comida.

El sol del día 30 de octubre apareció envuelto en un celaje ardiente, y lanzó á torrentes sus rayos mas abrasadores. Se preparaba para aquella jornada una temperatura excesiva, y por desgracia la llanura no ofrecía ningún abrigo. Se emprendió, sin embargo, resueltamente la ruta del Este. Se encontraron con alguna frecuencia inmensos rebaños, que abrumados por el calor, ni fuerza tenían para pastar y permanecían perezosamente echados. No se veía pastor alguno, estando todas aquellas numerosas aglomeraciones de vacas, toros y bueyes bajo la custodia de algunos perros acostumbrados á mamar de las ovejas, cuando la sed les acosa. Aquellos guardianes son de índole apacible, y no tienen la aversión instintiva al color rojo que distingue á sus congéneres europeos.

—¡Eso consiste sin duda en que paca la yerba de una república! dijo Paganel, muy satisfecho de su chiste, tal vez demasiado francés.

Cerca del medio día se presentaron en las Pampas algunas variaciones de escenarío que no podían pasar desapercibidas á los que estaban cansados de su monotonía. Las gramíneas empezaron á ser mas raras, reemplazándolas las mezquinas vardanas y gigantes cos cardos de 9 piés de altura que hubieran formado la dicha de todos los asnos de la tierra. Algunos escaualidos espinos de un verde oscuro, plantas características de los terrenos secos, brotaban pobrememente en algunos puntos. Hasta entonces la humedad retenida por la arcilla había permitido á los pastos cubrir la pradera y formar una mullida alfombra, que era un verdadero lujo de vegetación, pero luego la yerba, impotente y débil, dejaba ver la tierra á trechos, y revelaba la miseria del suelo, como los harapos que no bastan á cubrir la carne del mendigo. Thalcave hizo observar los síntomas de aquella sequedad creciente.

—No me disgusta esta variación del paisaje, dijo Tom Austin; empezaba ya á fastidiarme tanta yerba, tanta yerba.

—Sí, respondió el mayor, pero mientras hay yerba hay agua.

—Água por ahora no nos falta, dijo Wilson, y algún río encontraremos en el camino.

Si Paganel hubiera oído semejante respuesta, no hubiera dejado de decir que los ríos son raros entre

el Colorado y las sierras de la provincia argentina; pero en aquel momento explicaba á Glenarvan un hecho sobre el cual éste acababa de llamar su atención.

Hacia algun tiempo que la atmósfera estaba impregnada de un olor como de humo, y sin embargo no aparecía visible ningún fuego en el horizonte, ni la menor humareda revelaba un incendio, mas ó menos lejano. No se podía, pues, atribuir aquel fenómeno á una causa natural. Muy pronto llegó á ser tan fuerte aquel olor de yerba quemada, que causó sorpresa á todos, menos á Paganel y Thalcave. El geógrafo, que no se sentía nunca apurado para explicar un hecho, dió á sus amigos la siguiente respuesta:

—No vemos el fuego, dijo, y sin embargo olemos el humo. Pero es el caso que no hay humo sin fuego segun dice el refran, y este refran es tan verdadero en América como en Europa. Hay, pues, fuego en alguna parte. Como las Pampas están tan poco accidentadas que no hay obstáculo alguno que se oponga á la circulación de las corrientes atmosféricas, se percibe con frecuencia el olor de las yerbas que queman á una distancia de 75 millas (1).

—¿Setenta y cinco millas? replicó el mayor, que no parecía estar muy convencido.

—Sí, afirmó Paganel. Pero añado, que esos incendios se propagan en grande escala y llegan á tomar proporciones formidables.

—¿Quién prende fuego á las praderas? preguntó Roberto.

—Algunas veces el rayo, cuando la yerba está agostada por los calores, y algunas veces tambien la mano de los indios.

—¿Con qué objeto?

—Creo, no sé si con fundamento ó sin él, que las gramíneas brotan mejor en las Pampas, despues de un incendio. Este, además, puede ser un medio de vivificar el suelo por la acción de las cenizas. Mas yo creo que estos incendios tienen principalmente por objeto destruir miriadas de ixodos, insectos parásitos que molestan mucho al ganado.

—Pero ese es un medio enérgico, dijo el mayor, que debe costar la vida á algunas de las bestias que vagan por la llanura.

—Algunas quema; ¡pero hay tantas!

—No reclamo por ellas, ni me hago su abogado, respondió Mac Nabbs; allá se las hayan. ¿Pero, y los viajeros que atraviesan las Pampas? ¿No puede ocurrir que sean sorprendidos y queden envueltos en las llamas?

—Sin duda, exclamó Paganel, con visible satisfacción; lo que decis sucede algunas veces, y por mi parte, no sentiria presenciar ese espectáculo.

—¡Oh venerable sabio! exclamó Glenarvan; llevais vuestro amor á la ciencia, al estremo de haceros quemar vivo por ella.

—No tal, querido Glenarvan; pero he leído á Cooper, y Media de Cuero me ha enseñado la manera de detener el fuego, arrancando la yerba alrededor de sí, en un rádio de muchas toesas. No hay nada mas sencillo, y no temo, por lo mismo, la aproximación de un incendio y hasta le deseo.

Pero los deseos de Paganel no se realizaron, y si quedó aquel día medio asado, lo debió únicamente al calor de los rayos del sol, que estaban despidiendo fuego. Los caballos jadeaban bajo la influencia de aquella temperatura tropical. No había que esperar mas sombra que la que precediese de alguna ligera nube que pasase por delante del inflamado disco. Cuando esto sucedía, la sombra corría por la llanura, empujada por los vientos del Oeste, y los ginetes procuraban mantenerse en ella, hasta que los caballos, fatigados se quedaban atrás, y el astro del día bañaba de nuevo con una lluvia de fuego el terreno calcinado de las Pampas.

(1) 30 leguas.

Cuando Wilson dijo que no faltaria provision de agua, pues todos llevaban la suficiente para ir tirando, no contaba con la sed inextinguible que devoró á sus compañeros durante aquella jornada, y cuando añadió que encontrarían algun riachuelo en el camino, echó, como suele decirse, las cuentas sin la huésped. En efecto, no sólo faltaban los rios, porque la planicie del terreno no les ofrecia ningun lecho favorable, sino que hallaban cegados los pantanos artificiales abiertos por los indios. Viendo que de milla en milla se multiplicaban los síntomas de sequedad, Paganel hizo algunas observaciones á Thalcave, y le preguntó dónde esperaba encontrar agua.

—En el lago Salinas, respondió el indio.

—¿Y cuándo llegaremos á él?

—Mañana por la tarde.

Los argentinos, cuando viajan por las Pampas, abren ordinariamente pozos, y encuentran agua á la profundidad de algunas toesas. Pero los viajeros, careciendo de las herramientas necesarias, no tenían este recurso. Fue pues preciso ponerse á racion, y si bien nadie sufrió una sed insoportable, nadie tampoco la pudo apagar completamente.

Al anochecer se hizo alto, despues de una tirada de 30 millas. Todos contaban con una buena noche para descansar de las fatigas del dia, y precisamente pasaron la peor noche de todas, envueltos en una nube impertinente de maringüinos y otros cinifes. Su presencia anunciaba una variacion de viento, y, en efecto, el viento pasó á otro cuadrante y saltó al Norte. Con los vientos del Sud ó del Sudoeste los picaros mosquitos desaparecen generalmente.

Paganel no era como el mayor, que conservaba su calma en medio de las pequeñas miserias de la vida. Paganel se indignaba contra los reveses de la suerte. Dió al diablo todos los mosquitos habidos y por haber, y echó muy de menos el agua acidulada con que hubiera mitigado el escozor de sus picaduras. Por mas que el mayor procuró consolarle diciendole que debía considerarse feliz por no tener que habérselas mas que con dos especies de insectos de las tres mil que cuentan los naturalistas, se levantó con un humor de perros.

No se hizo, sin embargo de rogar, para emprender la marcha al rayar el alba. pues se queria llegar aquel dia mismo á Salinas. Los caballos estaban muy rendidos y muertos de sed, y aunque los viajeros les sacrificaron una parte de su racion de agua, la que les podian dar era muy insuficiente. La sequedad era mayor aun, y el calor no menos intolerable bajo el soplo del Norte, que es el simoun de las Pampas y levanta nubes de polvo.

Durante aquella jornada, la monotonía del viaje fue momentáneamente interrumpida. Mulrady, que caminaba delante, retrocedió para decir á sus compañeros que se aproximaba una partida de indios. Aquel encuentro fue apreciado de distintas maneras. Glenarvan pensó en los datos que aquellos indígenas podrian suministrarle acerca de los naufragos de la *Britannia*. A Thalcave no le supo muy bien tropezar en el camino con los indios nómades de la pradera, á quienes trataba siempre de evitar por considerarles merodeadores y ladrones. Siguiendo sus instrucciones, los expedicionarios formaron un grupo compacto y prepararon sus armas. Era preciso estar muy prevenidos para lo que pudiera sobrevenir.

Pronto divisaron todos el destacamento indio, que se componia únicamente de diez indígenas, lo que tranquilizó al patagon. Los indios se colocaron á unos cien pasos de distancia, pudiéndoseles examinar muy fácilmente. Pertenecian todos á la raza pampeana que barrió completamente en 1833 el general Rosas. Su frente alta y combada, su elevada estatura, su color aceitunado, les hacian verdaderos tipos de la raza india. Iban vestidos de pieles de guanacos ó de

mufetas, y llevaban, á mas de una lanza que tenia veinte pies de longitud, cuchillos, hondas, bolas y lazos. Manejaban el caballo con toda la destreza de los mejores ginetes.

Se detuvieron á 100 pasos y al parecer conferenciaron, gritando y gesticulando. Glenarvan se adelantó hácia ellos, pero apenas anduvo unos cuantos pasos, echaron á correr dando media vuelta, y desaparecieron con una velocidad increíble. Los caballos de los viajeros estaban demasiados cansados para seguirles la pista.

—¡Cobardes! exclamó Paganel.

—Huyen demasiado pronto para ser gentes honradas, dijo Mac Nabbs.

—¿Qué indios son esos? preguntó Paganel á Thalcave.

—Gauchos, respondió el patagon.

—Gauchos, repitió Paganel, volviéndose á sus compañeros. No teníamos necesidad de tomar tantas precauciones. Nada habia que temer.

—¿Por qué? dijo el mayor.

—Porque los gauchos son campesinos inofensivos.

—¿Lo creis así, Paganel?

—Es indudable. Estos nos han tomado por ladrones y han huido.

—Pues yo creo, respondió Glenarvan, muy contrariado por no haber podido comunicar con aquellos indígenas, quienes quiera que fuesen, que han tenido miedo y no se han atrevido á atacarnos.

—Soy de la misma opinion, dijo el mayor, porque, sino me engaño, los gauchos, lejos de ser inofensivos, son ni mas ni menos que unos bandoleros.

—¿De dónde habeis sacado eso? exclamó Paganel.

Y empezó á discutir con calor aquella tesis etnológica, tanto que llegó á sacar al mayor de su estado de cachaza habitual, y le arrancó esta respuesta impropia de Mac Nabbs en todas las discusiones:

—Creo que andais equivocado, Paganel.

—¿Equivocado? replicó el sabio.

—Sí. El mismo Thalcave que es tan ducho y sabe donde le aprieta el zapato, ha tomado á esos indios por malhechores.

—Pues Thalcave ha estado en un error, respondió Paganel con cierta displicencia. Los gauchos son agricultores, pastores, y nada mas, y así lo hice constar yo mismo en una Memoria que publiqué sobre los indígenas de las Pampas, que fue muy bien recibida del público.

—Pues en vuestra Memoria habeis dejado consignado un error, M. Paganel.

—¿Un error, M. Mac Nabbs?

—Por distraccion sin duda, replicó el mayor con insistencia, pero podreis subsanarlo en la fe de erratas de vuestra próxima edicion.

Paganel, muy herido en su amor propio al oir discutir sus conocimientos geográficos y hasta chancarse con ellos, empezó á salirse de sus casillas.

—Sabed M. Mac Nabbs, dijo, que mis libros no tienen necesidad de una fe de erratas de esa especie.

—En esta ocasion la tienen, respondió Mac Nabbs, que se obstinaba á su vez.

—¡Estais hoy muy pendenciero! replicó Paganel.

—¡Y vos muy áspero! contestó el mayor.

La discusion, como se ve, tomaba un mal giro inesperado, no obstante versar sobre una bagatela. Glenarvan juzgó conveniente intervenir.

—Indudablemente, dijo, hay algo de espíritu de contradiccion en el uno y de escasesa susceptibilidad en el otro, lo que me estraña mucho en los dos.

El patagon, sin comprender de qué objetos se trataba, habia adivinado fácilmente que los dos amigos disputaban. Se sonrió, y dijo tranquilamente:

—Eso es efecto del viento Norte.

—¡El viento Norte! exclamó Paganel. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Mucho, respondió Glenarvan; el viento Norte es quien os pone de tan mal humor. He oído decir que exalta mucho el sistema nervioso en el Sur de América.

—¡Por San Patricio! ¡teneis razon, Edward! dijo el mayor, y soltó una careajada.

Pero Paganel, verdaderamente encolerizado, no quiso abandonar la discusion, y se volvió contra Glenarvan; cuya intervencion no le hizo gracia.

—¿De veras, milord, tengo exaltado el sistema nervioso?

—Sí, Paganel; por el viento Norte, que hace cometer muchos crímenes en las Pampas, como la tramontana en la campiña de Roma.

—¡Crímenes! repitió el sabio. ¿Tengo yo la facha de un facineroso que quiere cometer crímenes?

—No digo eso precisamente.

—Decid de una vez que quiero asesinaros.

—Mucho lo temo, respondió Glenarvan sin poder contener la risa. Afortunadamente, el viento del Norte no dura mas que un día.

Todos aplaudieron la respuesta de Glenarvan, por lo que Paganel picó con ambas espuelas su caballo y se fué delante de todos para desahogar solo su mal humor. Un cuarto de hora despues, no se acordaba ya de nada.

El buen carácter del sabio sufrió una alteracion instantánea, pero debida, como habia dicho muy bien Glenarvan, á una causa enteramente exterior.

A las ocho de la noche, Thalcave, que se habia adelantado algo para explorar el terreno, distinguió las orillas del deseado lago. Un cuarto de hora despues,



Gauchos repuso Paganel volviéndose hácia sus compañeros.

la comitiva se apeaba en las márgenes del Salinas. Pero allí la aguardaba un desengaño horrible. El lago estaba seco.

CAPITULO XVIII.

EN BUSCA DE AGUA.

El lago Salinas es el punto de interseccion y depósito general de las innumerables lagunas que provienen de las sierras de Ventosa y de Guamini. En otras ocasiones hacian en él provision de sal muchas expediciones procedentes de Buenos-Aires, porque sus aguas contienen una cantidad considerable de cloruro de sodio; pero á la llegada de Glenarvan y sus compañeros, el agua, volatilizada por un calor abrasador, habia depositado toda la sal que contenia en suspensio y el lago no formaba mas que un inmenso espejo resplandeciente.

Cuando Thalcave anunció la presencia de un liquido potable en el lago Salinas, no se referia precisamente al lago, sino á los rios de agua dulce que en él se precipitan. Pero en aquel momento estaban secos, lo mismo que él, todos sus afluentes. El ardiente sol habia bebido toda su agua. La consternacion fue general, cuando llegó la comitiva á las enjutas márgenes del Salinas.

Preciso era tomar un partido. La poca agua que contenian los odres estaba medio corrompida, y no podia apagar la sed. Esta empezaba á hacerse sentir bárbaramente. La sed es una necesidad tan imperiosa

que hace olvidar el hambre y la fatiga. Un *rouka*, especie de tienda de cuero levantada en un barranco y abandonada de los indigenas, sirvió de guarida á los viajeros estenuados, en tanto que los caballos, tendidos en las cenagosas márgenes del lago, comian con repugnancia las plantas acuáticas y las cañas secas.

Cuando todos se hubieron colocado en el *rouka*, Paganel quiso que le dijese Thalcave lo que en su opinion debia hacerse. Entre el geógrafo y el indio se entabló una conversacion de que Glenarvan cogió al vuelo algunas palabras. Thalcave hablaba con calma. Paganel gesticulaba por dos. El diálogo duró algunos minutos y el patagon se cruzó de brazos.

—¿Qué ha dicho? preguntó Glenarvan. Creo haber comprendido que aconseja que nos dividamos.

—Sí, en dos grupos, respondió Paganel. Los que montan caballos rendidos de fatiga y de sed, que apenas pueden dar un paso, continuarán como puedan, siguiendo siempre la direccion del 37º paralelo. Los mejor monta los les precederán en la misma linea é irán á reconocer el rio Guamini, que desemboca á 34 millas de aquí, en el lago de San Lúcas. Si allí encuentran agua suficiente, aguardarán á sus compañeros en las márgenes del Guamini. Si no la encuentran, retrocederán para salirles al encuentro y ahorrárrales un viaje inútil.

—¿Y entonces? preguntó Tom Austin.

—Entonces tendremos que descender 75 millas al Sur, hasta llegar á las primeras ramificaciones de la sierra Ventosa, donde los rios son numerosos.

—El consejo es bueno, respondió Glenarvan, y va

mos á ponerlo en práctica cuanto antes. Mi caballo no se halla aun muy atropellado por la falta de agua, y me ofrezco á acompañar á Thalcave.

—¡Oh! ¡milord, llevadme! dijo Roberto, como si se hubiere tratado de una gira campestre.

—¿Pero podrás seguirnos, hijo mio?

—¡Sí! tengo un buen caballo que no desea mas que andar. ¡Llevadme, milord! ¡os lo suplico!

Ven, pues, Roberto, dijo Glenarvan, que deseaba no separarse de él. Muy torpes seremos añadió, si entre los tres no descubrimos algun manantial de agua cristalina y fresca.

—¿Y yo? dijo Paganel.

—¡Oh! vos, querido Paganel, respondió el mayor, os quedareis en el grupo de reserva. Conocéis demasiado bien el paralelo 37° y el rio Guamini, y todas las Pampas para abandonarnos. Ni Mulrady, ni Wilson, ni yo sabríamos encontrar á Thalcave en el

punto en que nos cita, al paso que marcharemos con toda confianza en pos de la bandera del buen Santiago Paganel.

—Me resigno, respondió el geógrafo, muy satisfecho del mando superior que se le confería.

—¡Pero no mas distracciones! añadió el mayor, ¡No vayais á conducirnos á donde nada tengamos que hacer; no nos lleveis, por ejemplo, á las costas del Océano Pacifico!

—Bien lo mereceriais, insoportable mayor, respondió Paganel riendo. Ahora decidme, querido Glenarvan. ¿Cómo comprendereis el lenguaje de Thalcave?

—Supongo, respondió Glenarvan, que el patagon y yo no tendremos necesidad de hablarnos. Además, con algunas palabras españolas que poseo, llegaré, si apremian las circunstancias, á espresarle mi pensamiento y á comprender el suyo.



Los sedientos caballos de los expedicionarios se hundieron hasta el pecho en las aguas benéficas.

—Marchad; pues, mi digno amigo, respondió Paganel.

—Cenemos antes, dijo Glenarvan, y durmamos, si podemos, hasta la hora de partir.

Se cenó sin beber, lo que pareció poco refrigerante, y se durmió, á falta de otra cosa. Paganel soñó torrentes, rios, cascadas, fuentes, estanques, arroyos, hasta botellas llenas, en una palabra, todo cuanto suele contener agua potable. Su sueño fue una verdadera pesadilla.

A las seis de la mañana del día siguiente se ensillaron los caballos de Thalcave, Glenarvan y Roberto Grant, y se les dió la última ración de agua, que tragarón con mas ansia que satisfaccion, porque era muy nauseabunda. Despues los tres ginetes pusieron el pie en el estribo.

—Hasta la vista, dijeron el mayor, Austin, Wilson y Mulrady.

—Y, sobre todo procurad no volver, añadió Paganel.

Muy pronto el patagon, Glenarvan y Roberto perdieron de vista, no sin oprimirseles el corazon, el destacamento confiado á la sagacidad del geógrafo.

El *Desierto de las Salinas*, que atravesaban entonces, es una llanura arcillosa, cubierta de árboles retorcidos de unos 10 pies de altura, de pequeñas mimosas, que los indios llaman *curra-mammel*, y de *jumes*, achaparrados arbustos que contienen mucha sosa. Anchas placas de sal reflejaban á trechos con una intensidad asombrosa los rayos solares. La vista

hubiera fácilmente confundido aquellos barreros (1) con superficies heladas por un violento frio, si el ardor del sol no hubiera sido incompatible con toda idea de hielo. Sin embargo, el contraste de un suelo árido y abrasado con aquellos brillantes lienzos daban al desierto una fisonomía muy particular que causaba cierto asombro.

A 80 millas al Sur, en la Sierra Ven'osa, hácia la cual tenían que descender los viajeros en el caso posible de encontrar seco el rio Guamini, el panorama era distinto. Aquel pais, reconocido en 1835 por el capitán Fitz-Roy, que mandaba entonces la expedición del *Beagle*, es de una fertilidad exuberante. Allí brotan con un vigor incomparable los mejores pastos del territorio indio. Allí la vertiente Noroeste de las sierras se reviste de una yerba lozana, y descendiendo hasta el fondo de los bosques ricos en las mas variadas esencias. Allí se ven al *algarrobo*, cuyo fruto seco y reducido á polvo sirve para hacer un pan muy sabroso para los indios; el *quebracho blanco*, cuyas ramas largas y flexibles lloran á la manera del sáuce europeo; el *quebrado rojo*, de indestruible madera; el *naudubay*, que se inflama con la mayor facilidad, y causa con frecuencia terribles incendios; el *vivaro*, cuyas flores de color de violeta se escalonan en forma de pirámide, y, por último el *timbo*, que eleva á 80 pies del suelo su gigantesco parasol bajo el cual pueden guarecerse rebaños enteros. Los

(1) Tierras impregnadas de sal.

argentinos han intentado muchas veces colonizar aquel rico país, pero no han podido nunca sobreponerse á la actitud hostil de los indios.

De creer era que ríos caudalosos bajasen de la sierra para suministrar el agua que tanta fertilidad requiera, y, en efecto, las mayores sequías no los han evaporado jamás, pero para alcanzarlos era preciso descender 130 millas al Sur (1). Thal cave procedía, pues, prudentemente dirigiéndose primero al Guamini, el cual, sin separarle de su ruta, se encontraba á una distancia mucho menos considerable.

Los tres caballos galopaban con impaciencia, presintiendo sin duda por instinto á donde les conducian sus amos. Thaouka, sobre todo desplegaba un brio que ni las fatigas ni las necesidades podian disminuir, cruzaba como un pájaro las secas cañadas y los matorrales de curra-mammel, hendiendo los aires con relinchos de buen agüero. Los caballos de Glenarvan y de Roberto, alentados por su ejemplo, le seguian denodadamente, aunque no con un paso tan acelerado. Thal cave, inmóvil en su silla, daba á sus compañeros el ejemplo que daba Thaouka á los suyos. El patagon volvia con frecuencia la cabeza para contemplar á Roberto Grant.

Viendo al noble ginete firme y bien puesto, con la cintura suelta, el cuerpo derecho, las rodillas hincadas en la silla, le manifestaba su satisfaccion con un grito estimulante. Roberto se iba haciendo en realidad un buen ginete y merecia la aprobacion del indio.

—¡Bravo, Roberto! decia Glenarvan; parece que Thal cave te felicita y aplaude.

—¡Por qué milord?

—Por lo bien que montas á caballo.

—¡Oh! monto con firmeza, y nada mas, respondió Roberto sonrojado por el elogio:

—La firmeza es lo principal, Roberto, respondió Glenarvan, pero eres demasiado modesto, y desde ahora te digo que vas á ser un *sportman* completo.

—Bien, dijo Roberto riendo, ¿y qué dirá papá que queria hacer de mí un marino?

—No se opone una cosa á otra. Si bien no todos los ginetes son buenos marinos, todos los marinos pueden llegar á ser buenos ginetes. Cabalgando en las vergas, se aprende á tenerse bien á caballo. En cuanto á saber manejar el animal, ejecutar los movimientos oblicuos ó laterales, todo eso se aprende sin maestro y á fuerza de práctica, porque no hay nada mas natural.

—¡Pobre padre mio! respondió Roberto. ¡Ah! ¡cuántas gracias os dará, milord, cuando le hayais salvado!

—¿Le amas mucho, Roberto?

—Sí, milord, era tan bueno para mi hermana y para mí! ¡No pensaba mas que en nosotros! No habia viaje en que á la vuelta no nos trajera un recuerdo de los países que visitaba, y, lo que valia mas aun, sus caricias y palabras. ¡Vos tambien le querreis cuando le conozcais! Mary se le parece. El tiene la voz dulce como ella, lo que es raro en un marino, ¿no es verdad?

—Sí, muy raro, Roberto, respondió Glenarvan.

—Aun me parece verle, continuó Roberto hablando consigo mismo. ¡Oh! ¡buen papá! cuando yo era pequeño me dormia sobre sus rodillas, y tarareaba una tonada escocesa de una cancion en que se celebran los lagos de nuestro país. Algunas veces recuerdo la música, pero confusamente. A Mary le sucede lo mismo. ¡Ah, milord, cuánto le amamos! ¡Mirad, creo que es preciso ser niño para amar mucho á su padre!

—Y hombre para venerarle, hijo mio, respondió

Glenarvan muy conmovido por las palabras que brotaban de aquel tierno corazón.

Durante este diálogo, los caballos habian alojado la marcha y caminaban al paso.

—Le encontraremos, ¿no es verdad? dijo Roberto, despues de algunos instantes de silencio.

—Sí, le encontraremos, respondió Glenarvan. Thal cave nos ha puesto en buen camino, y tengo en él confianza.

—Es un buen indio Thal cave, dijo el niño.

—Sin duda.

—¿Sabeis, milord, una cosa?

—Habla, y te contestaré.

—¿Sabeis que con vos no hay mas que personas honradas? ¡Lady Elena, á la que tanto quiero, el mayor, con su imperturbable calma, el capitán Mangles y M. Paganel, y los marineros del *Duncan*, tan amosos y tan sufridos!

—Sí, lo sabia, hijo mio, respondió Glenarvan.

—¿Y sabeis que vos sois el mejor de todos?

—No, eso no lo sabia.

—Pues es preciso que lo sepais, milord, respondió Roberto, que cogió la mano de lord y la llevó á sus labios.

Glenarvan movió lentamente la cabeza, y no continuó la conversacion porque un gesto de Thal cave indicó á los dos viajeros que debian darse prisa. Habian estos quedado muy rezagados, é importaba mucho no perder tiempo y pensar en los que dejaban á la espalda.

Tomaron Glenarvan y Roberto un paso mas rápido, pero se vió muy pronto que los caballos, exceptuando Thaouka, no podrian sostenerlo mucho tiempo. Fue preciso al medio dia concederles una hora de reposo. No podian ya mas, y rehusaban comer los tallos de *alfalfa*, que es una especie de alfalfa seca y tostada por los rayos del sol.

Glenarvan empezó á inquietarse. Los síntomas de esterilidad no disminuian, y la falta de agua podia acarrear consecuencias desastrosas. Thal cave no decia una palabra, y pensaba probablemente que tiempo tendria de desesperarse en el caso de encontrar seco el Guamini, suponiendo que la hora de la desesperacion haya sonado alguna vez para el corazón de un indio.

Volvieron á ponerse en marcha, y de grado ó por fuerza, con la ayuda del látigo y de la espuela, los caballos fueron avanzando, aunque al paso, pues no se les podia pedir mas en la situacion deplorable en que se hallaban.

Bien hubiese podido Thal cave adelantarse mucho, pues en pocas horas Thaouka podia llevarle á las márgenes del río. En ello pensó sin duda; pero sin duda tambien no quiso dejar solos á sus dos compañeros en medio del desierto, y para no adelantarse demasiado obligó á Thaouka á moderar su marcha.

No sin antes resistirse, encabritarse y relinchar violentamente, el caballo de Thal cave se resignó á andar al paso, obligándole á ello no tanto el vigor de su amo como sus palabras. Thal cave conversaba verdaderamente con su caballo, y Thaouka, aunque no le respondia, le comprendia perfectamente. Es de creer que el patagon le daria excelentes razones, pues despues de haber *discutido* durante algun tiempo, Thaouka se dejó convencer por sus argumentos y obedeció, no sin tascar el freno.

Pero si Thaouka habia comprendido á Thal cave, Thal cave no habia comprendido menos á Thaouka. El inteligente animal, dotado por la naturaleza de ciertos órganos superiores á los del hombre, sentia alguna humedad en el aire, y lo aspiraba con frenética avidéz, haciendo chasquear su lengua como si la tuviese sumergida en un líquido benéfico.

El patagon conoció por las manifestaciones de su caballo que el agua no estaba lejos.

(1) Mas de 100 leguas.

Animó, pues, á sus compañeros interpretando las impaciencias de Thauouka, que los otros dos caballos no tardaron en comprender. Hicieron estos el último y desesperado esfuerzo, y galoparon en pos del indio.

A cosa de las tres, apareció, temblando á los rayos del sol, una línea blanca en una desigualdad del terreno.

—¡Agua, dijo Glenarvan!

—¡Agua! ¡sí, agua! exclamó Roberto.

No tuvieron ya necesidad de arrear á los caballos. Los pobres animales, sintiendo reanimarse sus fuerzas echaron á correr con una velocidad irresistible. En pocos minutos llegaron al río Guamini, y enjaezados como estaban, se metieron hasta el pecho en la codiciada agua.

Los ginetes se metieron también con ellos á pesar suyo, y tomaron un baño de que no pensaron en quejarse, aunque era involuntario.

—¡Qué buena es el agua! decía Roberto, bebiendo de bruces en medio del río.

—Modérate, muchacho, respondía Glenarvan, pero sin predicar con el ejemplo.

No se oía mas que el ruido de rápidas tragantadas. Thalcave bebió tranquilamente, sin apresurarse, á pequeños sorbos, pero *largo como un lazo*, según la frase vulgar patagónica.

No acababa nunca, y de temer era que agotase el río.

—En fin, dijo Glenarvan, nuestros amigos no verán burladas sus esperanzas. Al llegar á Guamini, hallarán una agua clara y abundante, como Thalcave no se la beba toda.

—¿No podríamos, preguntó Roberto, volver á su encuentro, para ahorrarles algunas horas de inquietud y padecimientos?

—Sin duda, ¿pero cómo llevar el agua? Los odres han quedado en poder de Wilson. Vale mas aguardarles, como está convencido. Calculando el tiempo que necesitan si han llevado al paso sus caballos, nuestros amigos llegarán aquí esta noche. Preparémosles buena cama y buena cena.

No había aguardado Thalcave la proposición de Glenarvan para buscar un buen sitio donde acampar todos. Tuvo la fortuna de encontrar en las márgenes del río una *ramada*, especie de coto para encerrar ganado. No temiendo dormir á cielo raso, que es lo que menos importaba á los compañeros de Thalcave, el cercado era excelente. No buscaron, pues, otro mejor, y á pierna suelta se tendieron al sol para secar sus ropas empapadas de agua.

—Corriente, dijo Glenarvan, y puesto que ya tenemos cama, pensemos en la cena. Es preciso que nuestros amigos queden satisfechos de los aposentadores que han enviado de ante, y, si no me engaño, no tendrán motivo de queja. Creo que no sería tiempo perdido una hora que dedicásemos á la caza. ¿Estás pronto, Roberto?

—Sí, milord, respondió el mancebo levantándose escopeta en mano.

Sugirió á Glenarvan esta idea la abundancia de caza que se veía en las márgenes del Guamini que parecían ser el punto de cita de todas las aves de las llanuras circunstantes. Levantábanse grandes bandos de *tinamous*, especie de perdices particulares de las Pampas, ortegas negras, una variedad de pluvial ó chorlito llamado *teru-teru*, codornices amarillas y pollas de agua de un magnífico color de esmeralda.

No se veían cuadrúpedos; pero Thalcave, indicando las altas yerbas y los espesos matorrales, dió á entender que permanecían ocultos. Bastaba á los cazadores dar unos cuantos pasos, para hallarse en el país del mundo en que mas abunda la caza.

Se pusieron, pues, á cazar, y despreciando al principio la pluma por el pelo, dedicaron sus primeras

horas á la caza mayor de las Pampas. Muy pronto se levantaron delante de ellos centenares de corzos y guanacos, parecidos á los que con tanta violencia les arrollaron en las cumbres de la Cordillera; pero aquellos meticulosos animales huyeron con tal precipitación, que fue imposible ponerseles á tiro. Entonces los cazadores se dirigieron á otras piezas mas asequibles, que, por otra parte, nada dejaban que desear bajo el punto de vista alimenticio. Cayeron una docena de perdices y codornices, y Glenarvan mató con mucha destreza un *percarí*, *tay tetre*, paquidermo de erizado pelo y sabrosa carne, que bien valió el tiro que habia costado.

En menos de media hora, los cazadores, sin cansarse, mataron toda la caza que necesitaban. Roberto se apoderó de un curioso animal perteneciente al orden de los edentados, un *armadillo*, especie de tatou cubierto de conchas óseas y móviles, que tenía pie y medio de largo. Estaba muy gordo, y, al decir del patagón, debía hacer un plato excelente. Roberto no cabía de alegría en su pellejo.

Thalcave dió á sus compañeros el espectáculo de la caza del *naudon*, el avestruz de las Pampas, cuya rapidez es maravillosa. Lanzó el caballo al galope, en línea recta, para alcanzarlo cuanto antes, porque errando el primer golpe, el *naudon* hubiera fatigado muy pronto al caballo y al cazador con sus rápidas y continuas vueltas y revueltas. Thalcave, al llegar á cierta distancia aun bastante considerable, disparó las bolas con mano vigorosa y con tanta destreza, que con ellas envolvió las piernas del avestruz y paralizó sus esfuerzos. A los pocos segundos, la voluminosa ave yacía en tierra.

El indio se apoderó del *naudon*, no para satisfacer un placer vano de cazador, sino porque su carne es muy estimada y quería que figurase también en la cena un plato de su cosecha.

Llevaron, pues, los cazadores á la *ramada* una buena sarta de perdices y codornices, el avestruz muerto por Thalcave, el *percarí* cazado por Glenarvan y el tatou cogido por Roberto. El avestruz y el *percarí*, cuya piel es coriácea, fueron desollados inmediatamente y cortados en pequeños trozos. El tatou es un animal precioso, que lleva consigo la cacerola en que se ha de asar, y fue por consiguiente colocado en su propia concha sobre las ascuas.

Los tres cazadores, para cenar ellos, se contentaron con las perdices y codornices, guardando para sus compañeros los platos fuertes. Se roció la cena con una agua transparente, que fue declarada superior á todos los vinos del mundo, y hasta al famoso usquebaugh (1), tan codiciado en las tierras altas de Escocia.

No se olvidaron de sus caballos los cazadores. Sirviéronles á la vez de cena y lecho una abundante cantidad de forraje seco, hacinado en la ramada.

Hechos todos los preparativos, Glenarvan, Roberto y el indio se envolvieron en sus ponchos, y se echaron sobre un *edredon* de alfalfa, que es la cama habitual de los cazadores de las Pampas.

CAPITULO XIX.

LOS LOBOS ROJOS.

* Cerró la noche, noche de luna nueva, durante la cual este astro debía quedar invisible para todos los habitantes de la tierra. Iluminaba únicamente la llanura la indecisa claridad de las estrellas. En el extremo horizonte, las constelaciones zodiacales se sumergían en una sombra mas oscura. Las aguas de Guamini corrían sin murmurar, como un raudal de aceite que se deslizase sobre un plano de bruñido mármol.

(1) Aguardiente de cebada fermentada.

Aves, cuadrúpedos y reptiles descansaban de sus fatigas del día, y el silencio del desierto reanimaba en el inmenso territorio de las Pampas.

Glenarvan, Roberto y Thalcave se habían sometido á la ley común, durmiendo con profundo sueño tendidos en un colchón de alfalfa. Los caballos, rendidos de cansancio, se habían echado al suelo, y únicamente Thaouka, como verdadero caballo de sangre, dormía en pie, con las cuatro estremidades perfectamente apoyadas, activo en el reposo como en la acción, y pronto á lanzarse á la carrera á la menor indicación de su amo. Reinaba en el interior del recinto una calma completa, estinguéndose poco á poco las ascuas de la hoguera que entregaban á la silenciosa oscuridad sus últimos resplandores.

Sin embargo, á las diez de la noche próximamente, después de un breve sueño, el indio se despertó. Sus ojos quedaron inmóviles bajo sus contraídas cejas y sus oídos, aplicados á la llanura, trataban evidentemente de sorprender algún sonido imperceptible. Una vaga inquietud se pintó luego en su semblante, ordinariamente tan impasible. ¿Había apercibido la aproximación de indios merodeadores, ó la venida de jaguares, tigres de agua y otros animales mas feroces, que no son raros cerca de los ríos? Esta última hipótesis le pareció sin duda plausible, pues dirigió una rápida mirada al combustible acumulado en el recinto, y su quietud subió de punto. Toda aquella cantidad de yerba seca tenía que consumirse muy pronto, y no podía por mucho tiempo contener la audacia de las fieras.

Thalcave, en tal conflicto, no podía hacer mas que esperar los acontecimientos, y los esperó medio echado, con la cabeza en las manos y los codos apoyados en las rodillas, con la pupila inmóvil, en la actitud del hombre á quien arranca del sueño una ansiedad repentina.

Trascurrió una hora. Otro cualquiera que no hubiera sido Thalcave, tranquilizado por el silencio exterior, se hubiera vuelto á echar tranquilamente. Pero donde un extranjero nada ha sospechado, los sentidos sobrescitados y el instinto del indio presienten algún peligro próximo.

Mientras él escuchaba y espiaba, Thaouka relinchó de una manera sorda, dirigiendo la nariz hacia la entrada de la ramada. El patagon se levantó de un salto.

—Thaouka ha olfateado algún enemigo, dijo.

Salió y examinó atentamente la llanura.

El silencio reinaba aun en ella, pero no la tranquilidad. Thalcave entrevió sombras que se movían sin ruido por entre los tallos de curra-mammel. A trechos centelleaban puntos luminosos, que se cruzaban en todas direcciones, y aparecían y desaparecían sucesivamente. Hubiérase dicho que eran aquellas luces una danza de fuegos fátuos vagando por el espejo de una laguna inmensa. Un extranjero hubiera tomado sin duda aquellas centellas volantes por lampiros (1) que brillan en medio de la noche en muchos sitios de las Pampas; pero Thalcave no sufría equivocaciones de este género; sabía con qué enemigos tenía que habérselas; amantilló su carabina, y se puso de observación cerca de los primeros pilares del recinto.

No aguardó mucho tiempo. Un grito extraño, una mezcla de ladridos y aullidos resonó en las Pampas. El estampido del fusil contestó á la gritería, y á este estampido sucedieron cien clamores espantosos.

Glenarvan y Roberto se despertaron de pronto y se levantaron.

—¿Qué ocurre? preguntó el joven Grant.

—¿Son indios? dijo Glenarvan.

—No, respondió Thalcave, son *aguaras*.

Roberto miró á Glenarvan.

(1) Insectos fosforescentes.

—¿*Aguaras* ha dicho?

—Sí, respondió Glenarvan, los lobos rojos de las Pampas.

Cogieron los dos sus armas y se reunieron al indio. Este les señaló la llanura, de la cual salía un formidable concierto de aullidos.

Roberto dió involuntariamente un paso atrás.

—¿Tienes miedo á los lobos, muchacho, le dijo Glenarvan.

—No, milord; respondió Roberto con voz firme. Además, estando cerca de vos, no temo nada.

—Tanto mejor, los *aguaras* son poco temibles, y solo me llaman la atención por su número.

Glenarvan hablaba de este modo para tranquilizar á Roberto; pero no las tenía todas consigo, viendo desencadenada en la oscuridad de la noche aquella imponente legión de carnívoros. Centenares había de ellos, y tres hombres, por bien armados que estuviesen, no podían luchar con ventaja contra un número considerable de enemigos.

Cuando el patagon pronunció la palabra *aguara*, Glenarvan reconoció en el acto el nombre dado al lobo rojo por los indios de las Pampas. Este carnívoro, el *canis jubatus* de los naturalistas, es del tamaño de un perro grande y tiene cabeza de zorra, el pelo de color de canela, y una poblada melena negra que arranca á lo largo de todo su espinazo. Es animal astuto y vigoroso, que habita generalmente los sitios pantanosos y persigue á nado á los animales acuáticos. Sale por la noche de la madriguera en que duerme durante el día, y se le teme particularmente en los corrales en que se guardan ganados, porque, acosado por el hambre, acomete á las reses y causa grandes estragos. El *aguara* aislado es poco temible, pero cuando se juntan muchos y están hambrientos, dan mas que hacer que un jaguar, al que se puede combatir frente á frente.

Los aullidos que resonaban en la llanura y las muchas sombras que en ella se agitaban no permitían á Glenarvan desconocer que era muy considerable el número de lobos rojos que se habían reunido en las márgenes del Guamini codiciando una presa que les parecía segura, carne de caballo ó carne de hombre, y no era de esperar que volvieran á su guarida sin haber apurado todos los esfuerzos para saciar su apetito. La situación era por consiguiente muy alarmante.

El círculo de los asediadores se iba estrechando poco á poco. Los caballos azorados daban evidentes señales del terror que les dominaba. Thaouka era el único que hería la tierra con sus poderosos cascos, y se esforzaba en romper las trabas que le sujetaban, deseoso de echarse fuera del recinto. Necesidad tenía su amo para apaciguarle de estar silbando continuamente.

Glenarvan y Roberto se habían apostado para defender la entrada de la ramada. Con las carabinas amantilladas iban á hacer fuego para contener á los lobos que había en primera fila, cuando Thalcave levantó con la mano las armas que se habían echado ya á la cara.

—¿Qué quiere Thalcave? dijo Roberto.

—¿Nos prohíbe disparar! respondió Glenarvan.

—¿Por qué?

—Tal vez porque cree que no ha llegado aun el momento oportuno.

No era esta la razón que tenía el indio, sino otras mas grave, y Glenarvan la comprendió cuando Thalcave, levantando su frasco de pólvora, le volvió boca abajo para demostrar que estaba casi vacío.

—¿Qué se hace, pues? dijo Roberto.

—Es preciso economizar las municiones. Cara nos ha costado nuestra caza de hoy, pues nos ha dejado casi sin plomo y sin pólvora. Solo nos queda para veinte disparos.

Roberto no respondió.

—¿No tienes miedo, Roberto?

—No, milord.

—Bien, hijo mio.

En aquel momento retumbó una nueva detonación. Thalcave acababa de dar su merecido á un agresor que se le subía á las barbas, y los demás lobos que avanzaban en columna cerrada, retrocedieron y se replegaron á cien pasos del recinto.

A una señal del indio, Glenarvan ocupó el puesto de éste. Thalcave reunió entonces las camas, las yerbas, en una palabra, todas las materias combustibles, las hacinó á la entrada de la ramada, y las prendió fuego con una ascua que aun quedaba en el hogar. Inmediatamente se destacó un velo de llamas sobre el negro fondo del cielo, é iluminaron la llanu-

ra grandes reflejos movedizos. Entonces pudo Glenarvan hacerse debido cargo del numeroso ejército de animales á que había que oponer resistencia. Jamás se han visto reunidos tantos ni tan hambrientos lobos. La barrera de fuego que acababa de levantar Thalcave exasperó su cólera, y aunque en su mayor parte se detuvieron, algunos empujados por los que había detrás, llegaron á la misma hoguera y se quemaron las patas.

De cuando en cuando, para contener la horda audaz, era preciso disparar un tiro, y al cabo de una hora había quince lobos muertos en la pradera.

Los sitiados se hallaban entonces en una situación relativamente menos peligrosa. Mientras durasen las municiones y si no se extinguiese la hoguera en la en-



¡Bien, Thalcave! ¡bien, valiente patagon!

trada de la ramada, la invasion era poco peligrosa. ¿Pero qué harían cuando faltaran á la vez aquellos medios?

Glenarvan miró á Roberto, y sintió oprimírsele el corazón. Se olvidó de sí mismo, para no pensar mas que en aquel pobre niño que tan heroicamente se conducía. Roberto estaba pálido, pero su mano no soltaba el arma, y aguardaba á pie firme el asalto de los lobos irritados.

Sin embargo, Glenarvan, despues de examinar friamente la situación, resolvió concluir de un modo ú otro.

—Dentro de una hora, dijo, no tendremos pólvora, ni plomo ni fuego, y antes de llegar el último apuro debemos tomar un partido.

Se dirigió á Thalcave, y reuniendo las pocas palabras españolas que le vinieron á la memoria, empezó con el indio una conversacion interrumpida frecuentemente por algun disparo.

No sin trabajo llegaron á comprenderse los dos interlocutores. Afortunadamente Glenarvan conocia las costumbres del lobo rojo, sin cuya circunstancia no habria podido interpretar las palabras y gestos del patagon.

Aun así, trascurrió un cuarto de hora antes de poder transmitir á Roberto la respuesta de Thalcave. Glenarvan habia interrogado al indio acerca de su situación casi desesperada.

—¿Y qué ha respondido? preguntó Roberto Grant.

—Ha dicho que á toda costa hemos de defendernos hasta que raye el alba. El aguara no hace sus correrías mas que de noche, y al llegar la mañana, vuelve á su madriguera. Es el lobo de las tinieblas,

animal cobarde que tiene miedo á la luz, un buho de cuatro patas.

—Pues bien, nos defenderemos hasta que sea de dia.

—Sí, hijo mio, y cuando se concluyan las municiones lucharemos navaja en mano.

Ya Thalcave habia dado el ejemplo, pues cuando un lobo se acercaba á la hoguera, el largo brazo armado del patagon pasaba por entre las llamas y salia rojo de sangre.

Con todo los medios de defensa iban á faltar. A las dos de la mañana próximamente, Thalcave echó á la hoguera el último combustible, y no quedaban á los sitiados mas que cinco tiros.

Glenarvan dirigió alrededor una mirada dolorosa.

Pensó en aquel niño que estaba allí, en sus compañeros, en todos los que amaba. Roberto callaba. Tal vez el peligro no parecia inminente á su confiada imaginacion de niño. Pero Glenarvan pensaba por él, y se representaba la perspectiva horrible, inevitable ya, de ser devorado vivo. No fué dueño de su imaginacion, abrazó al niño, le estrechó contra su corazón, le besó en la frente, y dos lágrimas involuntarias surcaron sus mejillas.

Roberto le miró sonriéndose.

—¡No tengo miedo! dijo.

—No, hijo mio, respondió Glenarvan, no debes tenerlo. Dentro de dos horas, llegará el dia, y estaremos salvados. —¡Bien Thalcave! ¡bien valiente patagon! exclamó viendo á éste que mataba á culatazos dos enormes bestias que intentaban salvar la ardiente valla.

Pero en aquel momento la moribunda llama de la

hoguera le hizo ver el ejército sitiador que marchaba en masa al asalto del recinto.

El sangriento drama se acercaba á su desenlace. La hoguera se iba apagando; la llama, hasta entonces iluminada, volvía á sumergirse en las tinieblas, y en esta reaparecían los ojos fosforescentes de los lobos rojos. Algunos minutos más, y toda la horda penetrará en el recinto.

Thalcave descargó por última vez su fusil, derribó otro enemigo, y, agotadas sus municiones, se cruzó de brazos. Incluyó la cabeza sobre el pecho, y pareció que meditaba silenciosamente. ¿Buscaba algún medio atrevido, insensato, imposible, para rechazar aquella horda furiosa? Glenarvan no se atrevía á interrogarle.

En aquel momento adoptaron los lobos otro sistema de ataque. Se alejaron, y sus aullidos, tan ruidosos hasta entonces, cesaron súbitamente. Un triste silencio reinó entonces en la llanura.

—¡Se van! dijo Roberto.

—Tal vez, respondió Glenarvan, procurando no perder ninguno de los ruidos exteriores.

Pero Thalcave, adivinando su pensamiento, movió la cabeza. Sabía que los animales no abandonarían una presa que consideraban segura, mientras el día no les obligase á entrar en sus oscuras guaridas.

Era sin embargo evidente que habían modificado su táctica.

Renunciaron á su tenaz empeño de forzar la entrada de la ramada, pero sus nuevas maniobras iban á crear un peligro aun más apremiante.

No tratando ya los aguas de penetrar por aquella abertura tan obstinadamente defendida por el hierro y por el fuego, dieron vuelta al recinto, y trataron de asaltarle todos á la vez por el lado opuesto.

No tardó en oírse el ruido de sus uñas hincándose en la madera medio podrida. Patas vigorosas y hocicos sangrientos pasaban ya por entre las estacas carcomidas. Los caballos azorados rompieron su cabestro y echaron á correr por el recinto locos de espanto.

Glenarvan cogió en brazos á Roberto para defenderle hasta la última estremidad. Y tal vez, intentando una invasión imposible, iba á lanzarse fuera, cuando sus miradas se fijaron en el indio.

Thalcave después de dar vueltas en el interior del recinto como una fiera encerrada en una jaula, se acercó á su caballo, que se estremecía de impaciencia, y empezó á ensillarlo con el mayor cuidado, sin olvidar ni una correa, ni una hebilla. No parecía que hiciese el menor caso de los aullidos que se multiplicaban entonces. Glenarvan le miraba con un terror siniestro.

—¡Nos abandonan! exclamó, viéndole recoger las riendas como disponiéndose á montar.

—¡Eh! ¡jamás! dijo Roberto.

Y, en efecto el indio, lejos de pensar en abandonar á sus amigos, intentaba salvarles sacrificándose por ellos.

Thaouka estaba pronto; tascaba el freno, y se encabritaba, y sus ojos llenos de fuego despedían relámpagos. Había comprendido á su amo.

En el momento de coger el indio las crines del caballo, Glenarvan le cogió el brazo con mano convulsiva.

—¿Partes? le dijo, señalando la llanura entonces despejada.

—Sí, respondió el indio, que comprendió á su compañero, por sus ademanes.

Después añadió algunas palabras españolas que significaban:

—¡Thaouka! Buen caballo. Ligerero. Arrastrará tras sí á los lobos.

—¡Ah! ¡Thalcave! exclamó Glenarvan.

—¡Pronto! ¡pronto! respondió el indio, mientras

Glenarvan decía á Roberto con una voz que la aflicción entrecortaba:

—¡Roberto! ¡hijo mío! ¿lo oyes? ¡quiere sacrificarse por nosotros! ¡Va á lanzarse á la llanura, y á desviar de nosotros la saña de los lobos para atraérsela!

—¡Amigo Thalcave, respondió Roberto echándose á los pies del patagon, amigo Thalcave, no nos abandones!

—¡No! dijo Glenarvan, no nos abandonará.

Y volviéndose hacía el indio:

—Partamos juntos, dijo, señalando los caballos espantados, que estaban como pegados á los postes.

—No, exclamó el indio, que comprendía el sentido de las palabras de Glenarvan. Malas bestias. Asustadas. Thaouka. Buen caballo.

—¡Aunque así sea! dijo Glenarvan. Thalcave no te abandonará Roberto! ¡El me enseñó lo que he de hacer! ¡Yo debo partir! ¡El permanecerá contigo!

Y cogiendo la brida de Thaouka, dijo:

—¡Yo partiré!

—No, respondió tranquilamente el patagon.

—¡Yo! te digo, exclamó Glenarvan, arrancándole la brida de las manos, ¡yo! ¡Salva tú á ese niño! ¡Te lo confío, Thalcave!

Glenarvan en su exaltación mezclaba palabras inglesas y españolas. ¿Pero qué importaba el lenguaje? En situaciones tan terribles, el gesto lo dice todo, y los hombres se comprenden al momento.

Thalcave resistía. La discusión se prolongaba y el peligro crecía incesantemente. Las carcomidas estacas de la empalizada cedían ya á los dientes y á las uñas de los lobos.

Ni Glenarvan, ni Thalcave querían ceder. El indio había arrastrado á Glenarvan hacía la entrada de la ramada; le indicaba la llanura libre de lobos, con su animado lenguaje le hacía comprender que era preciso no perder un instante; que el peligro, si el ardido no tenía buen éxito, sería mayor para los que quedasen, y, por último, que nadie conocía como él las maravillosas cualidades de ligereza y arrojo de Thaouka para emplearlas en la salvación común. Cegado, Glenarvan se obstinaba en sacrificarse, cuando de repente fue rechazado con violencia. Thaouka se encabritó, se levantó de manos, y en un arrebató súbito saltó la valla de fuego y monton de cadáveres, en tanto que una voz de niño gritaba:

—¡Dios os salve, milord!

Y Glenarvan y Thalcave tuvieron apenas tiempo para ver á Roberto, que, fuertemente agarrado á las crines del caballo, desaparecía en las tinieblas.

—¡Roberto! ¡desgraciado! exclamó Glenarvan.

Pero ni el mismo indio pudo oír estas palabras. Oyó el mas espantoso coro de aullidos. Los lobos rojos, lanzados en pos del caballo, corrían hacía el Oeste con una rapidez fantástica.

Thalcave y Glenarvan se precipitaron fuera de la ramada. La llanura había ya recobrado su tranquilidad, y apenas pudieron distinguir una línea móvil que ondeaba á lo lejos en las sombras de la noche.

Glenarvan cayó al suelo angustiado, desesperado, cruzando las manos. El indio se sonreía con su calma acostumbrada.

—¡Thaouka! ¡buen caballo! ¡Niño valiente! ¡so salvaré! repetía con afirmativos movimientos de cabeza.

—¿Y si cae? dijo Glenarvan.

—¡No caerá!

A pesar de la confianza de Thalcave, el pobre lord pasó el resto de la noche sufriendo las mas terribles angustias. Ni siquiera tenía conciencia de la desaparición del peligro habiendo desaparecido los lobos. Quería correr en busca de Roberto; pero el indio le detuvo, haciéndole comprender que los caballos no podrían alcanzarle, que Thaouka había probablemente corrido más que sus perseguidores, que no

sería fácil encontrarle en las tinieblas, y que era preciso aguardar que fuese de día para seguir sus huellas.

A las cuatro de la mañana empezó á despuntar el alba. Las brumas condensadas en el horizonte tomaron un tinte sonrosado y un resplandor pálido. Cayó sobre la llanura un rocío cristalino, y el céfiro de la mañana agitó con su primer aliento las crecidas yerbas.

Había llegado el momento de partir.

—En marcha, dijo el indio.

Glenarvan no respondió, pero se montó en el caballo de Roberto. Salieron los dos ginetes galopando hacia el Oeste, siguiendo la línea recta que tenían trazada sus compañeros.

Así avanzaron durante una hora con una velocidad prodigiosa, buscando á Roberto, cuyo cadáver ensangrentado temían encontrar á cada paso. Glenarvan destrozaba con las espuelas los hijares de su caballo. Al cabo se oyeron algunos tiros, que repetidos con regularidad, parecían ser señales de reconocimiento.

—Ellos son, exclamó Glenarvan.

Thalcave y él picaron sus caballos para acelerar aun más su marcha, y no tardaron en reunirse al destacamento conducido por Paganel. Un grito se escapó del pecho de Glenarvan. Roberto estaba allí, vivo, muy vivo, montado en el soberbio Thaouka que relinchó de alegría al ver á su amo.

—¡Ah! ¡hijo mío! ¡hijo mío! exclamó Glenarvan con un acento de ternura que no puede espresarse.

Y Roberto y él, echando pie á tierra, se precipitaron en brazos uno de otro. Llegó luego al indio su vez de estrechar contra su pecho al denodado hijo del capitán Grant.

—¡Vive! ¡vive! exclamaba Glenarvan.

—Sí, respondió Roberto, gracias á Thaouka.

No había el indio esperado las palabras de reconocimiento de Roberto para manifestar el suyo á su caballo, á quien hablaba en aquel momento y le abrazaba, como si en las venas del noble animal corriese sangre humana.

Después, volviéndose hacia Paganel, le mostró á Roberto:

—¡Es un valiente! dijo.

Y añadió, empleando la metáfora india con que se espresa el denuedo.

—¡Sus espuelas no han temblado!

Sin embargo, Glenarvan decía á Roberto reconviniéndole al mismo tiempo que le abrazaba:

—¿Por qué, hijo mío, por qué no has dejado á Thalcave ó á mí intentar el último medio de salvación que nos quedaba?

—Milord, respondió el niño con el acento de la mas viva gratitud, ¿no era un deber mío sacrificarme? ¡Thalcave me había ya salvado la vida! ¡Y vos! ¡vos vais á salvar la de mi padre!

CAPITULO XX.

LAS LLANURAS ARGENTINAS.

Después de haberse entregado con la mayor expansión á la alegría que les causó el volverse á encontrar reunidos, Paganel, Austin, Wilson, Mulrady, todos los que habían quedado á retaguardia, exceptuando tal vez al mayor Mac Nabbs, se apercibieron de una cosa, y es de que se estaban muriendo de sed. Muy afortunadamente, el Guamini corría á poca distancia. Pusiéronse, pues, en marcha, y á las siete de la mañana la caravana completa llegó á la empalizada.

Al ver sus avenidas sembradas de cadáveres de lobos, fácil fue comprender la violencia del ataque y el vigor de la defensa. Los viajeros después de beber

abundantemente, celebraron un almuerzo verdaderamente fenomenal dentro de la ramada. Los filetes de ñandou fueron declarados excelentes, y el tatou, asado en su concha, mereció ser colocado entre los manjares mas deliciosos.

—Comer razonablemente, decía Paganel, sería ofender á la Providencia, es preciso comer mucho, comer demasiado.

Y demasiado comió, sin que le sentase mal, gracias á las tersas aguas del Guamini, que, en su concepto, poseen cualidades digestivas de una superioridad incontestable.

A las diez de la mañana, Glenarvan, no queriendo incurrir en las faltas en que incurrió Anibal, en Cápua, dió la señal de marcha. Los viajeros llenaron de agua sus odres, y partieron. Los caballos, enteramente repuestos, caminaron con mucho ardor, conservando casi continuamente el corto galope de caza. El país iba siendo mas húmedo, y de consiguiente mas fértil, pero siempre desierto. No se produjo ningun incidente durante la jornada del 2 y del 3 de noviembre, y al anochecer los expedicionarios, avezados ya á las fatigas de las largas marchas, acamparon en el límite de las Pampas, en las fronteras de la provincia de Buenos Aires. Habían salido el 14 de octubre de la bahía de Talcahuano, y de consiguiente en veinte y dos dias habían andado felizmente 450 millas (1), es decir, cerca de dos terceras partes del camino.

A la mañana siguiente traspasaron la línea convencional que separa la llanura argentina de la region de las Pampas. Allí esperaba Thalcave encontrar á los caciques en cuyas manos creía que se hallaban Harry Grant y sus dos compañeros de infortunio.

Buenos Aires es la provincia mas vasta y mas poblada de las catorce que componen la República Argentina. Su frontera confina con los territorios indios del Sur, entre los 64° y 65°. Su territorio es asombrosamente fértil. Un clima particularmente salubre caracteriza aquella llanura cubierta de gramíneas y de plantas arborescentes leguminosas, la cual presenta una horizontalidad casi perfecta hasta el pie de las sierras de Tandil y de Tapatquem.

Desde que se separaron de las márgenes del Guamini, los viajeros observaron con la mayor satisfacción una mejora muy notable en la temperatura. No pasaba esta por término medio de 17° centígrados, gracias á los vientos fuertes y frios de la Patagonia que agitan incesantemente las andas atmosféricas. Ni hombres ni animales tenían, pues, motivos de queja, después de tanta sequedad y tanto calor como habían arrostado. Así es que avanzaban con ardor y confianza. Pero á pesar de lo dicho por Thalcave, el país parecía enteramente inhabitado, ó, hablando con mas propiedad *deshabitado*.

Con frecuencia la línea del Este costaba ó cortaba algunas lagunas de poca estension, cuya agua era dulce, y otras cuya agua era salobre. En sus orillas al abrigo de los zarzales, saltaban libianos reyezuelos y cantaban alegres alondrillas, en compañía de los *tangaras*, rivales en colores de los centelleantes colibríes ó viciílines. Tan preciosos pájaros batían alegremente sus alas, sin cuidarse de los soldadescos estorninos que ostentaban en los ribazos sus charreteras y sus solapas rojas. En los espinosos breñales se mecía y columpiaba como una hamaca de criollo el movedizo nido de los *annubis*, y á la orilla de las lagunas marchaban acompasadamente magníficos flamencos. sin desplegar al viento sus alas de color de fuego. Distinguianse agrupados millares de sus nidos, en forma de conos truncados de un pie de elevación, que parecían una ciudad en miniatura. Los flamencos, poco ariscos, no huían al acercarse los viajeros, lo que ponía de mal humor al sabio Paganel.

(1) 180 leguas próximamente.

—Desde mucho tiempo, dijo el mayor, tengo el capricho de ver volar un flamenco.

—¡Buen capricho es! dijo Paganel.

—Y puesto que la ocasion se presenta, me aprovecho de ella. A la ocasion la pintan calva.

—Haced lo que querais, Paganel.

—Seguidme, mayor. Y tú tambien, Roberto. Necesito testigos.

Y dejando Paganel seguir adelante á sus compañe-

ros, se dirigió con Roberto Grant y el mayor hacía donde estaban los fenicópteros.

Cuando los tuvo á tiro, disparó su carabina cargada con pólvora, porque no queria inútilmente derramar sangre, y todos los flamencos echaron á volar, mientras Paganel les observaba atentamente al trasluz de sus anteojos.

—Y bien, dijo el mayor cuando se perdieron de vista, ¿les habeis visto volar?



La caza de flamencos.

—Gracias á Dios, no soy ciego, respondió Mac Nabbs.

—¿Y os han parecido flechas emplumadas?

—No por cierto.

—Ni á mí tampoco, añadió Roberto.

—Me alegró, contestó el sabio con satisfacción. ¿Dónde tendria los ojos el mas orgulloso de los hombres modestos, mi ilustre compatriota Chateaubriand, cuando comparó los flamencos con las flechas (1)? ¡Ah, Roberto! la comparacion es la mas peligrosa de las figuras retóricas. Desconfía de ella siempre, y no la emplees sino en el último extremo.

(1) La comparacion es, en efecto, inexacta. Lo que parece un flamenco á cualquiera que le ve volar es que vuela al revés, por la forma de su cuello y sus largas piernas que estiende horizontalmente, y estas parecen la cabeza y aquel parece la cola. La ilusion se completa.

—¿Estais por lo visto muy satisfecho de vuestra observacion? dijo el mayor.

—¡Y tanto!

—Y yo tambien, pero démonos prisa, porque nuestro Chateaubriand nos ha hecho quedar rezagados mas de una milla.

Cuando se reunieron á sus compañeros, Paganel halló á Glenarvan en conversacion muy tirada con el indio, á quien al parecer no comprendia. Thalcave se paraba frecuentemente para observar el horizonte, y en su rostro se pintaba un asombro cada vez mas profundo.

Glenarvan no viendo junto á él á su intérprete ordinario, había tratado, aunque infructuosamente, de interrogarle él mismo. Asi es que, en cuanto vió á lo lejos al sabio, le gritó.

—¡Venid pronto, amigo Peganel, que Thalcave y yo no podemos entendernos!

Paganel conversó algunos minutos con el patagon, y volviéndose á Glenarvan, dijo á este:

—Thalcave admira un hecho que es verdaderamente extraño.

—¿Cuál?

—No encontrar indios ni huella de ellos en estas llanuras, en que se suelen encontrar siempre, bien ocupándose en cazar el ganado salido de las estancias, ó bien marchando hacia los Andes para vender sus pieles de zorrillo y sus látigos de cuero trenzado.

—¿Y á qué atribuye Thalcave este abandono?

—No puede adivinar la causa, y por lo mismo se asombra.

—¿Pero qué indios esperaba encontrar en esta parte de las Pampas?

—Precisamente los que han tenido en su poder cautivos extranjeros, los indígenas que mandan los caciques Calfoucouira, Catriel ó Yanchetruz.

—¿Qué gentes son esas?

—Jefes de bandas que eran muy poderosas treinta años atrás, antes de ser arrojadas al otro lado de las sierras. Desde entonces se ha sometido todo lo que puede un indio someterse, y lo mismo recorren las Pampas que la provincia de Buenos Aires. Yo también, como Thalcave, me asombro de no encontrar sus huellas en un país en que ejercían generalmente el oficio de salteadores.

—¿En ese caso, preguntó Glenarvan, qué partido vamos á tomar?

—Voy á preguntárselo, respondió Paganel.

Y después de una breve conversacion con Thalcave, dijo:

—He aquí su parecer, que me parece muy discreto. Debemos continuar nuestra marcha hasta el fuerte Independencia, lo que no nos separa de nuestro camino, y allí, si no tenemos noticia del capitán Grant, sabremos al menos qué se han hecho los indios de la llanura Argentina.

—¿Distá mucho ese fuerte? preguntó Glenarvan.

—No, está situado en la sierra de Tandil, á unas 60 millas.

—¿Y cuándo llegaremos?

—Pasado mañana por la tarde.

Este incidente desconcertó no poco á Glenarvan, que lo que menos podía esperar era no hallar indios en las Pampas, donde ordinariamente hay demasiados. Indudablemente, les había arrojado de allí alguna circunstancia especialísima. Lo más grave de todo era no saber en el caso de ser Harry Grant prisionero de alguna de aquellas tribus, si había sido conducido hacia el Sur ó hacia el Norte. Esta duda inquietaba mucho á Glenarvan, pues lo que principalmente interesaba era no perder la pista del capitán. De todos modos, lo mejor era seguir el consejo de Thalcave y llegar á la aldea de Tandil. Allí al menos se encontraría á quien hablar.

A las cuatro de la tarde próximamente, se distinguió en el horizonte una colina, que en un país tan llano podía pasar por una montaña. Era la sierra de Tapalquen, en cuya falda acamparon los viajeros aquella noche.

La sierra se pasó al día siguiente con la mayor facilidad del mundo, siguiendo las arenosas ondulaciones de un terreno de suaves pendientes. Risa causaba una sierra semejante á viajeros que habían salvado la Cordillera de los Andes. Ni necesario fue casi hacer acortar el paso á los caballos. Al medio día dejaron atrás el abandonado fuerte de Tapalque, primer eslabón de la cadena de fortines que se extiende por la línea del Sur contra los bandidos indígenas. Pero para mayor sorpresa de Thalcave, tampoco allí se encontró ni la sombra de un indio. Sin embargo, al medio

día, tres corredores de las llanuras, bien montados y bien armados, observaron un momento la caravana, pero, sin dejar que se les acercase, huyeron con la rapidez de un relámpago. Glenarvan estaba furioso.

—Gauchos, dijo el patagon, dando á aquellos indígenas el nombre que había provocado una discusión entre el mayor y el geógrafo.

—¡Gauchos! repitió Mac Nabbs. Pues bien, Paganel, hoy que no sopla el Norte, ¿queréis decirnos lo que opináis acerca de esos animales?

—Opino que parecen bandidos, respondió Paganel.

—¿Y de parecerlo á serlo, distinguidísimo sabio?

—No hay más que un paso, distinguidísimo mayor.

A la confesion de Paganel sucedió una carcajada general que, no solo no le desconcertó, sino que le sirvió de asidero para una observacion muy curiosa referente á los indios.

—He leído, no sé donde, dijo, que en el árabe la boca tiene una rara expresion de ferocidad, al paso que sus ojos tienen una expresion de dulce. En el salvaje americano sucede todo lo contrario. La expresion de sus ojos es maligna.

Ningun fisonomista de profesion hubiera caracterizado mejor la raza india.

Siguiendo las instrucciones de Thalcave, los viajeros marchaban formando un peloton compacto. Aunque el país aparecía desierto, era siempre de temer una emboscada. La precaucion fue, sin embargo, inútil, y aquel mismo día acamparon sin novedad en una espaciosa toldería, abandonada, en que el cacique Catriel reunia ordinariamente su banda de indígenas. El patagon, inspeccionando el terreno, no encontró en él huellas recientes, y se convenció de que la toldería estaba desde mucho tiempo inhabitada.

Al día siguiente, Glenarvan y sus compañeros se hallaban en la llanura, desde la cual distinguieron las primeras estancias (1) próximas á la sierra de Tandil.

Pero Thalcave resolvió no detenerse en ellas y seguir adelante hasta llegar al fuerte Independencia, donde queria tomar datos relativos á aquel singular abandono del territorio.

Reaparecieron entonces los árboles que faltaban casi completamente desde que los viajeros dejaron la Cordillera. La mayor parte de ellos se plantaron al llegar los españoles al territorio americano. Había acederaques ó cinámomos, melocotoneros, álamos, sauces, acacias, que brotaban espontáneamente y con una precozidad notable. Grandes vallados formados con estacas rodeaban los corrales, paciend y cebándose en las llanuras inmediatas millares de bueyes, carneros, vacas y caballos, que llevaban impresa con un hierro candente la marca del dueño, mientras que enormes perros guardaban los alrededores con incansable vigilancia. El terreno algo salino que se extiende al pie de las montañas, conviene admirablemente al ganado y produce excelente forrage, por cuya razon es el preferido para las estancias, que son dirigidas por un mayordomo y un capataz que, por cada mil cabezas de ganado, tienen á sus órdenes cuatro dependientes.

Aquellas gentes viven como los pastores de la Biblia, siendo sus rebaños tanto ó mas numerosos que los que poblaban las llanuras de la Mesopotamia. Pero el pastor de las Pampas no tiene familia, y los grandes estancieros son ricos mercaderes de bueyes, que en nada se parecen á los patriarcas de los tiempos bíblicos.

Todo esto explicó Paganel con la mayor precision á sus compañeros, haciendo con tal motivo un discurso antropológico muy interesante en que comparaba las razas. Hasta consiguió llamar la aten-

(1) Llámase *estancias* los grandes establecimientos de la llanura argentina destinados á la cria de ganados.

cion del mayor, que no ocultó la satisfaccion con que le oia.

Paganel tuvo tambien ocasion de hacer observar un curioso efecto de espejismo muy comun en las llanuras horizontales. Las estancias, vistas desde lejos, parecian grandes islas. Hubiérase dicho que una agua limpia, que se apartaba á medida que se iban acercando los viajeros, reflejaba los álamos y los sauces de los vallados, siendo tan completa la ilusion que costaba trabajo desprenderse de ella.

Durante la jornada del 6 de noviembre se encontraron varias estancias y tambien uno ó dos *saladeros* en que las reses, despues de haberse cebado con succulentos pastos, entregan la garganta al cuchillo del carnicero. El *saladero*, como su nombre indica, es el sitio en que se salan las carnes. Estos repugnantes trabajos comienzan al fin de la primavera, en cuya época van los *saladeros* á apoderarse de los animales en el corral, echándoles el lazo que manejan hábilmente, y los conducen al *saladero*. Centenares de bueyes, toros, vacas y carneros son muertos, desollados y descuartizados. Pero no siempre los toros se dejan coger sin resistencia. Entonces el matachín se convierte en torero, y ejerce este peligroso oficio con una destreza y tambien con una ferocidad poco comunes. La matanza ofrece un espectáculo el mas repugnante. No hay nada que dé mas asco que las cercanías de un *saladero* de que salen, al mismo tiempo que una atmósfera cargada de fétidas emanaciones, feroces gritos de matachines, siniestros aullidos de perros, prolongados berridos y balidos de reses moribundas, que se mezclan con los estridentes graznidos de las auras y de los urubus ó carairas, voraces buitres de la llanura argentina, que acuden á millares de veinte leguas á la redonda, para disputar á los carniceros los despojos aun palpitantes de sus víctimas.

Pero á la sazón los *saladeros* permanecian mudos, pacíficos é inhabitados, no habiendo llegado aun la época del terrible degüello.

Thalcave apresuraba la marcha, porque queria llegar aquella misma tarde al fuerte Independencia. Los caballos, estimulados por sus ginetes y por Thauka cuyo ejemplo seguian, cruzaban casi volando las altas gramíneas. Se encontraron muchas granjas almenadas y defendidas por profundos fosos. La casa principal tenia una terraza desde la cual sus moradores, militarmente organizados, pueden contrarrestar á tiros los ataques de los bandoleros de la llanura. Glenarvan hubiera tal vez hallado allí los datos que buscaba, pero lo mas seguro era llegar á la aldea de Tandil. No se detuvieron, pues, los expedicionarios. Vadearon el rio de los Huesos, y, algunas millas mas adelante, el Chapaleofu. Muy pronto la sierra de Tandil presentó á los pies de los caballos la escarpa alfombrada de césped de sus primeras pendientes, y una hora despues la aldea se destacó del fondo de una estrecha garganta, dominada por los almenados muros del fuerte Independencia.

CAPITULO XXI.

EL FUERTE INDEPENDENCIA.

La sierra de Tandil se eleva 1,000 pies sobre el nivel del mar, y es una cordillera primordial, es decir, anterior á toda creacion orgánica y metamórfica, en el sentido de que su estructura y composicion se han modificado poco á poco bajo la influencia del calor interno. Está formada de una sucesion semicircular de colinas de gneis cubiertas de musgo. El distrito de Tandil, á que da su nombre, abraza todo el Sur de la provincia de Buenos-Aires, terminando en una vertiente por la cual corren sus rios hácia el Norte.

La poblacion de este distrito se compone de 4,000 habitantes, y su cabeza es la aldea de Tandil, situada al pie de las laderas septentrionales de la sierra, que protege el fuerte Independencia. Su posicion en las márgenes del Chapaleofu, que es un rio de importancia, deja poco que desear. La aldea está habitada muy especialmente por varios franceses y colonos italianos, porque Francia fue en efecto quien fundó los primeros establecimientos extranjeros en la parte inferior de la Plata. No podia Paganel ignorar esta particularidad tan singular. En 1828, el fuerte Independencia se levantó á instancias del francés Parchappe para proteger el pais contra las repetidas invasiones de los indios, ayudándole en la empresa un sabio de primer orden, Alcides de Orbigny, que es el que mejor ha conocido, estudiado y descrito todos los paises meridionales de la América del Sur.

La aldea de Tandil es muy importante. Por medio de sus galeras, que es como llaman, lo mismo que en España, á unos grandes carros con cuatro ruedas y toldo arqueado que sirven para largos trasportes, comunica en doce dias con Buenos-Aires, á donde llegan arrastradas por bueyes, de lo que resulta un tráfico bastante activo. La aldea envia á la ciudad el ganado de sus estancias, las salazones de sus *saladeros*, y los curiosísimos productos de la industria india, tales como género de algodón, tejidos de lana, los tan codiciados artefactos de los trenzadores de cuero, etc. Asi es, que Tandil contiene, á mas de cierto número de casas bastante cómodas, escuelas é iglesias para instruirse en las cosas de este mundo y del otro.

Despues de haber dado estos pormenores, Paganel añadió que en la aldea de Tandil no podian dejar de adquirirse las noticias que se buscaban, y que el fuerte, además, está siempre guarnecido por un destacamento de tropas nacionales. Glenarvan hizo llevar los caballos á la cuadra de una fonda de bastante buen aspecto, y Paganel, el mayor, Roberto y él, guiados por Thalcave, se dirigieron al fuerte Independencia.

Despues de algunos minutos de estar subiendo por una de las colinas de la sierra, llegaron á la poterna, guardada con bastante negligencia por una centinela argentina. Pasaron sin ningun inconveniente, lo que indicaba mucha incuria ó una escensiva confianza.

Algunos soldados hacian entonces el ejercicio en la esplanada del fuerte. El de mas edad de todos tenia veinte años, y el menor no llegaba á siete. Eran, propiamente hablando, una docena de niños y jovencitos que evolucionaban muy regularmente. Su uniforme consistia en una camisa listada, ceñida sobre las caderas con un cinturon de cuero. No llevaban pantalones, ni calzones, ni kiltenrees, ni cosa parecida. La benignidad del clima autorizaba la ligereza de su traje, y por de pronto Paganel concibió una alta idea de un gobierno que no se arruinaba en contratos de vestuario. Su armamento consistia en un fusil de piston, demasiado pesado, y sable demasiado largo. Tenian todos la tez morena, y cierto parecido de familia. Debian ser, y eran efectivamente, doce hermanos, á quienes enseñaba el ejercicio el décimo tercio.

Paganel no se asombró, porque conocia la estadística argentina, y sabia que en aquel pais debian contarse por término medio nueve hijos por familia; pero lo que le sorprendió mucho fue el ver que aquellos soldaditos maniobraban á la francesa, y ejecutaban con la mayor precision los principales movimientos de la carga en doce tiempos. El cabo daba con frecuencia las voces de mando en la lengua nativa del sabio geógrafo.

—Es particular, dijo.

Pero Glenarvan no se hallaba en el fuerte Independencia para ver hacer el ejercicio á unos cuantos muñecos, y menos aun para ocuparse de su nacio-

nalidad ó de su origen. No dejó, pues, tiempo á Paganel para seguir asombrándose, y le suplicó hicieran llamar al jefe de la guarnición. Paganel lo hizo así, y uno de los soldados argentinos se dirigió á una casita que servía de cuartel.

Pocos momentos despues, apareció el comandante en persona. Era un hombre de cincuenta años, vigoroso, de facha soldadesca, bigotes ásperos, pómulos salientes, cabellos grises, y mirada imperiosa, en cuanto se podía juzgar al trasluz de los densos torbellinos de humo que se escapaban de su pipa de corto tubo. Su continente recordó á Paganel el emparejo *sui generis* de los viejos sargentos de su país.

Thalcave se dirigió al comandante, y le presentó á lord Glenarvan y á sus compañeros. Mientras hablaba, el comandante no separaba la vista de Paganel, mirándole con una persistencia bastante embarazosa. El sabio no sabía lo que significaba aquella tercera mirada, é iba ya á interpelar al comandante, cuando éste le cogió una mano sin ningun cumplimiento, y le dijo con voz alegre en su propio idioma:

—¿Sois francés?

—Sí, francés, respondió Paganel.

—¡Cuánto me alegro! ¡Bien venido seas! Yo soy francés tambien, repitió sacudiendo el brazo del sabio con un vigor alarmante.

—¿Uno de vuestros amigos? preguntó el mayor á Paganel.

—¡Pardiez! respondió este con cierto énfasis; yo tengo amigos en las cinco partes del mundo.

Pudo por fin, no sin trabajo, sacar la mano del torno vivo que le estaba magullando, y entró en conversacion formal con el vigoroso comandante. Glenarvan hizo esfuerzos desesperados para colocar en la conversacion una palabra concerniente á sus asuntos; pero el militar contaba su historia, y no dejaba á nadie meter baza. Hacia mucho tiempo que habia salido de Francia, de suerte que su lengua nativa no le era ya familiar, habiendo olvidado, si no las palabras, la manera de construir las oraciones. Hablaba el francés, á poca diferencia, como un negro de las colonias francesas.

En efecto, segun dijo él mismo á sus visitantes, el comandante del fuerte Independencia era un sargento francés, antiguo compañero de Parchappe.

Desde que en 1828 se erigió la fortaleza, no salió de ella, y á la sazón la mandaba con el beneplácito del gobierno argentino. Era un hombre de unos cincuenta años, vasco de nacimiento, y se llamaba Manuel Itaraguirre. De su apellido se deduce que si no era español poco le faltaba. Un año despues de llegar al país, el sargento Manuel tomó en él carta de naturaleza, y se casó con una prolífica india, que estaba entonces dando de mamar á dos gemelos de seis meses. Eran varones los dos, se supone, pues la digna compañera del sargento no se hubiera permitido darle hijas. Para Manuel no habia mas estado que el estado militar, y esperaba, con el tiempo y la ayuda de Dios, ofrecer á la república una compañía de soldados jóvenes.

—¿Habeis visto? decia. ¡Valen mas oro que pesan! José, Juan, Miguel, Pepe! ¡Pepe tiene siete años! ¡Muere ya el cartucho!

Pepe, oyéndose elogiar, se cuadró y presentó las armas con la mayor formalidad y aplomo.

—¡Marchará bien! añadió el sargento. ¡Un dia será coronel mayor ó brigadier general!

El sargento Manuel estaba tan entusiasmado, que le hubiera sacado de sus casillas la menor contradicción sobre la superioridad del oficio de las armas y el porvenir reservado á su belicosa progenitura. Era feliz, y como la dicho Foethe, *nada de lo que nos hace felices es ilusion*.

Mas de un cuarto de hora invirtió el sargento en contar su historia, con grande asombro de Thalcave,

que no podía comprender que saliesen tantas palabras de una sola boca. Nadie interrumpió al comandante. Pero como un sargento, aunque sea sargento francés, al fin y al cabo ha de callar, Manuel calló, no sin haber antes obligado á sus huéspedes á seguirle á su habitacion. Los huéspedes se resignaron á ser presentados á Mme. Itaraguirre, la cual les pareció una buena mujer, en el supuesto de que pueda aplicarse á una india esta espresion del viejo mundo.

Despues que hubieron accedido á todas sus exigencias, el sargento les preguntó á qué circunstancia debía la honra de tan inesperada visita. Habia llegado el instante de explicarse. O entonces, ó nunca.

Paganel, tomando la palabra en francés, le refirió todo el viaje atravesando las Pampas, y terminó preguntándoles por qué motivo los indios habian abandonado el país.

—¡Ah!... ¡nadie! respondió el sargento encogiéndose de hombros. ¡Efectivamente!... ¡nadie! ¡nuestros brazos cruzados... nada que hacer!

—¿Pero por qué?

—Guerra.

—¿Guerra?

—Sí, guerra civil.

—¿Guerra civil? replicó Paganel, que sin notar lo él mismo, empezaba á hablar en negro, suprimiendo los artículos.

—Sí, guerra entre paraguayanos y argentinos, respondió el sargento.

—¿Y qué?

—Indios todos en el Norte siguiendo la pista del general Flores. Indios ladrones, roban.

—¿Pero los caciques?

—Caciques con ellos.

—¿Cómo! ¿Catriel?

—Nada de Catriel.

—¿Y Calfoucoura?

—Nada de Calfoucoura.

—¿Y Yanchetruz?

—Nada de Yanchetruz.

Thalcave, á quien se tradujo esta respuesta, movió la cabeza en señal de aprobacion. El ignoraba ó habia olvidado que una guerra civil, que debía mas adelante provocar la intervencion del Brasil, diezmaria los dos partidos de la república. Y á rio revuelto, ganancia de pescadores. Los indios hacen siempre su pacotilla en estas luchas intestinas, y no podian desperdiciar las bellas ocasiones de saqueo que se les presentaban. Así, pues, el sargento estaba en lo cierto, dando por razon del abandono de las Pampas, la guerra civil que ardia en el Norte de las provincias Argentinas.

Pero este acontecimiento trastornaba los proyectos de Glenarvan, y desbarataba todos sus planes. Si Harry Grant era prisionero de los caciques, éstos debieron arrastrarle hasta las fronteras del Norte. ¿Dónde y cómo encontrarle? ¿Era conveniente intentar una pesquisa peligrosa, y casi inútil, en los límites septentrionales de las Pampas? La resolucion era grave, y debía meditarle muy seriamente.

Sin embargo, aun se podía dirigir al sargento una pregunta importante, y fue el mayor quien pensó en ella, mientras sus amigos se miraban silenciosos.

—¿Habia el sargento oido decir que los caciques de las Pampas tuviesen en su poder cautivos europeos?

—Sí, dijo Manuel despues de algunos momentos de reflexion en que reunió sus recuerdos.

—¡Ah! exclamó Glenarvan concibiendo nuevas esperanzas.

Y todos rodearon al sargento.

—¡Hablad! ¡hablad! decian á la vez, devorándole con sus miradas.

—Hace algunos años, respondió Manuel, si... eso es... prisioneros europeos... pero jamás visto...

—¿Algunos años? replicó Glenarvan; os engañáis. La fecha del naufragio no es perfectamente conocida... La *Britannia* se perdió en junio de 1862... Hace por consiguiente, menos de dos años.
—¡Oh! mas de dos años, milord.
—Imposible, exclamó Paganel.
—¡Sí, es ciertamente! Fue cuando nació Pepe... Se hablaba de dos hombres.

—¡No, tres! dijo Glenarvan.
—Dos, replicó el sargento con tono afirmativo.
—¡Dos! exclamó Glenarvan muy sorprendido. ¿Dos ingleses?
—No, respondió el sargento. ¿Quién habla de ingleses? No... un francés y un italiano.
—¿Un italiano que fue degollado por los poyuches? preguntó Paganel.



Los trece hijos del Sargento Haraguirre haciendo el ejercicio

—¡Sí! y supe despues... francés salvado.
—¡Salvado! exclamó Roberto, cuya vida estaba pendiente de los labios del sargento.
—Sí, salvado del poder de los indios, respondió Manuel.
Todos miraron al sabio, el cual se golpeó la frente con desesperacion.
—¡Ah! ya caigo, dijo en fin, todo es claro, todo se explica.
—¿Pero de qué se trata? preguntó Glenarvan con curiosidad é impaciencia.
—Amigos míos, respondió Paganel cogiendo las manos á Roberto, hemos incurrido en un grave error, y tenemos que tomar paciencia. Hemos seguido una falsa pista. No se trata aquí del capitán, sino de un compatriota mio cuyo compañero, Marco Vazello, fue efectivamente asesinado por los poyuches, de un francés que acompañó varias veces á los crueles in-

dios hasta las orillas del Colorado, y que, despues de haberse felizmente escapado de sus manos, regresó á Francia. Creyendo seguir las huellas de Harry Grant hemos seguido las del jóven Guinnard (1).
Un profundo silencio acogió la declaración del geógrafo. El error era evidente. Los pormenores dados por el sargento, la nacionalidad del prisionero, el asesinato de su compañero, su evasión de las manos de los indios, todo concordaba para demostrar su evidencia. Glenarvan miraba á Tha'cave con desaliento. El indio tomó entonces la palabra.
—¿No habeis oído hablar nunca de tres ingleses cautivos? preguntó al sargento francés.

(1) M. A. Guinnard fue, en efecto, cautivo de los indios poyuches por espacio de tres años, desde 1856 hasta 1859; sobrevivió con el mayor valor las terribles pruebas á que se le sometió y pudo, en fin, evadirse atravesando los Andes en el desfiladero de Tsallatá. Regresó á Francia en 1861, y es actualmente uno de los colegas mas distinguidos de Santiago Paganel en la Sociedad de Geografía.

—Jamás, respondió Manuel.... y en Tandil se hubiera dicho,..... yo lo sabría..... No, no ha ocurrido eso.....

Esta categórica y terminante respuesta convenció á Glenarvan de que nada tenía ya que hacer en el fuerte Independencia, por lo que se retiró con sus amigos, no sin haber antes dado todas las gracias al sargento acompañadas de algunos apretones de manos.

Glenarvan estaba afligido por la completa pérdida de sus esperanzas. Roberto marchaba á su lado sin decir una palabra y con los ojos llenos de lágrimas. Glenarvan no hallaba para él una palabra de consuelo. Paganel gestionaba hablando consigo mismo. El mayor no despegaba los labios. Thalcave parecía herido en su amor propio de indio por haberse estraviado sobre una falsa pista. Nadie, sin embargo, pensaba en reconvenirle por un error tan excusable.

Todos entraron en la fonda.

La cena fue triste. Seguramente, que ninguno de aquellos hombres valerosos y desprendidos sentía las fatigas que inútilmente habían soportado, ni los peligros que infructuosamente habían corrido. Pero todos veían anonadadas en un instante sus esperanzas de éxito. ¿Era, en efecto, posible encontrar al capitán Grant entre la sierra Tandil y el mar? No. Si algun prisionero hubiera caído en manos de los indios en las costas del Atlántico, el sargento Manuel no lo hubiera ignorado. Un acontecimiento semejante no podía ser desconocido de los indígenas, que hacen un comercio incesante de Tandil á Cármen, en la desembocadura del Río Negro. Entre los traficantes de la llanura argentina todo se sabe y todo se dice. No había, pues, que tomar mas que un partido, el de acudir sin pérdida de tiempo á la cita dada al *Duncan* en la punta Medano.

Paganel había vuelto á pedir á Glenarvan el documento cuya interpretacion les había tan lamentablemente estraviado. Lo volvió á leer con una cólera mal disimulada, procurando arrancarle una interpretacion nueva.

—El documento no puede estar mas claro, repelia Glenarvan. Se explica de la manera mas terminante acerca del naufragio del capitán y el lugar de su cautiverio.

—¡No! respondió el geógrafo dando un puñetazo en la mesa, ¡mil veces no! Puesto que Harry Grant no está en las Pampas, no está en América. Y este documento debe decirnos dónde está, y nos lo dirá, amigos míos, ó yo no soy Santiago Paganel.

CAPITULO XXII.

LA AVENIDA.

Una distancia de 150 millas separa el fuerte Independencia de las playas del Atlántico, (1). No presentándose obstáculos imprevistos, y seguramente improbables, Glenarvan debía en cuatro días haber vuelto á bordo del *Duncan*. Pero no podía acostumbrarse á la idea de volver á bordo sin el capitán Grant despues de haber fracasado en sus tentativas. Al día siguiente ni siquiera se cuidó de dar la órden de marcha. El mayor hizo ensillar los caballos, renovar las provisiones y trazó el camino que se debía seguir. Gracias á su actividad, á las ocho de la mañana la caravana descendía por las verdes laderas de la sierra de Tandil.

Glenarvan galopaba al lado de Roberto sin decir una palabra. Su carácter audaz y resuelto no le permitía aceptar tranquilamente la derrota de sus esperanzas que acababa de sufrir, y su corazón palpitaba, y su cabeza ardía. Paganel, aguijoneado por la dificultad, daba mil vueltas á las palabras del do-

cumento para encontrar una interpretacion nueva. Thalcave, silencioso, dejaba á Thaouka el cuidado de conducirlo. El mayor, siempre confiado, permanecía imperturbablemente en su puesto, como si en él fuese imposible el desaliento. Tom Austin y sus dos marineros participaban del mal humor de su amo. Un meticoloso conejo atravesó junto á ellos los senderos de la sierra, y los supersticiosos escoceses se miraron unos á otros.

—Mal presagio, dijo Wilson.

—Sí, en los Highlands, respondió Mulrady.

—Lo que es malo en los Highlands no puede ser bueno aquí, replicó sentenciosamente Wilson.

Cerca del medio día los viajeros habían pasado la sierra del Tandil, y se hallaban en las llanuras onduladas que se estendian hasta el mar. A cada paso trasparentes rios regaban aquella fértil comarca é iban á perderse entre las altas yerbas. El terreno recobraba su horizontalidad normal, y la pradera monotona ofrecía á los pasos de los caballos su inmenso tapiz de verdura.

El tiempo había sido bueno hasta entonces; pero el cielo tomó aquel día un aspecto poco lisonjero. Los vapores, engendrados por la elevada temperatura de los días anteriores y convertidos en densas nubes, amenazaban resolverse en lluvias tempestuosas. Además, la proximidad del Atlántico y el viento del Oeste que reinaba en él como déspota absoluto volvian al clima de aquella comarca sumamente húmedo. Bien lo decía su fertilidad, la exuberancia de sus pastos, su sombrío verdor. Sin embargo, aquel día no llovió, y al anochecer los caballos, despues de haber andado tranquilamente una tirada de 40 millas, se detuvieron en los bordes de profundas cañadas, inmensos fosos naturales llenos de agua. No había ningun albergue donde guarecerse. Los ponchos sirvieron á la vez de tiendas y de mantas, y todos se durmieron bajo un cielo amenazador, que afortunadamente se contentó con amenazas.

Al día siguiente, á medida que la llanura declinaba, se hacia mas sensible la presencia de las aguas subterráneas, y filtraba la humedad por todos los poros del terreno. Muy pronto dilatados estanques, algunos de ellos profundos ya, y otros que empezaban á formarse, cortaron el camino del Este. Mientras no hubo que atravesar mas que lagunas, depósitos de agua bien circunscritos y libres de plantas acuáticas, los caballos salieron bien del paso, pero el tránsito era mas difícil teniendo que pasar pantanos obstruidos por largas yerbas que ocultaban el peligro.

A mas de un ser viviente habían sido ya funestos aquellos lamedales. En efecto, Roberto, que se había adelantado una media milla, volvió al galope exclamando:

—¡Mr. Paganel! ¡Mr. Paganel! ¡Un bosque de cuernos!

—¿Cómo! respondió el sabio, ¿has encontrado un bosque de cuernos?

—Sí, sí, por lo menos un bosquecillo.

—¡Un bosquecillo! lo habrás soñado, muchacho, replicó Paganel encogiéndose de hombros.

—No lo he soñado, dijo Roberto, y vais á verlo vos mismo. ¡Qué país tan singular! siembran en él cuernos, y nacen como el trigo. Quisiera ver la semilla.

—Pero hablas seriamente, dijo el mayor.

—Sí, señor mayor, vos vais á verlo tambien.

Roberto no se había engañado. No tardaron los expedicionarios en hallarse delante de un inmenso campo de cuernos, regularmente plantados, que se estendía hasta perderse de vista. Era un verdadero bosque, bajo, pero poblado.

—¿Lo veis? dijo Roberto.

—Es particular, respondió Paganel que se volvió hácia el indio interrogándole.

(1) 60 leguas próximamente.

130
9
3
92
31
125

192
123

—Los cuernos salen del suelo, dijo Thalcave, pero los bueyes están debajo.

—¿Cómo! exclamó Paganel, ¡hay un rebaño sepultado en el cieno!

—Sí, respondió el patagón.

En efecto, un inmenso ganado había hallado la muerte bajo aquel suelo conmovido por sus pasos, y centenares de bueyes perecieron á la vez ahogados en la inmensa charca. Este hecho, que se reproduce con alguna frecuencia en la llanura argentina, no podía ser desconocido del indio, y era una advertencia que convenia tener presente.

Los viajeros dejaron á un lado la inmensa hecatombe que hubiera satisfecho á los dioses mas exigentes de la antigüedad, y una hora despues quedaba de ellos el campo de cuernos á una distancia de dos millas.

Thalcave observaba con cierta ansiedad el estado de la llanura, que le parecia extraordinario. Se paraba con frecuencia y se levantaba sobre los estribos. Su gigantesca estatura le permitia abarcar de una mirada un vasto horizonte; pero no distinguiendo señal alguna que revelase algo, volvia á emprender su interrumpida marcha. Una milla mas adelante se detuvo de nuevo, y despues, separándose de la linea que se seguia, avanzaba algunas millas, ya al Norte, ya al Sur, y volvia á colocarse á la cabeza de la caravana, sin decir lo que esperaba ni lo que temia. Sus evoluciones varias veces repetidas llamaron la atencion de Paganel é inquietaron á Glenarvan, el cual hizo que el sabio interrogase al indio, y le interrogó en efecto.

Thalcave le respondió que extrañaba ver la llanura impregnada de agua. No recordaba haber pisado, desde que era guia, un terreno tan húmedo, pues hasta en la estación de las grandes lluvias, la campiña argentina ofrece siempre pasos practicables.

—¿Pero á qué podemos atribuir, preguntó Paganel, esta humedad creciente?

—No lo sé, respondió el indio, y aun cuando lo supiera...

—¿Los rios de las sierras no crecen algunas veces con las lluvias y se salen de madre?

—Algunas veces.

—Y ahora tal vez.

—¡Tal vez! dijo Thalcave.

Paganel tuvo que contentarse con esta media respuesta, y dió á conocer á Glenarvan el resultado de su conversacion.

—¿Y qué aconseja Thalcave? preguntó Glenarvan.

—¿Qué debemos hacer? preguntó Paganel al patagón.

—Darnos mucha prisa, contestó el indio.

Este consejo era mas fácil de dar que de seguir. Los caballos se cansaban mucho pisando un suelo que huia bajo sus cascos. La depresion era incesantemente mayor, y aquella parte de la llanura podia compararse á la inmensa madre de un rio en que las aguas invasoras debian acumularse rápidamente. Era, pues, indispensable atravesar cuanto antes aquellos terrenos bajos que una inundacion hubiera convertido en lago.

Se apresuró la marcha. Pero como si no bastase el agua que brotaba al parecer de las entrañas de la tierra bajo los cascos de los caballos, á cosa de las dos las cataratas del cielo se abrieron, y torrentes de una lluvia tropical se precipitaron en la llanura. ¡Magnífica ocasion para manifestarse filósofo! No habia medio de sustraerse á aquel diluvio, y lo mejor era recibirlo estóticamente. Los ponchos chorreaban, regados por los sombreros que parecian techos llenos de goteras; las correas de los recados se asemejaban á líquidas cintas, y los ginetes, salpicados por sus cabalgaduras cuyos cascos hacian á cada paso saltar el agua de los charcos, caminaban entre un doble chaparrón que venia á la vez de la tierra y del cielo.

Empapados de agua hasta los huesos, molidos y quebrantados, llegaron los expedicionarios á un rancho muy miserable, al cual sólo personas muy acomodaticias y fáciles de contentar hubieran dado el nombre de abrigo, siendo necesario, para consentir en guarecerse en él, ser un viajero reducido al último estrecho. Pero Glenarvan y sus compañeros no se hallaban en el caso de escoger, y entraron en la abandonada madriguera que hubiera rehusado el mas miserable indio de las Pampas. Se encendió no sin trabajo un mal fuego de yerbas que daban mas humo que calor. Las ráfagas de lluvia azotaban el exterior de la choza, dentro de la cual penetraba el agua atravesando el bálago podrido. Veinte veces se hubiera apagado el fuego, si veinte veces no hubieran Wilson y Mulrady luchado contra la invasion del agua.

La cena, muy medianay poco apetitosa, fue muy triste. No habia ninguna gana de comer. El mayor fue el único que no perdió bocado. Su imperturbabilidad era superior á los acontecimientos. Paganel, como buen francés, quiso bromear, pero sin éxito.

—Mis chistes, dijo, están mojados, no dan fuego.

Sin embargo, como lo mejor que podia hacerse era dormir, todos buscaron en el sueño el momentáneo olvido de sus fatigas. La noche fue pésima. La choza se ladeaba cediendo al empuje del viento, y á cada ráfaga su armazon crugia y amenazaba romperse. Los desgraciados caballos habian quedado fuera espuestos á la intemperie, y sus amos no sufrían menos que ellos en su miserable tugurio. Sin embargo, lograron dormirse, siendo Roberto el primero que cerró los ojos apoyando la cabeza en el hombro de lord Glenarvan. Todos conciliaron el sueño bajo el amparo de Dios, único que tenían.

Y este amparo le valió, pues concluyó la noche sin ningun accidente. A todos despertó Thaouka que, siempre vigilante, relinchaba y gelpeaba con sus vigorosos cascos las paredes de la choza. Sabia él dar, á falta de Thalcave, la señal de marcha, y como todos tenían en él la mayor confianza, le obedecieron y marcharon.

La lluvia habia disminuido, pero aquel terreno no absorbía el agua. En su impenetrable arcilla se estancaba toda, y se formaban charcos y pantanos de una profundidad insidiosa. Paganel consultó el mapa, y pensó acertadamente que los rios Grande y Vivaro-la, que beben habitualmente las aguas de aquellas llanuras, debian haberse confundido en un rio solo, de muchas millas de anchura.

Era por tanto necesario acelerar mucho la marcha. Tratábase de la salvacion de todos. ¿Dónde podrian guarecerse en el caso de crecer la inundacion. El inmenso anfiteatro trazado por el horizonte no ofrecia ningun punto culminante, y en aquella llanura horizontal la invasion de las aguas debia ser rápida.

Se lanzaron los caballos á todo escape. Thaouka marchaba á la cabeza, y, mejor que ciertos anfibios de poderosas aletas natatorias, merecia el nombre de caballo marino, porque saltaba como si se hallase en su elemento natural.

De repente, hacia las diez de la mañana, Thaouka dió señales de terrible agitacion. Volvióse frecuentemente hacia la llanura inmensa del Sud, y se prolongaban sus relinchos, y aspiraba con avidez el aire. Se encabritaba con tanta violencia que Thalcave á quien no podian desearzonar los saltos de carnero de un caballo, le reprimia con mucho trabajo. Bajo la presion del freno, su boca echaba sangre manchada con la espuma, y sin embargo el fogoso animal no se calmaba. Bien conocia su amo que si le hubiera dejado en completa libertad hubiera huido hacia el Norte con toda la rapidez de sus ágiles miembros.

—¿Qué tiene Thaouka? preguntó Paganel; ¿le han picado las voraces sanguijuelas de las aguas argentinas?

- No, respondió el indio.
- ¿Le azora algun peligro?
- Sí, presente un peligro.
- ¿Cuál?
- No lo sé.

Si la vista no descubría el peligro que Thaouka adivinaba, el oído podía ya percibirlo. Un murmullo sordo, semejante al rumor de la marea que sube, venía de mas allá de la línea del horizonte. Las ráfagas del viento eran húmedas y estaban como cargadas de un polvo acuoso; las aves, huyendo de un fenómeno desconocido, volaban con toda la rapidez de sus alas, y los caballos, sumergidos hasta media pierna, experimentaban los primeros empujes de la corriente. Muy pronto resonó á media milla de distancia una formidable confusion de balidos, berridos y relinchos, apareciendo numerosas reses que caían y se levantaban, y huían espantadas, pudiéndonos apenas distinguir en medio de los líquidos torbellinos que se levantaban en su carrera. Cien corpulentas ballenas no hubieran agitado con mas violencia las olas del Océano.

—¡Anda, anda! gritó Thalcave con voz sonora.

—¿Qué ocurre? preguntó Paganel.

—¡La inundacion, la inundacion! respondió Thalcave espoleando su caballo, al cual lanzaba hácia el Norte á todo escape.

—¡La inundacion! exclamó Paganel, y á la cabeza de sus compañeros se precipitó en pos de Thaouka.

Ya era tiempo. A cinco millas al Sur una inmensa montaña invadía la campiña y la convertía en Océano. Las altas yerbas desaparecían como segadas. Los tallos de las mimosas, arrancados de raíz por la corriente, derivaban y formaban islotes flotantes. La mole líquida formaba gruesas oleadas de un poder irresistible. Se habían puesto evidentemente en comunicacion los grandes rios de las Pampas, y tal vez las aguas del Colorado al Norte y las del rio Negro al Sur se reunían entonces en un mismo lecho.

La montaña de agua indicada por Thalcave llegaba con la velocidad de un caballo lanzado á todo escape. Ante ella huían los viajeros como una nube impelida por un viento tempestuoso. Sus miradas buscaban en vano un lugar donde refugiarse. El cielo y el agua se confundían en el horizonte. Los caballos, escitados por el peligro, corrían desahoradamente, y sus ginetes podían difícilmente sostenerse en la silla. Glenarvan volvía con frecuencia la cabeza.

—El agua nos alcanza, decía para sí.

—¡Anda, anda! gritaba Thalcave.

Y todos avivaban mas y mas á las pobres bestias, de cuyos hijares, cruelmente atormentados por las espuelas, brotaban chorros de sangre que dejaban en el agua prolongados hilos rojos. Tropezaban en las desigualdades del terreno. Se enredaban en las yerbas ocultas. Caían; se las levantaba. Volvían á caer; se las volvía á levantar. El nivel de las aguas subía sensiblemente. Inmensas ondulaciones anunciaban el asalto de aquel inconmensurable monstruo que á menos de dos millas de distancia agitaba su espumosa cabeza.

Un cuarto de hora duró aquella lucha suprema contra el mas terrible de los elementos. Los fugitivos no habían podido darse cuenta de la distancia que acababan de recorrer, pero juzgando por la rapidez de su carrera, debía ser considerable. Pero ya el agua llegaba al pecho de los caballos, y estos no podían avanzar sino muy difícilmente. Glenarvan, Paganel, Austin, todos se creían perdidos y condenados á la horrible muerte de los desgraciados que naufragan en alta mar. Los caballos ya empezaban á no hacer pie, y una vara de agua bastaba para ahogarles.

Renunciamos á pintar las horribles angustias de aquellos ocho hombres invadidos por una marea ascendente. Se reconocían impotentes para luchar con-

tra cataclismos de la naturaleza, superiores á las fuerzas humanas. Su salvacion no estaba en sus manos.

Cinco minutos despues, los caballos avanzaban á nado, arrastrádoles la corriente con incomparable violencia, y con una velocidad igual á la del galope tendido, que debía pasar de veinte millas por hora.

Toda salvacion parecia imposible, cuando se oyó al mayor que gritaba con voz estentórea:

—¡Un árbol!

—¡Un árbol! exclamó Glenarvan.

—¡A él, á él! respondió Thalcave.

Y señaló con la mano á 800 brazas al Norte una especie de nogal gigantesco que se elevaba solitario en medio de las aguas.

Sus compañeros no necesitaban escitaciones. Fuerza era ganar á toda costa aquel árbol que tan inopinadamente se les presentaba. Los caballos se perderían indudablemente, pero podían salvarse los hombres. La corriente les llevaba.

En aquel momento, el caballo de Tom Austin lanzó un ahogado relincho y desapareció. El ginete, desembarazándose de los estribos, echó á nadar vigorosamente.

—Agárrate á mi silla, le gritó Glenarvan.

—Gracias, señor, respondió Tom Austin, tengo buenos brazos.

—¡Y tu caballo, Roberto, preguntó Glenarvan volviéndose hácia el niño.

—Va bien, milord, ya bien. Nada como un pez.

—¡Atencion! dijo el mayor con voz fuerte.

Apenas había pronunciado esta palabra, cuando llegó el enormísimo aluvion. Una ola monstruosa de cuarenta pies de altura envolvió á los fugitivos con espantoso estrépito. Hombres y animales desaparecieron en un torbellino de espuma. Una montaña líquida que pesaba millones de toneladas les sepultó bajo sus aguas furiosas.

La ola pasó, y los hombres volvieron á la superficie del agua donde se encontraron rápidamente. Pero los caballos, exceptuando Thaouka que llevaba á su amo, habían desaparecido para siempre.

—¡Animo, ánimo! repetía Glenarvan, que sostenía con un brazo á Paganel y nadaba con el otro.

—¡Voy bien, voy bien!... respondió el digno sabio, y ni siquiera me incomodo...

¿De qué había de incomodarse? No se sabe, porque el pobre hombre antes de concluir la frase tragó mas de un cuartillo de agua cenagosa. El mayor avanzaba tranquilamente, nadando con el compás y el ritmo de un nadador maestro. Los marineros jugaban como marsoplas en el líquido elemento. Roberto, asido de las crines de Thaouka, se dejaba remolcar por él; Thaouka hendía las aguas con soberbia energia, y se mantenía instintivamente en la línea del árbol hácia el que llevaba la corriente.

El árbol no se hallaba ya mas que á veinte brazas, y en pocos instantes llegaron á él todos los de la comitiva. Fue una gran fortuna, porque, sin aquel refugio, toda probabilidad de salvacion desaparecía, y la muerte en el seno de las aguas era inevitable.

El agua subía hasta lo mas elevado del tronco, en el sitio en que empieza la primera bifurcacion de las ramas. Fácil fue, por lo tanto, encaramarse. Thalcave abandonó su caballo, y levantando á Roberto, fue el primero que se encaramó, y ayudó á que se encaramasen los otros con sus robustos brazos.

Pero Thaouka, arrastrado por la corriente, se alejaba con rapidez. Volvía hácia su amo la inteligente cabeza, y sacudiendo sus largas crines, le llamaba con relinchos los mas espresivos.

—¡Le abandonas! dijo Paganel á Thalcave.

—¡Abandonarle! exclamó el indio.

Y sumergiéndose en las embravecidas aguas, reapareció á diez brazas del árbol. Algunos instan-

después, se apoyaba su brazo en el cuello de Thoauka, y caballo y ginele, derivaron juntos hacia el nebuloso horizonte del Norte.

CAPITULO XXIII.

EN QUE SE HACE VIDA DE PÁJAROS.

El árbol en que Glenarvan y sus compañeros acababan de hallar un refugio parecía un nogal por sus

hojas relucientes y redondeadas. Era el ombu que se encuentra aisladamente en las llanuras argentinas. Su tronco tortuoso se fija al suelo, no solo por sus robustas raíces, sino también por vigorosos retoños que le sujetan tenazmente. Solo así se comprende que pudiera contrarrestar la avenida.

El ombu que servía de asilo á los expedicionarios tenía cien pies de elevación, y con la sombra de su copa podía cubrir una superficie de 60 toesas. Toda aquella andamiada descansaba sobre tres grandes ra-



Una ola monstruosa se estrelló contra los expedicionarios.

mas que arrancaban de la parte superior del tronco, cuyo diámetro era de 6 pies. Dos de las ramas subían casi perpendicularmente, y sostenían el inmenso parasol de follaje, cuyas ramas cruzadas, mezcladas, entretejidas como por la mano de un cesterero, formaban un abrigo impenetrable. La tercera rama se extendía casi horizontalmente encima de las aguas mugidoras, que acariciaba con sus últimas hojas. Figuraba una avanzada punta de aquella isla de verdura rodeada de un océano. No faltaba espacio en el interior de aquel árbol gigantesco. El follaje, desenvolviéndose lozano desde el centro á la circunferencia, dejaba grandes intervalos muy despejados, verdaderos rasos, aire abundante y mucha frescura. Al ver aquellas ramas que se perdían en las nubes, aquellas enredaderas y bejucos parásitos que entre-

lazaban sus distintas ramas, aquellas aberturas del follaje por las que deslizaba el sol sus rayos, hubiérase dicho que el tronco del ombu sostenía solo un buque entero.

Al llegar los fugitivos, todo un mundo alado huyó hacia las ramas superiores, protestando con sus chillidos contra tan flagrante usurpación de domicilio. Contábase por muchos centenares los pájaros que habían buscado un asilo en aquel ombu salitario. Había mirlos, estorninos, isasas, hilgueros, y sobre todo zonzunes ó chupa flores, pájaros moscas de resplandecientes matices, que pareció cuando volaron que una bocanada de aire despojaba al árbol de todas sus flores.

Tal era el asilo en que hallaron acogida Glenarvan y sus compañeros. El jóven Grant y el ágil Wilson,

apenas llegaron al árbol, se encaramaron á lo mas alto. Su cabeza se abrió paso entre las ramas, que formaban su verde cúpula. Desde aquel punto culminante abarcaba su vista un dilatado horizonte. Les cercaba por todos lados el Océano, engendrado por la inundacion, y por lejos que quisieron llevar sus miradas, no distinguieron el límite de las aguas. Ningun árbol descollaba sobre la líquida llanura, siendo el ombu el único, en medio del líquido elemento, que se

estremecía á su choque. A lo lejos, deribando del Sur al Norte, pasaban, arrastrados por la impetuosa corriente, trozos desarraigados, ramas torcidas, bálagos arrebatados á algun rancho demolido, vigas robadas por las aguas á los techos de las estancias, cadáveres de animales ahogados, pieles ensangrentadas, y en un árbol vacilante, toda una familia de rugidores jaguares, que para sostenerse hincaban las zarpas en su frágil almadia. Mas lejos aun, llamó la atencion de



Los expedicionarios se suben á un árbol para librarse del furor de las aguas.

Wilson un punto negro, ya casi invisible. Eran Thalcave y su fiel Thaouka, que desaparecian en lontananza.

—¡Thalcave! ¡amigo Thalcave! exclamó Roberto, tendiendo los brazos hácia el valeroso patagon.

—Se salvará, respondió Wilson, pero volvamos junto á Su Honor.

Un instante despues, Roberto Grant y el marinero descendian los tres pisos de ramaje y se hallaban en la trifurcacion del tronco, en que estaban sentados ó cabalgando en las ramas ó cogidos á ellas, segua la aptitud de cada cual, Glenarvan, el mayor, Austin y Mulrady. Wilson dió cuenta de la visita que acababa de hacer á la cima del árbol, participando todos de su opinion con respecto á Thalcave, cuya salvacion y la de Thaouka, á nadie parecieron dudosas, y lo único que no se sabia, era si sería Thalcave quien

salvase á Thaouka, ó si sería Thaouka quien salvase á Thalcave.

Mucho mas alarmente era, sin contradiccion, la situacion de los huéspedes del ombu. No era de temer que el árbol cediese al empuje de la corriente, pero la creciente inundacion podia ganar sus ramas altas, tanto mas, cuanto que la depresion del suelo hacia de aquella parte de la llanura un punto el mas á propósito para la acumulacion de las aguas. Por lo que pudiera suceder, mandó Glenarvan practicas algunas muescas por las cuales era fácil guiarse para medir los diversos niveles del agua. La crecida, entonces estacionaria, habia, al parecer, llegado á su mayor elevacion, lo que tranquilizaba algo.

—¿Y ahora qué vamos á hacer? preguntó Glenarvan.

—¡Vamos á hacernos el nido, pardiez! respondió alegremente Paganel.

—¡El nido! exclamó Roberto.

—Como lo oyes, muchacho, porque no pudiendo vivir como viven los peces, hemos de vivir como viven los pájaros.

—¡Bien! replicó Glenarvan, ¿pero de qué pico tomaremos el cebo?

—Del mio, respondió el mayor, siguiendo la alegoría.

Todas las miradas se dirigieron á Mac Nabbs, que cómodamente sentado en una poltrona natural, formada por dos ramas elásticas, tenía en una mano unas alforjas mojadas, pero repletas.

—¡Os reconozco, Mac Nabbs! exclamó Glenarvan, ¿os reconozco! En todo pensais, hasta en las circunstancias en que es natural olvidarlo todo.

Desde el momento, respondió el mayor, en que resolvimos no ahogarnos, supuse que no sería con la intencion de morirnos de hambre.

—Tambien á mí se me hubiera ocurrido la misma idea, dijo ingénuamente Paganel, ¿pero soy tan distraído.

—¿Y qué contienen las alforjas! preguntó Tom Austin.

—Comida para siete hombres, durante dos dias, respondió Mac Nabbs.

—Corriente, dijo Glenarvan, espero que dentro de veinte y cuatro horas habrá la inundacion bajado suficientemente.

—O que hallaremos nn medio de volver á ganar la tierra firme, replicó Paganel.

—Nuestro primer deber es, pues, almorzar, dijo Glenarvan.

—Despues de enjugarnos, observó el mayor.

—¿Y fuego? dijo Wilson.

—Se encenderá, respondió Paganel.

—¿Dónde?

—¡Pardiez! encima del tronco.

—¿Con qué?

—Con leña seca que cortaremos del árbol.

—¿Pero, cómo la encenderemos? dijo Glenarvan. Nuestra yesca está lo mismo que una esponja metida en el agua.

—Nos pasaremos sin ella, respondió Paganel; con un poco de musgo seco, un rayo de sol y la lente de mi antejo, vais á ver qué fuego enciendo. ¿Quién va al bosque á hacer leña?

—¡Yo! exclamó Roberto.

Y seguido de su amigo Wilson, desapareció como un gato en las profundidades del árbol. Durante su excursion, Paganel encontró suficiente cantidad de musgo seco; se procuró un rayo de sol, que encontró fácilmente, porque el astro del dia brillaba entonces con un vivo resplandor, y con el auxilio de su lente, encendió sin trabajo el musgo que habia cogido, que colocó sobre un lecho de hojas húmedas en la trifurcacion de las grandes ramas del ombu. Preparado convenientemente aquel hornillo natural, que no ofrecia peligro alguno de incendio, aguardó á Wilson y á Roberto, que no tardaron en llegar con haces de ramas secas, que se arrojaron sobre el musgo encendido. Paganel, para que el fuego no se ahogase, se colocó encima de la hoguera, con las piernas abiertas á la usanza árabe, y bajándose y levantándose en seguida, y volviéndose á bajar y á levantar con la mayor rapidez posible, estableció, por medio de su poncho, convertido momentáneamente en fuelle, una fuerte corriente de aire. Se encendió la leña, y una hermosa llama se elevó chisporroteando del improvisado brasero. Todos se secaron á su gusto, dejando los ponchos colgados de los árboles, que se balanceaban al soplo del viento. Despues almorzaron, aunque poniéndose á racion por si la cosa iba mal dada, pues era preciso pensar en mañana, y tal vez la charca tardaría mas tiempo en vaciarse de lo que Glenarvan se prometia. A mas de que las provisiones no abun-

daban. El ombu no producía fruto alguno. Afortunadamente, podía suministrar un buen contingente de huevos frescos, gracias á los numerosos nidos que colgaban de sus ramas, sin contar con los pájaros que podían coger, lo que no dejaba de ser un buen recurso.

En la posibilidad de que se prolongase su permanencia forzosa en el árbol, los viajeros trataron de establecerse en él cómodamente.

—Puesto que, dijo Paganel, la cocina y el comedor están en el entresuelo, nos acostaremos en el cuarto principal. La casa es grande y el alquiler no es mucho; no podemos quejarnos. Veo allí arriba hamacas naturales en que, atándonos bien, dormiremos como en las mejores camas del mundo. Nada tenemos que temer, y, además, habrá siempre uno de centinela, para que no se nos sorprenda. No sorprendiéndonos, somos mas que suficientes para rechazar cualquier escuadra de indios ú otros animales salvajes.

—No nos faltan mas que armas, dijo Tom Austin.

—Tengo mis revolvers, dijo Glenarvan.

—Y yo los míos, añadió Roberto.

—¿De qué sirven, respondió Tom Austin, si M. Paganel no ha improvisado algun medio para fabricar pólvora?

—No se necesita, dijo Mac Nabbs, enseñando un frasco en buen estado.

—¿De dónde lo habeis sacado, mayor? preguntó Paganel.

—De Thalcave. Comprendió que podría sernos útil, y me lo entregó antes de arrojarse al agua para auxiliar á Taouka.

—¡Generoso y magnánimo indio! exclamó Glenarvan.

—Sí, respondió Tom Austin; si todos los patagones están cortados sobre el mismo patron, ¡viva la Patagonia!

—Pido que no se olvide al caballo, dijo Paganel. Forma parte del patagon, y mucho me engaño, ó volveremos á ver á los dos.

—¿A qué distancia nos hallamos del Atlántico? preguntó el mayor.

—A 40 millas todo lo mas, respondió Paganel. Y ahora, amigos míos, puesto que cada cual es libre de sus acciones, os pido permiso para retirarme. Me voy á buscar mas arriba un observatorio, y con la ayuda de mis anteojos, os pondré al corriente de las cosas de este mundo.

Se accedió á los deseos del sabio, el cual trepó con mucha destreza de una á otra rama y desapareció detrás de la espesa cortina de follaje. Sus compañeros se ocuparon entonces de la organizacion de sus dormitorios y preparacion de sus camas, lo que no fue largo ni difícil. No habia colchones que mullir, ni muebles que arreglar, y cada cual ocupó su puesto junto al fuego.

Entonces se trabó conversacion, no sobre la situacion presente, que era menester sobrellevar con paciencia, sino sobre el inagotable tema del paradero del capitán Grant. Si se retiraban las aguas antes de tres dias, podian muy bien los expedicionarios hallarse á bordo del *Duncan*. Pero con ellos no irian Harry Grant, ni sus dos marineros, náufragos desventurados. Despues de haber atravesado infructuosamente América, parecia que toda esperanza de encontrarlos estaba irrevocablemente perdida. ¿A dónde dirigir nuevas pesquisas? ¿Cuál no sería el dolor de lady Elena y de Mary Grant al saber que el porvenir no les reservaba ya ni un átomo de esperanza!

—¡Pobre hermana! dijo Roberto, ¿todo ha concluido para nosotros!

Por primera vez no encontró Glenarvan, para contestar á Roberto, una palabra de consuelo. ¿Qué esperanza podía dar al pobre niño? ¿No habia seguido

con rigurosa exactitud las indicaciones del documento.

—¡Y sin embargo, dijo, este 37° de latitud no es una cifra vana! Que se aplique al naufragio ó que se aplique al cautiverio de Harry Grant, no ha sido supuesto, interpretado, adivinado. Le hemos visto por nuestros propios ojos.

—Todo esto es cierto, milord, respondió Tom Austin, y sin embargo las investigaciones han sido infructuosas.

—Motivos hay para irritarse, para desesperarse, exclamó Glenarvan.

—Para irritarse, no diré que no, dijo Mac Nabbs con su tranquilidad acostumbrada, ¿pero para desesperarse? de ninguna manera. Precisamente, porque poseemos una cifra indiscutible, debemos seguir hasta lo último sus indicaciones.

—¿Qué quereis decir? preguntó Glenarvan. ¿Qué nos queda que hacer en nuestro concepto?

—Una cosa muy sencilla y muy lógica, querido Edward. Hagamos rumbo al Este cuando lleguemos á bordo del *Duncan*, y sigamos, si es preciso, hasta volver á nuestro punto de partida el 37° paralelo.

—¿Creeis, Mac Nabbs, que no he pensado ya en ello? respondió Glenarvan. No una, sino cien veces. ¿Pero qué probabilidad de éxito tenemos? ¿Dejar el continente americano, no es alejarnos del punto indicado por el mismo Harry Grant, de esa Patagonia tan claramente nombrada en el documento?

—¿Quereis, pues, respondió el mayor, volver á empezar vuestras investigaciones en las Pampas, cuando teneis la certeza de que el naufragio de la *Britannia* no ocurrió en las costas del Pacífico, ni en las del Atlántico?

Glenarvan no respondió.

—¿Y por débil que sea la probabilidad de encontrar á Harry Grant subiendo el paralelo indicado por él, no debemos remontarle?

—No digo que no, respondió Glenarvan...

—¿Y vosotros, camaradas, añadió el mayor dirigiéndose á los marinos, no sois de mi misma opinion?

—De la misma, respondió Tom Austin, cuya contestacion Mulrady y Wilson aprobaron con un movimiento de cabeza.

—Oidme, amigos míos, dijo Glenarvan despues de reflexionar algunos instantes, oidme todos y particularmente tú, Roberto, porque la cuestion es grave. Yo haré cuanto es posible hacer en el mundo para encontrar al capitán Grant; me he comprometido á ello, y á ello, si es menester, dedicaré toda mi vida. La Escoicia entera me ayudará á salvar al hombre heroico que se ha sacrificado por ella. Creo, como el mayor, que por débil que sea la probabilidad del buen éxito, debemos dar la vuelta al mundo siguiendo el 37° paralelo, y yo la daré. Pero no es esta la cuestion que hay que resolver, es otra mas importante, es la siguiente: ¿Debemos abandonar definitivamente y desde este mismo momento nuestras investigaciones en el continente americano?

Esta pregunta, categóricamente formulada, no obtuvo respuesta. Nadie se atrevia á darla.

—¿Qué contestais? añadió Glenarvan dirigiéndose mas especialmente al mayor.

—Mi querido Edward, respondió Mac Nabbs, el que os respondiera *hic et nunc* incurriría en una grave responsabilidad. La cosa merece meditarse. Ante todo, deseo saber cuáles son las comarcas que atraviesa el 37° de latitud austral.

—Eso es cosa de Paganel, respondió Glenarvan.

—Interroguémosle, pues, replicó el mayor.

Tan oculto estaba el sabio en el espeso follaje del ombu, que no se le veia. Fue menester llamarle.

—Paganel! Paganel! exclamó Glenarvan.

—Presente, respondió una voz que bajaba del cielo.

—¿Dónde estais?

—En mi torre.

—¿Qué haceis en ella?

—Examinó el inmenso horizonte.

—¿Podeis bajar un instante?

—¿Me necesitais?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para saber qué país atraviesa el 37° paralelo.

—Nada mas fácil, respondió Paganel, y si otra cosa no pedis, no tengo necesidad de moverme de mi observatorio.

—Pues bien, decid.

—Al dejar América, el paralelo 37° Sur atraviesa el Océano Atlántico.

—Bueno.

—Encuentra la isla de Tristan de Acunha.

—Corriente.

—Pasa 2° debajo del cabo de Buena Esperanza.

—¿Despues?

—Atraviesa el mar de las Indias.

—¿Luego?

—Rozó la isla de San Pedro de las islas de Amsterdam.

—Adelante.

—Corta la Austrália por la provincia de Victoria.

—Proseguid.

—Saliedo de la Australia.

Quedó sin concluir esta última frase. ¿Vacilaba el geógrafo? ¿Nada mas sabia ya el sabio? No, pero un grito formidable, una exclamacion violenta partió de las alturas del ombu. Glenarvan y sus amigos se miraron unos á otros palideciendo. ¿Acababa de sobrevenir una nueva catástrofe? ¿Había caído el desgraciado Paganel? Wilson y Mulrady volaban ya para socorrerle, cuando apareció un cuerpo largo. Paganel revoloteaba de rama en rama. Sus manos no podian agarrarse á nada. ¿Estaba vivo? ¿estaba muerto? No se sabía, é iba ya á caer en las aguas mugidoras, cuando el mayor le detuvo al pasar con brazo vigoroso.

—¡Un millon de gracias, Mac Nabbs, exclamó Paganel.

—¿Qué teneis? dijo el mayor. ¿Qué os ha sucedido? ¿Alguna de vuestras eternas distracciones?

—¡Sí! ¡sí! respondió Paganel muy sofocado. ¡Sí! ¡la mas fenomenal de mis distracciones!

—¿Cuál?

—¡Nos hemos engañado! ¡Nos engañamos aun! ¡Seguimos incesantemente engañados!

—¿Esplicaos!

—Glenarvan, mayor, Roberto, amigos míos, exclamó Paganel, cuantos me ois, sabed que buscamos al capitán Grant donde no está.

—¿Qué decís? exclamó Glenarvan.

—¡Digo que no solo le buscamos donde no está, añadió Paganel, sino que le buscamos donde no ha estado nunca!

CAPITULO XXIV.

EN EL QUE SIGUE HACIENDO VIDA DE PAJARO.

Un profundo silencio acogió estas palabras tan inesperadas. ¿Qué queria decir el geógrafo? Hablaba sin embargo, con una conviccion tal, que todas las miradas se dirigieron á Glenarvan. Aquella afirmacion de Paganel era una respuesta directa á la pregunta que se acababa de formular. Pero Glenarvan se limitó á mover la cabeza de un lado á otro, para decir que no estaba conforme con la aseveracion del geógrafo.

Este, sin embargo, dueño de sí mismo en aquella ocasion, continuó:

—¡Sí! dijo con acento convencido, ¡sí! ¡nos hemos

estraviado en nuestras investigaciones, y hemos leído en el documento lo que no hay!

—Explicaos, Paganel, dijo el mayor, pero con mas calma.

—Es muy sencillo, mayor. Lo mismo que vos estaba yo en un error. Lo mismo que vos habia hecho una interpretacion falsa; pero ahora mismo, cuando desde lo alto del árbol respondia á vuestras preguntas, al detenerme en la palabra Australia, un rayo de luz ha cruzado por mi cerebro y he visto claro lo que antes no habia visto.

—¿Cómo! exclamó Glenarvan, ¿pretendeis que Harry Grant?...

—Pretendo, respondió Paganel, que la palabra *austral* que se encuentra en el documento no es una palabra completa como habiamos creído hasta ahora, sino la radical de la palabra *Australia*.

—Seria una cosa muy singular! replicó el mayor.

—¿Singularísima! replicó Glenarvan encogiéndose de hombros; es una cosa pura y simplemente imposible.

—¿Imposible! repitió Paganel. *Imposible* es un vocablo que en Francia no admitimos.

—¿Cómo! exclamó Glenarvan con el acento de la mas profunda incredulidad, ¿os atreveriais á demostrar, con el documento á la vista, que el naufragio de la *Britannia* ocurrió en las costas de la Australia?

—Estoy de ello seguro, respondió Paganel.

—A fé mia, Paganel, vuestra interpretacion me causa maravilla, procediendo nada menos que de todo un secretario de una sociedad geográfica.

—¿Por qué razon? preguntó Paganel, herido en lo vivo.

—Porque si admitís la palabra Australia, teneis que admitir que en Australia hay *indios*, lo que hasta ahora á nadie se le habia ocurrido.

El argumento no hizo mella en Paganel, el cual sin duda lo esperaba, pues le hizo sonreirse.

—Querido Glenarvan, dijo, no canteis victoria demasiado pronto, porque os espondriais á que la criada se os volviese respondona. Voy á batiros en regla, como decimos nosotros los franceses, voy á batiros como no ha sido nunca batido ningun inglés. Voy á tomar el desquite de Crecy y de Azincourt.

—No deseo otra cosa. Derrotadme, Paganel.

—Escuchad. Lo mismo hay indios en el testo del documento que Patagonia. La palabra incompleta *indi...* no significaba *indios*, sino *indigenas*, y convendreis conmigo en que hay *indigenas* en Australia. Glenarvan miró fijamente á Paganel.

—¡Bravo, Paganel! dijo el mayor.

—Admitis mi interpretacion, querido lord?

—Sí, respondió Glenarvan, si me probais que el resto de la palabra *gonia* puede no aplicarse al pais de los patagones.

—¡No! exclamó Paganel, ¡no se trata en el documento de *Patagonia*! Leed en él cualquier cosa, menos *Patagonia*.

—¿Pero qué se ha de leer?

—*Cosmogonia*, *teogonia*, *agonia*.

—¡*Agonia*! dijo el mayor.

—Me es indiferente, respondió Paganel, la palabra no tiene ninguna importancia. Ni siquiera trataré de averiguar su significado. El punto principal es que *austral* indica *Australia*, y fuerza es habernos metido ciegamente en una falsa via, para no haber desde un principio tropezado con una explicacion tan evidente. Si yo hubiese encontrado el documento, si mi juicio no hubiera estado falseado por vuestra interpretacion, jamás lo hubiera comprendido de otro modo.

Estas palabras de Paganel fueron recibidas con hurras, aplausos y felicitaciones. Austin, los marineros, el mayor, y sobre todo Roberto, que encontraba un nuevo asidero á su esperanza que ya no tenia

ninguno, aplaudieron al digno sabio. Glenarvan empezaba tambien á convencerse, y estaba próximo á confesarse vencido.

—Voy á haceros, querido Paganel, la última observacion, y me inclinaré delante de vuestra perspicacia.

—Hablad, Glenarvan.

—¿Cómo conciliáis las palabras nuevamente interpretadas, y de qué modo leéis el documento?

—Nada mas fácil. El documento está aquí, dijo el geógrafo, sacando el precioso papel que tan concienzudamente estudiaba desde algunos dias.

Reinó un profundo silencio, mientras Paganel, tomándose tiempo para responder, coordinaba sus ideas. Con el dedo índice seguía en el documento las líneas interrumpidas, en tanto que con seguro acento, y subrayando ciertas palabras leyó como sigue:

«El 7 de junio de 1862, la fragata *Britannia* de Glasgow ha zozobrado despues de... poned si quereis dos dias, tres dias ó una larga agonía, poco importa, es de todo punto indiferente en las costas de la Australia. Dirigiéndose á tierra, dos marineros y el capitán Grant van á tratar de abordar ó han abordado al continente en que serán ó son prisioneros de crueles indigenas. Han arrojado este documento, etc., etc. ¡Es bien claro?

—Muy claro, respondió Glenarvan, si el nombre de continente puede aplicarse á la Australia que no es mas que una isla.

—Tranquilizaos, querido Glenarvan, los mejores geógrafos, están conformes en llamar continente australiano á la isla de Australia.

—Entonces, amigos míos, exclamó Glenarvan, no puede decirnos mas que una cosa: ¡A Australia, y que el cielo nos proteja!

—¡A Australia! repitieron unánimemente sus compañeros.

—¿Sabeis, Paganel, añadió Glenarvan, que vuestra presencia á bordo del *Duncan* es un hecho providencial?

—Bueno, respondió Paganel. Demos por sabido que soy un enviado de la Providencia, y no hablemos mas del asunto.

Así terminó aquella conversacion que tan grandes consecuencias tuvo en el porvenir, y cuyo primer resultado fue modificar completamente el estado moral de los viajeros. Habian vuelto á coger el hilo de Ariadna en el laberinto en que se creian perdidos para siempre. Sobre las ruinas de sus proyectos frustrados se levantaba una nueva esperanza. Podian sin miedo dejar á la espalda el continente americano, y todos sus pensamientos tendian el vuelo hácia la tierra australiana. Al volver á bordo del *Duncan*, no llevarán á él la desesperacion, y lady Elena y Mary Grant no tendrán que llorar la irrevocable pérdida del capitán desventurado. Olvidaron los peligros de su situacion para entregarse á la alegría no teniendo mas sentimiento que el de no poder partir inmediatamente.

Eran las cuatro de la tarde, y se resolvió cenar á las seis. Paganel quiso celebrar aquella feliz jornada con un festin espléndido. Pero como los medios eran muy limitados, propuso á Roberto ir á cazar en el bosque próximo. Al oír la proposicion, Roberto palmeó con entusiasmo. Cogieron los cazadores el frasco de Thalcave, limpiaron los revolvers, los cargaron con munición menuda, y partieron.

—No os alejéis, dijo gravemente el mayor á los dos cazadores.

Cuando hubieron partido, Glenarvan y Mac Nabbs consultaron las muecas practicadas en el árbol, mientras Wilson y Mulrady reanimaban el fuego.

Glenarvan, al llegar á la superficie del inmenso lago, no vió ninguna señal de decrecimiento. Parecia, no obstante, que las aguas habian alcanzado su máximo de elevacion, si bien la violencia con que corrían de

Sur al Norte probaba que no se había restablecido aun el equilibrio entre los rios argentinos. Antes de bajar aquella masa líquida, era preciso que permaneciese inmóvil y tendida, como el mar en el momento de concluir el flujo y empezar el reflujo. No se podía, pues, contar con que estuviesen próximas á bajar las aguas mientras corrían hacia el Norte con la rapidez de un torrente.

Mientras Glenarvan y el mayor hacían sus observaciones, resonaron en el árbol algunos disparos, acompañados de gritos de alegría casi tan ruidosos como ellos. El soprano de Roberto hacia escalas sobre el bajo profundo de Paganel. No se podía decir cuál de los dos era mas niño. La caza prometía, y dejaba presentar maravillas culinarias. Cuando el mayor y Glenarvan estuvieron de vuelta en el hogar, tuvieron que felicitar á Wilson por una excelente idea que se le había ocurrido. El buen marinero, con un alfiler torcido y un pedazo de hilo, improvisó un aparejo, y se dedicó á una pesca milagrosa. Cogió algunas docenas de pececillos, llamados *mojarras*, tan delicados y sabrosos como los esperinques, que saltaban metidos en un pliegue de su poncho y prometían formar un plato esquisito.

En aquel momento bajaron los cazadores de la cima del árbol. Paganel llevaba con mucho cuidado para que no se rompiesen, huevos de golondrina negra, y una sarta de gorriónes que bautizó con el nombre de cogujadas. Roberto había muerto diestramente algunos pares de *hilgueros*, pajaritos verdes y amarillos, muy buenos de comer, y muy buscados en los mercados de Montevideo. La cena fue tan variada como agradable. El tasajo, los huevos duros, las *mojarras* asadas, los gorriónes y los *hilgueros* muy doraditos al fuego compusieron uno de esos banquetes cuyo recuerdo se consigna en los fastos culinarios.

La conversacion fue alegre. Todos felicitaron á Paganel como cazador y cocinero. El sabio aceptó los parabienes con la modestia que tan bien sienta al verdadero mérito, y luego se entregó á consideraciones curiosas acerca de aquel magnifico ombu que le abrigaba con su sombra, y cuyas raíces, segun él, alcanzaban profundidades inmensas.

—Roberto y yo, dijo chanceándose, nos creíamos en medio de un bosque mientras cazábamos. Hubo un momento en que temíamos perdernos. ¡Yo no acertaba á hallar el camino que había seguido! El sol declinaba en el horizonte. Buscaba en vano la huella de mis pasos. El hambre se hacia sentir cruelmente. Resonaban en la espesura rugidos de fieras... ¡Pero no, no hay fieras, y lo siento mucho!

—¿Cómo! dijo Glenarvan, ¿sentís que no haya fieras?

—Si por cierto.

—Cuando todo es de temer de su ferocidad...

—La ferocidad no existe... científicamente hablando, respondió el sabio...

—¡Buenas salidas teneis! respondió el mayor. Paganel, no me hareis admitir jamás la utilidad de las fieras. ¿De qué sirven? ¿quereis decírmelo?

—Mayor, exclamó Paganel, sirven para hacer clasificaciones, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies.

—¡Vaya una ventaja! dijo Mac Nabbs. ¡Como si todas esas cosas que habeis dicho sirviesen de algo! Si yo durante el diluvio hubiera sido compañero de Noé, hubiera impedido al imprudente patriarca meter en el arca parejas de leones, tigres, panteras, osos y otros animales tan dañinos como inútiles.

—¿Eso hubiérais hecho? preguntó Paganel escandalizado.

—Lo hubiera hecho.

—Pues bien, habríais hecho una barbaridad, habríais cometido un crimen bajo el punto de vista zoológico.

—Pero no bajo el punto de vista humanitario respondió el mayor.

—¡Blasfemias! respondió Paganel. Yo, todo lo contrario, habria conservado los megaterios, los pterodáctilos, y todos los seres antediluvianos de que desgraciadamente estamos privados...

—Pues yo os digo, replicó Mac Nabbs, que Noé hizo lo que debía dejándoles abandonados á su suerte, en la hipótesis de que viviesen en su tiempo.

—Pues yo os digo que Noé obró mal, respondió Paganel, y que se hizo acreedor á la maldicion de los sabios hasta la consumacion de los siglos.

Los oyentes de Paganel y del mayor no podían menos de reirse viendo disputar á los dos amigos sobre la conducta del viejo Noé. El mayor, que en su vida habia discutido con nadie, andaba todos los dias á la greña con Paganel, faltando á todos sus principios. Verdad es que el sabio, aficionado á dimes y diretes, le provocaba continuamente.

Glenarvan intervino en el debate, como tenia de costumbre, y dijo:

—Sea ó no sensible, bajo el punto de vista científico ó bajo el punto de vista humanitario, estar privados de fieras, hoy por hoy tenemos que pasarnos sin ellas. Paganel no podía esperar encontrar ninguna en este bosque aéreo.

—¿Por qué no? preguntó el sabio.

—¿Fieras en un árbol? dijo Tom Austin.

—Sin duda. El tigre de América, el jaguar, cuando le acosan muy de cerca los cazadores, se refugia en los árboles. Cualquiera de ellos, sorprendido por la inundacion, hubiera aceptado el asilo que ofrecen las ramas del ombu.

—Pero, en fin, ¿supongo que no habeis encontrado ninguno? dijo el mayor.

—No, respondió Paganel, á pesar de que hemos batido bien todo el bosque. Es sensible, porque hubiera sido una caza soberbia. Es el jaguar uno de los carnívoros mas feroces. De una zarpada mata un caballo, y cuando ha probado una vez carne humana, la prefiere á todas las otras. La que mas le gusta es la del indio, despues la del negro, luego la del mulato, y en seguida la del blanco.

—Me alegro de ocupar el cuarto lugar, respondió Mac Nabbs.

—Lo que no prueba mas sino que sois insípido, respondió Paganel con acento de desden.

—Me alegro de ser insípido, replicó el mayor.

—¡Pero es humillante! respondió el intratable Paganel. El blanco se proclama el primero de los hombres, y parece que los jaguares no son de su opinion.

—Sea lo que quiera, amigo Paganel, dijo Glenarvan, atendiendo á que entre nosotros no hay indios, ni negros, ni mulatos, bueno es que no haya tampoco jaguares. No es nuestra situacion tan lisonjera...

—¡No es lisonjera! exclamó Paganel, asiéndose de aquella palabra que podia dar un nuevo giro á la conversacion. ¿Os quejais de vuestra suerte Glenarvan?

—¡Pues podria no quejarme! respondió el noble lord. ¿Estais acaso á vuestras anchuras entre ramas incómodas?

—En ninguna parte he estado nunca mejor, ni aun en mi gabinete. ¿Qué nos falta? Hacemos vida de pájaro, cantamos y revoloteamos. Empiezo á creer que los hombres han sido creados para vivir en los árboles.

—Como lo prueban sus alas, dijo el mayor irónicamente.

—Un día ú otro se las harán.

—Pero entre tanto, respondió Glenarvan, permitidme, querido amigo, preferir á esta morada aérea la arena de un parque, el pavimento de una casa ó la cubierta de un buque.

—Glenarvan, respondió Paganel, es preciso acep-

tar las cosas como vienen. Si son buenas, tanto mejor. Si son malas paciencia. Veo que echais de menos las incomodidades de Malcolm-Castle.

—No, pero...

—Estoy seguro de que Roberto es perfectamente feliz, dijo Paganel para asegurar al menos un partidario á sus teorías.

—¡Sí, señor Paganel! exclamó Roberto con alegría.

—Gracias á su edad, respondió Glenarvan.

—Y á la mía, replicó Paganel. Cuanto menor es el número de las comodidades, menor es tambien el de las necesidades, y estas y la felicidad se hallan en razon inversa.

—Paganel, dijo el mayor, ¿vais á pronunciar un discurso contra las riquezas y los dorados artesones?

—No, Mac Nabbs, respondió el sabio, pero si me lo permitís, os contaré una historieta árabe, que me ha venido ahora á la memoria, y que sienta aquí como pedrada en ojo de boticario.

—¡Sí, sí, señor Paganel! dijo Roberto.

—¿Y qué probará vuestra historia? preguntó el mayor.

—Lo que prueban todas las historias, amigo mio.

—Muy poca cosa, respondió Mac Nabbs. En fin, contad la anécdota, Sheherezade, vos que sabeis contar con tanta gracia.

—Habia, dijo Paganel, un hijo del gran Haroun-al-Baschid, que no era feliz. Fue al efecto á consultar á un viejo dervis, el cual le dijo que la felicidad era muy difícil de encontrar en este mundo. «Sin embargo, añadió, conozco un medio infalible de procurársela. —¿Cuál es? preguntó el joven príncipe. —»poneos, respondió el dervis, la camisa de un hombre dichoso.» El príncipe abrazó al sabio anciano, y partió en busca de su talisman. Visitó todas las capitales de la tierra... Se puso camisas de reyes, de emperadores, de príncipes, de magnates. No le sirvieron de nada. No era feliz. Se puso camisas de artistas, de guerreros, de comerciantes. Lo mismo. Anduvo mucho, mucho, sin encontrar la felicidad. Despues de haber probado tantas camisas, se volvió desesperado y cariacontecido á su patria, cuando vió á un pobre labrador, que alegre y cantando, iba detrás del arado. «Hé aquí, dijo, un hombre que posee la felicidad, ó no hay felicidad en la tierra.» Se dirigió á él. «Buen hombre, le dijo, ¿eres feliz? —»Sí, respondió el labrador. —¿No deseas nada? —»Nada. —¿No trocarías tu suerte por la de un rey? —»¡Jamás! —Pues bien, véndeme la camisa. —¡Mi camisa! no tengo camisa.—

CAPITULO XXV.

ENTRE EL FUEGO Y EL AGUA.

La anécdota de Santiago Paganel obtuvo grande éxito é hizo reir mucho. Fue muy aplaudida, pero cada cual se reservó su opinion, y el sabio consiguió el resultado ordinario de todas las discusiones, el de no convencer á nadie. Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo en que es preciso á mal dar tomar tabaco, y contentarse con un árbol, cuando no hay ni un palacio, ni una choza.

Entre discursos y cuentos se pasó el día y llegó la noche. Sólo un buen sueño podía terminar dignamente aquella jornada conmove lora. Los huéspedes del ombu se sentían fatigados de las peripecias de la inundacion, y angustiados por el calor del día que habia sido excesivo. Sus alados compañeros daban ya el ejemplo del reposo; los hilgueros, que son los ruiseñores de las Pampas, suspendieron sus melodiosos gorgeos, y todos los pájaros del árbol desaparecieron en lo mas hondo de la sombría enramada. Lo mejor era imitales.

Con todo, antes de meterse en el nido, como decia Paganel, Glenarvan, Roberto y él subieron al observatorio para contemplar por última vez la líquida llanura. Eran alrededor de las nueve. El sol acababa de ponerse entre las centelleantes brumas del horizonte occidental. Toda aquella mitad de la celeste esfera, hasta el cénit, estaba como sumergida en un vapor tibio. Las brillantes constelaciones del hemisferio austral aparecian veladas por una liviana gasa y se veían confusamente. Sin embargo, se las distinguía lo bastante para reconocerlas, y Paganel hizo observar á su amigo Roberto, con provecho de su amigo Glenarvan, aquella zona circumpolar en que las estrellas son espléndidas. Le mostró, entre otras, la Cruz del Sur, grupo de cuatro estrellas de primera y segunda magnitud, dispuestas en figura de rombo casi á la altura del Polo; el Centauro, en que brilla la estrella que mas cerca está de la tierra, pues no dista de ella mas que 8,060,000,000 de leguas; las nubes de Magallanes, dos grandes nebulosas de las cuales la mayor cubre un espacio doscientas veces mayor que la superficie aparente de la luna, y por último, el agujero negro, en que parece faltar completamente la sustancia estelar.

Con mucho sentimiento del sabio, Orion, que es visible desde los dos hemisferios, no aparecia aun pero Paganel dió á conocer á sus discípulos una particularidad curiosa de la cosmografía patagónica. En concepto de los poéticos indios, Orion representa un inmenso lazo y tres bolas lanzadas por la mano del cazador que recorre las celestiales praderas. Todas aquellas constelaciones, reflejadas en el espejo de las aguas, provocaban el encanto de las miradas creando en torno de ellas un doble cielo.

Mientras así discurría el sabio Paganel, todo el horizonte del Este tomaba un aspecto tempestuoso. Un nubarrón denso y oscuro, perfectamente determinado, subía poco á poco apagando las estrellas. Aquella nube de apariencia siniestra, invadió muy pronto la mitad de la bóveda que tendia á encapotar completamente. Su fuerza motriz debia residir en ella misma, pues no se percibía ni un soplo de aire. Las capas atmosféricas conservaban una calma absoluta. Ni una hoja se movía en el árbol, ni una arruga se ostentaba en la superficie de las aguas. Parecia que faltaba hasta el aire, como si una inmensa máquina neumática lo hubiera enrarecido. Saturaba la atmósfera una electricidad de alta tension, que todos los seres vivos sentían correr á lo largo de sus nervios.

Los esfluvios eléctricos impresionaron vivamente á Glenarvan, Paganel y Roberto.

—Va á haber tempestad, dijo Paganel.

—¿Tienes miedo á los truenos? preguntó Glenarvan á Roberto.

—Ninguno, milord, respondió el joven.

—Tanto mejor, porque la tormenta no está lejos.

—Y será fuerte, añadió Paganel. si hemos de juzgar por el estado de la atmósfera.

—No es la tormenta lo que siento, dijo Glenarvan, sino los torres de agua de que vendrá acompañada. Nos vamos á calar hasta los tuétanos. Decid lo que se os antoje, Paganel, pero á un hombre no le basta un nido, y bien á pesar vuestro vais á convencerlos por experiencia propia.

—¡Pero con filosofía! respondió el sabio.

—La filosofía no impedirá que nos mojemos.

—Pero nos armará la resignacion.

—En fin, dijo Glenarvan, reunámonos á nuestros amigos y aconsejémosles que se envuelvan lo mejor que puedan en su filosofía y en sus ponchos, y sobre todo que hagan buena provision de paciencia porque van á necesitarla toda.

Glenarvan dirigió la última mirada á aquel cielo amenazador, ya entonces enteramente encapotado,

Solo hacía poniente una faja indecisa se iluminaba con los resplandores crepusculares. Tomó el agua un matiz sombrío, y parecía una nube inferior próxima á confundirse con los pesados vapores. Ni siquiera era visible la sombra. No llegaban á los ojos ni á los oídos sensaciones de luz, ni rumor alguno. El silencio era tan profundo como la oscuridad.

—Bajemos, dijo Glenarvan, no tardará en estallar el rayo.

El y sus amigos se deslizaron por las ramas, quedando muy sorprendidos viéndose en medio de una semicircularidad muy sorprendente producida por una miriada de puntos luminosos que se cruzaban zumbando en la superficie del agua.

—¿Fosforescencias? preguntó Glenarvan.

—No, respondió Paganel; son luciérnagas, insectos fosforescentes, verdaderos lampiros, llamados *cuncuyos* en casi todos los puntos de la antigua América española, diamantes vivos y baratos, con que las elegantes de Buenos-Aires se hacen magníficos aderezos.

—¡Cómo! exclamó Roberto, ¿son insectos esas centellas que vuelan?

—Sí, muchacho, son gusanos de luz.

Roberto cogió sin dificultad uno de aquellos brillantes insectos. Paganel no se había engañado. Era una especie de abejorrio de una pulgada de longitud, á que llaman los indios *tuco-tuco*. El curioso coleóptero tenía delante de su corselete dos manchas de que procedía la luz, la cual era suficiente para permitir leer en medio de la oscuridad de la noche. Paganel, acercando el insecto á su reloj, pudo ver que señalaba las diez en punto.

Glenarvan, que se había reunido al mayor y á los tres marinos, previendo una violenta tempestad, les hizo algunas advertencias. Después de algunos truenos, era de creer que el viento se desencadenase y sacudiese el ombu con violencia, por lo que convenia atarse cada cual sólidamente al lecho de ramas que le estaba destinado. Ya que no fuese posible librarse del agua del cielo, se debían evitar á toda costa las aguas de la tierra, y no caer en aquella rápida corriente que se estrellaba contra el tronco del árbol.

Todos se desearon una buena noche, sin que nadie la esperase. Después, cada cual se metió en su nido, se envolvió en el poncho y aguardó el sueño.

Pero la proximidad de los grandes fenómenos de la naturaleza llena el corazón de todos los seres sensibles de una vaga inquietud de que ni los mas animosos consiguen librarse. Los huéspedes del ombu, agitados, oprimidos, no pudieron cerrar los párpados, y despiertos estaban todos cuando retumbó el primer trueno. Este se dejó oír poco antes de las once como un rumor lejano. Glenarvan avanzó hasta la estremidad de la rama horizontal, y se aventuró á sacar la cabeza fuera del follaje.

El fondo negro del cielo ostentaba ya incisiones vivas y deslumbradoras que las aguas del lago reverberaban con limpieza. La nube se desgarró en varios puntos, pero como un tejido blanco y vejidoso, sin producir ningún ruido estridente. Glenarvan, después de haber observado el cenit y el extremo horizonte que se confundían en una oscuridad igual volvió á colocarse en la trifurcación del tronco.

—¿Qué os parece, Glenarvan? preguntó Paganel.

—Me parece que empieza bien, amigos míos, y si se portá la tormenta como promete, será terrible.

—Tanto mejor, respondió el entusiasta Paganel, deseo que el espectáculo, ya que por fuerza he de presenciarlo, sea grandioso.

—¿Salís con otra de vuestras paradojas? dijo el mayor.

—Y es una de las mejores Mac Nabbs. Opino, como Glenarvan, que la tempestad será soberbia. Ahora mismo, mientras procuraba dormirme, han

asaltado mi memoria muchos hechos que dan mucho fundamento á mis pronósticos, pues nos hallamos en la region de los grandes sacudimientos eléctricos. He leído, no sé donde, que en 1793, precisamente en la provincia de Buenos-Aires, cayeron en una sola tormenta 37 centellas, y mi colega M. Martin de Monssej contó el tiempo que duró un trueno sin interrupción y fueron 55 minutos.

—¿Reloj en mano? preguntó el mayor:

—Reloj en mano. Solo una cosa me alarmaría, añadió Paganel, si de algo pudiera servir la alarma para evitar el peligro, y es que el único punto culminante de esta llanura es el ombu en que nos hallamos. Un para-rayos vendría aquí á pedir de boca, tanto mas cuanto que el ombu es de todos los árboles de las Pampas el predilecto de los rayos. Y además, amigos míos, ninguno de vosotros ignora que los sabios aconsejan no cobijarse bajo los árboles durante las tempestades.

—¿Sabeis, dijo el mayor, que en este momento la recomendación es oportuna?

Preciso es confesar, Paganel, añadió Glenarvan, que escogéis bien la ocasión para contarnos esas cosas tan tranquilizadoras.

—¡Bah! replicó Paganel, todas las ocasiones son buenas instruirse. ¡Ah! ¡ya pareció aquello!

Interrumpieron tan inoportuna conversación violentos truenos, cuya intensidad crecía adquiriendo tonos mas altos, pasando del grave al medio, como diría un músico para emplear la mas justa de las comparaciones. Muy pronto llegaron á ser estridentes, haciendo vibrar con rápidas oscilaciones las cuerdas atmosféricas. El espacio estaba abrasado, y el incendio era tal que no se podía reconocer á que chispa eléctrica pertenecían los prolongados bramidos que los sucesivos ecos arrastraban hasta las últimas profundidades del cielo.

Los relámpagos eran incesantes, y no todos afectaban la misma forma. Algunos, lanzados perpendicularmente á la tierra, se repetían cinco ó seis veces en el mismo punto del espacio. Otros hubieran escitado hasta el mas alto punto la curiosidad de un sabio, pues se reproducían por centenares los relámpagos ahorquillados de que Arago no consigna mas que dos ejemplos en sus curiosas estadísticas. Algunos divididos en mil ramas distintas, formaban eses coraliformes, produciendo en el oscuro fondo de la bóveda del cielo asombrosos juegos de luz arborecente.

Muy pronto, de Sur á Norte, se tendió en el cielo una faja fosfórica de resplandor muy intenso, la cual fue invadiendo poco á poco todo el horizonte, inflamó las nubes como si fuesen un montón de combustible, y como las aguas reflejaban el incendio lo mismo que si fuesen un espejo, se formó una inmensa esfera de fuego cuyo punto central ocupaba el ombu.

Glenarvan y sus compañeros contemplaban silenciosamente aquel aterrador espectáculo. Se deslizaban hasta ellos oleadas de blanca luz, y en medio de sus rápidos resplandores aparecían y desaparecían súbitamente el tranquilo semblante del mayor, el rostro de Paganel animado por la curiosidad, las enérgicas facciones de Glenarvan, la desgredada cabeza de Roberto y la fisonomía indiferente de los marineros que parecían espectros.

Sin embargo, no llovía aun, ni había el viento desplegado sus alas. Pero muy pronto se abrieron las cataratas del cielo, en cuyo fondo oscuro se trazaron líneas verticales como los hilos colocados en el telar. Grandes gotas de agua, al caer á la superficie del lago, figuraban millares de chispas reflejando el resplandor de los relámpagos.

¿Anunciaba aquella lluvia el fin de la tempestad?

¿No experimentarían Glenarvan y sus compañeros mas perance que un chaparrón que les caería enci-

ma? No. En lo mas fuerte de aquella lucha de fuegos aéreos, apareció súbitamente, en el extremo de la gran rama que se extendía horizontalmente, un globo inflamado del tamaño de una naranja, rodeado de un humo negro. Despues de haber aquella esfera girado durante algunos segundos alrededor de sí misma, reventó como una bomba y con un estruendo que se dejó oír distintamente en medio del fragor ge-

neral. Llenó la atmósfera un vapor sulfuroso. Reinó un instante de silencio, y se pudo oír la voz de Tom Austin, que gritaba:

—¡Fuego en el árbol!

Tom Austin no se engañaba. En un momento la llama, como si se hubiese comunicado á un inmenso castillo de fuegos artificiales, se propagó al lado occidental del ombu, formando un alimento favora-



Paganel contando una historia á sus compañeros

ble á su actividad devoradora las ramas muertas, los nidos de yerba seca y la corteza misma del árbol, que era muy esponjosa.

Entonces se levantó viento como para avivar el incendio. Era preciso huir. Glenarvan y sus compañeros se refugiaron á toda prisa en la parte oriental del ombu respetada por las llamas, mudos, turbados, azorados, encaramándose, deslizándose, asiéndose de las ramas que se doblaban bajo su peso. El ramaje, sin embargo rechinaba, chasqueaba, se retorcia, en el fuego como serpientes quemadas vivas, y sus candentes restos caían á las desbordadas aguas y eran arrastrados por la corriente despidiendo una luz siniestra. Tan pronto se elevaban las llamas á una prodigiosa altura y se perdían en la misma hoguera de la atmósfera, como, abatidas por el huracan desencadenado, envolvían el ombu á la manera de una túnica de Neso. Glenarvan, Roberto, el mayor, Paganel,

los marineros, estaban todos aterrorizados; un humo denso les sofocaba; les abrasaba un calor insoportable; el incendio avanzaba hácia ellos por las ramas inferiores del árbol, sin que nada pudiese apagarle ni contrarestar su marcha, y ellos se veían irrevocablemente condenados al suplicio de las víctimas encerradas en el ardiente seno de una divinidad del Indostan.

La situación era insostenible y de dos muertes se eligió la menos cruel.

—¡Al agua! gritó Glenarvan.

Wilson, alcanzado ya por las llamas, acababa de precipitarse al lago, cuando se le oyó esclamar con un acento de terror incomparable:

—¡Socorro! ¡socorro!

Austin se precipitó hácia él y le ayudó á subir á la trifurcacion del tronco.

—¿Qué hay?

—¡Los caimanes! ¡los caimanes! respondió Wilson.

Rodeaban el tronco del árbol los mas terribles animales del orden de los saurios. Sus escamas reflejaban el resplandor del incendio, su cola verticalmente aplastada, su cabeza en forma de lanza, sus ojos salientes, sus mandíbulas sumamente hendidas, no permitian á Paganel hacerse ilusiones acerca de la ferocidad de los enemigos con quienes habia que luchar reconociendo al momento á los aligatores feroces tan comunes en América, donde son generalmente conocidos con el nombre de caimanes que les dieron los españoles. Contábanse hasta diez que azotaban el agua con su formidable cola, y atacaban el ombu con los largos dientes de su mandíbula inferior.

Los expedicionarios vieron claramente que estaban irremisiblemente perdidos. Devorados por las llamas ó triturados por los dientes de los caimanes, de todos modos era espantosa la muerte que les estaba reservada. Tan desesperada era la situación, que hasta el mismo mayor dijo, aunque con tranquilo acento:

—Podiera muy bien suceder que este fuese el final del final.

Circunstancias hay en que el hombre es impotente para luchar, y en que los elementos desencadenados no pueden ser combatidos sino por otros elementos. Glenarvan dirigia al mismo tiempo sus miradas al agua y al fuego conjurados contra él, y no sabia qué socorro pedir al cielo.

La tormenta estaba entonces en su período descendente, pero habia desarrollado en la atmósfera una cantidad considerable de vapores á que los fenómenos eléctricos iban á comunicar una violencia suma. En el Sur se formaba poco á poco un sifon enorme que eslabonaba las hervidoras aguas con las procelosas nubes. El formidable meteoro avanzó luego girando alrededor de sí mismo con una rapidez vertiginosa, atrayendo hácia su centro una columna líquida arrebatada al lado, y con una fuerza de absorcion enérgica, producida por su movimiento giratorio, llamaba hácia sí todas las corrientes de aire circunstantes.

En muy poco tiempo el gigantesco sifon llegó al ombu y lo envolvió en sus pliegues. El árbol fue sacudido hasta las raíces. Hubo un instante en que Glenarvan se figuró que los caimanes le atacaban con sus poderosas mandíbulas y le arrancaban de la tierra, y él y sus compañeros, sosteniéndose unos á otros, notaron que el robusto árbol cedía y se derrumbaba, abismando con un silbido terrible sus inflamadas ramas en las aguas tumultuosas. Fue todo obra de un segundo. El sifon pasó para llevar á otra parte el desastre, y, absorbiendo las aguas del lago, parecia que al pasar le vaciaba.

El ombu cayó, y fue derivando bajo el doble esfuerzo del viento y de la corriente. Habían desaparecido todos los caimanes, menos uno, que trepaba por las raíces y avanzaba con la boca abierta; pero Mulrady cogió una rama ya medio desprendida del tronco por el fuego, y dió al animal un golpe tan certero que le dejó derrengado. Derrribado el caiman se sumergió en los remolinos del torrente, azotado aun por su temible cola con formidable violencia.

Glenarvan y sus compañeros, libres ya de aquellos voraces saurios, treparon á las ramas colocadas á barlovento del incendio, mientras el ombu, cuyas llamas tomaban al soplo del huracan la forma de velas candentes, se deslizaba como un brulote entre las sombras de la noche.

CAPITULO XXVI.

EL ATLÁNTICO.

El ombu navegó durante dos horas por el inmenso lago, sin llegar á tierra firme. Poco á poco se habían

ido apagando las llamas que le devoraban. Habia desaparecido el principal peligro de tan espantosa travesía. El mayor se limitó á decir que no seria absolutamente imposible que se salvaran.

La corriente, conservando su direccion primitiva, iba siempre del Sudoeste al Nordeste. La oscuridad, tan solo iluminada de cuando en cuando por algun relámpago tardío, era profunda, y Paganel buscaba en vano en el horizonte puntos de mira. La tempestad tocaba á su término. Las dilatadas gotas de lluvia fueron reemplazadas por ligeras nubecillas que el viento dispersaba con su soplo, y los grandes nubarrones ya vaciados se dividian en fajas en las alturas del cielo.

Rápida era la marcha del ombu en el impetuoso torrente. Se deslizaba con una velocidad sorprendente, como si debajo de su corteza hubiese oculta una poderosa locomotora. Ningun motivo habia para creer que no estuviese derivando por espacio de muchos dias. Sin embargo, á cosa de las tres de la manana, el mayor hizo observar que sus raíces rozaban algunas veces el suelo. Tom Austin, por medio de una larga rama desprendida, sondeó con mucho cuidado y vió que el terreno iba subiendo poco á poco. Veinte minutos despues hubo un choque, y el ombu se detuvo de repente.

—¡Tierra! ¡tierra! exclamó Paganel con voz sonora.

La estremidad de las ramas calcinadas habia tropezado con una desigualdad del terreno. Los navegantes quedaron muy contentos de haber barado. El escollo era el puerto.

Roberto y Wilson, que habían puesto ya el pie en un punto sólido, lanzaron un grito de alegría cuando se oyó un silbido que todos conocian. Resonó en la llanura el galope de un caballo, y la elevada talla del indio se destacó en la sombra.

—¡Thalcave! exclamó Roberto.

—¡Thalcave! respondieron unánimemente sus compañeros.

—¡Amigos, dijo el patagon, que habia esperado á los viajeros en el punto á que debia conducirles la corriente, puesto que le habia conducido á él.

Thalcave en aquel momento levantó á Roberto Grant en sus brazos sin advertir que estaba asido de Paganel, y le estrechó contra su pecho. Glenarvan, el mayor y los marinos, muy gozosos por haber vuelto á encontrar á su fiel guia, le dieron todos la mano afectuosamente. Despues el patagon les condujo al setehado de una estancia abandonada, en que ardía un buen fuego que les reanimó, mientras en él se asaban suculentas magras de venado con que recrearon su paladar y complacieron su estómago. Y cuando poco despues empezaron á reflexionar, ninguno de ellos podia creer que hubiese salido sano y salvo de una aventura compuesta de tan diferentes peligros, el agua, el fuego y los animales de los rios argentinos.

Thalcave contó en pocas palabras su historia á Paganel, é hizo recaer sobre su intrépido caballo toda la gloria de su salvacion milagrosa. Paganel procuró entonces explicarle la nueva interpelacion del documento, que les permitia concebir nuevas esperanzas. ¿Comprendió el indio las ingeniosas hipótesis del sabio? Es muy dudoso, pero vió á sus amigos felices y confiados, y no necesitaba otra cosa.

Fácilmente se comprenderá que los intrépidos viajeros despues del forzoso descanso que habían tenido en el ombu, no se hicieron de rogar para ponerse inmediatamente en marcha. Al efecto, á las ocho de la mañana estaban todos prontos. Se hallaban demasiado al Sur de las estancias y de los saladeros para procurarse medios de transporte, y por consiguiente se vieron en la imprescindible necesidad de hacer su viaje á pie. En resumidas cuentas, no se trataba

mas que de unas 40 millas (1), y Taouka no se negaría á llevar de cuando en cuando á un peon fatigado, y hasta á dos en caso necesario. En treinta y seis horas se podían alcanzar las playas del Atlántico.

Llegado el momento, el guía y sus compañeros dejaron á la espalda las tierras bajas aun inundadas, y empezaron á atravesar mas elevadas llanuras. El territorio argentino recobraba su monótona fisonomía. Algunos arbolillos, plantados por manos europeas, descollaban á trechos sobre los pastos, tan escasos como en las inmediaciones de las sierras de Tandil y Tapalquen, no permitiéndose crecer los árboles indígenas sino en el límite de aquellos inmensos prados y en las cercanías del cabo Corrientes.

Así se pasó aquella jornada. Al día siguiente, se hizo sentir la proximidad del Océano 15 millas antes de llegar á él. La virazon, viento singular que sopla regularmente durante la segunda mitad del día y de la noche, encorvaba las yerbas altas. Del árido suelo salían bosquecillos muy poco espesos, compuestos de mimosas arborescentes, acacias y curramaboles. Algunas lagunas salinas que brillaban como pedazos de espejo, volvieron penosa la marcha, porque obligaron á dar muchos rodeos. Los viajeros aceleraban el paso para llegar aquel mismo día al lago Salado en las costas del Océano, y estaban todos bastante fatigados, cuando á las ocho de la tarde, percibieron los mégaros, cuya elevación no baja de 24 toesas, en que se estrellan las espumosas olas. Poco tardó en halagarse sus oídos el prolongado murmullo de la marea ascendente.

—¡El Océano! exclamó Paganel.

—Sí, el Océano! respondió Thalcave.

Y aquellos peregrinos, á quienes al parecer faltaban fuerzas para dar un paso, asaltaron los mégaros con una agilidad sorprendente.

Pero la oscuridad era ya mucha. En vano se pasearon las miradas por la inmensa sombra, buscando el *Duncan* que no distinguieron.

—Allí está, sin embargo, exclamó Glenarvan, manteniéndose sobre los bordos.

—Mañana lo veremos, respondió Mac Nabbs.

Tom Austin llamó al invisible yate haciendo de su mano una bocina, pero no obtuvo respuesta. Verdad es que el viento era muy fresco y la mar estaba gruesa (2). Las nubes corrían del Oeste, y la espumosa cresta de las olas se deshacía en polvo fino que llegaba hasta encima de los mégaros. Así, pues, aunque el *Duncan* se hallase en el punto de la cita, no podía el vigía oír, ni ser oído. La costa no ofrecía ningún abrigo, ningún puerto, ningún ancon, ninguna ensenada. Se componía de prolongados bancos de arena que se perdían en el mar, siendo su proximidad mas peligrosa que la de las rocas á flor de agua. Como los bancos provocan el furor de las olas, en ellos suele ser muy mala la mar, y se estrellan ó embarrancan irremisiblemente los buques que durante la tempestad se estraviaban en aquel laberinto de bajos.

Era, pues, muy natural que el *Duncan* se mantuviese al parir ó navegando de vuelta y vuelta lejos de aquella costa detestable y sin puerto de refugio. Otra cosa hubiera sido poner á John Mangles en contradicción con su acostumbrada prudencia. Tal fue la opinión de Tom Austin, el cual afirmó que el *Duncan* tendría que mantenerse á 5 millas largas de la insidiosa costa.

El mayor aconsejó á su impaciente amigo que se resignase. No había medio alguno de disipar aquellas densas tinieblas. ¿A qué conducía cansar la vista,

obligándola á pasear sus miradas por un horizonte profundamente oscuro?

En seguida organizó Mac Nabbs una especie de campamento abrigado por los mismos mégaros; se apuraron en la cena las últimas provisiones, y siguiendo el ejemplo del impertérrito mayor, cada cual hizo su hoyo que le sirviese de dormitorio, y se acurrucaron todos con la arena hasta la barba.

Todos, menos Glenarvan, durmieron profundamente. El viento era bastante fuerte, y el Océano se resentía aun de la última tormenta. Sus olas, siempre tumultuosas, se estrellaban al pie de los bancos, rugiendo como truenos. A Glenarvan le parecía imposible tener el *Duncan* tan cerca. Era inadmisibles la suposición de que no hubiera acudido á la cita. Glenarvan había dejado la bahía de Talcahuano el 14 de octubre, y el 12 de noviembre llegaba á las costas del Atlántico. Durante los treinta días invertidos en atravesar Chile, la Cordillera, las Pampas y la llanura argentina, tiempo sobrado había tenido el *Duncan* para doblar el cabo de Hornos y llegar á la playa opuesta. Para un buque de sus cualidades no había retrasos posibles, y aunque la tempestad había sido violenta y terribles sus furores en el gran campo de batalla del Atlántico, el yate era un buen buque y su capitán un buen marino. Pues allí debía estar, allí estaba.

Estas reflexiones que se hizo Glenarvan no llegaron á tranquilizarle completamente. Cuando luchan el corazón y la razón, no es esta nunca la mas fuerte. El *laird* de Malcolm-Castle buscaba en aquella oscuridad á todos los que amaba, á su adorada Elena, á Mary Grant, á los tripulantes del yate. Vagaba por la desierta playa que cubrían las olas con sus brillantes fosforescencias. Miraba, escuchaba, y hasta hubo momentos en que le pareció sorprender en el mar un resplandor indeciso:

—No me engano, dijo, he visto la luz de un buque, la luz del *Duncan*. ¡Ah! ¿por qué no han de poder mis miradas atravesar estas tinieblas?

Se le ocurrió entonces una idea. Paganel se tenía por nictálope, Paganel veía de noche. Fué á despertar á Paganel.

El sabio dormía en su agujero lo mismo que un topo, cuando un vigoroso brazo le arrancó de su lecho de arena.

—¿Quién va? exclamó.

—Soy yo, Paganel.

—¿Quién sois vos?

—Glenarvan. Venid, tengo necesidad de vuestros ojos.

—¿De mis ojos? respondió Paganel, restregándose los sin misericordia.

—Sí, de vuestros ojos para distinguir nuestro *Duncan* en medio de las tinieblas. Vamos, pronto.

—¡Al diablo la nictalopía! dijo Paganel, alegrándose, sin embargo, de ser útil á Glenarvan.

Y se levantó y se despegó, y refunfuñando como todos los que se despiertan antes de haber satisfecho su sueño, siguió á su amigo á la playa.

Glenarvan le suplicó que examinase el horizonte del mar, y durante algunos minutos, Paganel lo cono templó concienzudamente.

—¿Y qué, no distinguís nada? preguntó Glenarvan.

—¡Nada! un gato no vería un buey á dos pasos.

—Buscad una luz roja ó una luz verde, es decir, una luz de babor ó de estribor.

—No veo ninguna luz verde, ni roja. ¡Todo lo veo negro! respondió Paganel, cuyos ojos se cerraban involuntariamente.

Por espacio de media hora siguió maquinalmente á su impaciente amigo, dejando caer la cabeza sobre el pecho, y levantándola luego repentinamente. Sus pasos eran inseguros, y tropezaba incesantemente como

(1) Unas 15 leguas.

(2) Los marinos dicen que el viento refresca cuando arrecia, y así es que llaman viento fresco al viento fuerte. Cuando las olas son muy voluminosas, se dice que la mar está gruesa.

era ébrio. No respondía, ni hablaba una sola palabra. Paganel le miró y vió que dormía andando.

Entonces le cogió del brazo, y sin despertarle, le volvió á conducir á su agujero, donde le sepultó cómodamente.

Apenas rayó el alba, todos los expedicionarios se levantaron al oír gritar:

—¡El *Duncan*! ¡el *Duncan*!

—¡Hurrah! ¡hurrah! contestaron á Glenarvan sus compañeros precipitándose á la playa.

En efecto, á 5 millas mar adentro, el yate, con las mayores cargadas, se mantenía á poco vapor. Su humo se perdía confusamente en las brumas de la mañana. La marejada era fuerte, y un buque de tanto calado como el *Duncan* no podía sin mucho peligro acercarse á los bancos.

Glenarvan observaba con el antejo de Paganel las evoluciones de su yate, de las cuales dedujo que John Mangles no había distinguido á los expedicionarios, pues el buque seguía bolineando y amurando con las gabias rizadas.

Pero en aquel momento Thalcave, despues de atacar bien su carabina, la descendió en direccion del yate.

Todos escucharon y miraron. Tres veces la carabina del indio despertó con su estampido los ecos de los méganos.

Al cabo se vió partir de un costado del yate una humareda blanca.

—¡Nos han visto! exclamó Glenarvan. ¡El cañon del *Duncan* ha contestado!

Y algunos segundos despues, una detonacion sorda espiró en el límite de la playa. Inmediatamente el *Duncan* viró, y forzando el vapor, se acercó á la costa cuanto pudo.

Luego, con el auxilio del antejo, se vió echar al agua un bote.

—Lady Elena no podrá venir, dijo Tom Austin, porque hay demasiado oleaje.

—Ni tampoco, respondió Mac Nabbs, puede John Mangles dejar el buque.

—¡Hermana mia! ¡hermana mia! decia Roberto tendiendo sus brazos hácia el yate que avanzaba precipitadamente.

—¡Ah! ¡cuánto tardamos en llegar á bordo! exclamó Glenarvan.

—Paciencia, Edward, respondió el mayor. Dentro de dos horas estareis allí.

—¡Dos horas! En efecto, la lancha, movida por seis remos, no podía en menos tiempo andar su trayecto de ida y vuelta por vigorosos y diestros que fuesen los remeros.

Entonces Glenarvan se acercó á Thalcave, el cual, con los brazos cruzados y al lado de Thaouka, miraba tranquilamente el agitado lomo de las olas.

Glenarvan le cogió la mano y le indicó el yate:

—Ven, le dijo.

El indio movió lentamente la cabeza.

—Ven, amigo, repitió Glenarvan.

—No, respondió tranquilamente Thalcave. Aquí está Thaouka y allí los Pampas, añadió, abarcando con un ademán apasionado la inmensa estension de las llanuras.

Glenarvan comprendió que el indio no quería abandonar jamás la pradera en que blanqueaban los huesos de sus padres. Conocía el religioso lazo que unía á los hijos del desierto á su país natal. Estrechó la mano de Thalcave, y no insistió. Ni insistió tampoco cuando el indio, que se sonrió á su manera, se negó á admitir la paga de sus servicios diciendo:

—Por amistad.

Glenarvan no pudo contestarle. Hubiera querido al menos dejar algo al indio que le recordase á sus amigos de Europa. ¿Pero qué le quedaba? Sus armas, sus caballos, todo se lo había arrebatado la desastrosa inundacion.

En el mismo caso se hallaban sus amigos.

No sabía, pues, cómo manifestar su gratitud al generoso y valiente guia, cuando una idea asaltó su mente. Sacó de su cartera un medallon precioso que era un admirable retrato, una obra maestra de Lewrence, y le ofreció al indio.

—Mi esposa, dijo.

Thalcave miró el retrato con ternura, y pronunció estas palabras:

—¡Buena y bella!

Despues Roberto, Paganel, el mayor, Tom Austin, los dos marineros, dirigieron al patagon las mas patéticas frases de despedida. todos se sentian profundamente conmovidos al separarse de aquel amigo tan intrépido y tan lleno de abnegacion. Thalcave les estrechó á todos contra su ancho pecho. Paganel le hizo aceptar un mapa de la América meridional y de los dos Océanos, que el indio había muchas veces mirado con interés. Era lo mas precioso que el sabio poseía. En cuanto á Roberto, no podía dar mas que sus caricias, y las ofreció á su salvador, reservándose algunas para Thaouka.

Entre tanto, la lancha del *Duncan* se acercaba; se deslizó por un estrecho canal que formaban los bancos, y tocó en la playa donde quedó barada.

—¿Mi esposa? preguntó Glenarvan.

—¿Mi hermana? exclamó Roberto.

—Lady Elena y miss Grant os aguardan á bordo, respondió el timonel de la lancha. Pero partamos, mi lord, sin perder un instante, porque empieza ya el reflujo.

Prodigáronse al indio los últimos abrazos. Thalcave acompañó á sus amigos hasta la lancha, que fue puesta á flote. En el momento de ir á entrar Roberto en ella, el indio le cogió en sus brazos y le miró con ternura.

—¡Ahora vete! dijo. ¡ya eres un hombre!

—¡Adios, amigo, adios! repitió Glenarvan.

—¡Nunca mas nos volveremos á ver! exclamó Paganel.

—¿Quién sabe? respondió Thalcave, indicando el cielo.

Fueron las últimas palabras del indio, que se perdieron en el soplo del viento.

La lancha se alejó, ayudada por la marea descendente.

Durante mucho tiempo la silueta inmóvil de Thalcave apareció por entre la espuma de las olas. Despues su gigantesca estatura fue menguando, menguando incesantemente, hasta que desapareció á la vista de sus amigos de un día.

Una hora despues, Roberto subía el primero á bordo del *Duncan*, y se enlazaba al cuello de Mary, en tanto que la tripulacion del yate acogía á los expedicionarios con alegres y estrepitosos hurras.

De este modo se había llevado á cabo la travesía de la América del Sur, siguiendo una línea rigurosamente recta. Ni montañas, ni rios, hicieron separarse á los viajeros de la imperturbable senda que se habían trazado, y si bien no tuvieron que combatir la mala voluntad de los hombres, los elementos, desencadenados frecuentemente contra ellos, sometieron á rudas pruebas su generosa intrepidez.

INDICE.

	PÁGINAS.
CAPITULO I. — Balance-Fish.	5
II. — Los tres documentos.	7
III. — Malcom-Castle.	10
IV. — Una proposicion de lady Glenarvan.	13
V. — La partida del <i>Duncan</i>	15
VI. — El pasajero del camarote número seis.	17
VII. — De dónde viene y á dónde vá Santiago Paganel.	19
VIII. — Un buen sugeto mas á bordo del <i>Duncan</i>	22
IX. — El estrecho de Magallanes.	24
X. — El trigésimo sétimo paralelo.	27
XI. — Travesía de Chile.	30
XII. — A dos mil pies de altura.	31
XIII. — Descenso de la cordillera.	36
XIV. — Un tiro providencial.	40
XV. — El español de Santiago Paganel.	42
XVI. — El río Colorado.	43
XVII. — Las Pampas.	49
XVIII. — En busca de agua.	52
XIX. — Los lobos rojos.	53
XX. — Las llanuras argentinas.	59
XXI. — El fuerte Independencia.	62
XXII. — La avenida.	65
XXIII. — En que se hace vida de pájaros.	68
XXIV. — En el que se sigue haciendo vida de pájaros.	71
XXV. — Entre el fuego y el agua.	74
XXVI. — El Atlántico.	77